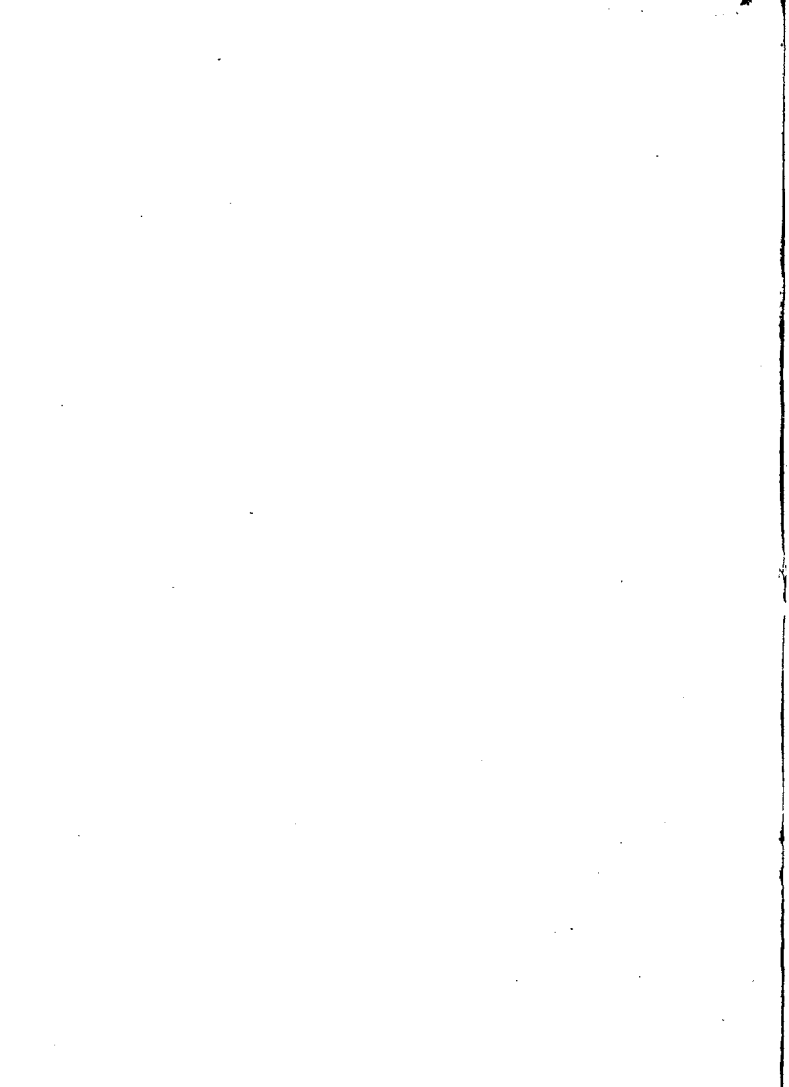


NATIONALBIBLIOTHEK

Österreichische
Nationalbibliothek

721.823-A

Neu-



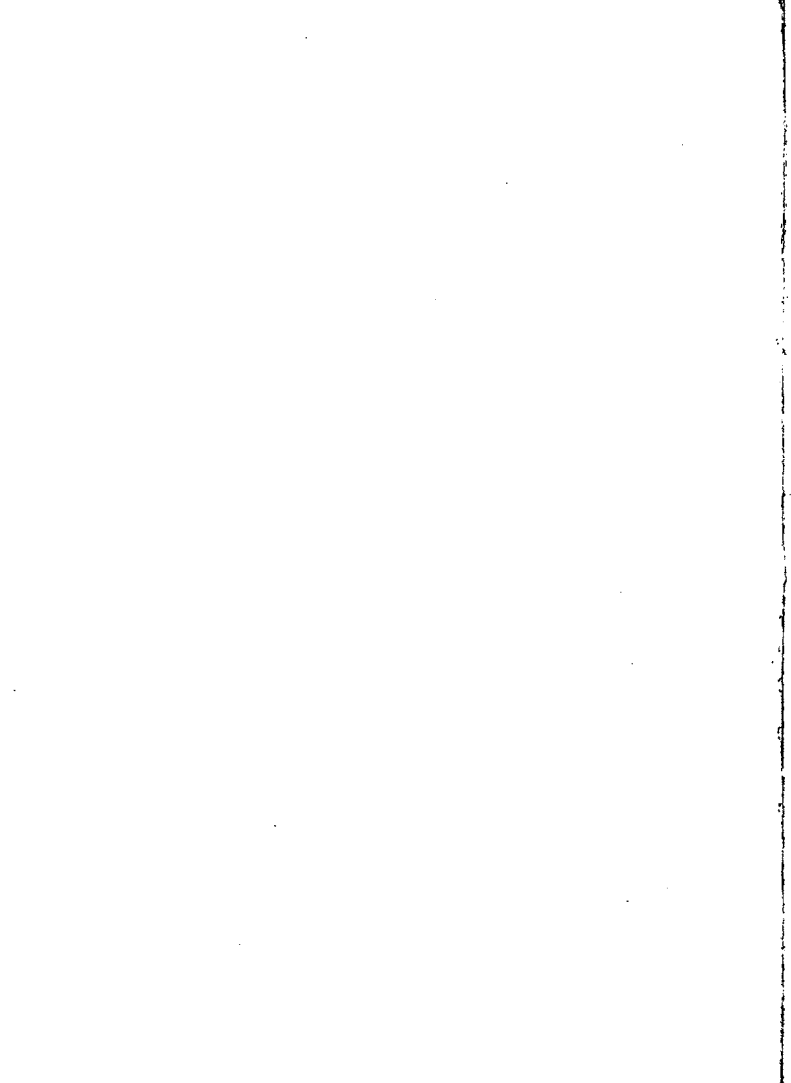
N

✓ Shakespeare, William
(Lipp)

Österreichische Nationalbibliothek



+Z253645601



OBRAS DE SHAKSPEARE.

I

Es propiedad de los editores.

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Calle del Rubio, núm. 25.

OBRAS DE

SHAKSPEARE

VERSION CASTELLANA DE

JAIME CLARK

OTELO

MUCHO RUIDO PARA NADA

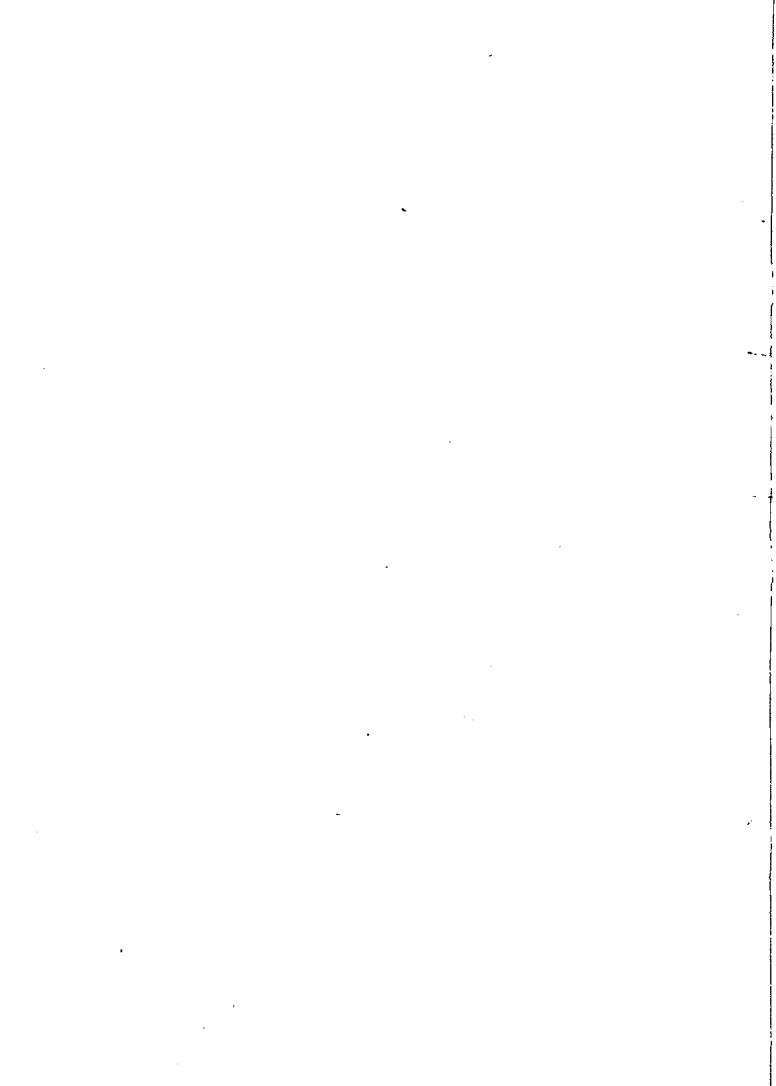


MADRID

MEDINA Y NAVARRO, EDITORES

Calle del Rubio, núm. 25

721823 - A. New



TO

JOSEPH RUSTON

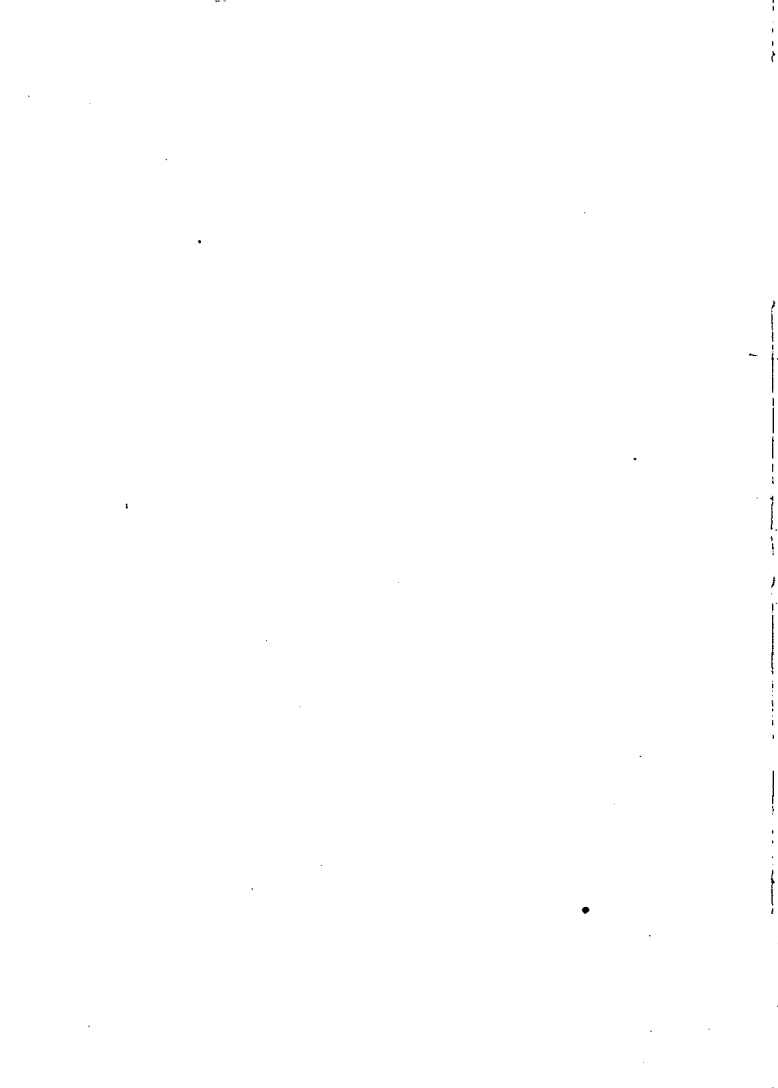
THIS TRANSLATION IS DEDICATED

IN TOKEN

OF THE GRATITUDE, ESTEEM, AND AFFECTION

OF HIS NEPHEW

JAMES CLARK.



PROLOGO.

Mi amigo el estudioso y entendido jóven D. Jaime Clark me pone en un grande apuro. Publica una traduccion de los dramas de Shakspeare y me pide que escriba yo un breve prólogo. Esta distincion honrosa, este aprecio que de mí hace D. Jaime Clark, me lisonjea por extremo; pero el apuro no es menor para mí.

¿Cómo, por breve que el prólogo sea, he de prescindir del autor traducido y he de limitarme á juzgar la traduccion solamente? Fuerza es decir algo sobre Shakspeare, y esto es lo difícil, lo enojoso para mí, sobre todo en pocas palabras.

Shakspeare es el ídolo literario de Inglaterra. El influjo civilizador, la preponderancia política de esta gran nacion, en todo el

auge ahora de su fortuna, riqueza, prosperidad y brio, han difundido y acrecentado la gloria del poeta amadísimo entre cuantas naciones pueblan la faz de la tierra. ¿Qué podré yo añadir á las alabanzas de Shakspeare dadas en Alemania por Wieland, ambos Schlegel, Lessing y tantos otros críticos y poetas, que le aclaman el príncipe de los dramáticos y la fuente de inspiracion de donde ha surgido el genio de la moderna y hermosa poesía alemana? ¿Cómo hablar, cómo escribir de Shakspeare despues del encomio hecho por Víctor Hugo, ciclópeo monumento, serie de ditirambos desaforados, estatua colosal, fundida en una imaginacion de fuego por un entusiasmo que raya en delirio, y abriantada y retocada despues por un cincel de diamante? ¿Cómo atreverme á desplegar los labios ó á dejar correr la pluma, habiendo leído la apoteosis bellísima, el saludo sublime que Emerson envia á Shakspeare desde el otro lado del Atlántico?

Mi espíritu frio, tardo para los raptos de admiracion, aunque no incapaz de ellos, harto indeciso y vacilante para no ver el

contra al lado del pro, y tranquilo hasta la pesadez, es imposible que siga, ni desde muy léjos, el remontado vuelo encomiástico de los precitados autores.

Shakspeare, dicen, es inconcebiblemente sabio: los demas sabios que ha habido en el mundo dejan al ménos que su sabiduría se conciba. Shakspeare ni esto deja. En punto á facultad creadora Shakspeare es único. No se puede imaginar nada mejor. Shakspeare está más por cima de Milton, Cervantes ó el Tasso, que éstos del vulgo.

De la venida de Shakspeare al mundo no han hecho algo tan sobrenaturalmente importante como la encarnacion de un Dios; pero han hecho más, segun el gusto y forma con que tales encarecimientos pueden hacerse en el dia. Shakspeare, dice Emerson, es en historia natural una produccion del globo que anuncia nuevas mejoras; alguna casta nueva, con relacion á la cual seamos los hombres de las demas castas lo que el mono es con relacion al hombre.

Ni mi escasa anglomanía, ni mi poco fervor romántico, ni mis inveteradas preocu-

paciones en pro de la medida, órden, reposo y arreglo de los poetas griegos y latinos, ni mi amor á mi propia casta y nacion y á los grandes ingenios que ha producido, entre los cuales Cervantes, y Lope, y tal vez Tirso, se levantan á mis ojos sobre Shakspeare, consienten que yo adopte por míos tan superlativos encomios.

Me veo, pues, en la precision de rebajar el mérito del autor, que mi amigo Clark presenta al público de España, en vez de ponderarle y sublimarle. Harto me aflige tener que hacer un papel tan ingrato; pero no me faltan consuelos.

En primer lugar me remito á Emerson y á Víctor Hugo para el que busque elogios. Añadir es casi imposible. Declaro con sinceridad que en España no creo que hay en el dia más que un hombre que, si se pone á encomiar á Shakspeare, acierte á decir algo que supere á Víctor Hugo y á Emerson en epinicios agigantados y en hipérboles sonoras. Claro está que este hombre es D. Emilio Castelar, el Víctor Hugo de la cátedra y de la tribuna.

En segundo lugar me consuela la consideracion de que, si yo rebajo á Shakspeare, siempre le dejaré bastante alto para los españoles, poniéndole, como le pongo, ya que no á la altura de Cervantes, al nivel de Calderon, y casi hombreándose con Lope.

En tercer lugar, por último, y como tercer consuelo, me parece que más bien acudo en favor del traductor asegurando á los lectores que Shakspeare no es impecable, que no presentándole como el limpísimo dechado, donde, sin lunar ni falta, resplandecen todas las bellezas poéticas, ó como la joya soberana donde se han acumulado á manos llenas, sin mezcla de falsa pedrería ni de metales de baja ley, las perlas, los diamantes y el oro puro de la más acrisolada inspiracion. Los lectores podrán hallar oscuridades, confusiones, rarezas, groserías y bufonadas en estos dramas y achacárselas al traductor. Sepan desde ahora que son del poeta. El traductor, escrupulosamente fiel, lo traduce todo con exactitud pasmosa. Nos hace un inmenso servicio. No nos da un arreglo de Shakspeare, suprimiendo y

poniendo á su antojo. Nos da á Shakspeare tal cual es: con sus defectos y con sus bellezas; con sus aciertos y con sus extravíos; con sus bajezas y sus sublimidades. Por Don Jaime Clark va á tener el público español al propio Shakspeare, sin cambio, ni enmienda, ni disfraz alguno, en nuestra lengua castellana. Donde Shakspeare habla en prosa, Clark habla en prosa; donde en verso libre, en verso libre; donde en versos aconsonantados, en versos aconsonantados. El estilo del traductor se ajusta también al del autor, y ya es enérgico, conciso y sublime, ya culterano, ya natural, ya claro, ya oscuro, ya elegante y sostenido, ya bajo y rastrero. El Sr. Clark quiere, más que traducir, calcar á Shakspeare, y creo que lo consigue. Vamos, por consiguiente á tener á todo Shakspeare por primera vez en castellano. Menester será juzgarle, rápidamente al ménos, pero con la misma imparcialidad que si fuera nuestro compatriota.

Disto mucho más que de los encomios exagerados de Víctor Hugo y Emerson, del

desden y de las burlas de Voltaire y su imitador Moratin. Confieso que el análisis que hace Voltaire del Hamlet me ha arrancado varias veces lágrimas de risa: mas no por eso he dado nunca la razon á Voltaire. Ya sé que lo sublime, lo bello, lo grande es lo que se presta á la parodia.

Mi vacilacion y mi duda están en otra cosa. ¿Hasta qué punto eran requisito indispensable, condicion precisa de todo lo que hay de profundo y de íntimamente verdadero en el Hamlet, las rarezas de estilo, las *excentricidades* de que se muestra acompañado? ¿Serán defectos, reales defectos los que Voltaire y Moratin señalan como tales, consistiendo sólo la falta de estos críticos en no ver y reconocer en todo su brillo y hermosura los numerosos aciertos que hacen que toda falta se borre y se olvide? ¿Estos defectos, aunque inevitables, dados la época en que Shakspeare escribió y el público á quien se dirigia, son, á pesar de todo, defectos? ¿Ó por último, no son defectos los que Voltaire y Moratin señalaban, sino excelencias y perfecciones que no com-

prendian? Para responder á estas preguntas, para decidirme por cualquiera de estos términos, necesitaria yo mucho tiempo, larga meditacion y escribir luego un tomo y no algunas páginas. Aun así no sé con certeza si cesaria mi vacilacion y me aventuraria á dar un fallo definitivo.

Sea como sea, y sin dar el fallo, nadie niega que Shakspeare es un ingenio de primer orden. Ni Voltaire ni Moratin lo negaron.

La gloria de este poeta empezó cuando vivia y escribia sus dramas. Despues no se ha eclipsado nunca y ha ido é irá creciendo cada vez más con el andar del tiempo. Pero la grandeza de las montañas no se ve ni se mide de cerca. Aunque se sabe poco de la vida de Shakspeare, parece probable que le conocieron y trataron muchos hombres eminentes de la brillante época en que vivió. Raleigh, Bacon, el conde de Essex, Milton, Hales, Keplero, Belarmino, Alberico Gentile, Paolo Sarpi, Vieta y otros mil le conocian. Ninguno despreció su talento: ninguno dejó de estimar el mérito de sus

dramas; pero ninguno tampoco le rindió aquel culto, aquella adoracion que hoy le rinde lo más ilustre, instruido, inteligente y dichoso del linaje humano. Hasta que llegó el siglo XIX, exclaman sus más fervientes admiradores, hasta que llegó este siglo, cuyo genio es Hamlet viviente, no pudo haber lectores que entendiesen la tragedia de Hamlet. Ahora la literatura, la filosofía y el pensamiento todo, son Shakspeare. Su espíritu es el horizonte más allá del cual nada vemos, nada descubrimos, aunque nos esforcemos con ánsia por columbrar lo venidero.

Singular seria que siendo Shakspeare tan adorado entre los extraños, lo fuese ménos entre los propios; entre los ingleses, que son tan patriotas. En Inglaterra ha tenido el gran dramático multitud de biógrafos, críticos, comentadores y panegiristas. Los que en España han escrito sobre Cervantes son en número cortísimo comparados con los que en Inglaterra han escrito sobre Shakspeare. Nuestras alabanzas á Cervantes son tibias en comparacion de las que se

han dado á Shakspeare en Inglaterra. Por lo demas, mucho parecido en todo: hasta en ciertos infantiles y candorosos regalos que lo mismo se han hecho por allá á Shakspeare, que á Cervantes por acá. Ambos han resultado filósofos, médicos, abogados y buenos oficiales ó maestros en casi todos los oficios; pero en verdad, ambos eran ingenios legos, y Shakspeare más que Cervantes, si bien todo lo sabian por penetracion, por viveza de ingenio, por agudeza y perspicacia en la serena mirada para observarlo, abarcarlo y comprenderlo todo á primera vista.

En lo que no han tenido que afanarse tanto los eruditos ingleses como los españoles, es en averiguar quiénes eran, de dónde procedian los personajes que ponía en accion su poeta. Don Quijote, Sancho, Dulcinea, Sanson Carrasco, los Duques, Clara, Dorotea, Lucinda, Cardenio, Altisidora, Maese Pedro, y tantos otros, no tienen antecedentes, y es menester buscarlos con fatigosa diligencia en los archivos, y revelar luego al mundo la interesante ver-

dad de que todos estos personajes vivieron vida real, y fueron bautizados en tal ó cual parroquia. Pero los personajes de Shakspeare, así como las acciones que ejecutan ó en que intervienen, están, ántes que en sus dramas, en crónicas, poemas y leyendas, ó en otros dramas, que Shakspeare refundia.

Pocos autores han tomado más de los otros que Shakspeare. Todo lo que le parecia bello, sublime, divertido, agradable, gracioso, lo tomaba sin escrúpulo donde lo hallaba. Ha dicho un discreto, que en literatura, no sólo se disculpa, sino que se glorifica el robo cuando le sigue el asesinato. Shakspeare sabia esta máxima, y no dejó de asesinar á cuantos robó. De los autores robados nadie se acordaria si no hubieran sido robados. Todos murieron: mas Shakspeare vive, y los personajes que aquellos autores crearon ó evocaron á una vida vaga y como de sombra, y á una luz indecisa, crepuscular é incierta, han sido traídos por Shakspeare á la radiante y meridiana luz de la gloria inmortal, y á una

vida más firme, más clara, más real que la de todos los héroes de la historia.

Este es, sin duda, el mayor mérito, el mayor misterio, el encanto más poderoso del genio de Shakspeare. Por este lado, y este lado es el más importante, pocos poetas se le adelantan en todas las modernas literaturas. Eminentes han existido algunos que, en mi sentir, sólo han logrado personificar las virtudes ó los vicios, producir tipos ó símbolos con habla y figura humanas: el hipócrita, el avaro ó el misántropo; pero la fuerza creadora para no limitarse á la abstraccion, á la generalizacion, á un concepto destilado y extraído de lo real por medio del discurso, y vestido luego de cuerpo por la fantasía, y sí para producir individuos verdaderos, definidos, determinados, complejos en su carácter y condiciones, como son todas las criaturas humanas, y con más vida y más perfecta vida que la vida que da naturaleza; este don, este arte, pocos le han tenido como Shakspeare. Ofe-
lia, Desdémona, Julieta, Miranda, Beatriz, Hero, Lady Macbeth, Otelo, Hamlet, Shy-

lock, Falstaff, Yago y tantos otros, viven en la mente de los hombres con mayor firmeza y consistencia, que los más ilustres y claros varones que fueron en realidad: que todos los gloriosos sabios, héroes, políticos y capitanes que vivían en el mundo, mientras que estos personajes fantásticos iban saliendo del cerebro de Shakspeare, provistos ya del elixir de perpetua juventud y vida, desde el año de 1589 al de 1614. Después, lejos de evaporarse, lejos de desvanecerse tales creaciones, han adquirido mayor brio y virtud inmortal, se han bañado en nuevos fulgores de gloria, se han revestido de cuantos hechizos logra crear el arte humano. El escultor las ha fundido en bronce ó las ha dado cuerpo en el mármol; el pintor ha empleado en ellas todo el primer de sus pinceles y las más ricas tintas de su paleta; el grabador ha agotado la finura y maestría de su buril, y el músico ha buscado y hallado, para expresar sus pasiones, las melodías más conmovedoras y las armonías más profundas.

Grande ha sido el valor de Shakspeare

para conseguir esto: pero ha sido mayor su fortuna. ¿Quién duda, sin embargo, de que la fortuna es el más poderoso elemento del valor?

Fausto, Margarita y Mefistófeles, y Werther y Carlota, en la literatura alemana, y sólo D. Quijote, Sancho, Dulcinea y don Juan Tenorio, en la española, son los personajes que por la notoriedad, la fama, y el fulgor glorioso, pueden compararse á los personajes de Shakspeare, en las otras literaturas europeas.

Pero ¿depende esto de que en los dramas de Lope, Tirso, Calderon, Moreto, Alarcon y Rojas, de que en todo nuestro gran teatro español no haya más personajes que don Juan, con tanto aliento de vida, con tanta predestinacion para la inmortalidad, como los héroes shakspearianos? La verdad es que no hay en nuestro gran teatro español otros personajes que vivan como aquellos. ¿Fué mengua de nuestros poetas ó de la fortuna?

Shakspeare escribió para un pueblo que empezaba á ser grande, que iba á exten-

der su imperio, á mejorar su civilizacion castiza y propia, á difundirla y á hacerla valer por todas las regiones del mundo. Como escribió para el pueblo, escribió inspirado y lleno de los pensamientos y sentimientos del pueblo, y su mente y sus obras están henchidas de lo porvenir; contienen en gérmen todo el espíritu de Inglaterra en el dia. Nuestros dramáticos escribieron tambien para el pueblo, inspirados y llenos de los sentimientos del pueblo, pero de un pueblo que moria, de un pueblo cuya civilizacion castiza y propia iba á desaparecer, y cuyo espíritu de entónces no habia de ser el espíritu de ahora. De aquí que aquellos héroes hablen una lengua que apenas entienden ya los españoles, y expresen sentimientos é ideas de que los españoles mismos ya no participan. ¿Cómo, pues, han de entenderlos los extranjeros, cuando los españoles no los entienden ya?

Aquellos poetas, con todo, eran tambien soberanos; pero ni ellos, ni sus héroes, pueden hoy vivir como Shakspeare y los suyos. Vista y reconocida su grandeza, no

se les puede negar otro destino, que ya empieza á cumplirse. Para el vulgo de otros paises, y áun para no pocos de sus más eruditos escritores, no sólo la potencia política, sino la potencia intelectual de España, se ha extinguido ya. La Revista de Edimburgo, encomiando á Fernan Caballero, supone que en Quevedo acabó nuestra literatura, y que despues, hasta Fernan Caballero, nada hemos tenido digno de mentarse. Taine asegura que la literatura española feneció á mediados del siglo XVII. Considerada, pues, nuestra literatura como una literatura muerta, y nuestra civilizacion como una civilizacion pasada, es de esperar que los eruditos, arqueólogos y humanistas, nos desentierren ó nos acaben de desenterrar, para hacernos justicia, y que, ya que no vivan nuestros poetas como Shakspeare, ni unos héroes como otros, sean Lope y Calderon, como Esquilo y Sofocles, y valgan y vivan sus personajes, como Prometeo y Edipo y otros anticuados personajes del teatro griego.

Por lo pronto, ocurre una cosa muy tris-

te, pero inevitable, que se explicará con un ejemplo. Tengo yo un amigo pintor. Ha pintado lindamente á Fausto y Margarita, y á Julieta y Romeo. Varias veces le he rogado que pinte algo tomado de nuestra literatura dramática. Ha contestado, sin consentir réplica ni hallarla yo: nadie entendería mi cuadro, nadie reconocería los personajes, nadie sabría la acción, como no diese yo de antemano á cada espectador del cuadro un pliego de papel escrito, donde se explicase todo por menudo. Mi amigo el pintor tenía razón de sobra.

En cambio la vida de Shakspeare y de sus héroes es clara, notoria y contemporánea vida. La generalidad del público conoce ya de fama á muchos de estos héroes, ó los conoce por imitaciones ó por estampas y pinturas, ó por las óperas en que aparecen cantando. Bueno es que los conozca tales como son, en su primitiva fuente, en Shakspeare mismo.

La traducción de D. Jaime Clark vale para esto como pocas traducciones. Para quien no sepa con toda perfección la lengua

inglesa, y sea nacido en España, esta traducción será más útil y mil veces más agradable que el original inglés y que toda traducción francesa por buena que sea.

Creo que debo terminar felicitando á mi amigo D. Jaime Clark por su excelente trabajo.

J. VALERA.

AL QUE LEYERE.

Para el mejor desempeño del trabajo que tengo el honor de ofrecer al público, me he servido de una de las últimas ediciones de las obras de Shakspeare que se han publicado en Lóndres, á saber, la edicion llamada del Globo (*The Globe Edition*), cuyo texto está ordenado segun las reglas seguidas por los compiladores de la excelente edicion de Cambridge. Me he valido además de la afamada traduccion alemana de Schegel y Tieck, cuyo auxilio ha facilitado notablemente mi tarea. En algunos casos he consultado la traduccion francesa de Letourneur, revisada, corregida y completada por varios traductores y comentadores modernos.

Dudando de mis fuerzas, harto escasas para reproducir con la fidelidad, energía y concision que fueran de desear los pensamientos sublimes, atrevidos, tiernos y patéticos, y á veces intriuca-dos, del gran dramaturgo inglés, he procurado que mi traduccion tuviese al ménos el mérito de ser fiel y tan castiza como lo permitiese mi co-nocimiento del idioma castellano. Para conse-guir el primero de estos fines he tratado, no sólo de reproducir el pensamiento del autor con toda la exactitud posible, sino de imitar constante-mente su estilo, empleando los mismos metros que él en los trozos que están en verso, y dejan-do en prosa lo que está en prosa ; únicamente en las canciones y trozos que están en versos cortos he elegido metros análogos, por no estar autori-zados muchos de los metros líricos que emplea el poeta inglés por nuestros autores clásicos. En algunos trozos rimados de mucha extension he empleado la silva en lugar de los versos endeca-silabos pareados que usa con frecuencia Shaks-peare, y cuyo martilleo resulta algo monótono al oido.

En cuanto á los chistes, retruécanos, juegos de palabras, refranes y expresiones familiares y

peculiares de la época en que escribió Shakspeare, y de los cuales están salpicadas sus obras, he procurado siempre verterlos al castellano por analogía; en los casos en que esto no me ha sido posible, bien sea por no existir tales dichos y retruécanos en nuestro idioma, ó bien por serme desconocidos, los he traducido sencillamente, tratando de conservar en lo posible el sentido doble ó el chiste que encierran en el original.

He procurado evitar, como manda el gusto de nuestros rigoristas modernos, aunque no el uso de nuestros clásicos antiguos, la asonancia final en los versos endecasílabos libres; pero en algunos casos no he tenido destreza suficiente para huir de este defecto sin alterar notablemente el sentido del original, ó debilitarlo alargando inútilmente el giro de la frase. Entre incurrir en tal defecto ó evitar la asonancia alterando el sentido y debilitando la expresión, he preferido siempre lo primero; es decir he preferido siempre sacrificar la forma al pensamiento. Perdónenme esta falta los rigoristas en gracia del buen deseo que me mueve á acometer tan útil y ardua empresa, y sirvanme de disculpa ante el público la nunca bien ponderada traducción de la *Aminta*

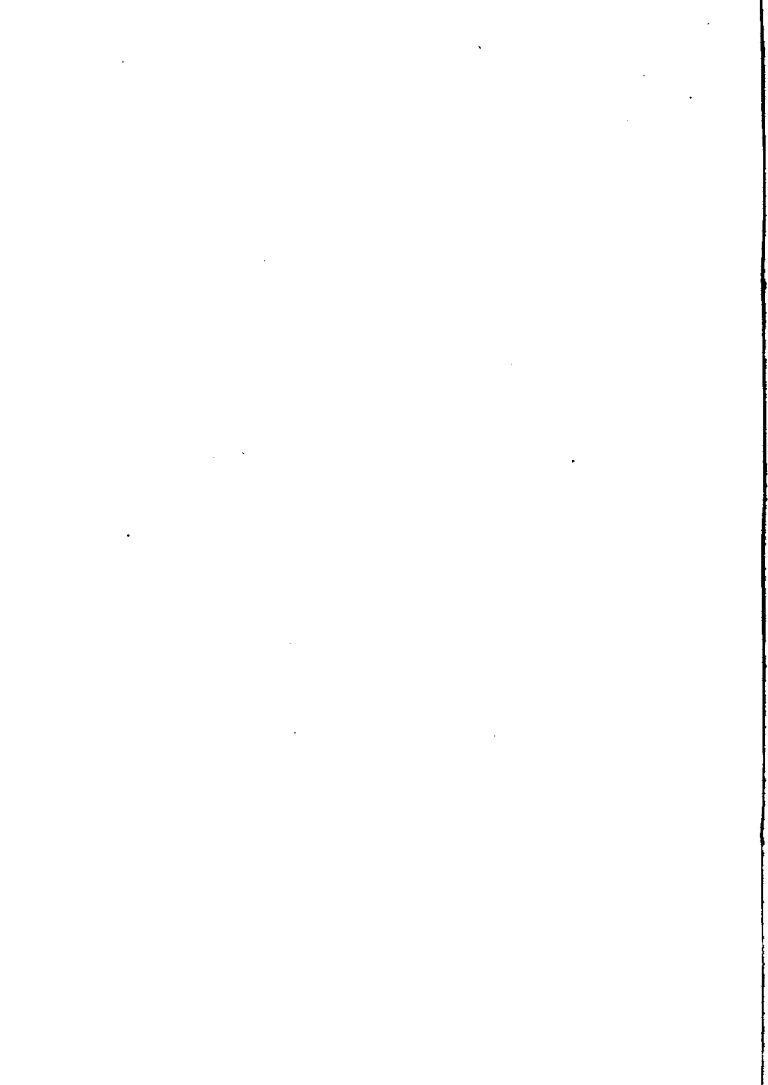
del Tasso, de Jáuregui, la bella égloga de Francisco de Figueroa, las sátiras de Jovellanos, y áun algunas composiciones líricas de Melendez y Cienfuegos, en las cuales no escasean tales lunares.

En algunos pocos casos me he visto obligado á hacer ligeras alteraciones en el texto, ó á suprimir ciertos trozos y diálogos que se refieren á costumbres y usos peculiares de la época en que escribía Shakspeare, hoy completamente desconocidos. En donde quiera que esto haya sido menester, he tenido cuidado de advertirlo en una nota.

Por estas licencias y otras muchas faltas que sin duda contendrá mi trabajo, suplico la benévola indulgencia del público, recordándole al mismo tiempo estas palabras de Fray Luis de Leon, sacadas del prólogo que puso á sus obras poéticas: «De lo que es traducido, el que quisiere ser juez, pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña á la suya, sin añadir ni quitar sentencia, y con guardar cuanto es posible las figuras del original, y su donaire, y hacer que hablen en castellano, y no como extranjeras y advenedizas, sino como

nacidas en él, y naturales. No digo que lo he hecho yo, ni soy tan arrogante; mas helo pretendido hacer, y lo confieso. Y el que dijere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entónces podrá ser que estime mi trabajo más.»

JAIME CLARK.



NOTICIAS RELATIVAS

Á LA

VIDA Y OBRAS DE SHAKSPEARE.

Uno de los sentimientos más naturales en el hombre es el de desear conocer á fondo y tener noticia circunstanciada de la vida íntima de aquellos ingenios que, por su talento ó saber, hayan dejado huella luminosa y duradera en la historia del género humano. El suceso más trivial, la circunstancia ménos importante de la vida de tales hombres suelen ser registrados, discutidos y comentados con no ménos celo que veneracion, por eruditos y biógrafos, y leídos y meditados con igual curiosidad que interes por profanos admiradores de su talento. Esta curiosidad y este interes, aquel celo y aquella veneracion suben de punto á medida que es más elevado el talento, más profundo el saber del ídolo en cuyo altar se tributa admiracion y respeto. ¿Qué mucho, pues, que Shakspeare, el poeta más popular de Inglaterra, y tal vez el genio dramático más grande de todas las épocas y literaturas, haya despertado análogo sentimiento, no sólo en sus compatriotas, sino tambien en los extraños? Desgraciadamente la curiosidad de los admiradores de Shakspeare por

conocer los hechos íntimos de su vida, ha sido y será siempre mayor que la facultad de satisfacerla en sus biógrafos. Extraño, inexplicable parece que tan poco (tan poco que es casi nada) se sepa de la vida de un hombre tan afamado, no sólo en los tiempos que alcanzamos, sino también en los en que vivió. Y sin embargo, por desdicha, demasiado cierto es, que nada ó casi nada se sabe con autenticidad histórica de la vida y los hechos de Shakspeare. No sin fundamento exclama Campbell: «El genio de la biografía ha »embalsamado á los enanos de la literatura in- »glesa, mientras dejaba á su mayor coloso enter- »rado en el olvido.»

¿A qué ó á quién debemos atribuir tan lastimosa falta? Indudablemente más que á otra circunstancia alguna al carácter de Shakspeare mismo, en extremo sencillo y modesto, más inclinado á los goces del retiro doméstico, que á los pomposos triunfos de la vida pública; y á la indiferencia con que debió mirar la fama póstuma; la esperanza de cuyo logro tantos desvelos suele causar á otros. Sabido es que Shakspeare se retiró á vivir tranquilamente en su pueblo nativo, cuando aún estaba en el apogeo de su vigor intelectual, y resonaban en sus oídos los frenéticos aplausos de un público admirador; probablemente ántes de cumplir los cuarenta y ocho años. En cuanto á la indiferencia con que miraba la fama póstuma, baste decir que no dejó uno solo de sus dramas en estado de poder ser correctamente impreso despues de su muerte.

Otra circunstancia que ha contribuido poderosamente á que sean tan escasas las noticias que acerca de la vida de Shakspeare han llegado hasta nosotros, es el abandono, la culpable dejadez de sus contemporáneos, cuya negligencia es fácil de explicar en cierto modo, si se tiene en

cuenta la poca afición que había en aquella época entre los literatos ingleses, á recoger y compilar datos y noticias biográficas; y lo que sucede con la vida de Shakspeare, acontece, aunque no siempre en tanto grado, con la mayoría de los personajes célebres ingleses de aquella época.

Hasta los elementos coadyuvaron á destruir y borrar todo recuerdo de la vida y hechos íntimos de aquel gran poeta. En el año de 1613, el teatro del *Globo*, de la propiedad del mismo Shakspeare, y en el cual fueron representados por primera vez la mayor parte de sus dramas, fué completamente destruído por las llamas; y es más que probable que pereciesen en ellas gran número de documentos relativos al poeta. Poco tiempo despues hubo un gran incendio en la villa natal de Shakspeare, Stratford-on-Avon, en cuya ocasion probablemente perecieron varias cartas suyas á sus conciudadanos. Es de suponer «asimismo que el poeta dramático Ben Jonson, contemporáneo y coetáneo de Shakspeare, tuviese cartas y manuscritos de éste; pero tambien la casa y biblioteca de Ben Jonson fueron presa de las llamas pocos años ántes de su muerte. Por último, podemos suponer que el gran incendio que en 1666 redujo á cenizas barrios enteros de la ciudad de Lóndres, destruyó documentos relativos á Shakspeare, que de otra suerte hubieran llegado hasta nosotros.

Sin embargo de estos contratiempos y de la negligencia de sus contemporáneos, la tradicion popular nos ha legado un retrato general, á guisa de rudo bosquejo, en extremolisonjero, por cierto, del carácter de Shakspeare. Drummond de Hawthornden habla de la dulzura de su carácter, comparada con la insolente arrogancia de su rival y coetáneo Ben Jonson; y el mismo Jonson dice, hablando de Shakspeare: «Le amaba tiernamente, y el respeto que me inspira su memo-

»ría casi raya en idolatría; era en verdad honrado y de condicion franca y abierta.» En efecto, todos los contemporáneos que han dejado algo dicho acerca de Shakspeare, están de acuerdo en pintarle como hombre de sentimientos nobles, de amable y divertida compañía, calificándole de *digno, dulce y querido*. John Aubrey, que floreció sesenta años despues de la muerte de Shakspeare, afirmó de él, fundándose en la tradicion, que se distinguia, no sólo por su amena compañía y la dulzura de su trato, sino tambien por su hermosa presencia. Los únicos dos retratos auténticos que se conocen de Shakspeare son el busto que se halla colocado en el monumento erigido á su memoria en Stratford, y el retrato conocido por el *Chandos portrait*. Este último sin duda hace más justicia á la figura del gran poeta, aunque difiere bastante del primero, que es en verdad una obra bastante tosca y de escasísimo mérito artístico.

Varios escritores contemporáneos de Shakspeare, tales como Heywood y Browne, formaron el propósito de escribir historias de las vidas de los poetas de su época, entre los cuales hubiera figurado en primer término el bardo del Avon; pero desgraciadamente no llegaron á realizar tal proyecto, ó si lo hicieron, sus obras no han llegado hasta nosotros. El primer biógrafo digno de tal nombre que tuvo Shakspeare, fué Rowe, quien publicó, casi un siglo despues de la muerte de aquél, una breve noticia sobre su vida. A Rowe, siguieron Farmer, y sobre todo Malone, uno de los escritores que más y con mayor esmero se han ocupado en la vida y las obras de Shakspeare. Excusado es decir que estos biógrafos y críticos han tenido un sinnúmero de imitadores, y bien podemos afirmar que pocos son los poetas que en mayor grado hayan ocupado los desvelos de eruditos y literatos. Hasta el modo que tuvo Shaks-

peare de escribir su apellido ha dado lugar á disputas y controversias; aunque esta cuestion, poco importante por cierto, quedó resuelta de un modo decisivo, con el descubrimiento, hecho á principios de este siglo, de un ejemplar de los *Essais* de Montaigne, traducidos al inglés por Florio, del cual no cabe duda alguna de que perteneció al gran poeta inglés, cuya firma lleva en esta forma, *Wm Shakspere*. Sin embargo, el uso moderno ha establecido como la más corriente la ortografía siguiente, *Shakspeare*.

Nada se sabe con certeza acerca del abuelo de nuestro poeta, á pesar de la afirmacion de Rowe de que procedia de una familia distinguida; y hasta se ignora si nació ó no en Stratford su propio padre John Shakspeare; por lo ménos los archivos de aquella villa nada dicen sobre este particular. Pero lo que Malone ha logrado probar hasta la evidencia es que el padre de Shakspeare ejercia el oficio de guantero en Stratford. Es probable tambien que traficaba en lanas y ganado; pero carece de todo fundamento la tradicion vulgar, segun la cual fué carnicero. El padre de Shakspeare se estableció en Stratford probablemente, segun Malone, por los años de 1550; en 1565 fué elegido concejal, y en 1568 primer magistrado ó sea alcalde de dicha comunidad. Esta circunstancia revela sin duda alguna que debió ser hombre de bastante importancia en aquella localidad, talvez propietario y *gentleman*. Sucasamiento con Mary Arden, hija de una familia distinguida que habia recibido concesiones territoriales del rey Enrique VII, es una prueba más de la limpieza de sangre del padre de Shakspeare. Por otra parte, en 1568, cuando fué elegido alcalde de Stratford, obtuvo el derecho de gastar escudo de armas.

Pocos años despues de este acontecimiento, el

padre de Shakspeare, cuya posicion por aquel entónces debió ser bastante próspera, se vió rodeado de apuros y en no poca estrechez, como lo demuestran las deudas que contrajo con varios conciudadanos suyos, y la necesidad en que se vió de hipotecar algunas fincas que le trajo en dote su mujer. Para colmo de desdichas se vió enredado en un pleito con uno de sus acreedores pocos años ántes de su muerte. En 1578 se le dispensó ya del pago de cierta contribucion que satisfacian los concejales para el mantenimiento de los pobres; y en 1579 su nombre figura entre los de las personas que no habian satisfecho el pago de las contribuciones municipales. Algunos biógrafos afirman que el padre del poeta murió en la indigencia; pero esto sin duda debe ser una exageracion, pues consta que á la muerte de su padre heredó Shakspeare dos casas, situadas en Stratford, ambas con jardin y huerta.

El gran poeta inglés, objeto de esta breve noticia, tercer hijo de John Shakspeare y Mary Arden, y el mayor entre los varones nació en Stratford, en el mes de Abril del año de 1564; no se sabe á punto fijo en qué dia, aunque Malone cree que fué el 23 por haber sido bautizado con el nombre de William el dia 25 de dicho mes; pero esta, como se ve, no pasa de ser una mera conjetura. Apenas contaba nueve semanas de vida, cuando estalló la peste en la villa de Stratford, cebándose de tal suerte en sus habitantes, que más de una sétima parte de la poblacion pereció á consecuencia de tan terrible azote. Felizmente, como dice Campbell, la puerta de la casa en que yacia el futuro poeta estaba, como las de los israelitas en Egipto, regada de suerte, que el ángel exterminador pasó por ella, y quedó salvo el recién nacido.

Nada se sabe, ni se conserva tradicion ni anéc-

detra alguna relativa á los primeros años de la vida de Shakspeare. Probablemente no recibió otra educacion que la que se daba en la escuela gratuita de Stratford. Algunos tal vez lamentarán esta falta de erudicion en un talento tan favorecido por la naturaleza; pero nosotros no podemos ménos de sospechar que esta desventaja aparente fué, más que perjudicial, benéfica á la imaginacion y talento natural del poeta, á cuyo desenvolvimiento contribuye, más que el estudio afanoso y la lectura, el cultivo independiente de la inteligencia, y el libre ejercicio de la fantasía. Shakspeare estudió poco en los libros, pero mucho en la naturaleza, como lo demuestra el profundo conocimiento de las pasiones, de los afectos y resortes del corazon humano que revela en sus obras. La circunstancia de haber sacado Shakspeare la mayor parte de los argumentos de sus dramas, de novelas, biografías é historias traducidas y no originales, parece indicar que debió ser escasísimo su conocimiento de las lenguas y literaturas, así modernas como antiguas. Sin embargo, no cabe duda de que estudió latinidad en la escuela de Stratford. Por otra parte, las bellísimas imágenes, las sublimes metáforas y símiles sacados de la mitología pagana, de que están sembradas sus obras, revelan hasta qué punto supo apreciar aquellas poéticas tradiciones, fuente eterna de inspiracion divina.

Rowe cree que Shakspeare tuvo que abandonar sus estudios en la escuela de Stratford á consecuencia de los apuros pecuniarios de que se halló rodeado su padre; pero más probable parece, y así opina también Malone, que dejó las aulas para ejercitarse en algun oficio con que poder proveer á su propio sustento. Es posible, asimismo, que su padre le retirase de la escuela para que le ayudase en sus propios negocios. Una tradicion re-

fiere, no sabemos con qué fundamento, que Shakspeare pasó algunos años de aprendizaje en el bufete de un abogado. Con efecto, en algunos de sus dramas revela un conocimiento tan íntimo de los términos legales, de las astucias, sutilezas, enredos y picardías que suelen practicar los intérpretes de las leyes, que éstos, enorgullecidos con la idea de haber tenido por colega á un ingenio de tal valer, afirman que ese ave del paraíso, como dice Campbell, hubo por fuerza de cobijarse por algun tiempo en su tenebroso nido. Pero no es la abogacia el sólo campo en que brilla el conocimiento práctico y la lucidez del genio de Shakspeare. En achaques de milicia, de náutica, de comercio, de política, y áun de profesiones, oficios y ocupaciones ménos nobles y dignos, se muestra igualmente sabihondo y licenciado. Es de suponer, por tanto, que estos conocimientos prácticos de que tantas pruebas da en sus obras, son debidos, no á un aprendizaje formal á tal ó cual oficio ó profesion, sino al natural despejo de su claro ingenio, y á la potencia observadora y retentiva de sus raras facultades. Sean cuales fueren las ocupaciones de Shakspeare durante el período que trascurrió entre su salida de la escuela y su ida á Lóndres; lo cierto es que en aquel trascurso se verificó su enlace con Anne Hathaway, hija, segun datos bastante auténticos citados por Rowe, de un rico labrador de Stratford. El casamiento de Shakspeare se celebró, no en la villa de Stratford, sino probablemente en algun lugar vecino, en el mes de Noviembre de 1582. Tenia entónces diez y ocho años, y su mujer, veintiseis, segun consta en un documento auténtico relativo á aquel acto, que aún se conserva. En Mayo del año siguiente (1583) su mujer dió á luz una hija, la cual nació, segun afirma Malone que lo atestiguan los registros de Stratford, seis me-

ses y dias despues del casamiento de sus padres, y fué bautizada en Stratford con el nombre de Susana. Esta venida al mundo algo prematura de la hija mayor del poeta, nos hace sospechar que su casamiento á la precoz edad de diez y ocho años con una mujer de veintiseis, pudo ser consecuencia de alguna calaverada del jóven Shakspeare, la cual ciertamente no dejaria de estar en armonía con algunas anécdotas de su vida juvenil que nos ha legado la tradicion.

A juzgar por las indagaciones hechas por Malone, los antecesores de la esposa de Shakspeare fueron labradores, y aún parece que poseia su padre alguna tierra de su propiedad; pero no consta que recibiese Shakspeare dote alguno con su mujer. Esta dió á luz, próximamente diez y ocho meses despues del nacimiento de su hija Susana, un hijo y una hija gemelos, que fueron bautizados en Febrero de 1584 con los nombres de Hamnet y Judita. Parece que Shakspeare no tuvo más hijos de su mujer.

Cuenta la tradicion que pocos años despues de su enlace, un acontecimiento imprevisto obligó á Shakspeare á abandonar á su mujer é hijos en Warwickshire, y á refugiarse en Lóndres. Rowe, que da entera fe á esta anécdota, la refiere en los términos siguientes: «Por desdicha, bastante comun en la juventud, cayó Shakspeare en mala compañía, y algunos de sus camaradas, que tenían aficion más peligrosa que legítima á los venados que poblaban los parques circunvecinos, le indujeron más de una vez á cazar en el parque de un tal Sir Thomas Lucy, de Charlecote, no léjos de Stratford. Estas fechorias fueron causa de que dicho señor le persiguiese ante los tribunales, y la venganza inspiró al poeta una sátira contra el demandante, sátira tan mordaz y ofensiva, que movió á Sir Thomas á redoblar sus esfuerzos para

castigar á Shakspeare, el cual no tuvo otro remedio que huir de aquella localidad para evitar la saña de su enemigo.»

A juzgar por la única estrofa, de dudosa autenticidad, que se conoce de dicha sátira, ésta debió ser, por cierto, indigna aún de la musa de un cazador furtivo.

Malone desecha como ficticia esta historia del robo de los venados, y dice que mal podría Shakspeare robar los ciervos de Sir Thomas Lucy, cuando está probado que este señor no tuvo jamás un parque de ciervos. Campbell cree que esta no es prueba suficiente para negar el hecho, pues sin tener parque, Sir Thomas pudo tener ciervos en algunas de las fincas de su propiedad, y es sabido que el delito de que se acusa á Shakspeare era por demas comun entre los jóvenes de su época. Pero sea de esto lo que fuere, no cabe duda de que algun contratiempo obligó á Shakspeare á abandonar su ciudad nativa y á separarse de su mujer para dirigirse á Lóndres, en donde se estableció, segun se calcula, por los años de 1586 ó 1587. Parece que á su llegada á la metrópoli abrazó desde luego la profesion de cómico. Es más que probable que tuviese Shakspeare relaciones de amistad con algunos de los primeros cómicos de aquella época, pues de dos de ellos se sabe que fueron conciudadanos suyos, y de otro se cree que fué hasta pariente próximo del poeta. La tradicion popular, seguida por Rowe, afirma que Shakspeare dió principio á su carrera teatral siendo traspunte; pero es muy probable que este dato se refiera á uno de los hermanos del poeta, dos de los cuales fueron cómicos. Otra tradicion, aún ménos verosímil que la anterior, cuenta que, ántes de ser cómico y poeta dramático, se ocupó Shakspeare, inmediatamente despues de su llegada á Lóndres, en tener los caballos de los es-

pectadores que acudían á ver la función. Ambas aseveraciones nos parecen aún más que improbables, habiendo probado Mr. Collier, por documentos descubiertos por él, que en el año de 1589, es decir, muy pocos años después de la llegada de Shakspeare á Londres, tenía éste ya parte en la propiedad del mismo teatro en que se nos quiere hacer creer que dos ó tres años ántes desempeñaba tan humilde destino. Esta circunstancia indica, al parecer, que el gran poeta no pudo ser tan mal actor como algunos han querido suponer, entre otros Rowe. En prueba de su escaso talento como actor se ha dicho que solía representar el papel de fantasma en su propio drama *Hamlet*, el cual por cierto no es uno de los más insignificantes de la obra; exige, sobre todo, una hermosa presencia, y cierta solemne majestad en la voz y los movimientos, que no suelen ser atributos de malos actores. El doctor Drake, en su obra intitulada *Shakspeare and his Times, etc.*, cita algunos versos del poeta John Davies de Hereford, que florecía á principios del siglo XVII, de los cuales se infiere que Shakspeare solía representar los papeles de reyes. En suma, podemos suponer que tenía bastante aptitud para el arte escénico, aunque nunca llegó á brillar en él como lo hizo en el arte mucho más difícil de la poesía dramática.

La historia del origen y desenvolvimiento del drama en Inglaterra es muy análoga á la del drama español. Los dramas sacros, llamados comunmente *misterios* en Inglaterra, son las primeras obras de que nos da cuenta la historia de la literatura dramática inglesa. Los personajes que en ellas figuraban eran casi siempre bíblicos ó religiosos, y el clero tomaba una parte principal en su representación. A estos *misterios* siguieron otra clase de espectáculos análoga, que general-

mente se representaban delante de los reyes, y en honor suyo, en las festividades públicas. Pero uno y otro género habían caído en desuso ántes que se dedicara Shakspeare al arreglo y composición de obras para el teatro. En cambio estaban muy en boga las imitaciones y traducciones del teatro clásico antiguo, y en las obras de este género es donde debemos buscar la verdadera fuente del drama moderno inglés. Por regla general estas obras eran debidas á los profesores y estudiantes de las universidades y escuelas públicas, y casi todas ellas se distinguen por el mal gusto de sus autores, que trataban de imitar á los antiguos, sin entenderlos y sin apreciarlos debidamente; basta decir que el autor clásico á quien parecían tener en mayor estima era Séneca. Casi todas las obras dramáticas inglesas anteriores á Shakspeare se parecen en la irregularidad del plan, la extravagancia del estilo, siempre hiperbólico é hinchado, la monotonía y frialdad de las escenas trágicas, y las bufonadas triviales y groseras que constituyen su parte cómica.

Entre los poetas dramáticos que precedieron inmediatamente á Shakspeare citaremos como los más distinguidos á Peele, Greene y Marlowe. De estos tres, Marlowe es el único que puede ser calificado de gran poeta. Adolecen sus obras de ampulosidad y exageración en el lenguaje, que era el defecto común de los poetas ingleses de aquella época; pero los caracteres de sus dramas están trazados con una energía y vigor de que no ofrece ejemplo ninguno de sus predecesores. Campbell, dice que «si Marlowe hubiese vivido, Shakspeare hubiera tenido casi un competidor en él.»

En Inglaterra, lo mismo que en España, las primeras obras dramáticas fueron representadas en iglesias, refectorios de seminarios, aulas de es-

cuelas públicas, en los patios de los castillos de los nobles, ó en los corrales y graneros de mesones y cortijos; pero cuando Shakspeare dió principio á su carrera, el drama inglés habia adquirido, no sólo nombre y fama, sino tambien una morada estable. El primer edificio destinado exclusivamente á las exigencias del drama fué erigido en Inglaterra, en el año de 1570, con el nombre de Teatro, en el barrio de Lóndres llamado de *Blackfriars*, y es indudable que á la sazón en que llegó Shakspeare á aquella ciudad habia ya en ella varios edificios de esta clase. Para que el lector pueda formarse una idea de la forma en que fueron puestas en escena por primera vez las obras del gran poeta inglés, creemos oportuno insertar aquí la siguiente descripción que hace el erudito crítico y anticuario Dyce de los primeros teatros ingleses.

«Casi todos estos edificios, dice, eran de madera. Los que llevaban, no sabemos por qué motivo, el nombre de teatros particulares, estaban cubiertos con un tejado, mientras que los teatros públicos no tenían otra bóveda que la del firmamento, salvo el escenario y las galerías, que estaban cubiertos. En la fachada de estos edificios se veía una muestra con el nombre del teatro, y durante la representación se izaba una bandera en el tejado; su distribución interior era semejante á la de los teatros modernos: habia galerías ó tablados alrededor, y detras de estos los palcos destinados á los espectadores de la clase más elevada. En los teatros particulares estos palcos estaban provistos de cerrojos, cuyas llaves se entré-gaban á las personas que los alquilaban. El centro del edificio lo formaba el patio, que estaba separado del escenario por una doble empalizada. En los teatros particulares habia asientos en el patio, mientras que en los teatros públicos no

disfrutaban de esta comodidad los espectadores que frecuentaban aquella localidad.

»El cuerpo del edificio estaba alumbrado por medio de faroles ó linternas de gran tamaño, y dos enormes candelabros daban luz al escenario. La orquesta, que constaba de escaso número de instrumentos, ocupaba una especie de galería situada encima de los palcos de proscenio. Los instrumentos que más comunmente se usaban eran trompas, cornetines, obóes, laúdes, flautas, violas y órganos.

»Mientras aguardaba á que empezase la función, el auditorio se entretenía en leer, jugar á los naipes, fumar, beber cerveza, y en comer nueces y manzanas; áun durante la representación, los aficionados, los críticos y petimetres, deseosos de llamar la atención, tenían por costumbre el colocarse en el escenario tumbados sobre los juncos que cubrían el tablado, ó sentados en escaños alquilados, en tanto que sus pajes les proveían de pipas y tabaco. Esta costumbre duró hasta el tiempo del gran actor Garrick, es decir, hasta mediados del siglo XVIII.

»Al tercer toque de clarín comenzaba la función. El telón se abría por el centro, á guisa de cortina, colgada de una barita de hierro, de suerte que podía correrse y descorrerse fácilmente. Las decoraciones tenían todas la misma forma que el telón. En el fondo solía haber siempre un balcón, cuya meseta estaba á una altura de ocho ó nueve pies del suelo, y servía de galería ó de aposento superior; estaba provisto de cortinas para ocultar cuando fuere menester á los actores que desde allí recitaban sus papeles. El techo del escenario estaba pintado de azul ó adornado con paños de dicho color, y se le llamaba *los cielos*. El tablado del escenario estaba cubierto, por regla general, de juncos, y en casos extraordinarios de una es-

tera. Es indudable que no se usaban decoraciones movibles; una tabla con el nombre del lugar de la accion pintado en ella en gruesos caracteres, estaba colocada de suerte que podia ser vista desde todas las localidades del teatro. Tal vez, cuando era necesario que el espectador se figurase que se habia verificado una mutacion de escena, un dependiente de la empresa suplicaba al público que imaginase por un momento que el actor, el cual no habia abandonado la escena, habia sido trasladado de pronto á un lugar distinto. Un lecho, sacado á la escena, representaba un dormitorio; y una mesa con recado de escribir bastaba para convertir el escenario en un estudio ó un escritorio. Rudos armazones hechos de madera y lona servian para figurar torres, baluartes, cavernas, grifos, árboles, etc. El uso de los escotillones corresponde á la infancia del arte teatral; pero subir un personaje celeste á la bóveda del escenario era una empresa que superaba las fuerzas de los maquinistas escenógrafos de entónces.

»En los teatros principales los mejores vestuarios solian ser costosos. Los cómicos que hacian papeles de hombres gastaban á veces pelucas: hacian los papeles de mujeres, niños ó mancebos, que tal vez solian disfrazarse con máscaras. El autor encargado de recitar el prólogo salia revestido de una capa negra de terciopelo; por regla general se omitia el epílogo. Durante la representacion del drama, el gracioso improvisaba chistes y bufonadas; en los entreactos tocaba la orquesta, y se amenizaba el rato con canto y baile. La representacion acababa con un sainete ó entremes en que hacia un papel importante el gracioso, y en que solia haber casi siempre música y baile. Una oracion en favor de la reina Isabel, pronunciada por todos los actores de rodillas, remataba la funcion.

»El precio de entrada variaba segun la impor-

tancia del teatro: un asiento en los palcos principales costaba un chelin (cinco reales); un puesto en las galerías ó en el patio, seis peniques (dos reales y medio), dos peniques, y á veces un solo penique. La funcion empezaba á las tres de la tarde. Durante el reinado de la reina Isabel habia teatro el domingo lo mismo que en los demás dias de la semana; pero parece que en tiempos de sus sucesores las representaciones teatrales no eran toleradas en domingo sino en palacio.»

Tal era la condicion material del teatro en Inglaterra cuando llegó Shakspeare á Lóndres. Hay motivo bastante fundado para creer que dió principio á su carrera de autor dramático arreglando al gusto de sus contemporáneos varias obras de los poetas que le habian precedido; y se sabe positivamente que por el año de 1592 se ocupaba en esta tarea, pues el autor dramático Greene, que murió en aquel año, hace alusion á Shakspeare en una de sus obras, quejándose de esa especie de pirateria literaria. Es probable tambien que por esta época compusiese Shakspeare uno de sus poemas no dramáticos, los cuales le dieron bastante fama, cuando aún era poco conocido como dramaturgo.

Él mismo, en la dedicatoria de su *Vénus y Adónis*, llama este poema, el primer parto de su ingenio: lo dió á luz en 1593, y el año siguiente publicó *El rapto de Lucrecia*. Dedicó entrambos al conde de Southampton, quien, segun Rowe, le recompensó con la cuantiosa suma de mil libras esterlinas, cantidad que en aquella época equivalia á cinco veces el valor que hoy representa, cuya circunstancia nos hace dudar de la veracidad de esta anécdota. Estos dos poemas nada pueden añadir á la fama de Shakspeare, aunque fueron bastante apreciados en su época. El primero es prolijo en extremo, y está escrito en un estilo

culto é hiperbólico que revela un mal gusto poético, que las escasas bellezas que contiene la obra no son parte á atenuar. El segundo, en estilo y gusto se distingue muy poco del primero, y su enojosa moralidad lo hace aún más pesado. *La querella del Amante* y los *Sonetos* fueron publicados juntamente en 1609; pero es indudable que algunos de los últimos eran conocidos por lo ménos ántes de aquella época. *La querella del Amante* no deja de contener algunos trozos de delicada poesía; pero los defectos de estilo y de gusto son tan notables en este poema como en los dos de que arriba hacemos mencion. De los ciento cincuenta y cuatro sonetos que compuso Shakspeare, dos ó tres son dignos del autor de *Romeo y Julieta*; pero la mayor parte, nos parecen, á pesar del elogio que les tributa Schlegel, áun inferiores á los citados poemas. Gran número de estos sonetos van dirigidos á un amigo del autor que se supone ser el conde de Pembroke. Los sonetos amorosos revelan una pasion exagerada y falsa en sus sentimientos. En la coleccion de poesías conocidas por el *Peregrino apasionado* hay algunas composiciones que han sido atribuidas á la pluma de Shakspeare; pero parece que fueron publicadas sin su consentimiento, y es imposible hoy averiguar cuáles son suyas y cuáles no lo son.

Como arriba dejamos dicho, la primera ocupacion de Shakspeare al llegar á Lóndres, fué la de actor. Es probable que en un principio tuviera que luchar con dificultades y escasez de medios para vivir; pero sus apuros no debieron ser de larga duracion, pues muy pocos años despues de su emigracion á la córte, tenia una pequeña parte en la propiedad del teatro en que trabajaba, y en 1596, diez años á lo sumo despues de su llegada á Lóndres, estaba interesado en dicha empresa por una parte muy considerable. Por esta época

disfrutaba además, como lo atestiguan varios documentos fidedignos, del patrocinio de algunos de los primeros grandes del reino, tal como los lores de Southampton y Pembroke; esta circunstancia prueba hasta la evidencia que en 1596 Shakspeare era apreciado como uno de los actores dramáticos más eminentes de su época. No existe prueba alguna fehaciente de que gozase Shakspeare directamente del favor de la reina Isabel; pero es de suponer que aquella ilustre soberana apreciase en alto grado tan raro y fecundo ingenio. La tradición refiere que la reina misma, entusiasmada con el tipo cómico de Falstaff, uno de los personajes del drama titulado *Enrique IV*, manifestó deseos de ver á aquel hidalgo bebedor y mentiroso en una escena de amores, y para complacer á su augusta admiradora, escribió Shakspeare *Las alegres comadres de Windsor*.

Hay además otras varias pruebas de la próspera situación en que por entónces vivía Shakspeare; entre otras existe aún una carta fechada en 1596, en que un compatriota suyo le escribe pidiéndole prestada una suma de treinta libras, cantidad considerable en aquella época, y el contenido de la carta revela que el que la escribió no tenía recelo alguno de recibir una contestación negativa á su demanda. Por otra parte, parece que en 1597 compró Shakspeare una de las principales casas de Stratford, adonde se retiró más tarde á pasar en compañía de su anciana Anne Hathaway los últimos años de su vida; y poco tiempo despues, en 1602, adquirió otras tierras y fincas en dicha villa por valor de trescientas libras esterlinas.

Es de suponer que Shakspeare no dejase de visitar su ciudad natal durante los años de su residencia en Lóndres. Chalmers y el doctor Drake afirman, aunque sin prueba suficiente, que áun

después de su emigración pasaba la mayor parte del año en Stratford. Por lo ménos podemos creer que en dos ocasiones no dejaría de volver á dicho pueblo: en la de la muerte de su hijo Hamnet, acaecida en 1596, y en la del casamiento de su hija mayor Susana, con el médico John Hall, en 1607.

Por los años de 1598, se cree trabó Shakspeare amistad estrecha con el poeta Ben Jonson, autor dramático, y tal vez el más erudito de su época, y de ellos se cuenta que formaban parte de una tertulia de literatos y hombres de chispa, que celebraban reuniones periódicas en la taberna de la Sirena, en Friday-Street. Shakspeare, Jonson, Beaumont, Fletcher y Donne, son los nombres más distinguidos de los talentos que formaron parte de este club, en el cual, á juzgar por el recuerdo que de él aún subsiste, no debieron escasear las justas literarias y de ingenio, el buen humor y el gracejo de que nos habla Beaumont en una epístola dirigida á Ben Jonson.

Apenas subió al trono de Inglaterra el rey Jaime I, de la casa de Estuardo, cuando se apresuró á premiar el mérito de Shakspeare como poeta y director dramático, nombrando á él y su compañía, por cédula de fecha de 29 de Mayo de 1603, que aún se conserva, actores de su real cámara, habiéndolo sido hasta entónces del lord Chamberlan.

Después de haber seguido en este bosquejo biográfico las pocas peripecias conocidas ó supuestas de la vida del más grande de los poetas ingleses, hasta dejarle en la cúspide de su fama y prosperidad, juzgamos oportuno dar aquí una breve reseña de las obras que constituyen su mayor título á la veneración y respeto de las edades todas. Es difícil, casi imposible, fijar las respectivas épocas en que fueron compuestos los dra-

mas de Shakspeare. Él mismo nada nos ha dejado dicho acerca de este particular; y es evidente que se ocupó tan poco en corregir, revisar é imprimir estas obras, que la mayor parte de ellas, pocos años despues de su muerte, cayeron en manos de editores nada escrupulosos, que se sirvieron, para darlas á luz, de los manuscritos enmendados y desfigurados que se hallaban en manos de los cómicos, desde tiempo inmemorial enemigos acérrimos de la pureza literaria. Así es que en casi todas las obras de Shakspeare hay omisiones manifiestas, y en algunas, tal vez, trozos añadidos por sacrilegas plumas. Es indudable además, que otras obras que pasan por suyas, no son sino arreglos de obras de otros ingenios, aunque el número de estas es muy contado. Entre ellas debemos citar el *Tito Adrónico*, las tres partes de *Enrique VI*, y tal vez el *Péricles*. Por otra parte tenemos noticia de seis dramas inscritos como de Shakspeare en el archivo de los obreros de Lóndres, en aquella época; pero los mejores críticos, salvo el aleman Schlegel, están de acuerdo en considerarlos como apócrifos. Los títulos de estos dramas son: *El proceso de París*; *El nacimiento de Merlin*; *Eduardo III*; *La hermosa Ema*; *El diablo alegre de Edmonton*, y *Mucedorus*.

A pesar de la escasez de noticias que poseemos relativas á la historia de la composicion de los dramas de Shakspeare, el erudito Malone (¿qué enigma habrá que no logre descifrar el infatigable teson de un bibliófilo?) ha señalado fechas probables á casi todos ellos. Reproducimos estos datos por juzgar de interes todo cuanto hayan podido manifestar críticos notables acerca de las obras de tan gran ingenio; pero con todo el respeto que nos infunde la opinion de Malone, no podemos ménos de sospechar que esas fechas son en extremo dudosas.

Ya digimos arriba que Shakspeare dió comienzo á su carrera de autor dramático, arreglando obras de autores que le habian precedido en el campo teatral. Debemos suponer, por tanto, que pertenecen á su primera época aquellas obras en que se descubre de un modo manifiesto la cooperacion de ingenios extraños; tales son los dramas ya citados *Tito Andrónico*, *Péricles* y *Enrique VI*. Malone cree que las últimas dos partes de este drama, en que son más evidentes los rasgos del genio de Shakspeare, corresponden al año de 1591.

Igual fecha da á la comedia *Los dos hidalgos de Verona*. En esta obra se ve que Shakspeare aún no habia llegado á la madurez de su ingenio. La accion está conducida con no poca torpeza, y abundan en ella las inverosimilitudes más que en otras obras del autor.

A esta sigue probablemente la *Comedia de Broreros*, que no es sino una imitacion de los *Menecmos* de Plauto.

Otra de las obras más débiles de Shakspeare es la titulada: *Trabajos de amor perdidos*, que se cree escrita en 1592.

En 1598 aparecieron, segun Malone, *Ricardo II* y *Ricardo III*. El primero de estos dramas está escrito con más pureza de lo que suele manifestar Shakspeare en su estilo y lenguaje; y otra circunstancia rara que la distingue es la de no contener ninguna escena cómica. El *Ricardo III* en cambio es una de las obras en que á mayor altura raya el poder creador del poeta. El tipo del astuto Ricardo es indudablemente uno de los caracteres más originales, más sublimes y más perversos que jamás trazó su mágica pluma.

A *Ricardo III* sigue *El Mercader de Venecia*, obra admirable, una de las más populares del teatro inglés, y en que se ve al autor dominar por

completo el arte en que nadie le superó. Se cree que fué escrita en 1594.

Al mismo año corresponde *Un sueño de una noche de verano*, la obra más fantástica y más graciosa del poeta. Si podemos creer que una obra revela el estado de ánimo en que se halla el poeta cuando la escribe, grande debió ser el reposo de ánimo y la felicidad de Shakspeare cuando trazó tan ameno cuadro.

En 1596 apareció *La doma de la tarasca*. Es indudable que la fábula de esta comedia está tomada de otra que algunos años ántes fué inscrita en el archivo de la compañía de librerías de Londres con casi idéntico título. También tiene alguna semejanza con la comedia de Ariosto *Las suposiciones*. Excusado es decir que Shakspeare mejoró notablemente las obras que le sirvieron de base para su comedia, aunque no es esta de las en que á mayor altura raya.

En el mismo año (1596) se cree que compuso *Romeo y Julieta*, una de sus mejores obras. La fábula no es original tampoco. En 1562 un poeta inglés publicó un enojoso poema de cuatro mil versos titulado *La trágica historia de Romeo y Julieta*, imitación sin duda de la novela italiana de Luigi da Porto. Es de suponer que Shakspeare se valió del poema inglés para bosquejar la fábula de su tragedia.

En 1597 apareció la primera parte de *Enrique IV*. En ninguna de sus obras revela Shakspeare más originalidad, más maestría que en la primera parte de este inimitable drama: el tipo de Falstaff, tal vez el más perfecto que trazó la pluma del gran poeta, no tiene rival en ningún teatro antiguo ni moderno. También están dibujados de mano maestra el rey, Hotspur, Douglas y Glendower.

El rey Juan corresponde, según Malone, al

año de 1596; segun Dyce, al de 1598. No es sino una refundicion de un drama más antiguo que se titula *El reino turbulento del rey Juan de Inglaterra, etc.* Anterior á éste escribió el obispo de Ossory, en Irlanda, John Bale, una tragedia titulada *El rey Juan*. Se ve que el principal objeto de Shakspeare al refundir la obra que le sirvió de pauta, no fué otro que el de arreglar cuanto ántes un drama para su teatro, pues no hizo más que reproducir los mismos personajes y los mismos incidentes, aunque realzándolos siempre con la maestría propia de su gran talento.

Tambien corresponde al mismo año (1596) la comedia *A buen fin no hay mal principio*. La fábula primitiva es de Boccacio, pero es más probable que Shakspeare la sacara de una novela titulada *Gilette de Narbona* que publicó Painter en su *Palace of Pleasure*. Sin embargo, en esta obra, que no es de las mejores de Shakspeare, éste se ha separado bastante del cuento original.

A esta comedia sigue probablemente el drama histórico *Enrique V*, en que vuelve á aparecer Falstaff y otros personajes que figuran en el *Enrique IV*. Para la composicion del *Enrique V* tambien se valió Shakspeare, aunque con bastante discrecion, de un drama más antiguo que lleva el mismo titulo. El número excesivo de escenas belicosas de que está sembrada esta obra, la hace una de las ménos á propósito para ser debidamente apreciada en las tablas; con todo, contiene escenas y trozos de gran mérito.

La linda comedia *Como os guste* apareció en 1599. El plan de ella está sacado de la novela de Lodge, titulada *Rosalinda ó el legado de oro de Euphues*. Es menester confesar que hay bastante semejanza entre una y otra en cuanto á las situaciones é incidentes; pero ¡cuánto dista el original de la copia en viveza é interes! El primero es una

novela pedante y enojosa, como casi todas las que por entonces se escribían; la segunda es una comedia llena de gracia y poesía, y una de las obras más populares del teatro de Shakspeare.

El año 1600 es la fecha que dan los críticos á *Mucho ruido para nada*; á nuestro parecer la obra en que con más maestría están combinados y amalgamados lo cómico y lo dramático. La peripecia principal, alrededor de la que gira la acción de la obra, se halla en el *Orlando*, de Ariosto. Belleforest la insertó en sus *Cien historias trágicas*, de donde la tomó probablemente Shakspeare.

En el mismo año (1600) apareció *Hamlet*, según el cálculo de Malone. La historia que constituye la base principal de esta tragedia se halla en la *Crónica de Dinamarca*, de Saxon el gramático. Belleforest la insertó también en su colección, de donde la tomó un autor inglés, quien la dió á luz con el título de *Historia de Hamblett*. Por otra parte, esta historia había sido adaptada á la escena inglesa algunos años antes que escribiese Shakspeare su inmortal tragedia. Sin embargo de esto, bien podemos afirmar que los tipos de *Hamlet* y *Ofelia* son creaciones de la portentosa fantasía del último autor.

Hemos dicho ya que Shakspeare compuso *Las alegres comadres de Windsor*, en 1601, por orden expresa de la reina Isabel. Algunos han tratado esta anécdota de mera invención; pero nosotros la hallamos tan verosímil, tan propia del poeta y de la reina, que no vacilamos un punto en dársela entera fe. *Las alegres comadres* no es otra cosa que una comedia de costumbres de aquella época, y constituye, bajo este concepto, una rareza literaria, aunque su gran mérito estriba en el número de caracteres cómicos bien sostenidos, que en ella figuran.

En 1601, según Dyce, apareció también la pre-

ciosa comedia titulada *Lo que querais*. En ella, como en *Mucho ruido para nada*, es admirable la armónica combinacion de lo cómico con lo tierno y patético. La fábula tiene alguna semejanza con uno de los cuentos publicados por Bandello en sus novelas, y aún más con la *Historia de Apolonio y Sylla*, de Rich, publicada en 1583.

Troilo y Crésidas fué inscrito en el archivo de los libreros en Febrero de 1603; es probable, por tanto, que fuese escrito en el año anterior (1602). Schlegel dice que Shakspeare compuso este drama más bien como entretenimiento literario que con el objeto de darle al teatro; y en efecto, la obra se presta muy poco á la representacion, y aún como lectura es á veces enojosa. Los principales incidentes de este drama están sacados de la *Coleccion de historias de Troya*, de Caxton y de la obra de Chaucer titulada *Troilus and Cresseide*.

Enrique VIII apareció, segun Malone, Boswell y Dyce, en 1603; segun Chalmers, en 1613, y segun Gifford en 1601. De estas tres fechas la primera y tercera parecen las más probables; pues es altamente inverosímil que en el décimo año del reinado de Jacobo I, se pusiese Shakspeare á celebrar el casamiento de Ana Bolena y el nacimiento de su hija Isabel, que fué enemiga tan cruel de los Estuardos. Mucho más probable parece que la escribiese en 1601 ó 1602; pues en el drama se nota el propósito manifiesto de halagar á la reina y á su córte.

Medida por medida corresponde al año 1603, y no es sino una reproduccion del drama *Promos y Casandra*, de Whetstone, una de las mejores obras del teatro anterior á Shakspeare; por más que la copia aventaja mucho al original.

Otelo, tal vez la mejor obra del teatro de Shakspeare, apareció en 1604. El plan y los incidentes

principales de esta tragedia están sacados evidentemente de la sétima novela de la tercera década de la *Hecatommithi*, de Cinthio; aunque fuerza es confesar que los caracteres de la tragedia son creaciones del gran talento de Shakspeare, y que en nada se parecen á sus prototipos de la novela italiana. Tambien el desenlace de la tragedia es distinto del de la obra de Cinthio.

El *Rey Lear*, que apareció por el año de 1605, tiene alguna semejanza, aunque lejana, con una tragedia de autor anónimo titulada *La verdadera crónica del rey Lear y sus tres hijas*, que fué inscrita en el archivo de los libreros en 1594. Hay motivo tambien para creer que tomó el poeta los caracteres de Gloucester y Edgar de la historia del rey de Paphlagonia, inserta en la *Arcadia* de Sir Philip Sydney.

Al año siguiente (1606) apareció *Macbeth*, uno de los esfuerzos más titánicos de aquel colosal ingenio. «Ningun escritor de ningun teatro, dice Campbell, sin exceptuar el de la antigua Grecia, ha sabido amalgamar de un modo tan asombroso lo natural con lo sobrenatural, ni representar los efectos de la verdad de un modo tan terrible por sus sombras supersticiosas, como lo hace Shakspeare en su tragedia de *Macbeth*. El progreso de *Macbeth* en el crimen es un cuadro de anatomía fisiológica sin término de comparacion.»

Al año 1607 corresponde el *Julio César*, otra obra maestra, y la primera en que trató Shakspeare con destreza suma un asunto clásico. Creemos indudable que se valió para trazar el plan de esta tragedia de la vida de Julio César de Plutarco; hay trozos de la traducción inglesa de esta obra copiadas casi literalmente en la tragedia y puestos en verso libre. Es de notar tambien en esta obra la habilidad y buen sentido con que mezcla lo cómico con lo patriótico y sublime, bur-

lándose de la ridícula severidad de los clásicos en este particular.

Timon de Atenas apareció en 1610. Es notable la semejanza que existe entre el Timon de Luciano y el del poeta inglés, á pesar de que no hay prueba alguna de que las obras de Luciano hubiesen sido vertidas al inglés ya en aquella época. Malone habla de una comedia manuscrita titulada *Timon*, la cual pocos puntos de contacto tiene con la obra de Shakspeare.

Cymbeline fué escrito en 1609. A pesar de la inverosimilitud de algunos incidentes de este drama, no podemos por ménos de confesar que es una de las obras de Shakspeare que más nos encantan. Probablemente tomó el plan de ella de una novela de Boccacio ó de la crónica de Ralph Hollinshed. Es de advertir que la novela italiana es una reproduccion, ó del *Roman de la Violette* ó del *Roman du roi Flore et de la belle Jeanne*, ambas escritas en frances en el siglo XIII.

En 1609 apareció el *Antonio y Cleopatra*, tal vez la obra en que el poeta se ha ceñido más á la verdad histórica, sin descuidar por eso las exigencias del drama. Creemos que Shakspeare tomó el argumento de esta tragedia de las vidas de Plutarco; pues, como el escritor griego, nos ofrece un cuadro por demas lisonjero del célebre romano. Esta es una virtud muy comun en él: su musa embellece siempre estos grandes tipos históricos, los que, á pesar de sus vicios y flaquezas, exigen siempre respeto y veneracion. Una de las pocas veces en que ha faltado á esta costumbre laudable es en *Troilo y Crésidas*, en que retrata de un modo por demas desfavorable al valiente hijo de Peleo. El gran poeta inglés Dryden, sucesor inmediato de Shakspeare, trató este mismo asunto en una tragedia titulada *All for Love* (Todo por el amor), que él consideró siempre como su obra

maestra. Excusamos decir que es muy inferior al drama del bardo del Avon, á pesar de la preferencia con que por espacio de un siglo, siglo de mal gusto por cierto, miró aquella en las tablas el público inglés.

El *Coriolano* fué escrito en 1610. Obra admirable en que el poeta demuestra una vez más su destreza en tratar asuntos clásicos.

El *Cuento de invierno* apareció en 1611. El plan del drama está tomado, con ligeras variaciones, del *Dorastus and Favonia* de Robert Greene, poeta dramático anterior á Shakspeare, de quien arriba hacemos mencion. Es una de las obras más populares del teatro inglés.

La tempestad se supone ser la última obra que escribió Shakspeare, en 1611. El plan de ella está basado en las aventuras de Sir George Sommers, almirante inglés que en 1609 se hizo á la vela con una escuadra, con objeto de fundar una colonia en Virginia; pero la nave de Sir George fué separada de los demás buques que componian la escuadra, y naufragó en la costa de las Bermudas. Uno de los tripulantes, Sylvester Jourdan, publicó una narracion del *Descubrimiento de las Bermudas*, de cuyo libro se sirvió el poeta para trazar este drama. *La tempestad* tiene mucha analogía, por su colorido fantástico, con *Un sueño de una noche de verano*, aunque el carácter de la primera obra es más grave, ménos festivo que el de la segunda.

Vemos, por tanto, que casi todas estas obras de Shakspeare, ó son refundiciones y reproducciones de dramas anteriores, ó están sacadas de novelas, historias ó baladas, originales inglesas ó traducidas de otros idiomas. Esta circunstancia podria ser parte á que le criticasen algunos por falta de originalidad. A los que de tal suerte opinen, les citaremos las siguientes palabras del

poeta Campbell: «En donde quiera que haya trabajado Shakspeare con materiales antiguos, veis siempre que lo que hace no es limpiar de polvo el oro, sino extraer oro del polvo, en donde nadie sino él hubiese hallado el más pequeño filon de ese metal.» En efecto, basta leer cualquiera de esas obras antiguas que sirvieron de prototipo á algunas de las de Shakspeare, para convencerse de la verdad de este aserto; entónces es cuando se llega á conocer debidamente los estorbos que hubo de vencer, las rudezas que hubo de allanar, las trabas que hubo de romper para extraer oro purísimo de tan torpe materia. Lo que hizo Shakspeare imitando y refundiendo obras anteriores, es lo que han hecho siempre y aún siguen haciendo los poetas dramáticos; y sin embargo, cuán contados son los que hayan logrado inmortalizar como él los tipos de que se valió para crear sus maravillosas obras. ¿Quién se acordaría hoy de la Desdémona de Cinthio, si Shakspeare no hubiese escrito su *Otelo*?

No se sabe á punto fijo en qué año dejó Shakspeare la metrópoli para retirarse á vivir en su villa natal; pero es indudable que debió ser pocos años ántes de su muerte, probablemente en 1611 ó 1612. Gozaba ya de una reputacion universal en su patria, y de una renta de trescientas libras esterlinas anuales, suma que en aquella época equivalia á mil quinientas libras en la nuestra. Por lo tanto, el poeta debió ser uno de los personajes más importantes y mejor relacionados de las cercanías de Stratford, en donde pasó tranquilo y feliz los últimos años de su vida.

Shakspeare tuvo tres hijos, dos hembras y un varon, el cual murió en 1596. En 1607 se casó su hija mayor, y en el mes de Diciembre de 1615 su hija Judita, entónces de edad de treinta y un años, con Thomas Quiney, posadero de Stratford. El

dia 25 del siguiente mes, presintiendo tal vez la suerte que le esperaba, hizo testamento; y el 23 de Abril de 1616, el aniversario de su nacimiento, habiendo cumplido los cincuenta y dos años, espiró el más grande de los poetas dramáticos. Nada sabemos acerca de la enfermedad que le llevó á la tumba. El dia 25 de Abril fué enterrado en la parte septentrional del coro de la iglesia mayor de Stratford. Los malos versos «*Good friends, for Jesus's sake, forbear,*» etc., grabados en su tumba no pueden ser produccion de su pluma. Pocos años despues, nose sabe á punto fijo cuando, pero ciertamente ántes del año 1623, fué erigido á su memoria un monumento en que está representado sentado debajo de un arco y apoyado en un cojin, una pluma en la mano derecha, y la izquierda descansando sobre un rollo de papel. Debajo del cojin léese el siguiente dístico latino:

*Indicio Pylium, genio Socratem, arte Maronem,
Terra tegit, populus mæret, Olympus habet.*

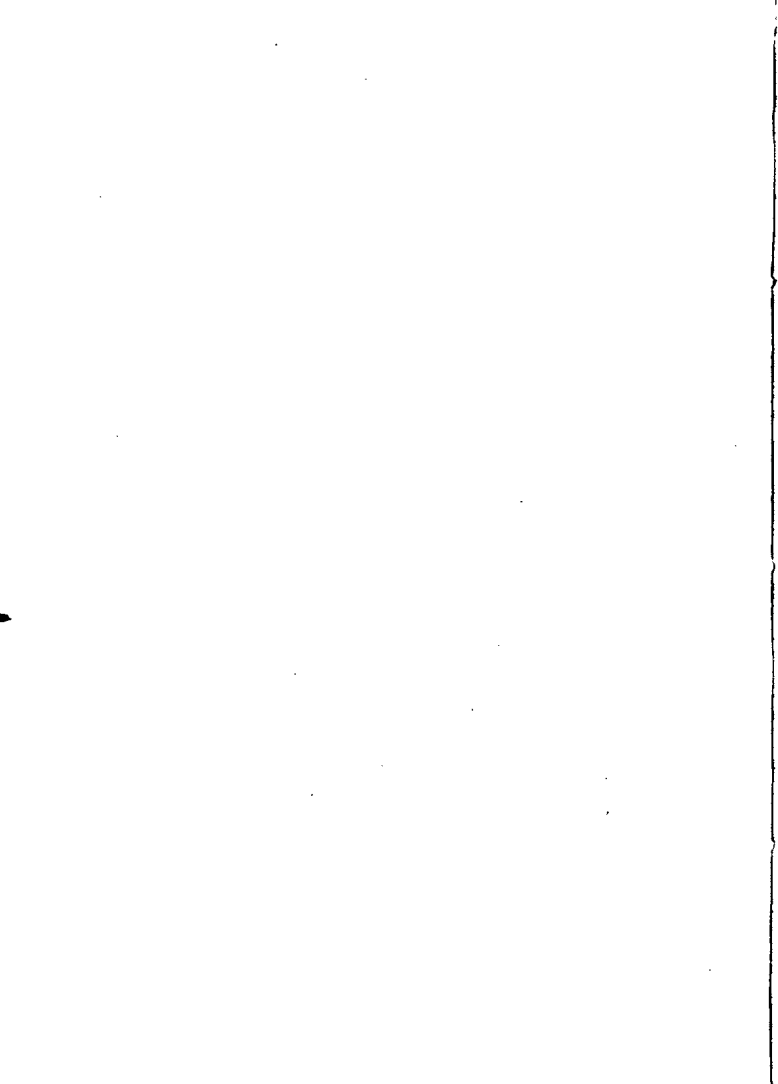
Aún hoy se conserva en la villa de Stratford la posesion llamada *Nem-Place*, en que pasó Shakspeare los últimos años de su vida; especie de santuario á que acuden en entusiasta peregrinacion los admiradores del gran poeta. En 1752 la adquirió el eclesiástico inglés Gastrell, quien, para librarse de la molestia que le causaban las muchas personas que acudian á visitar tan memorable sitio, taló cierta morera que en el jardin crecia, y que se decia haber sido plantada por la mano misma de Shakspeare.

La primera edicion de los dramas coleccionados de Shakspeare, fué publicada en un tomo en folio en 1623, con prefacio y dedicatoria, firmados por varios actores, de donde ha tomado el nombre de *The players edition*, la edicion de los actores.

En 1769 el célebre actor Garrick accibió el proyecto de celebrar un jubileo en Stratford en honor

de Shakspeare. La fiesta empezó el día 6 de Setiembre y duró tres días, durante los cuales hubo recitaciones teatrales y líricas, conciertos, bailes, máscaras, juegos de regocijo y carreras de caballos. Concurrió á este jubileo lo más selecto de la sociedad inglesa. Terminadas las fiestas, fué colocada en la plaza mayor de Stratford una estatua de Shakspeare, regalo del actor Garrick á los habitantes de dicha villa.

¡Bien hayan los pueblos que aún conservan fe y entusiasmo suficientes para tributar tales honras á la memoria de sus grandes poetas!



OTELLO,
EL MORO DE VENECIA.

PERSONAJES.

DUX DE VENECIA.

BRABANCIO, *senador.*

Otros senadores.

GRACIANO, *hermano de Brabancio.*

LUDOVICO, *pariente de Brabancio.*

OTELO, *noble moro al servicio de la República de Venecia.*

CASIO, *su teniente.*

YAGO, *su alférez.*

RODRIGO, *un hidalgo veneciano.*

MONTANO, *predecesor de Otelo en el gobierno de Chipre.*

Bufon, criado de Otelo.

DESDÉMONA, *hija de Brabancio y mujer de Otelo.*

EMILIA, *mujer de Yago.*

BLANCA, *manceba de Casio.*

Un marinero, un mensajero, un heraldo, alguaciles, caballeros, músicos y criados.

ESCENA : en el primer acto en Venecia ; en los demás, en un puerto de mar de Chipre.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Una calle de Venecia.

Salen RODRIGO y YAGO.

ROD. Calla, no me hables de ello; siento mucho
Que tú á quien entregué mi bolsa, Yago,
Cual si las cintas de ella fueran tuyas,
Supieras de eso.

YAGO. No quereis oirme.
Si alguna vez imaginarlo pude,
Aborrecedme.

ROD. ¿No dijiste acaso
Que en odio le tenias?

YAGO. Despreciadme,
Si así no fuera. Os juro que tres grandes
De esta ciudad rogáronle en persona,
Con gorra en mano, que teniente suyo
Me nombrase, y á fe de buen soldado,
Sé lo que valgo; el puesto me compete.
Pero él, cegado con su propio orgullo,
Y apegado á su intento, de evadirlos
Trata con ampulosas vaciedades
Que adorna con epítetos guerreros;
Y en conclusion, á complacer se niega
A mis patronos; porque, « Á fe, » les dice,

«Ya tengo á mi oficial.» ¡Y quién es ese?
 Un valiente aritmético, sin duda,
 Un cierto Miguel Casio, florentino,
 Un mozo por extremo afeminado (1),
 Que al campo un escuadron no sacó nunca,
 Que de achaques de guerra tanto entiende
 Como una solterona, diestro sólo
 En la teoría escrita, en que cualquiera
 Cónsul togado tanto como él sabe.
 Su ciencia militar no es más que charla,
 Sin práctica ninguna. Y á él elige;
 Y yo, que ante sus ojos dí mil pruebas
 De bueno en Rodas, Chipre y otras tierras
 Cristianas y paganas, en mal hora
 Me quedo postergado por un necio
 Enredador de cuentas. Él en cambio
 Debe ser su teniente; y yo (¡mal haya!)
 De su moruna señoría alférez.

ROD. ¡Vive Dios! ¡ántes fuera su verdugo!

YAGO. Ya no hay remedio. Tal es el servicio.

Ó por influjo ó por favor se ascende,

No por antigüedad, donde el segundo

Siempre heredó la plaza del primero.

Juzgad vos mismo ahora, si en justicia

Tengo motivo para amar al moro.

ROD. Dejara yo en tal caso de seguirle.

YAGO. Estad tranquilo; si le sigo es sólo

Por cuenta que me tiene. No podemos

Ser todos amos, ni los amos pueden

Siempre encontrar leales servidores.

Vereis no pocos siervos miserables,

Siempre obsequiosos, de su estado abyecto

De servidumbre, al parecer, prendados,

(1) Me he atrevido á hacer en este verso una ligera variacion. El original dice: *A fellow almost damn'd in a fair wife*. O sea literalmente traducido: «Un mozo casi condenado en una mujer hermosa.» Este «condenado en una mujer hermosa» no tiene sentido alguno, ni hay crítico inglés, que yo sepa, que haya logrado descifrar esta quisicosa.

Que sirven á sus amos como burros,
 Por el pienso no más, y cuando llegan
 A envejecer, se quedan en la calle.
 Palos merece gente tan honrada.
 Pero otros hay, en cambio, que ataviados
 Con formas y visajes de obediencia,
 Atienden sólo á su provecho propio,
 Que aparentando celo por sus amos,
 Medran á costa de ellos, y en haciendo
 Su agosto, se convierten en señores.
 Esta es la gente lista, y de esta especie
 Profeso ser yo mismo. Porque, hidalgo,
 Es tan seguro como sois Rodrigo,
 Que á ser yo el moro, Yago no seria.
 Mas con servirle á él, sirvo á mí mismo.
 Sábelo Dios: si tal servicio presto,
 No es por amor, ni por deber; mas sólo
 Por conseguir mis fines que lo finjo.
 El dia en que mis actos exteriores
 Del corazon la inclinacion oculta
 Con cumplimientos vanos revelaran,
 Colgara de la manga de mi ropa
 Mi corazon cual pasto para grajos.
 No soy yo lo que soy.

Rod. ¡Qué brava suerte
 Debe tener el de los labios gordos,
 Si logra tal merced!

YAGO. Llamad al padre;
 Idos tras él; envenenad su dicha;
 Pregonadlo en la calle, y que arda toda
 Su parentela en ira; y aunque more
 En apacible clima, con molestas
 Moscas atormentadle, y si su dicha
 Por dicha tiene, á sus oidos llegue
 Tan envuelta en pesar, que en parte pierda
 Algo de su virtud.

Rod. Esta es su casa:
 Voy á llamarle en alta voz.

YAGO. Llamadle
 Con pavoroso grito y ronco acento,
 Como cuando de noche por descuido
 Estalla el fuego en populosa villa.
 ROD. ¡Hola, Brabancio! ¡alzad, señor Brabancio!
 YAGO. ¡Brabancio, despertad! ¡hola, ladrones!
 ¡Mirad por vuestra hacienda y vuestra hija!
 ¡Ladrones! ¡eh! ¡ladrones!

BRABANCIO *se asoma á una ventana.*

BRA. ¿Qué motivo
 Hay para tal estruendo? ¿qué sucede?
 ROD. ¿Vuestra familia se halla toda en casa?
 YAGO. ¿Están cerradas vuestras puertas todas?
 BRA. ¿Por qué lo preguntais?
 YAGO. Os han robado:
 Ponecs el manto; ¡vive Dios! Os pierden;
 ¡Os han robado la mitad del alma.
 Ahora mismo, en este mismo instante,
 Está forzando á vuestra blanca oveja
 Un lascivo morueco, viejo y negro.
 Despertad á rebato á los vecinos,
 Si no quereis que abuelo os haga el diablo.
 Alzad, os digo.
 BRA. ¿Habeis perdido el seso?
 ROD. ¿No conocéis mi voz, señor ilustre?
 BRA. No tal: ¿quién sois?
 ROD. Señor, yo soy Rodrigo.
 BRA. Tanto peor. Te he dicho que no quiero
 Que rondes más mi casa. De mis labios
 Oíste francamente que mi hija
 No es para tí. Y en tu locura, ahora,
 Lleno de mosto, sales de la orgía
 Á turbar con malicia mi reposo.
 ROD. ¡Por Dios! señor, ¡por Dios!
 BRA. Aunque no ignoras
 Que mi empleo y valor me ofrecen medios

Para vengarme de tan vil ultraje.

ROD. Paciencia, buen hidalgo.

BRA. ¿Qué me charlas

De robos tú? ¿No estamos en Venecia?

¿Es mi palacio alguna granja acaso?

ROD. Venerable Brabancio, á vos acudo

Con fin honrado; mi intencion es sana.

YAGO. ¡Vive el cielo! hidalgo, sois de aquellos que no quieren servir á Dios si el diablo se lo manda. Cuando venimos á haceros un servicio ¿nos tomáis por malhechores? ¿Quereis que cubra á vuestra hija un caballo berberisco? ¿quereis que vuestros nietos os relinchen? ¿quereis que sean corceles vuestros primos, y jacas vuestros sobrinos?

BRA. ¿Quién eres tú, grosero maldiciente?

YAGO. Soy quien os viene á anunciar que vuestra hija y el moro están haciendo ahora la bestia de doble espalda.

BRA. Eres un pillo.

YAGO. Sois un... consejero.

BRA. La pagarás: Rodrigo, te conozco.

ROD. Como gustéis. Mas por favor, decidme

Si fué á consentimiento y gusto vuestro,

Como en parte lo creo, que vuestra hija,

A hora tan entrada de la noche,

Sin otro amparo que el de un mercenario

Vil gondolero, se entregó liviana

Al rudo abrazo de un lascivo moro.

Si en esto consentisteis á sabiendas,

Os hicimos, por cierto, osado ultraje;

Si lo ignoráis, mi educacion me dice

Que nos reñisteis sin razon. Ah, nunca

Penseis que, ajeno á toda honesta usanza,

Os faltara al respeto de tal modo.

Vuestra hija, os lo repito, os ha burlado

Villanamente, á ménos que permiso

La dieseis para tanto, uniendo aleve

Su hacienda, su belleza y su fortuna
 A la de un vagabundo aventurero
 Sin patria y sin hogar. Tomad informes;
 Si estuviere en su estancia, ó bien en casa,
 Castíguenme las leyes del Estado
 Por vil engañador.

BRA. ¡Arda la yesca!
 ¡Dadme una vela! ¡Despertad á todos!
 Se parece á mi sueño esta desgracia.
 Me mata ya á recelos la sospecha.
 ¡Luz! digo, ¡luz! (Brabancio se retira de la ventana)

YAGO. Adios; debo dejaros:
 De modo alguno á mi interes conviene,
 Ni es justo que aparezca cual testigo,
 (Como sucederá, si aquí me quedo)
 Contra mi jefe el moro. A mí me consta,
 Por más que este suceso un tanto empañe
 El brillo de su fama, que el Estado
 No puede exonerarle de su empleo
 Sin grave riesgo; en tal apuro se halla
 Por la guerra de Chipre que arde ahora;
 Y á ningun precio á otro hombre encontraria
 Tan útil para el mando de esta empresa.
 Por cuya causa, aunque en el alma le odio
 Más que al cruel suplicio del infierno,
 Es menester que finja y haga alarde
 De celo y devocion que en mí no existen;
 Mi situacion presente me lo impone;
 Pero es ficcion no más. Al *Sagitario*
 Llevad á los que en busca suya salgan,
 Y le hallareis sin falta. Al lado suyo
 Allí estaré tambien. El cielo os guarde. (Vase.)

Salen BRABANCIO y CRIADOS con antorchas.

BRA. El mal es harto cierto: se ha fugado;
 Y lo que resta de mi odiada vida
 Tristeza es nada más. Dime, Rodrigo,

¿Dónde la viste? ¡Oh niña desdichada!
 ¿No dices con el moro? ¡Ay triste padre!
 ¿En qué la conociste? ¡Cuál me engaña!
 Cuéntame: ¿qué te dijo? ¡Traed más luces!
 Y despertad á todos mis parientes.
 ¿Crees tú que se han casado?

ROD. Sí, lo creo.

BRA. ¿Cómo pudo salir? ¡Traicion infame!
 Padres, de hoy más no conleis tranquilos
 En vuestras hijas, aunque castas sean.
 ¿No tiene el mundo hechizos con que astuto
 De la inocencia y la virtud abusa?
 ¿No recordais, Rodrigo, haber leído
 Algo sobre eso?

ROD. A fe que lo recuerdo.

BRA. Despertad á mi hermano. ¡Ay! fuera vuestra!
 Id unos por aquí; por allí otros.
 ¿Sabeis acaso en dónde dar podremos
 Con ella y con el moro juntamente?

ROD. Espero dar con él, si acompañado
 De gente de valor, seguirme os place.

BRA. Guiad, os ruego. Llamaré do quiera.
 Si es menester podré mandar que me abran.
 Traigan armas acá, y á algunos jefes
 De la ronda llamad. Vamos, Rodrigo.
 Sabré recompensar vuestros desvelos. (Váanse.)

ESCENA II.

Otra calle.

Salen OTELO, YAGO y acompañamiento con antorchas.

YAGO. Maté más de uno en el guerrero oficio,
 Y sin embargo, por pecado grave
 Tengo el matar con fin premeditado.
 Maldad me falta, á veces con perjuicio
 De mi interes. Estuve ocho é diez veces
 A punto de pincharle en las costillas.

Ot. Más vale así.

YAGO. Es que chilló tan alto,
 Usó tan vil lenguaje y ofensivo
 Contra vuestra merced, que con la poca
 Piedad que Dios me ha dado, apenas pude
 Mi enojo contener. Decidme, empero,
 ¿Estais casados ya? Yo os aseguro
 Que el senador es hombre muy bien quisto,
 Y poderosa voz tiene en su ayuda,
 Aun más que el mismo dux. Querrá un divorcio;
 O por lo ménos para molestaros
 Apurará la ley por cuantos medios
 Estén en su poder.

Ot. Pues que la apure.
 Acallarán sus quejas los servicios
 Que he prestado al Senado. A nadie dije
 (Y lo he de promulgar en cuanto sepa
 Que sea honrosa la alabanza propia)
 Que derivo mi sér y mi existencia
 De hombres de régia estirpe; mi destino
 Es acreedor á tan altiva suerte
 Como esta que hoy alcanzo. Créeme, Yago,
 Si á la gentil Desdémona no amara,
 Mi libre condicion independiente
 Por esta sujecion no trocaria
 Por todo el oro que la mar esconde.
 Pero mira: ¿qué luces son aquellas?

YAGO. Es el airado padre y sus amigos.
 Idos adentro.

Ot. No, que aquí han de hallarme.
 Mis prendas, y mi rango, y mi alma entera
 Alto dirán quien soy. Decid: ¿son ellos?

YAGO. Que no son ellos pienso, ¡voto á Jano!

Salen CASIO y algunos OFICIALES con antorchas.

Ot. Criados son del dux, y mi teniente.
 Amigos, buenas noches. ¿Qué hay de nuevo?

CAS. Mi general, el dux salud os manda,
Y exige que al instante y sin demora
Os avisteis con él.

OT. ¡Qué creéis que ocurre?

CAS. Si no me engaño, nuevas son de Chipre.
Es cosa de premura: las galeras
Han despachado á doce mensajeros
Seguidamente el uno tras del otro
En esta misma noche; y con su Alteza
Gran número de miembros del Consejo
Se encuentran á deshora congregados.
Os ha llamado á vos con insistencia;
Y no habiéndoos hallado en la posada
Donde soleis parar, en busca vuestra
Mandó el Senado diferentes veces.

OT. Bueno es que disteis vos al fin conmigo:
Dejad que una palabra en casa diga,
Y os sigo al punto. (Váase.)

CAS. ¡Qué hace aquí, alférez?

YAGO. Ha abordado esta noche una carraca;
Si es buena presa, colmará su suerte.

CAS. No acierto á comprender.

YAGO. Pues se ha casado.

CAS. ¡Conquién?

Vuelve á salir OTELO.

YAGO. Con... ¡Vamos, capitán?

OT. Marchemos.

CAS. Aquí más gente viene en busca vuestra.

YAGO. Brabancio es. Mi general, cuidado:
Viene con mal intento.

*Salen BRABANCIO, RODRIGO y ALGUACILES con
antorchas y armas.*

OT. ¡Hola! teneos.

ROD. Es el moro, señor.

BRA. ¡Ladron! ¡matadle!

(Desenvainan ambos bandos.)

YAGO. ¡Hola, Rodrigo! aquí, galán, te espero.

Or. Guardad las limpias hojas, que el rocío

Podrá empañar su brillo. Buen hidalgo,
Más pueden vuestros años que esa espada.

BRA. ¡Oh, vil bandido! ¿do escondiste á mi hija?

Maldito embaucador, la has hechizado.

Pregunto á todo sér que tenga juicio,

Si es posible, no estando encadenada

Por viles sortilegios, que una niña

Tan tierna, tan hermosa y tan contenta,

Tan opuesta á casarse que esquivaba

Los más ricos galanes de su pueblo,

Jamás hubiera abandonado, siendo

Blanco á la vez de universal escarnio,

La patria potestad para ampararse

En el tiznado y asqueroso seno

De un monstruo como tú, que espanto causa,

No deleite al sentido: juzgue el mundo

Y diga si no es claro como el día

Que hubo aquí torpe encanto, y que engañaste

Su tierna juventud con viles drogas

Ó minerales que la accion suspenden.

He de hacer que se aclare tanto engaño,

Probable y aún tangible al pensamiento.

Por tanto aquí te prendo, y te denuncio

Por vil embaucador, por hechicero

Experto en negras artes prohibidas.

Echadle mano, y si hace resistencia,

Sujetadle aún á riesgo de matarle.

Or. Ténganse, digo, amigos y adversarios.

Cuando toca á reñir, aún sin apunte

Sé mi papel. ¿Dónde quereis que vaya

A responder al cargo?

BRA. A un calabozo,

Hasta que á vista, á su debido tiempo,

La ley te cite.

Or. ¿Y si os obedeciera?

¿Pensais que el dux por ello os diera gracias?

Veis á mi lado aquí á sus mensajeros;
 Vienen á conducirme á su presencia
 Para tratar de asuntos del Estado.

ORI. 1.º Es cierto, hidalgo, el dux está en consejo,
 Y á él os habrán citado, estoy seguro.

BRA. ¡Cómo! ¿en consejo el dux? ¿á media noche?
 Prendedle, pues: mi queja no es ociosa;
 Fuerza es que el mismo dux y mis colegas
 Resientan este ultraje como propio.
 Si han de quedar impunes tales hechos,
 Dense las riendas del gobierno en manos
 De estúpidos esclavos y paganos. (Váase.)

ESCENA III.

Una sala de consejo.

*El DUX y varios SENADORES sentados á una mesa;
 OFICIALES de servicio.*

DUX. Carecen estas nuevas de coherencia
 Que crédito les dé.

SEN. 1.º Su contenido
 No está conforme, á fe; segun mis cartas
 A ciento y siete llegan las galeras.

DUX. A ciento y treinta y seis dicen las mias.

SEN. 2.º Las mias, á doscientas. Sin embargo,
 Aunque no esten conformes en el número
 (Como á menudo ocurre en casos tales,
 En que la conjetura mucho yerra),
 Todas dan cuenta de una armada turca
 Que navegando va con rumbo á Chipre.

DUX. Parece, bien mirado, harto probable:
 Haciendo caso omiso de algun yerro,
 Juzgo la parte principal fundada,
 Y me inspira temor.

MARINERO. (Dentro.) ¡Ah del Senado!

OFI. 1.° Noticias de la flota.

Sale un MARINERO.

DUX. Qué hay? qué ocurre?

MAR. Angel, el capitan, deciros manda
Que hacen rumbo los turcos hácia Rodas.

DUX. ¿Qué os parece este cambio?

SEN. 1.° Es imposible:

Razon de ser de modo alguno tiene;
Es un ardid con que engañarnos piensan;
Pues si consideramos la importancia
Que tiene Chipre para el turco, y luego
Reflexionamos que no sólo importa
Aquella presa al turco más que Rodas,
Sino tambien que fuera su conquista
Ménos difícil por ser ménos fuerte
Y carecer de los pertrechos todos
Que guarnecen á Rodas; bien pensado,
No debemos juzgar tan tope al turco
Que deje de atender primero á aquello
Que más le importa, necio abandonando
Una conquista provechosa y fácil,
Para engolfarse en riesgos sin provecho.

DUX. Tened por cierto que no piensa en Rodas.

OFI. 1.° Noticias frescas llegan.

Sale un MENSAJERO.

MEN. Muy ilustre

Senado reverendo, el otomano,
Con rumbo fijo á Rodas navegando,
Juntóse allí con naves de refuerzo.

SEN. 1.° Me lo pensé. ¿Sabeis con cuántas naves?

MEN. Con treinta velas; y virando ahora
Hace proa hácia Chipre de retorno;
Con manifiesto intento de atacarla.
Esto os manda decir respetüoso
Y suplicándoos que queráis créerle,

Vuestro criado fiel, el esforzado
Señor Montano.

DUX. Á Chipre van sin duda.
¿Se encuentra en la ciudad Marcos Luchese?

SEN. 1.º Partió á Florencia.

DUX. Pues de parte nuestra,
Escribidle que vuelva sin demora.

SEN. 1.º Brabancio viene y el valiente moro.

Salen BRABANCIO, OTELO, YAGO, RODRIGO
y ALGUACILES.

DUX. Valiente Oteló, es menester que al punto
Salgais á combatir al enemigo
Comun, al otomano. No os ví al pronto,
Noble señor; seais muy bien llegado. (A Brabancio.)
Faltónos esta noche vuestra ay uda
Y buen consejo.

BRA. A mí faltóme el vuestro;
Perdon por tanto á vuestra Alteza pido.
Ni mi alto empleo, ni noticia alguna
De estos quehaceres me sacó del lecho:
El mal comun en mi alma no hace mella,
Pues mi dolor privado, cual torrente
Que se despeña, arrastra en su camino
Y engulle cuantas penas halla al paso,
Y siempre el mismo queda.

DUX. Pues ¿qué ocurre?

BRA. ¡Ay hija! ¡ay! ¡hija mia!

DUX Y SENS. ¿Cómo? ¿ha muerto?

BRA. Ha muerto para mí. La han seducido,
Me la han robado, y pervertido alevés,
Con yerbas y específicos comprados
De charlatanes; pues, sin malas artes,
Es imposible qué natura errara
De modo tan absurdo, no siendo ella
De juicio falta, ciega, ni demente.

DUX. Sea quien fuere el vil que de tal modo

Privó del propio sér á vuestra hija,
 Y de ella á vos, aplicareis vos mismo
 Con su mayor dureza, y como os plazca,
 El sanguinario libro de las leyes,
 Aun cuando recayera vuestro cargo
 En nuestro propio hijo.

BRA. Á vuestra Alteza
 Humilde gracias doy. Este es, el moro.

DUX Y SENS. Lo lamentamos mucho.

DUX. Y vos, Otelo,
 ¿Qué contestais en desagravio propio?

BRA. Nada, ó tan sólo que es verdad.

OT. Ilustre

Senado poderoso y reverendo,
 Muy nobles amos y señores míos,
 Que me he llevado á la hija de este anciano
 Es cierto por demas; tambien es cierto
 Que me casé con ella; de ahí no pasa
 La suma y extension de mi delito.
 Soy rudo de lenguaje y mal dotado
 De blandas frases que la paz enseña;
 Pues desde que tuvieron estos brazos
 Apenas de seis años fuerza y brio
 Hasta hace nueve lunas no cumplidas,
 Gastaron en la lid y el campamento
 Su esfuerzo todo, y poco sé del mundo,
 Sino es de achaques de marcial contienda.
 Poco favor, por tanto, haré á mí mismo
 Hablando en causa propia. Sin embargo,
 Si me otorgais licencia, os daré cuenta
 Breve y suscinta en términos sencillos
 Del logro de mi amor; con cuáles drogas,
 Con cuáles sortilegios y conjuros
 De poderosa magia (pues me acusan
 De usar de tales artes) gané á su hija.

BRA. ¡Una niña tan tímida, de alma
 Tan cándida y modesta, que el sonrojo
 Refrenaba su accion más inocente,

Debía ser capaz, áun á despecho
 De su naturaleza, edad y patria,
 Su condicion y sus costumbres todas,
 De prendarse de un monstruo cuya vista
 Espanto le causaba! Quien juzgare
 La perfeccion capaz de error tan torpe,
 Contrario á toda ley de la natura,
 Diera prueba de juicio poco firme;
 No, fuerza es confesar que, sin la ayuda
 De las astutas artes del infierno,
 Esto no fuera nunca. Yo, por tanto,
 Vuelvo á afirmar que la sedujo infame
 Con viles yerbas que la sangre alteran,
 Ó tósigo al efecto preparado.

Dux. La afirmacion no es prueba, sin apoyo
 Más firme y lato que este que os sugieren
 Vulgares conjeturas y apariencias.

SEN. 1.º Pero decid, Otelo: ¿acaso es cierto
 Que la lograsteis con tan torpe engaño?
 ¿Ó fué el amaro obra del cariño
 Que un corazon con ruego de otro alcanza?

Or. Os pido que mandeis al *Sagitarario*;
 Que venga la doncella, y en persona
 Hable de mí delante de su padre;
 Y si me hallais culpable á juicio suyo,
 No sólo despojadme de mi empleo,
 No sólo retirad la confianza
 Que en mi valor pusisteis, sino quite
 Mi misma vida duro vuestro fallo.

Dux. Que vayan por Desdémona.

Or. Mi alférez,
 Acompañadlos; bien sabeis do pára.

(Váse Yago y acompañamiento.)

Y miéntras llegue, con sincero labio,
 Y tan de veras como á Dios confieso
 Las culpas de mi sangre, á vuestro oido
 Diré de qué manera prosperamos,
 Yo en el afecto de la hermosa dama,

Y ella en el mio.

Dux. Referido, Otelo.
 Or. Su padre me queria, y á menudo
 Me convidaba, y cuenta me pedia
 Del curso de mi vida, año por año,
 De las batallas, sitios y venturas
 Buenas y adversas que corrido habia.
 Se lo conté desde mi edad más tierna
 Hasta el momento en que exigió el relato.
 Y hube de hablar de lances desastrosos,
 De riesgos que corrí por mar y tierra,
 De cómo me salvé por solo un punto
 De cierta muerte en peligroso asalto,
 De mi prision por enemigo aleve,
 Que esclavo me vendió, de mi rescate,
 Y peregrinacion maravillosa.
 Y hube de hablar de lóbregas cavernas,
 Y de áridos desiertos, rudas simas,
 Peñascos y montañas cuyas cumbres
 Tocan el cielo; hablé de los caribes,
 Crueles antropófagos que fieros
 Se comen unos á otros, y de séres
 Cuyas cabezas bajo el hombro nacen.
 Con ávidos oidos escuchaba
 Siempre atenta Desdémona el relato;
 Mas tal vez de la casa los quehaceres
 Aparte la llamaban; pero en cuanto
 Lograba despacharlos con premura,
 Solicita volvía y con ansiosa
 Oreja devoraba mi discurso.
 Notando yo esto, aproveché propicio
 Un hora favorable, y hallé medio
 De que con ruego ardiente me pidiera
 Que por favor quisiese relatarla
 Mi peregrinacion, punto por punto,
 La que ella á trozos sólo habia oido,
 Mas nunca por entero. Cedió al ruego,
 Y la arranqué tal vez lágrimas tiernas,

Contándola aventuras desdichadas
 De mi primera edad. Concluido el cuento,
 Premióme con un mundo de suspiros;
 Juró que, á fe, era extraño, más que extraño,
 Que era sensible, por demas sensible:
 Nunca quisiera oírlo, aunque quisiera
 Ser hombre tal por voluntad del cielo.
 Las gracias dióme, y dijo que si un día
 Tuviese yo un amigo de ella amante,
 Le enseñara á contar aquella historia;
 Con eso sólo la lograra cierto.
 Con tal aviso hablé. Me quiso ella
 Por los peligros que corrido habia;
 La quise yo por su piedad movido.
 Esta es la magia de que usé tan sólo.
 La dama viene; atestiguarlo puede.

Salen DESDÉMONA, YAGO y acompañamiento.

DUX. Y créo que esta historia sedujera
 Tambien á una hija mia. Buen Brabancio,
 Tomad la ofensa por do ménos duele:
 Pues vale más reñir con rota espada
 Que con desnuda mano.

BRA. Oidla, os ruego.
 Si ella confiesa que fué en parte amante,
 ¡Que me maldiga Dios, si queja alguna
 Contra él levanto! Ven acá, doncella;
 ¡A quién, entre esta noble compañía,
 Debes más obediencia?

DES. Noble padre,
 Advierto aquí que mi deber es doble:
 A vos educacion y vida debo;
 Vida y educacion me enseñan ambas
 A respetaros; el deber de hija
 Manda que como á dueño os obedezca.
 Pero aquí está mi esposo; y considero
 Que cuanto acatamiento á vos mi madre

Con preferencia de su padre hizo,
Tanto tambien es justo que yo muestre
Al moro mi señor.

BRA. ¡Que Dios te valga!
No tengo qué decir. Si os place, Alteza,
Tratemos ya de asuntos del Estado,
¡Ay! antes que engendrar á un hijo propio,
Adoptara á un extraño. Moro, escucha:
De todo corazon te doy aquello
Que te negara con el alma toda,
Si ya no fuera tuyo. Por tu causa,
Prenda, me alegra el no tener más hijos;
Tu fuga á ser tirano me enseñara,
Y les pusiera grillos. He acabado.

Dux. Dejadme que hable y diga una sentencia
Que cual peldaño ó grada, al favor vuestro
Acerque á aqueste par de enamorados.
Inútil es llorar si la esperanza
No ofrece al mal alivio ni bonanza:
El lamentarse cuando no hay remedio
Es de aumentar el mal seguro medio:
Del hado engañador se burla el alma
Que opone á sus agravios quieta calma:
Robar podrá al ladron quien de él se ria:
Roba á si mismo el que en llorar porfia.

BRA. Miétras nos robe el turco de esa suerte
A Chipre, estemos con el brazo inerte:
Nada perdemos, pues en quieta calma,
La risa al labio asoma y paz al alma.
Al que se aparta libre de condena
Nada le importa la sentencia ajena,
Y deja el tribunal edificado:
No así se aleja el triste condenado,
Que carga con su duelo y su sentencia,
Sin más remedio que el tener paciencia.
Doble sentido tales dichos tienen,
Y en gozo ó duelo siempre á cuento vienen;
Mas dichos, dichos son: nunca he leído

Que por la oreja sana el pecho herido.

Os ruego humildemente que procedamos á los negocios de Estado.

Dux. El turco con poderosa armada hace rumbo á Chipre. Nadie mejor que vos, Otelo, conoce la fortaleza de aquella plaza; y aunque tenemos allí á un sustituto de reconocida capacidad, sin embargo, la opinion, señora absoluta del éxito, cree hallar en vos mayor competencia. Es menester, por tanto, que seais servido de empañar el brillo de vuestra reciente dicha con esta más ruda y turbulenta expedicion.

OT. Senado ilustre, al hábito tirano
Deben mis miembros el hallar el lecho
De pedernal y acero de la guerra
Tálamo blando de mullidas plumas;
Me precio de poseer ánimo fuerte,
Activo siempre en el mayor peligro:
Apercibido estoy para esta guerra
Y ansioso de retar al otomano.
Prestando, pues, acatamiento humilde
A la órden vuestra, proteccion honrosa
Para mi esposa pido, cual compete
A su alto rango; y casa y servidumbre
Dignas de su persona y noble cuna.

Dux. Si os place, en casa de su padre sea.

BRA. No lo consiento.

OT.

No.

DES.

Ni yo tampoco.

No quiero estar allí; pues á mi padre
Robara la quietud y el sufrimiento,
Estando sin cesar ante sus ojos.
¡Oh bondadoso dux! prestad benigno
A mi discurso oido, y halle en vuestra
Amiga voz mi sencillez apoyo.

Dux. ¿Qué pretendéis, Desdémona?

DES.

Que quise

Al moro para estar con él unida,

Pregonarán al mundo á son de caja
 De mi fortuna la tormenta fiera
 Y la violencia de mi amor: mi pecho
 A él se rindió, cual súbdito á monarca:
 El rostro ví de Otelo en su alma noble,
 Y en aras de su fama y altos hechos
 Le dí en tributo el alma y la fortuna.
 Por tanto, venerables senadores,
 Si él á la guerra parte, y yo su esposa,
 Cual pollilla de paz, atras me quedo,
 Del dulce lazo el fruto no recojo,
 Y triste lloraré su dura ausencia
 En soledad. Dejad que le acompañe.

Or. Su súplica otorgad, senado ilustre.
 Y sabe Dios que tal merced no imploro
 Por halagar mi gusto y mi apetito,
 Ni mi sensual ardor (la sangre moza
 No bulle ya en mis venas), sino sólo
 Por ser con ella liberal y franco:
 Y no penseis, por el amor del cielo,
 Que habré de descuidar el alto asunto
 Que á mí fiais, porque ella me acompañe;
 ¡Ah, no! cuando de amor, rapaz alado,
 Los frívolos juguetes con liviana
 Torpeza emboten mi alma y mis sentidos,
 O cuando el goce enerve mi energía,
 Conviertan amas mi celada en olla,
 Y empañe y oscurezca mi renombre
 De baja adversidad la parda bruma.

Dux. Vaya ó no vaya, de comun acuerdo
 Determinadlo: el caso pide urgencia,
 Y es menester que os resolváis en breve.

SEN. 1.º Es fuerza que partais en esta noche.
 Or. De todo corazón.

Dux. Por la mañana
 Aquí nos juntaremos á las nueve.
 Dejad atras á un oficial, Otelo,
 Con quien podamos luego remitiros

Nuestro despacho, y los arreos todos
Que á vuestro rango y dignidad atañen.

OT. Si os place, Alteza, quedese mi alférez:
Es hombre leal y de honradez probada.
La conduccion-á su cuidado dejo
De mi mujer y lo demas que juzgue
Vuestra Alteza oportuno remitirme.

DUX. Pues que asi sea.—A todos buenas noches.
Noble señor Brabancio, una palabra:
Si la virtud, cual dicen, embellece,
De hechizos vuestro yerno no carece.

SEN. 1.º A Desdémoma honrad, valiente moro.

BRA. Célala, moro, astuto en toda parte:
Burló á su padre, y bien podrá engañarte.
(Vánse dux, senadores, oficiales, etc.)

OT. ¡Respondo de su fe con alma y vida!
Buen Yago, á mi Desdémoma te dejo:
Te ruego que la des por compañera
A tu mujer; y llévalas cuanto ántes
A Chipre do te espero. Ven, querida:
Un hora sola que gastar me resta
De amor contigo en pláticas sabrosas,
Y en mundanos domésticos asuntos:
Es fuerza obedecer la ley del tiempo.
(Vánse Otelo y Desdémoma.)

ROD. Yago.

YAGO. ¿Qué dices, noble corazon?

ROD. ¿Qué piensas que haré yo?

YAGO. Pues: irte á la cama y dormir.

ROD. Voy al punto á anegarme.

YAGO. Si tal haces, no volveré á amarte nunca.

¡Oh, galan sin seso!

ROD. El no tener seso es vivir cuando vivir es pa-
decir; y tenemos la receta de morir, cuando la
muerte es nuestro médico.

YAGO. ¡Qué heregía! He contemplado el mundo
por espacio de cuatro veces siete años; y desde
que pude distinguir un favor de un disfavor,

no he hallado nunca á un hombre que supiera amarse á sí propio. Antes que decir que me anegara por amor de una polluela, trocara de sér con un mono.

ROD. ¡Qué quieres que haga? Confieso que es una vergüenza el ser tan enamorado; pero no alcanza mi virtud á remediarlo.

YAGO. ¡Virtud! ¡Bobada! En nuestra mano está el ser así ó así. Nuestros cuerpos son como huertos, cuyos hortelanos son nuestros albedríos; de suerte que si queremos plantar ortigas, ó sembrar lechugas, criar hisopo, ó escardar tomillo, enriquecer la tierra con una sola especie de yerbas, ó empobrecerla con muchas; para mantenerla estéril con el ocio, ó abonada con la industria, el poder y la autoridad correctiva existen en nuestro albedrío. Si la balanza de nuestras vidas no tuviera el platillo de la razon para equilibrar el de la sensualidad, la sangre y la bajeza de nuestros instintos nos llevarian á cometer los mayores absurdos; pero poseemos la razon con que templar nuestras airadas pasiones, nuestros impulsos carnales, nuestros apetitos desenfrenados, de los cuales, tengo para mí, lo que vos llamais amor, no es sino un retoño ó vástago.

ROD. No puede ser.

YAGO. No es más que un deseo de la sangre y una tolerancia del albedrío. Vamos, sé hombre. ¡Anegarte! Anega gatos y cachorros ciegos. Profeso ser amigo tuyo, y me declaro ligado á tu merecimiento con maromas de tenacísima firmeza; nunca me hallé en estado de ayudarte como ahora. Echate dinero en el bolsillo; vente con nosotros á la guerra; disfraza tu cara con una barba postiza; échate dinero en el bolsillo, te digo. Es imposible que Desdémona siga por mucho tiempo enamorada del mero:—échate

dinero en el bolsillo;—ni él de ella: su amor tuvo un comienzo violento, y verás como el desenlace corresponde al principio;—pero échate tú dinero en el bolsillo. Estos moros son de condicion mudable:—llénate el bolsillo de dinero;—el manjar que ahora le sabe dulce como la algarroba, pronto le sabrá amargo como la coloquintida. Siendo ella jóven, es forzoso que se mude: en cuanto se haya hartado de él, verá la locura de su eleccion; por fuerza se ha de mudar, por fuerza; por tanto, échate dinero en el bolsillo. Si te empeñas en irte al infierno, hazlo de un modo más distinguido que con anegarte.—Hazte con todo el dinero que pudieres;—si la bendicion del cura y un frágil voto empeñado entre un salvaje errante y una astutísima veneciana no fuesen demasiado tenaces para mi ingenio y toda la legion del infierno, la gozarás.—Por tanto, hazte con dinero,—¡Al diablo con anegarte! ¡Pues no vas poco descaminado! Trata tú más bien de que te cuelguen despues de haberla gozado, que de anegarte sin lograrla.

Rob. ¿No defraudarás mis esperanzas, si me aventuro á ello?

Yago. Cuenta conmigo.—Ve, hazte con dinero.—Te lo he dicho mil veces, y te lo volveré á decir otras mil: odio al moro: tengo motivo fundado, y el tuyo no lo es ménos. Pongámonos de acuerdo para vengarnos de él: si logras ponerle cuernos, te darás á tí mismo un gusto, y á mí una diversion. Hay muchos sucesos escondidos en el seno del tiempo que luego saldrán á luz.—Disfrázate,—ve, provéete de dinero.—Seguiremos tratando de esto mañana. Adios.

Rob. ¿Dónde nos juntaremos por la mañana?

Yago. En mi posada.

ROD. Estaré contigo temprano.

YAGO. Bueno: Dios te guarde.—¡Oyes, Rodrigo?

ROD. ¿Qué quieres?

YAGO. Nada de anegarse: ¡lo oyes?

ROD. He mudado de intento: voy á vender toda mi hacienda.

YAGO. Bueno: vete, y échate dinero bastante en el bolsillo. (Vase Rodrigo.)

Así convierto á un tonto en bolsa mia;
 Pues fuera profanar tanta experiencia
 Como adquirí en el mundo, si gastara
 Con un chorlito tal paciencia y tiempo
 Sin gusto ni provecho. Yo odio al moro;
 Y dicen malas lenguas que en mi cama
 Mi oficio ejecutó, no sé si es cierto;
 Mas yo en tal caso por sospechas obro
 Cual si fueran verdad. Me tiene en mucho;
 Mejor; más fácil me será enredarle.
 Casio es buen mozo.—Vaya, discurrámos.
 ¿Qué haria yo para alcanzar su empleo,
 Saciando mi ambicion con lazo doble?
 —¿Qué hacer? ¿qué hacer? Pensémoslo; veamos:
 Al cabo de algun tiempo, en los oidos
 De Oteló ir susurrando que ya es mucha
 La intimidad que con su esposa gasta;
 Son sospechosos su persona y trato,
 Propios á seducir á las mujeres:
 El moro es hombre de alma noble y franca,
 Honrado juzga al que parece serlo,
 Y del hocico dejará llevarse
 Con la blandura misma que un pollino.
 Lo tengo; está engendrado. A luz del dia
 Lo abortarán infierno y noche impía. (Vase.)

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Un puerto de mar de Chipre. Una plaza grande cerca del muelle.

Salen MONTANO y dos CABALLEROS.

MON. ¿Qué en alta mar se avista desde el cabo?

CAB. 1.º Nada descubro: la tormenta arrecia,
Y entre el cielo y el piélagos no logro
Ver una sola vela.

MON. Se me antoja
Que sopla en tierra rudamente el viento:
No sacudió jamás nuestras murallas
Más fuerte temporal. Si ha alborotado
Del mismo modo en alta mar, ¿qué quilla
De roble habrá que en trozos mil no salte,
Cuando sobre ella montes se derriten?
¿Qué resultas tendrá?

CAB. 2.º Sin duda alguna,
La dispersion de la turquesca armada:
Pues acercaos á la espumosa orilla;
Las fieras olas á las nubes suben,
Del viento sacudida, la onda arroja
Al parecer su líquida melena
Rugiente, enorme sobre la osa ardiente,
Cual si apagar quisiera los fanales
Del polo siempre fijo. No ví nunca

Perturbacion igual en mar airado.
MON. Pues si no se ha ensenado en puerto ó cala
 La armada turca, ha zozobrado cierto:
 Es imposible que se tenga á flote.

Sale otro CABALLERO.

CAB. 3.º Nuevas, amigos: remató la guerra.
 La airada tempestad cascó á los turcos
 Con furia tal, que cejan en su empeño.
 Una gallarda nave de Venecia
 Vió naufragar, y en avería grave,
 La mayor parte de su armada.

MON. ¿Es cierto?

CAB. 3.º La nave ya aportó; y es Veronesa.
 Ya echó pié á tierra un cierto Miguel Casio;
 Teniente del bizarro moro Otelo.
 El moro mismo está embarcado y viene
 Con rumbo á Chipre con poderes ámplios.

MON. Digno gobernador: me alegro mucho.

CAB. 3.º Pero este Casio, aunque habla tan contento
 Del daño de los turcos, está triste,
 Y al cielo pide que se salve el moro,
 Pues separóles tempestad violenta.

MON. Dios le valga. A sus órdenes estuve;
 Y el hombre manda como buen soldado.

Vámonos á la playa, con objeto
 De ver la nave que de entrar acaba,
 Y escudriñar el mar, de Otelo en busca,
 Aun hasta el punto en que su seno frio
 Con el etéreo azul se funde en uno.

CAB. 3.º Partamos, pues; que á cada breve instante
 Hay que esperar algun arribo nuevo.

Sale CASIO.

CAS. Gracias, valientes de esta fuerte isla,
 Que tanto al moro amais. Benigno el cielo
 Contra los elementos déle amparo,
 Pues le perdí de vista en mar temible.

MON. ¡Lleva buen bastimento?

CAS. Su navio
Está bien carenado, y su piloto
Es navegante experto y competente.
Por tanto, mi esperanza todavía,
Aún no herida de muerte, admite cura.
(Voces dentro.)

«¡Una vela! ¡una vela!»

Sale otro CABALLERO.

CAS. ¡A qué ese ruido?

CAB. 2.º El pueblo está desierto, y en la playa
Amontonada está la gente y grita:
«Una vela.»

CAS. Me dice la esperanza
Que es el gobernador. (Se oyen disparos.)

CAB. 2.º ¡No oís la salva?
Amigos son al ménos.

CAS. Yo os suplico
Que os informéis quién es el que ha llegado.

CAB. 2.º Al punto voy. (Vase.)

MON. Decidme, mi teniente:

¿Está casado vuestro jefe, el moro?

CAS. Y con gran suerte; pues logró una dama
Que en vano á describir la fama aspira;
Supera en hermosura los elogios
De lisonjeras plumas, y en riqueza
De naturales galas vence al arte.

Vuelve á salir el CABALLERO 2.º

Decid ¿quién ha arribado?

CAB. 2.º Es un tal Yago,
Del general alférez.

CAS. Ha tenido
Rápida y favorable travesía.
Las tempestades y los gruesos mares,
Los vientos bramadores, las arenas
Amontonadas, y estriadas rocas,

Traidores encubiertos para daño
De la inocente quilla, cual tuvieran
Sentido de lo bello, un breve instante
Su natural mortífero olvidando,
Dejaron á Desdémona divina
Libre y seguro el paso.

MON. ¿Y quién es ella?

CAS. La de quien os hablé, la capitana
De nuestro capitan, quien al cuidado
Dejó su conduccion del bravo Yago,
Cuya llegada aquí anticipa al ménos
En siete dias nuestras esperanzas.
Gran Dios, á Otelo ampara, y con tu sopro
Omnipotente su velámen hincha,
Y haz que bendiga su gallarda nave
Pronto esta playa, y como amante tierno
En brazos de Desdémona suspire,
Avive el fuego en nuestras almas tibias,
Y alivio á Chipre dé.

*Salen DESDÉMONA, EMILIA, YAGO, RODRIGO
y acompañamiento.*

¡Mirad, miradla!

Á tierra echó la nave sus riquezas;
Nobles de Chipre, arrodillaos humildes;
Salve, señora, y que el amor del cielo
Por todas partes sin cesar te siga
Y te rodee.

DES. Valiente Casio, gracias.

¿Qué nuevas podeis darme de mi esposo?

CAS. Aún no ha llegado: sólo sé deciros
Que se halla bien y que estará aquí en breve.

DES. No obstante, temo... ¿Cómo os separasteis?

CAS. Del cielo y de la mar la fiera lucha

Nos separó.

(Voces dentro «¡Una vela! ¡Una vela!» Se oyen disparos.)

¿No oís? Es una vela.

CAB. 2.º A la playa tributa su saludo.

Tambien amigos son.

CAS. Ved qué hay de nuevo.
(Váse un caballero.)

Alférez, bien venido; y vos, señora. (A Emilia.)

Buen Yago, no os apure la paciencia

La libertad que tomo: mi crianza

Tolera tan cortés atrevimiento. (Besa á Emilia.)

YAGO. Si os regalara con sus labios tanto
Como á mi con su lengua muchas veces,
Tuvierais hartó.

DES. No se la oye apénas.

YAGO. De sobra, á fe. Yo bien lo advierto cuando
Me acosa el sueño. Cuando está presente
Vuestra merced, sin duda se domina,
Y con el pensamiento solo riñe.

EMI. ¡Cual si tuvierais vos razon de queja!

YAGO. Calla: dechados sois fuera de casa;
Sonajas en la sala; en la cocina
Gatas montesas; cuando haceis agravio,
Santas; cuando ofendidas, diablos; tardas
En el menaje, y en la cama activas.

DES. Calumniador.

YAGO. Es cierto lo que digo:
Os levantais para jugar, y al lecho
Os vais á trabajar, y os viene estrecho.

EMI. No escribirás mi elogio.

YAGO. No, más vale.

DES. ¿Qué escribieras de mí si me elogiaras?

YAGO. No me reteis á duelo tal, señora,
Pues nada soy si criticar no puedo.

DES. Vamos, probad.—¿Fuése uno al puerto?

YAGO. Fuése.

DES. No estoy alegre; es que tan sólo escondo
Bajo aparente gozo mi zozobra.
Sepamos qué dirás en mi alabanza.

YAGO. Lo estoy pensando; pero mi inventiva
Como liga de frisa se desprende
De mi cabeza: arranca seso y todo.

Mi musa está de parto, y esto pare.

«Si es de alba tez y lista, su hermosura
Engendra gozo que discreta apura.»

DES. No es mal elogio. ¡Y si es morena y lista?

YAGO. «Siendo morena y lista, esté segura
Que á un blanco hechizará su donosura.»

DES. ¡Peor! ¡peor!

EMI. ¡Y si es hermosa y necia?

YAGO. «Jamás fué necia la que fuera hermosa;
Pues la más necia logra ser esposa.»

DES. Estas son viejas paradojas de mal gusto
con que se divierten los tontos en las tabernas.
¿Qué miserable elogio tendrás para la que es
fea y necia?

YAGO. «Ninguna hay á la vez tan necia y fea
Que al fin de amor no triunfe en la pelea.»

DES. ¡Oh crasa ignorancia! Elogias más á la que
vale ménos. ¿Pero qué elogio tributarás á la
buena mujer, la cual, con la autoridad de su
virtud, obligara á la malicia misma á recono-
cer su bondad?

YAGO. «La que fué hermosa siempre, y nunca vana,
Que tuvo lengua y no de usarla gana,
Que, rica, no gastó lujoso arreo,
Que tuvo la ocasion y no el deseo,
La que ofendida, y la venganza á mano,
Guardó la ofensa y no rencor insano,
La que jamás trocó con ligereza
La cola del salmon por la cabeza,
Medita mucho y loca no delira,
Ven que la siguen y hácia atras no mira,
Fuera, si se encontrara, asaz discreta.

DES. ¡Y en que la emplearias?

YAGO. En criar necios y en hacer calceta.

DES. ¡Oh tristisima é impotente conclusion!
Emilia no te dejes guiar por él aunque sea tu
marido. ¿Qué decis, Casio? ¿No es por demas
profano y desvergonzado este hablador?

CAS. Habla claro, señora: os agradará más como soldado que como letrado.

(Desdémona y Casio hablan aparte.)

YAGO. (Aparte.) La coge de la mano: bien, bien; cu-chichead; me basta esa pequeña red para entrapar á una mosca tan grande como Casio. Mirala y sonriete, anda; ya te sabré coger en el lazo de tu propia galantería. Teneis razon; en efecto, así es. Si con tales mañas consigues perder tu empleo de teniente, más te valiera no haber besado tantas veces tus tres dedos, con los cuales estás á punto de volver á hacer el galante. ¡Magnífico! bien besado, ¡brava cortesía! Así es, en efecto. Y vuelta con llevar los dedos á la boca. Por causa tuya quisiera que fueran tubos de geringa. (Suena una trompa.) El moro. Conozco su señal.

CAS. Él es, por cierto.

DES. Salgamos á su encuentro á recibirle.

CAS. Ved donde viene.

Sale OTELO y acompañamiento.

OT. ¡Oh mi guerrera linda!

DES. ¡Otelo mio!

OT. Grande cual mi contento es mi sorpresa

Al verte aquí tan pronto. ¡Oh dicha mia!

Si á toda tempestad tal calma sigue,

Vientos, soplad y despertad la muerte,

Naves subid los cerros de las olas

Altas como el Olimpo, y sumergíos

Luego en el seno de profundas simas

Hondas como el infierno ¡Ay! si muriera,

Feliz en este instante moriria!

Mi pecho está tan colmo de ventura,

Que temo que el destino misterioso

Otra como ésta para mí no guarda.

DES. ¡Ay! ¡no permita Dios que nuestra suerte

Y nuestro amor no crezcan á medida
Que aumenten nuestros años!

OT. ¡Dios lo quiera!

Me falta aliento para dicha tanta;
Me roba el habla: es por demas mi gozo.
¡Ay! sean las mayores disonancias
Que entre nosotros suenen, estos besos! (La besa.)

YAGO. (Aparte.)

Estais aún bien templados; pero pronto,
Honrado y todo, aflojaré las llaves
Que templan esta música.

OT. Partamos:

Vámonos al castillo. Amigos míos,
No hay guerra ya; los turcos perecieron.
Decid: á mis antiguos camaradas
¡Qué tal les va?—Mi bien, tendrás en Chipre
Buena acogida. Gran merced me hicieron.
Hablo sin ton ni son, amada mía;
Tanta felicidad me vuelve loco.
Buen Yago, te lo ruego, ve á la playa;
Mis cofres desembarca, y al castillo
Lleva al piloto que es marino diestro,
Y es menester premiar su valentía.
Desdémona, venid, y bien hallada,
Una vez más, en la guerrera Chipre.

(Váanse Otelo, Desdémona y acompañamiento.)

YAGO. Ve en seguida al puerto, y espérame allí.
Ven acá. Si eres valiente (y dicen que hasta los
cobardes, cuando están enamorados, adquieren
brios que no les son propios) escucha. El te-
niente estará de guardia esta noche en el patio
del castillo;—pero ante todo es menester que te
diga que Desdémona está perdidamente ena-
morada de él.

ROD. ¿De él? Imposible.

YAGO. Pon el dedo así, y déjate aconsejar. Piensa
con qué vehemencia se enamoró del moro, sólo
por fanfarronear, y porque le contó cuatro men-

tiras fantásticas. ¿Y crees tú que seguirá amándole por su charla? Sé discreto y desengáñate. Sus ojos piden halago: ¿y qué deleite podrá hallar en contemplar al demonio? Cuando la sangre se entibia á fuerza de gozar, ha menester, para volver á encenderse y dar á la saciedad nuevo apetito, hallar belleza en las formas, simpatía en los años, costumbres y encantos; de cuyas condiciones todas carece el moro. Luego, por falta de estos necesarios requisitos, su tierna sensibilidad se verá engañada; empezará por hartarse, le hará ascos, y aborrecerá al moro; la misma naturaleza le enseñará, y le obligará á hacer nueva eleccion. Pues bien, sentado esto—que no es sino una hipótesis por demas evidente y natural—¿quién está tan cerca de lograr esa dicha como Casio? El tunante es listo en extremo; no tiene más conciencia que la que es menester para aparentar un exterior civil y afable, á fin de satisfacer más fácilmente sus lascivos, ocultos y locos deseos. Nadie, nadie: es un tunante de lo más sutil y tramposo que puede hallarse; sabe aprovechar las ocasiones como nadie; cuya vista descubre y falsifica favores que en realidad no existen; es la misma piel del diablo. Además, el tunante es guapo, jóven, y posee todos aquellos requisitos porque se afanan la liviandad y el poco seso: él es un pícaro redomado, y ella ya le ha echado el ojo.

ROD. No puedo pensar tan mal de ella; es de condicion virtuosísima.

YAGO. ¡Virtuosísimas narices! El vino que bebe es zumo de uvas; si fuera virtuosa, no se enamorara del moro. ¡Dale con la virtud! ¿No viste como le tectleaba la palma de la mano? ¿No lo notaste?

ROD. Sí que lo noté; pero lo hizo por cortesía.

YAGO. Por lujuria, por esta mano: no fué sino un índice y oscuro prólogo de la historia de su lascivia y livianos pensamientos. Juntaron tanto sus labios que sus alientos se abrazaron. Abri- gan pensamientos livianos, Rodrigo. Cuando estas intimidades empiezan á despejar el cami- no, muy de cerca les sigue la obra definitiva, la conclusion carnal. Calla, y déjate guiar por mí; yo soy quien te trajo de Venecia. Montarás guardia esta noche: yo te designaré tu puesto. Casio no te conoce. Yo no estaré lejos. Busca tú alguna ocasion de enojar á Casio, ya sea hablando demasiado alto, ya criticando su dis- ciplina, ó bajo cualquier otro pretexto de que á debido tiempo pudieras echar mano.

ROD. Bien.

YAGO. Es de genio muy vivo, y se enfada pronto, y fuera fácil que te pegara; provócale con tal objeto; pues me basta esa reyerta para hacer que se amotinen estos chipreños, los cuales no se apaciguarán hasta haber logrado la destitu- cion de Casio. De esta suerte acortarás el ca- mino que te ha de conducir al logro de tus de- seos, merced á los medios que tendré para favorecerte; y lograremos vencer el estorbo, sin cuyo vencimiento no tendríamos esperauza de éxito.

ROD. Lo haré, si la ocasion me fuera favorable.

YAGO. No lo dudes. Te espero luego en la ciuda- dela. Es menester que traiga su equipaje á tier- ra. Dios te guarde.

ROD. Adios. (Váse.)

YAGO. Tengo por cierto que la adora Casio;
Y es lógico y probable que ella le ame.
Por más que le aborrezco, es hombre el moro
De amable condicion, constante y noble,
Y hallará en él Desdémona, sin duda,
Un tierno esposo. A fe, tambien la quiero;

No con lascivo intento—aunque el pecado
 Tal vez menor no sea en que ahora incurro—
 Más bien por dar sustento á mi venganza,
 Porque sospecho que el lascivo moro
 Anduvo en mi cercado: cuya idea
 Como un veneno mis entrañas roe;
 Y nunca me daré por satisfecho
 Hasta lograr cumplida mi venganza,
 Esposa por esposa; ó á falta de eso,
 He de tratar de atormentar al moro
 Con celos tan feroces, que no logre
 Curarle la razon. Con cuyo objeto,
 —Si es que este pobre galgo de Venecia,
 Que estoy cebando porque caza listo,
 La pista sigue—agarro por la nuca
 A Miguel Casio, y le delato al moro
 Por seductor infame—pues confieso
 Que temo á Casio áun con mi propia esposa—
 Haré que el moro agradecido me ame,
 Y á más me premie por lograr astuto
 Hacerle hacer papel de burro insigne,
 Y turbar su quietud y su reposo
 Hasta volverle loco.—Aquí lo tengo;
 En ciernes, y aún confuso: la vileza
 Sólo en accion descubre su torpeza. (Váase.)

ESCENA II.

Una calle.

Sale un HERALDO con una proclama; el pueblo le sigue.

HER. Es la voluntad de Otelo, nuestro noble y valiente general, que, en vista de las fidedignas noticias que acaban de ser recibidas, anunciando la completa pérdida de la armada turca, dé libre vuelo cada cual á su júbilo, unos bai-

lando, otros encendiendo hogueras, ó bien con la diversion y regocijo que á cada cual le sugiera su inclinacion; pues, á más de tan fausto suceso, celebra hoy sus nupcias. Esto es lo que por su mandato se proclama. Todas las salas del castillo estarán abiertas, y hay completa libertad para festejar desde la hora presente de las cinco hasta que la campana haya repicado las once. Dios guarde la isla de Chipre y á nuestro noble general Otelo. (Vánse.)

ESCENA III.

Una sala del castillo.

Salen OTELO, DESDÉMONA, CASIO y acompañamiento.

OT. Mi buen Miguel, atiende tú á la guardia
Del castillo esta noche: practiquemos
La saludable máxima que enseña
A poner freno al gozo.

CAS. Ya dí á Yago
Las oportunas órdenes; no obstante
Con estos ojos velaré por todo.

OT. Yago es honrado con extremo. Casio,
Buenas noches: Mañana á primer hora
Tengo que hablarte.—Ven, querida mía:
Sigue á la compra el goce de la hacienda:
Y aún no gozamos de ella, dulce prenda.
Buenas noches.

(Vánse Otelo, Desdémona y acompañamiento.)

Sale YAGO.

CAS. Bien venido, Yago: es fuerza acudir á la guardia.

YAGO. Falta una hora todavía, mi teniente; aún no son las diez. El general nos ha abandonado tan pronto por amor de su Desdémona; y no se

lo podemos tomar á mal, pues aún no ha pasado la noche con ella, y á fe que es digna de Júpiter.

CAS. Es una mujer deliciosa.

YAGO. Y apostaré la cabeza que es más retozona que un cabrito.

CAS. Es verdad que no puede ser más fresca ni más delicada.

YAGO. ¡Qué ojos tiene! Parece que tocan un parlamento de provocacion.

CAS. Si; tiene ojos que convidan; y sin embargo su mirada es asáz modesta.

YAGO. Y cuando habla, ¿no suena su voz como un llamamiento al amor?

CAS. A fe que es la perfeccion misma.

YAGO. ¡Dios bendiga su tálamo! Venid, mi teniente; tengo un barrilito de vino, y allá fuera hay un par de galanes de Chipre que de buena gana vaciarán una botella á la salud del negro Otelo.

CAS. Esta noche no, buen Yago: tengo una cabeza desdichada para la bebida. ¡Ojalá inventara la cortesania otro modo de entretenerse!

YAGO. Bah, son amigos nuestros; una copa nada más, yo beberé por vos.

CAS. No he bebido esta noche mas que una sola copa, y esa bastante aguada, y mira que novedad produce en mí: desgraciadamente tengo esa debilidad, y no me atrevo á cargar mis debiles fuerzas con más.

YAGO. Callad, es noche de broma; esos galanes lo desean.

CAS. ¿Dónde están?

YAGO. Allá afuera. Decidles que entren, os ruego.

CAS. Lo haré; pero lo hago de mala gana. (Vase.)

YAGO. Logro hacerle beber sólo una copa,

Con lo que ya ha bebido por la tarde

Se pondrá pendenciero y más rabioso

Que un gozquecillo. El buen Rodrigo, el asno,
 A quien amor ha trastornado el juicio,
 Ha libado esta noche largo y hondo
 A la salud de su gentil Desdémona;
 A él le toca la guardia. Tres galanes
 Chipreños, bravos mozos y valientes,
 Celosos de su honor, la flor y nata
 De la guerrera Chipre, á quien los cascos
 He calentado ya con sendas copas,
 Están tambien de guardia. Entre esta trinca
 De borrachos haré que loco Casio
 Cometa alguna accion que á la isla agravie.
 Mas calla, que aquí vienen.—Si propicio
 Favor me presta el éxito, mi idea
 Navegará con viento y con marea.

Vuelve á salir CASIO con MONTANO y otros CABALLEROS: llegan CRIADOS con vino.

CAS. ¡Por vida!... ya me han dado un meneo.
 MON. Bien poca cosa ha sido: una botella escasa,
 á fe de soldado.

YAGO. ¡Hola! ¡vino acá! (Canta.)

*Con las copas chocad; retintin,
 Con las copas chocad; retintin,
 El soldado es mortal,
 Y la lid es fatal;
 Pues que beba el soldado sin fin.*

¡Vino, muchachos!

CAS. ¡Brava cancion, vive Dios!

YAGO. La aprendí en Inglaterra, en donde, á
 fe, hay valientes bebedores. Vuestro danés,
 vuestro aleman y vuestro panzudo holandés—
 ¡vino acá!—nada valen comparados con vuestro
 inglés.

CAS. ¿Acaso es tan experto bebedor vuestro
 inglés?

YAGO. Con la mayor facilidad os dejará al danés debajo de la mesa; no ha menester sudar para tumbar á vuestro alemán; y ántes de vaciar otra botella, hará echar las tripas á vuestro holandés.

CAS. A la salud del general.

MON. Soy con vos, mi teniente, y os haré justicia.

YAGO. ¡Ob querida Inglaterra! (Canta.)

*Estéban fué un rey noble y caballero;
Costabanle sus calzas un doblon:
Doliále el gastar tanto dinero,
Y regañaba al sastre por ladron.*

*Y él fué un monarca grande y poderoso;
Tú no eres sino un mísero gañán;
Más de uno se perdió por orgulloso;
Pues ponte el capoton de baragan.*

¡Hola! ¡vino acá!

CAS. Esta canción es mejor que la otra.

YAGO. ¿La quereis oír otra vez?

CAS. No; porque creo que quien tales cosas hace es indigno de su empleo. Lo dicho: Dios está sobre todo; hay almas que se salvarán y almas que no se salvarán.

YAGO. Decís verdad, mi teniente.

CAS. Por mi parte, sin ofender al jefe, ni á ninguna persona principal, espero que me salvaré.

YAGO. Yo tambien lo espero, mi teniente.

CAS. Sí, pero con vuestro permiso, no primero que yo; es menester que el teniente se salve ántes que el alférez.—Basta ya de eso. Cada cual á su puesto.—¡Perdónanos nuestros pecados!—Caballeros, á nuestros negocios.—No penseis, señores, que estoy borracho: este es mi alférez; esta es mi mano derecha, y esta es mi mano izquierda; no estoy borracho, os digo;

ya veis que ando bien, y hablo bastante acorde
TODOS. Perfectamente.

CAS. Pues sí, perfectamente. No penseis, pues,
que estoy borracho. (Vase.)

MON. Vamos á la esplanada á montar guardia.

YAGO. ¿Veis á ese mozo que se fué hora mismo?
Digno es de estar al lado del gran César,
Y de mandar. Ya veis que vicio tiene;
Y ese es de su virtud el equinoccio.
Los dos iguales son: ¡lástima grande!
Temo que á Chipre pueda ser funesta
La confianza que en él pone Otelo,
Si en hora desdichada por ventura
Le diera el mal.

MON. ¿Sucede con frecuencia?

YAGO. Todas las noches ántes de ir al lecho.
Será capaz de no cerrar los ojos
En horas veinte y cuatro, si no mece
Su sueño la bebida.

MON. Bueno fuera
Dar oportuno aviso á vuestro jefe.
Tal vez no lo advirtió; tal vez estima
Tan sólo la virtud que advierte en Casio,
Y en su bondad disculpa sus errores.
¿No es cierto lo que afirmo?

Sale RODRIGO.

YAGO. (Aparte á Rodrigo.) ¿Qué hay, Rodrigo?
Corred tras el teniente: pronto, vamos.
(Vase Rodrigo.)

MON. Es de sentir, á fe, que el noble moro
Confie á un hombre á quien domina el vicio,
El importante cargo de segundo.
Fuera loable accion hablarle al moro.

YAGO. A fe, no seré yo quien se lo diga;
Pues quiero á Casio, y cualquier cosa hiciera
Para curarle. ¡Calla! ¿Oís qué ruido?

(Voces dentro: «¡Favor! ¡favor!»)

Vuelve á salir CASIO persiguiendo á RODRIGO.

CAS. ¡Ah, pícaro, tunante!

MON. ¡Qué hay, teniente?

CAS. ¡A mí darme lecciones un villano?

Le he de matar á palos, ¡vive el cielo!

ROD. ¡Palos á mí!

CAS. Tunante, ¿aún me contestas?

(Pega á Rodrigo.)

MON. Por Dios, tened la mano, mi teniente.

CAS. Dejadme, os digo, ú os cruzaré la cara

MON. Estais borracho.

CAS. ¡A mí borracho? (Ríen.)

YAGO. (Aparte á Rodrigo.) Corre,

Y grita por doquier «motin, alarma.»

(Vase Rodrigo.)

Por Dios, teniente—que haya paz, hidalgos—

¡Favor! ¡favor!—Montano—mi teniente—

¡Favor, señores!—¡Buena guardia hacemos!

(Se oye una campana tocar á rebato.)

¡Quién toca la campana?—¡Voto al diablo!

¡Querrán alborotar al pueblo entero!

Por Dios, teneos, teniente, que es vergüenza:

Os perdeis para siempre.

Sale OTELO con acompañamiento.

OT. ¡Qué sucede?

MON. Yo me desangro, estoy de muerte herido.

(Se desmaya.)

OT. ¡Teneos, por vida vuestra!

YAGO. ¡Mi teniente,

Teneos!—¡Señor Montano—caballeros!—

¡Así olvidais lo que el deber exige?

Teneos; el general es quien os habla.

OT. ¡Qué ocurre aquí? ¡de qué nació la riña?

¡Somos turcos, acaso, y nos hacemos

Con nuestras propias manos lo que el cielo

No permitió que hiciera el otomano?
 Si sois cristianos, poned freno al punto
 A vuestro enojo bárbaro: el primero
 Que ose blandir el hierro, ó dar un paso,
 Pagará con su vida su osadía.

Que calle esa fatídica campana,
 Que arrebatara el sosiego á la isla entera.

¡Hidalgos, qué sucede? Honrado Yago,
 Pálido estás de pena: dilo todo;

¡Quién empezó? De tu lealtad lo exijo.

YAGO. Lo ignoro. Amigos eran há un instante,

Tan cariñosos como novio y novia

Cuando á acostarse van, y de repente
 (Cual trastornados por algun planeta)

Desnudan las espadas y se embisten
 En contienda mortal. Decir no puedo

Cómo empezó reyerta tan extraña.

¡Perdiera yo en alguna accion gloriosa

Luchando como bueno entrambas piernas

Que á tomar parte en ella me llevaron!

OT. ¡Qué ligereza, Casio, fué la tuya?

CAS. Os ruego, perdonadme; hablar no puedo.

OT. Soliais ser civil, digno Montano;

En vuestra juventud el mundo os daba

Fama de hombre prudente y comedido,

Y andaba en boca de los más sesudos

Honrado vuestro nombre: ¡qué sucede

Para que así empañéis el claro brillo

De tal reputacion, ganando fama

De reñidor nocturno y quimerista?

¡Qué cambio es este? Responded al punto.

MON. Ilustre Oteló, me hallo mal herido:

Yagó, vuestro oficial, podrá informaros

(En tanto que yo callo, pues me duele

El mucho hablar) de cuanto sé, é ignoro

Que haya podido cometer ofensa

Con obra ó de palabra en esta noche;

A ménos que no sea falta ó crimen

El conservar la vida, y defenderse
Contra violento ataque.

OT. ¡Vive el cielo!
Mi sangre empieza ya á regir mi juicio,
Y la pasion, cegando mi templanza,
Quiere usurpar el mando. Si me altero,
Si sólo llevo á levantar el brazo,
Humillaré de un tajo al más valiente.
Decid cómo empezó la vil reyerta:
¿Quién promovió la lucha? ¡Ay del culpable!
Aunque mi hermano fuera, mi mellizo,
Me perderá por siempre. ¿Estais dementes?
Aquí en la fortaleza, cuando aún se oye
Ronco bramar el eco de la guerra,
Cuando los corazones de las gentes
Colmos de miedo están, ¿venir ahora
La misma guardia á perturbar el orden,
De noche, con rencillas y quimeras?
¡Es inaudito! Dime al punto, Yago,
¿Quién promovió la lid?

MON. Si en sólo un punto,
Por ser tu amigo Casio y compañero,
Faltas á la verdad, no eres soldado.

YAGO. No me pongais en tan fatal apuro.
Primero que ofender á Miguel Casio,
La lengua me arrancara de la boca.
No obstante, tengo para mí que en nada
Le perjudico la verdad diciendo.
Así pasó, mi general: estando
El buen Montano en plática conmigo,
Un mozo se acercó favor pidiendo,
De Casio perseguido, espada en mano,
Con fiero intento; cuando se interpuso
Este hidalgo, y pidió cortés á Casio
Que se tuviera. Yo seguí la huella
Del que chillaba, porque no asustara
(Cual sucedió por fin) el pueblo á voces;
Mas, ligero de piés, burló mi intento,

Y yo volvíme al punto, habiendo oido
 Choque y rumor de espadas, y de Casio
 El renegar violento, cosa extraña
 Y nunca oida en él hasta esta noche.
 Cuando volví (pues breve fué mi ausencia)
 Hallé trabada la pendencia entre ellos
 A tajo y á revés, del mismo modo
 Que luego cuando vos los separasteis.
 Más sobre el caso no sabré deciros.
 Los hombres hombres son, y los más justos
 Suelen pecar tal vez; pues aunque Casio
 Le hizo algun daño, á guisa del que pega
 En su locura á su mejor amigo,
 Seguro estoy que recibió él primero
 Del fugitivo ofensa tal, que nunca
 Bastara la paciencia á soportarla.

OT. Tu afecto, Yago, y tu valor te mueven
 A atenuar el hecho, disculpando
 La cólera de Casio.—Casio, te amo;
 Mas ya no puedes ser teniente mio.

Sale DESDÉMONA con acompañamiento.

Ved, á mi amada despertó el tumulto.
 Haré de tí un ejemplo.

DES. ¿Qué sucede?

OT. Todo acabó, mi bien; vamos al lecho.
 En cuanto á vuestra herida, buen hidalgo,
 En mí hallareis un médico. Llevadle.

(Se llevan algunos á Montano.)

Yago, recorre la ciudad, y trata
 De apaciguar al pueblo, á quien la riña
 Alborotó.—Desdémona, partamos.
 Tal es, mi bien, del militar la vida:
 En lo mejor del sueño, una asonada
 Viene á turbarle la quietud preciada.

(Vanse todos ménos Yago y Casio.)

YAGO. ¿Estais herido, mi teniente?

CAS. Sí tal; ni hay cirujano capaz de sanarme.

YAGO. ¡No lo permita Dios!

CAS. ¡Reputacion, reputacion, reputacion! ¡Ay!
¡He perdido mi reputacion! He perdido la parte
inmortal de mi sér, y lo que queda es brutal. ¡Mi
reputacion, Yago, mi reputacion!

YAGO. A fe de hombre honrado, pensé que ha-
biais recibido alguna herida corporal, lo cual
importara más que la reputacion. La reputacion
no es sino una vana y engañosísima impostura,
que, no pocas veces, se adquiere sin mérito y
se pierde sin culpa. No habeis perdido reputa-
cion alguna, á ménos que vos mismo la juz-
gueis perdida. ¡ANIMO, hombre! Hay medios
para volver á captar la buena voluntad del ge-
neral. No ha hecho más que desaforaros en un
momento de cólera; cuyo castigo os impone más
por política que por malicia; como cuando pega
uno á un perro inofensivo con objeto de asustar
á un fiero leon: volved á suplicarle, y será
vuestro.

CAS. Le suplicaré que me desprecie ántes que
engañar á tan buen jefe con un oficial tan
liviano, tan borracho y tan indiscreto como yo.
¡Por vida!... emborracharse un hombre, char-
lar como un loro, y disputar, y fanfarronear,
renegar y hablar gordo con su propia som-
bra!... ¡Oh, espíritu invisible del vino, si aún
no tienes nombre alguno por el cual te se pueda
conocer, te llamaré demonio!

YAGO. ¿Quién era aquel á quien perseguiais con la
espada? ¿qué os hizo?

CAS. No lo sé.

YAGO. ¿Será posible?

CAS. Recuerdo un cúmulo de cosas, pero ninguna
con fijeza; sé que hubo una riña, cuya causa
ignoro. ¡Dios mio! ¡que se traguen los hom-
bres por la boca á un enemigo para que les

robe el juicio! ¡que nos convertamos así, con gozo, alegría, júbilo y regocijo, en brutos insensatos!

YAGO. Pero ya estais bastante sereno. ¿Cómo habeis recobrado el juicio tan pronto?

CAS. Le plugo al demonio de la embriaguez ceder el puesto al demonio de la ira: un defecto saca otro á relucir, á fin de que acabe de aborrecerme á mí mismo.

YAGO. Vamos, sois un moralista demasiado severo. Teniendo en cuenta la hora, el sitio y el estado de esta tierra, deseara de todo corazon que esto no hubiese sucedido; pero una vez que es así, tratad de enmendar la falta en provecho propio.

CAS. Le solicitaré nuevamente mi empleo, y me llamará borracho. Tuviera yo las bocas de la hidra, y semejante respuesta las tapara todas. ¡Ser ahora un hombre sensato, un momento despues un loco, y luego una bestial... ¡Oh horror! Cada copa de más que se apura, es una maldicion, y su ingrediente un demonio.

YAGO. Vamos, vamos, que el buen vino es cosa buena y sociable, cuando de él no se abusa; no clameis más contra él.—Creo, mi teniente, que no dudareis de mi afecto hácia vos.

CAS. Tengo pruebas de tu amor. ¡Yo borracho!

YAGO. Vos y cualquiera puede emborracharse una vez en la vida. Yo os diré lo que teneis que hacer. La mujer de nuestro general es hoy la que manda; bien lo puedo decir, puesto que él está embebecido y completamente entregado á la contemplacion, admiracion y adoracion de sus gracias y hechizos. Descubridla francamente vuestro pecho; importunadla, que ella os ayudará á conseguir nuevamente vuestro empleo. Es de condicion tan franca, tan bondadosa, tan dulce, tan bendita, que sin duda tendrá

á desdoro el no hacer más de lo que la pidais; rogadla que entablete este miembro fracturado entre vos y su esposo; y apostaré mi fortuna contra cualquier chuchería, que este rompimiento será parte á estrechar vuestra amistad con el moro.

CAS. Tu consejo es saludable.

YAGO. Os lo doy con toda la sinceridad de mi amor y con la honradez de que es capaz mi buen deseo.

CAS. Lo creo así; y mañana á primera hora suplicaré á la virtuosa Desdémona que se interese por mí. Desespero de mi suerte, si me abandona en este trance.

YAGO. Teneis razon. Buenas noches, mi teniente; tengo que acudir á la guardia.

CAS. Buenas noches, honrado Yago. (Vase.)

YAGO. ¡Y quién podrá decir que soy bellaco?

Honrado y franco es el consejo mio,

Le digo lo que siento, y en efecto,

Ese es el modo de ablandar al moro;

Que es cosa fácil conseguir que ruegue

Desdémona en favor del desvalido,

Siendo su causa honrada: es bondadosa

Más que la misma bendicion del cielo.

¡Y qué le ha de costar ganar al moro?

Aun cuando le exigiera que abjurara

Su religion, los símbolos y santos

Preceptos todos de la fe de Cristo,

Le tiene de tal suerte encadenada

El alma con su amor, que está en su mano

Llevarle, traerle, hacer de él á su antojo

Lo que mejor le plazca: su capricho

Es hoy el dios que manda en su flaqueza.

¿Cómo he de ser bellaco, si aconsejo

A Casio la conducta que más pronto

Le ha de llevar al logro de su dicha?

¡Diabólica piedad! Cuando el demonio

Quiere lograr sus más perversos fines,
 Empezá seduciendo al alma incauta
 Con gracia celestial, cual lo hago ahora.
 Pues mientras este honrado majadero
 Procure de Desdémona el apoyo,
 Y ella suplique al moro en favor suyo,
 Destilaré en su oreja vil ponzoña:
 Diréla que Desdémona lasciva
 Se afana tanto porque vuelva Casio
 Para saciar su lúbrico deseo;
 Y cuanto más se esfuerce por servirle,
 Tanto será más sospechosa al moro.
 Conseguiré trocar, de tal manera,
 En vicio su virtud, tejiendo astuto
 Con su misma bondad la red infame
 En que juntos caerán.

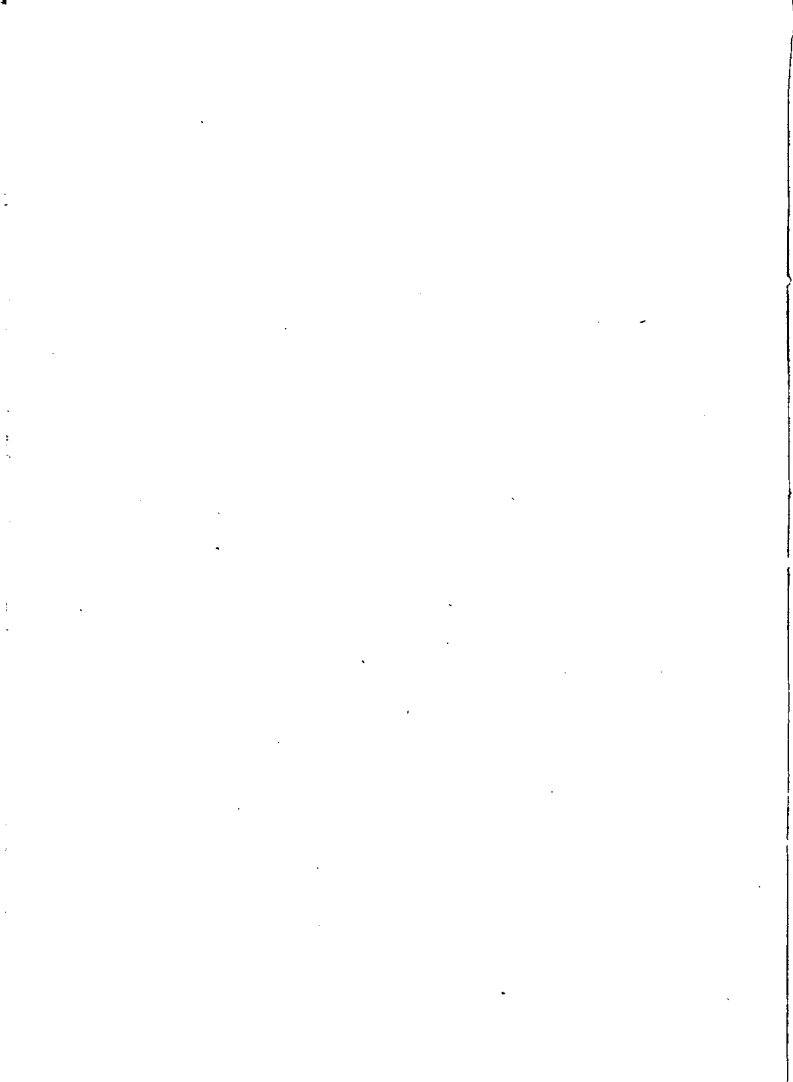
Sale RODRIGO.

¿Qué hay, pues, Rodrigo?
 ROB. Sigo la cacería, no como el podenco que
 caza, sino como un apéndice al ojeo. Mi bolsa
 está ya casi agotada: esta noche me han zur-
 rado de lo lindo; y creo que el desenlace de
 todo esto será ganar yo alguna experiencia á
 costa de muchos sinsabores, volviéndome luego
 á Venecia sin dinero y con más seso.

YAGO. ¡Pobre de aquel que no posee paciencia!
 ¿Curóse alguna herida de repente?
 No por encanto, por ingenio obramos,
 Que ha menester que demos tiempo al tiempo.
 ¿No marcha todo? Casio te ha pegado;
 Con eso tú le quitas el destino.
 Aunque sin sol la mala yerba cunde,
 La flor temprana es de temprana fruta
 Señal segura. Tu ansiedad aplaca.
 ¡Por vida! ya es de día. ¡Cómo acortan
 Las horas el deleite y los quehaceres!

Véte á tu alojamiento, vé: más de esto
Sabrás despues. Mas, por favor, vé, véte.
(Vése Rodrigo.)

Dos cosas hay que hacer: primero es fuerza
Que apoye mi mujer con su señora
La pretension de Casio: voy á hablarla.
Yo miéntras tanto llamo aparte al moro,
Y me encajo con él precisamente
Cuando esté Casio con ardor instando
A su consorte. Así ha de ser. Ahora
Obremos sin tibieza y sin demora. (Vése.)



ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Delante del castillo.

Salen CASIO y algunos MÚSICOS.

CAS. Tañed aquí, señores, que yo os pago:
Una tonada breve, y de esa suerte
Dareis al general los buenos días. (Música.)

Sale el BUFON.

BUF. ¿Qué es esto, señores? ¿Han estado en Nápoles vuestros instrumentos, que hablan tan gangosos?

MÚS. 1.º ¿Cómo, cómo?

BUF. Aquí tenéis dinero: le agrada tanto al general vuestra música, que os ruega por amor del cielo que no hagais más ruido con ella.

MÚS. 1.º Bien, gentilhombre, callaremos.

BUF. Si tenéis alguna música silenciosa que no se oiga, tocadla en nombre de Dios; pero en cuanto á oír música, como quien dice, el general, no lo puede sufrir.

MÚS. 1.º No conocemos semejante música.

BUF. Pues entónces, recoged los instrumentos, porque yo me voy. ¡Idos, desvaneceos; marchad! (Vánse los músicos.)

CAS. ¡Oyes, mi buen amigo?

BUF. No oigo á vuestro buen amigo, oigo á vos.

CAS. Déjate ya de chanzas. Aquí tienes una monedita de oro: si la dama que acompaña á la esposa del general está ya en pié, dile que hay un tal Casio que quisiera hablar un rato con ella. ¿Se lo dirás?

BUF. Está ya en pié, caballero; y si tropiezo con ella, la notificaré vuestra pretension.

CAS. Díselo, amigo. (Váase el bufon.)

Sale YAGO.

En hora buena, Yago.

YAGO. ¿No os acostasteis, pues?

CAS. Ya era de día

Cuando nos separamos. Me he atrevido,

Yago, á mandar á tu mujer recado,

Rogándola cortés que me procure

De la noble Desdémona una audiencia.

YAGO. Haré que salga á veros; y algun medio

Discurriré para alejar al moro:

Con más holgura así podreis hablarla.

CAS. Te lo agradece el alma. (Váase Yago.)

No hallé nunca

Más amable y honrado florentino.

Sale EMILIA.

EMI. Felices, mi teniente. A fe, deploro

Vuestra desgracia; pero estoy segura

Que al fin tendrá remedio. Hablando de ella.

Al general dejé con su consorte;

Y ella os defiende con calor: el moro

Contesta que el hidalgo á quien heristeis

Es muy bien quisto y allegado en Chipre.

Y hubiera sido falta de prudencia

No exoneraros. Sin embargo, os quiere,

Y basta su amistad á reponeros
 En vuestro empleo en ocasion propicia.
 CAS. No obstante, os ruego, si hacedera y justa
 Hallais mi pretension, que hagais porque hable
 A solas con Desdémona un momento.
 EMI. Venid conmigo: yo os pondré en tal sitio
 Donde podais hablarla libremente.
 CAS. Deudor os quedo por merced tan grande. (Vánse.)

ESCENA II.

Una sala del castillo. .

Salen OTELO, YAGO y varios CABALLEROS.

OT. Yago, estas cartas al piloto entrega:
 Que ofrezca mis respetos al Senado.
 Yo en tanto me dirijo á las murallas;
 Allí me encontrarás.
 YAGO. Lo haré, mi jefe.
 OT. ¿Quereis inspeccionar, señores míos,
 El fuerte aquel.
 CABALLEROS. A la órden vuestra estamos. (Vánse.)

ESCENA III.

El jardin del castillo.

Salen DESDÉMONA, CASIO y EMILIA.

DES. Descuidate, buen Casio; no te apures:
 Todo pondré por obra en favor tuyo.
 EMI. Hacedlo así, señora; mi marido
 Lamenta el lance como cosa propia.
 DES. Alma honrada es la suya. Créeme, Casio,
 En breve os he de ver á tí y á Otelos
 Tan amigos como ántes.
 CAS. Noble dama,

Sea de Miguel Casio lo que fuere,
Siempre será rendido esclavo vuestro.

DES. Lo sé, y lo estimo. Amais á mi marido;
Tiempo há que os conoceis, y estad seguro,
Se apartará de vos tan sólo en tanto
Que la prudencia lo aconseje.

CAS. Empero,
Tanto podrá durar esa prudencia,
De sustento tan ruin podrá nutrirse,
Ó renovarse por tan leve causa,
Que, estando ausente y otro en mi destino,
Olvide el general mi amor y celo.

DES. No temas nada: aquí es testigo Emilia
De que respondo de tu empleo. Créeme,
Cuando hago voto de amistad, sin falta
Suelo tambien cumplir lo que prometo.
No he de dejar en paz á mi marido;
Sus pasos seguiré; de noche y dia
Importunarle quiero en favor tuyo;
Convertiré su lecho en una escuela,
Su mesa en oratorio; en cuanto haga
Sabré mezclar la pretension de Casio.
Alégrate, por tanto, pues te juro
Que tu abogado morirá primero
Que abandonar tu causa.

EMI. Mi amo viene.

CAS. Señora, me despido.

DES. Nó, quedaos,
Y oidme hablar.

CAS. No puede ser ahora:
Estoy desazonado y mal dispuesto
A promover mi causa.

DES. Como os guste. (Vase Casio.)

Salen OTELO y YAGO.

YAGO. ¡Ay! eso no me agrada.

OT. ¿Qué murmuras?

YAGO. Nada, señor; ó sí... No sé qué dije.

OT. ¿Pues no era Casio el que dejó á mi esposa?

YAGO. ¿Casio, señor? No tal: pensar no puedo
Que se escurriera tan furtivamente,
Viéndoos llegar.

OT. Pues que fué Casio creo.

DES. Mi amor, ¿estás de vuelta? Hablando estaba
Con cierto pretendiente; un desdichado
A quien tu enojo aflige.

OT. ¿A quién aludes?

DES. A Casio, tu teniente. Dueño mio,
Si mi cariño, si mi fe te mueve,
Admite sin demora sus excusas;
Si Casio no te quiere, si no yerra
Por ignorancia más que por malicia,
De caras nada entiendo. Te suplico
Que le repongas.

OT. ¿Fuése hace un instante?

DES. Sí tal; mas tan rendido, tan humilde,
Que parte me dejó de su tristeza
Para penar con él. Que vuelva, amado.

OT. Aún no; otra vez, Desdémona querida.

DES. ¿Mas será pronto?

OT. Gracias á tu ruego.

DES. ¿Cuándo? ¿Esta noche á la hora de la cena?

OT. Nó; no esta noche.

DES. Pues mañana entónces,
A la hora de comer.

OT. No cómo en casa.
En el castillo habrá reunion de jefes.

DES. Pues bien, mañana por la noche, ó martes
Por la mañana; ó por la tarde, ó noche,
O á primer hora el miércoles: te ruego
Que el plazo fijas; pero que no pase
Del tercer dia. Está ya arrepentido;
Aunque su falta, á nuestro juicio llano
(Por más que dicen que la guerra exige
Que sirvan de escarmiento los mejores),

No es mas que un pecadillo, digno sólo
 De critica privada. Dime, Otelo:
 ¿Cuándo podrá volver? No sé, á fe mia,
 ¿Qué me pidieras tú que te negara,
 Ni en qué pensara tanto? ¿No fué Casio
 El confidente fiel de tus amores?
 ¿Aquel que tantas veces, cuando injusta
 Hablé tal vez de ti con menosprecio,
 Te defendió? ¿Pues cómo cuestá tanto
 El perdonarle? A fe, n o sé qué haria...

Or. Basta, por Dios. Que venga cuando quiera.
 No he de negarte nada.

Des. Esto no es gracia:

Es cual si te pidiese que gastases
 Guantes, y te abrigaras, y comieras
 Manjares nutritivos; es lo mismo
 Que suplicarte porque tú te cuides.
 Fuera mi pretension de mayor peso,
 Ó cosa que exigiera sacrificio,
 Ó esfuerzo de tu amor ¡ay! en tal caso
 Seria menester que lo midiese,
 Y lo pesase bien, y áun costaria,
 Sin duda, mil sudores el lograrla.

Or. No he de negarte nada. En cambio sólo
 Te pido que una súplica me otorgues:
 Déjame un rato con mi mismo á solas.

Des. ¿Podré negarlo? Ah, nunca. Adios, mi dueño.

Or. Mi Desdémona, adios: te sigo en breve.

Des. Emilia ven. (A Otelo.) Tu gusto sigue: sea
 Cual fuere, siempre me hallarás sumisa.
 (Vánse Desdémona y Emilia.)

Or. ¡Sér adorado! ¡Piérdase mi alma,
 Si no te quiero! y cuando no te quiera,
 En caos se convierta el universo!

Yago. Mi noble general.

Or. Yago, ¿qué dices?

Yago. ¿Supo de vuestra llama Miguel Casio,
 Cuando la córte á mi señora haciais?

Or. Sí, del comienzo al fin. ¿Por qué preguntas?

YAGO. Para satisfacción de mis recelos;

Por nada malo.

Or. Yago ¿qué recelas?

YAGO. Pues no creía yo que la trataba.

Or. Pues sí; medió más de una vez entre ambos.

YAGO. ¿De veras?

Or. ¡Pues! de veras; sí, de veras.

¿Te choca acaso? ¿no es honrado?

YAGO. ¿Honrado?

Or. Honrado, sí, honrado.

YAGO. En cuanto sepa...

Or. ¿Qué piensas?

YAGO. ¿Piensas?

Or. ¡Piensas! ¡Vive el cielo!

¡Repite como el eco mis palabras,

Cual si en su mente hubiera oculto un monstruo

Asaz horrible para revelado!

Algo sospechas. Poco há, al separarse

Casio de mi mujer, dijiste que eso

No te agradaba. Di: ¿qué no te agrada?

Y cuando dije que él había sido

En mis amores parte y consejero,

¿De veras? exclamaste; y caviloso

Frunciste el ceño, como si encerrara

Algun concepto horrible tu cerebro.

Si me amas, no me ocultes lo que piensas.

YAGO. Señor, sabeis que os amo.

Or. Así lo creo.

Y porque sé que me amas, y eres justo,

Y antes de hablar meditas lo que dices,

Por eso mismo en tí esas reticencias

Me asustan más. En hombre vil y aleve,

Son hábitos comunes tales mañas;

Pero en el pecho honrado son indicios

Secretos que del alma, á pesar suyo,

En ira noble ardiendo, se desprenden.

YAGO. En cuanto á Miguel Casio, oso jurarlo:

Lo creo honrado.

OT. Así también lo creo.

YAGO. Debiera ser lo que parece el hombre;
Y cuando no, no aparentarlo.

OT. Cierto,
Debiera ser lo que parece el hombre.

YAGO. Por tanto, tengo á Casio por honrado.

OT. No; no me dices todo. Yo te exijo
Que me hables como piensas y cavilas,
Y manifiestes tu peor recelo
En los peores términos.

YAGO. Mi jefe,
Os ruego, perdonad. Bien sé que en todo
Me manda obedeceros la ordenanza,
Mas no en aquello en que el esclavo es libre.
Quereis que manifieste lo que pienso:
¿Y si alevoso fuera, vil y torpe?
¿Pues qué palacio habrá en que no penetre
Lo inmundo alguna vez? ¿Ni cuyo pecho
Tan puro siempre fué que nunca diera
Cabida á torpe duda? ¿en dónde aleve
Sesion no celebrara, junta ó juicio
Con el discurso recto la vileza?

OT. Contra tu amigo conspiraras, Yago,
Si ofendido juzgándole, dejaras
A tu sospecha extraños sus oídos.

YAGO. Os ruego por favor—por si viciosa
Pudiera ser tal vez mi conjetura,
Pues, lo confieso, me atormenta el ánsia
De averiguar deslices, y hartas veces
Descubre mi recelo mil delitos
Do no los hay—que aún no haga caso alguno
Vuestra cordura de hombre tan propenso
A juzgar mal, ni la quietud os roben
Cavilaciones vagas é inseguras.
Ni á vuestro bienestar, ni á vuestra calma,
Ni á mi honradez, mi seso y valentía
Conviene el revelaros lo que pienso.

Or. ¿Qué me querrás decir?

YAGO. ¡Ay! el buen nombre
 En hombre y en mujer, querido jefe,
 Es el mayor tesoro de sus almas.
 Quien roba mi bolsillo, roba cieno:
 Es algo; es nada: mio fué, y es suyo,
 Y esclavo ha sido de cien mil. En cambio,
 Quien me hurta mi buen nombre, un bien me quita
 Que á él no enriquece, mas que á mí me deja
 Pobre en verdad.

Or. ¿Qué piensas? ¡Vive el cielo!
 ¡Lo he de saber!

YAGO. Fuera imposible, áun cuando
 En vuestra mano el corazón pusiere;
 Ni será nunca, mientras yo lo guarde.

Or. ¡Cómo!

YAGO. ¡Señor, cuidado con los celos!
 El monstruo de ojos verdes que se burla
 Del alma en que se ceba. Es venturoso
 El engañado que su oprobio sabe,
 Y odia á la engañadora; pero, en cambio,
 ¡Qué ratos tan amargos pasa el pobre
 Que adora y duda, que recela y quiere!

Or. ¡Tormento atroz!

YAGO. El pobre, satisfecho,
 Es rico y más que rico: el rico, en cambio,
 Que teme empobrecer á todas horas
 Más pobre es que el invierno, áun cuando tenga
 El oro todo que la tierra esconde.
 ¡Piadoso cielo, á mis amigos todos
 De celos libra!

Or. ¡Qué! ¡Qué es eso? ¡Piensas
 Que he de pasar mi vida en locos celos,
 Mudando de sospechas con las fases
 Inestables de la luna? ¡Ah, no! Todo uno
 En mí será el dudar y el resolverme.
 Llámame bruto el día en que me vieras
 Parar la mente y ocupar el alma,

Cual tú, en fantasmas vanas y sospechas
Jamás me causa celos el decirme
Que es bella mi mujer, que se regala,
Que gusta de tertulias y de bromas,
Que canta con primor, que baila y tañe.
Donde hay virtud, mayor será con eso.
Tampoco engendra en mí recelo ó duda
De su firmeza mi valía escasa.
Ojos tenia y me eligió. No, Yago;
Sin ver no he de dudar; y estando en duda,
He de adquirir la prueba; y adquirida,
No hay más remedio que acabar cuanto ántes,
O con el loco amor, ó con los celos.

YAGO. Bien; que me place. Así tendré licencia
Para mostrar con ánimo más franco
La ley y amor que os tengo. Recibido
Cual cumplimiento de un deber: de pruebas
Nada hablo aún. Celad á vuestra esposa;
Miradla atento cuando esté con Casio,
Con ojos ni confiados ni celosos.
No quiero que vuestra alma noble y franca
De su bondad tal vez víctima sea.
Alerta pues; conozco yo á mi gente:
Allá en Venecia la mujer descubre
Al cielo cosas que al marido oculta,
Y su mayor virtud estriba al punto,
No en no pecar, sino en guardar secreto.

Or. ¿Eso me cuentas?

YAGO. Engañó á su padre
Casándose con vos; y cuando esquivaba
Al parecer temblaba sólo al veros,
Os adoraba más.

Or. Por cierto.

YAGO. ¿Entonces!
La que fingir tan niña supo artera,
Hasta vendar los ojos de su padre
(Lo tuvo por hechizo)... Pero ¿qué hago?
Perdon humilde os pido; soy culpable

De amaros con exceso.

Ot. Eternamente
Te lo he de agradecer.

YAGO. Señor, advierto
Que os han desconcertado mis palabras.

Ot. Ni por asomo; nada.

YAGO. A fe, lo temo.
Por Dios, reflexionad que lo que dije
Procede de mi amor. Que estais turbado,
Mi jefe, advierto: por favor os pido
Que no querais prestar á mis palabras
Peor sentido, ni mayor alcance,
Del que conviene dar á una sospecha.

Ot. Así lo haré.

YAGO. Pues de otra suerte, cierto,
Tuvieran más funesto resultado
Del que pensé. Casio es mi digno amigo...
Que estais turbado advierto.

Ot. No gran cosa.
Yo pienso que Desdémona es honrada.

YAGO. Por muchos años séalo! ¡por muchos
Tenedla vos por tal!

Ot. Y sin embargo,
Cuando naturaleza á errar comienza...

YAGO. Ahí está el mal; y (para seros franco)
El desdeñar partidos ventajosos
De su nacion, su calidad y raza,
Cuando natura á lo contrario tiende,
¿Qué? no revela inclinacion lasciva,
Sentido avieso, torpes pensamientos?
Mas perdonad; al sospechar, no aludo
Precisamente á ella, áun cuando tema
Que, al recobrar el seso su sentido,
Pudiera compararos con los mozos
De su nacion, y arrepentirse luego.

Ot. Adios, adios: y si algo más adviertes,
Cuéntame más. A tu mujer encarga
Que los observe. Déjame; vé, Yago.

YAGO. Mi general, me voy; que el cielo os guarde.

(Se aleja un poco.)

OT. ¿Por qué casé? Sin duda este hombre honrado
Ve y sabe mucho más de lo que cuenta.

YAGO. (Volviendo.) Mi general, os ruego con el alma
Que en eso no penseis. Dejadlo al tiempo.

Y aunque es muy justo que á su empleo vuelva
Casio, pues bien lo desempeña, cierto,
No obstante, si os parece, posponedle
Por algun tiempo más, y de ese modo
Os será fácil conocerle á fondo.

Notad si vuestra esposa insiste mucho
Y con vehemente afan que pronto vuelva.

Eso os dirá bastante; y mientras tanto,
Pensad que fui precoz en mis temores
(Y que lo soy me temo con motivo)

Y á ella por fiel tened, mi jefe, os ruego.

OT. No temas nada.

YAGO. Vuelvo á despedirme. (Vase.)

OT. Este es un hombre por extremo honrado;

Y su alma esclarecida bien á fondo

Conoce el trato humano. ¡Ay! halcon mio,

Si te encontrase fiero, aunque tuviera

Al corazon tus grillos amarrados (1),

Te soltaria, al viento te arrojara

A caza de fortuna.—¡Por desdicha,

Por ser yo negro, porque no poseo

Del cortesano ameno el trato fácil,

O porque cuesta abajo van mis años?...

Pero eso poco importa... ¡Ay! ¡la he perdido!

¡Burlado quedo, y mi único consuelo

Será el odiarla! ¡Oh maldicion eterna

Del lazo conyugal: llamarse dueño

De un sér tan tierno y no de sus pasiones!

Mejor quisiera ser hediondo sapo

(1) Grillos, correas de cuero estrechas con que se sujetaba por la garra al puño del cazador el halcon adiestrado para la caza de altavertía.

Y el aire respirar de un calabozo,
 Que reservar en el amado seno
 Breve rincón para el ajeno goce.
 Mas tal es el castigo de los grandes,
 Méenos aventajados que la plebe,
 Su sino, cual la muerte inevitable;
 Desde el primer aliento que inhalamos,
 Se cierne horcada sobre nuestra frente
 Tal maldición.—Desdémón se acerca.

Salen DESDÉMÓN y EMILIA.

¡Si es ella infiel, de sí se burla el cielo!
 ¡No quiero creerlo!

DES. Ven, Oteló mio.
 Te esperan la comida y los valientes
 Isleños que al banquete convidaste.

OT. ¡Necio de mí!

DES. ¡Por qué hablas tan callado?
 ¡Te sientes mal?

OT. Me duele aquí la frente.

DES. Es de velar, sin duda. No te apure;
 Te la ataré ceñida, y en un hora
 Tendrás alivio. (Hace ademán de atarle el pañuelo.)

OT. Es chico tu pañuelo.
 (Aparta de sí el pañuelo, y cae.)

Déjalo. Ven; adentro voy contigo.

DES. El verte padecer me causa pena.
 (Vánse Oteló y Desdémón.)

EMI. ¡Oh gozo! al fin con el pañuelo he dado.
 Fue el primer don de amor que dióla el moro:
 Mil veces que lo hurtara testarudo
 Mi esposo me rogó; mas lo ama tanto
 (Él la encargó que lo guardase siempre),
 Que no lo suelta nunca, y á menudo
 Lo besa y mima. Haré que saquen copia
 De la labor, y se lo entrego á Yago.
 Qué hará con él no sé: sábelo el cielo;
 Mi solo intento es contentar su anhelo.

Sale YAGO.

YAGO. ¿Qué haces aquí tan sola?

EMI. No me riñas:

Tengo algo para tí.

YAGO. ¿Para mí algo?

Gran cosa...

EMI. ¡Pues!

YAGO. Es una esposa boba.

EMI. ¡Y nada más! Pues di: ¿qué quieres darme
Por el pañuelo aquel?

YAGO. ¿Por qué pañuelo?

EMI. ¡Por qué pañuelo! por aquel que el moro
Le regaló á Desdémona primero,
Y hurtarle me mandaste tantas veces.

YAGO. ¿Se lo has hurtado?

EMI. No; que inadvertida
Dejólo caer al suelo, y recogilo.

Mira, aquí está.

YAGO. Pues dámelo, pichona.

EMI. ¿Qué harás con él? ¿A qué fué tanto empeño
En que lo hurtara?

YAGO. (Arrebatándolo.) ¿Qué te importa? Venga.

EMI. Si no es por un asunto de importancia,
Devuélvemelo, Yago, te lo ruego.
Pobre señora, volveráse loca
Cuando su falta advierta.

YAGO. Nada digas:
Lo he menester para algo. ¿Entiendes? Véte.

(Vase Emilia.)

En el cuarto de Casio este pañuelo
He de perder, porque él allí lo encuentre:
Sombras livianas como el aire vano
Son á los ojos del celoso pruebas
Irrefutables como el Evangelio.
Esto dará su efecto. Mi ponzoña
Ya empieza á obrar del moro en las entrañas.
Veneno son las pérdidas sospechas;

Ni al paladar en un principio ofenden,
 Mas en filtrando luego por la sangre,
 Abrasan como cráteres de azufre.
 Lo dicho: vedle allí.

Sale ORELO.

Ni adormidera,
 Beleño, ni mandrágora, ni todos
 Los zumos soporíferos del mundo
 Podrán apropiarte el dulce sueño
 Que disfrutaste ayer.

Ot. ¡Ah! ¡infel conmigo!

YAGO. ¡Mi general, qué escucho? No más de eso

Ot. ¡Aparta, ve! Me has puesto tú en un potro.

Juro que vale más ser engañado
 Del todo, que abrigar sólo una duda.

YAGO. ¡Qué es esto, general?

Ot. ¡Qué me importaban

A mí sus ratos de lascivia oculta?
 Yo no lo oía, no pensaba en ello;
 No me dolía nada, y con reposo
 A la siguiente noche me dormía;
 Jovial, alegre estaba; ni en sus labios
 Noté de Casio los ardientes besos.
 Pues el robado, si no advierte el robo,
 Que no lo sepa, y no le roban nada.

YAGO. Me dan esas razones honda pena.

Ot. Feliz pudiera ser aunque la hueste
 Entera, y aún los rudos gastadores,
 Gozado hubiesen de su cuerpo dulce,
 Con tal de no saberlo. ¡Ora, por siempre
 Adios, quietud del alma! ¡adios contento!
 ¡Tropa emplumada adios! y ardua pelea,
 Tú que en virtud el ambicion conviertes,
 ¡Oh, adios! Adios corceles relinchantes,
 Aguda trompa, bélicos tambores,
 Y pífano marcial, regio estandarte.

Excelsa pompa, claro brillo, orgullo
Y arreos todos de la lid gloriosa,
¡Adios! ¡Cesó la ocupacion de Otelo!

YAGO. ¡Señor, será posible!

Or. ¡Ruín villano,
Pruébame que es adúltera mi amada!
¡Lo entiendes bien? ¡Prueba ocular exijo!
Si no, por la salud de mi alma eterna,
¡Más te valiera haber nacido perro,
Que el arrostrar mi cólera encendida!

YAGO. ¡A extremo tal llegó?

Or. ¡Haz que lo vea;
O por lo ménos pruébalo de suerte
Que en la comprobacion no quede gancho
Ni hueco alguno donde duda quepa,
¡Oh, ay de tu vida!

YAGO. Ilustre jefe mio...

Or. Si la calumnias, dándome tormento,
No reces más; no te remuerda nada;
Horrores sobre horrores acumula;
Comete atroces crímenes que al cielo
A llanto muevan y á la tierra á espanto;
Pues á tu eterna perdicion no añades
Pena mayor.

YAGO. ¡Favor, bondad celeste!
¡Sois hombre acaso? ¡habeis perdido el juicio?
Quedad con Dios. Tomad mi empleo. ¡Oh necio,
Cuya virtud por vicio es estimada!
¡Oh mundo infame! Advierte, advierte, oh mundo;
Es peligroso ser honrado y franco.
Gracias por la leccion. De hoy más protesto
No amar á nadie, si el amor da esto.

Or. Oye, detén: debieras ser honrado.

YAGO. Debiera ser astuto, mentecata
Es la honradez, que en balde se fatiga.

Or. ¡Por vida mia! Que es honrada creo
Mi esposa, y no lo creo; que eres justo
Y que no lo eres pienso. Quiero pruebas.

Su nombre, un tiempo cual la faz de Cintia,
 Es ahora oscuro y negro cual mi rostro.
 Miétras cordeles y cuchillos haya,
 Veneno, fuego, ó anegadores rios,
 No hede aguantarlo. ¡Ay! quién mediera pruebas!

YAGO. Señor, que os rõe la pasion advierto,
 Y me arrepiento de haber sido franco.
 ¡Pruebas quereis?

OT. ¡Si quiero? No; tendrélas.

YAGO. Y bien podeis. Mas ¿cómo convenceros?
 ¿Quereis, grosero espectador, mirarlos?...
 ¿Verla en el acto?

OT. ¡Oh maldicion! ¡oh muerte!

YAGO. Sospecho, fuera empresa asaz difícil
 Lograr que ese espectáculo ofrecieran.
 Entónces... ¡Maldicion! No; buen cuidado
 Tendrán de que jamás folgar los vean
 Otros mortales ojos que los suyos.
 Entónces, ¿cómo, cuándo, de qué suerte?
 ¿Qué he de deciros? ¿Cómo convenceros?
 Es imposible que veais tal cosa;
 Aunque estuviesen rancios como cabras,
 Ardientes como monos, lujuriosos
 Como encelados lobos, lerdos, torpes
 Cual la ebria estupidez. No obstante, os digo
 Que si os convencen pruebas manifiestas,
 Indicios claros que á la puerta misma
 De la verdad conducen, tales tengo.

OT. Dame de su traicion prueba evidente.

YAGO. Os juro que el oficio no me gusta;
 Mas ya tan engolfado en este asunto,
 No vuelvo atras. Yací con Casio há poco,
 Y atormentado con dolor de muelas,
 Dormir no pude. Hay hombres tan livianos
 De espíritu, que en sueños tal vez charlan
 De sus asuntos. Casio es uno de éstos.
 Le oí decir en sueños: « Mi Desdémona,
 Seamos cautos, nuestro amor encubre. »

Luego con fuerza me apretó la mano,
 Diciendo: «¡oh dulce prenda!» y me besaba
 Con tal ardor, cual si arrancar quisiere
 Por la raíz los besos de mis labios.
 Cruzóme con la pierna luego el muslo
 Y suspiró; besóme y gritó luego:
 «¡Maldita suerte que del moro te hizo!»

Ot. ¡Oh, atroz! ¡atroz!

YAGO. Un sueño fué tan sólo.

Ot. Revela empero un hecho consumado.

Fatal indicio, áun cuando un sueño fuere.

YAGO. Podrá servir de apoyo á muchas pruebas
 Que aún no convencen.

Ot. La he de hacer pedazos.

YAGO. Mas sed prudente. Nada sé de fijo;

Podrá ser fiel aún. Decidme sólo:

¿Alguna vez no visteis un pañuelo,
 En manos de Desdémona, con fresas,
 Bordado con primor?

Ot. Sí; parecido

Uno le dí; fué mi primer regalo.

YAGO. Eso no sé; mas con un tal pañuelo
 (Seguro estoy que fué el de vuestra esposa)
 A Casio ví limpiándose el bigote.

Ot. Si fuera aquel...

YAGO. Aquel, ó cualquier otro;

En siendo suyo es un indicio que habla
 Junto con los demas en contra de ella.

Ot. ¡Tuviera el miserable cien mil vidas,

Pues para mi venganza poco es una!

Ya veo que es verdad. ¡Ay! Mira, Yago,

De un soplo al cielo así mi amor arrojó:

Voló. ¡De tu antro sal, venganza negra!

¡Cede tu trono, oh amor, el pecho amante,

Y tu corona al déspota del odio!

¡Hinchate, seno, grave con el peso

De viperinas lenguas!

YAGO.

Serenaos.

Or. ¡Oh! ¡sangre, Yago, sangre!

YAGO. No, paciencia.

Tal vez podreis mudar de pensamiento.

Or. Yago, jamás. Bien como el Ponto helado,

Cuya veloz corriente impetuosa
Jamás refluye, mas constante corre
Al propóntico mar y al Helesponto,
Así mis pensamientos sanguinarios
No han de mirar atras en su violenta
Feroz carrera, ni menguar al tierno
Influjo del amor, miéntas cumplida
No las engulla mi fatal venganza.

Por ese cielo azul, con el debido (Se arrodiilla.)

Respeto al sacro voto, aqui lo juro.

YAGO. No os levanteis aún. (Se arrodiilla.) Atestiguadlo

Vosotros, siempre fúlgidos luceros,
Vosotros, elementos que ahora en torno
Nos circundais, atestiguad que Yago
Consagra la aptitud de su talento,
Su corazon y brazo al fiel servicio
Del ultrajado Otelo! Que él disponga,
Y en mí el cumplir será deber sagrado,
Por sanguinaria que la empresa sea. (Se levantan.)

Or. Te lo agradezco; no con huecas frases,

Sino aceptando tu lealtad gozoso;

Y en el instante he de ponerla en obra.

Puedas decirme dentro de tres dias:

Casío no vive ya.

YAGO. Murió mi amigo;

Vos lo pedis, pues dadlo ya por hecho.

Mas que ella viva.

Or. ¡No! ¡maldita sea!

¡Vaya al infierno la lasciva moza!

Ven, sígueme. Con tiento me retiro

A procurarme medios de dar muerte

Pronta al hermoso diablo. Ya eres, Yago,

Teniente mio.

YAGO. Vuestro soy por siempre. (Vánse.)

ESCENA IV.

Delante del castillo.

Salen DESDÉMONA, EMILIA y el BUFON.

DES. Di, pícaro: ¿sabes dónde se retira Casio?

BUF. En parte alguna, que yo sepa.

DES. ¿Cómo?

BUF. Es soldado, y decir que un soldado se retira, es darle de puñaladas.

DES. Vamos: ¿Dónde se aloja?

BUF. Si os dijera donde se aloja, no haría sino mentir.

DES. ¿No acabarás?

BUF. No sé dónde se aloja, é improvisar ahora una posada, y decir: aquí se aloja, ó allí se aloja, fuera alojarme á mí mismo en pecado mortal.

DES. ¿Podrás preguntar por él, é informarte por lo que te dijeren?

BUF. Voy á catequizar al mundo entero en busca suya; es decir, preguntaré, y segun sean las respuestas os contestaré.

DES. Búscale; dile que venga acá; y anúnciale que he movido á mi esposo á favor suyo, y que espero que todo se remediará.

BUF. Lo que me mandais no excede los límites de la comprension humana, y por tanto voy á acometer la empresa. (Vase.)

DES. ¿Do habré perdido aquel pañuelo, Emilia?

EMI. Señora, no lo sé.

DES. Mejor quisiera
Haber perdido, créelo, mi bolsillo
Repleto de cruzados. Si no fuese
Mi noble moro de alma franca, libre
De la baja propiedad del celoso,

Fuera bastante á darle algun recelo.

EMI. ¿Pues no es celoso?

DES. El patrio sol, colijo,
Purgó su sér de todos esos vahos.

EMI. Ved donde viene.

DES. No le dejo miétras
No llame á Casio.

Sale OTELO.

DES. ¿Cómo estás, mi Oteló?

OT. Muy bien, querida esposa. (Aparte) ¡Cuánto cuesta
Disimular!—¿Qué tal te va, Desdémona?

DES. Bien, dueño mio.

OT. Dame acá tu mano.

Húmeda está esta mano, esposa mia.

DES. Ni edad sintió, ni conoció pesares.

OT. Denota un pecho liberal, fecundo.
Ardiente, ardiente y húmeda: requiere
Recogimiento, ayuno y oraciones,
Fervor devoto, penitencia mucha;
Pues hay un diablo aquí caliente y jóven,
Que á veces se rebela. Mano tierna,
Y franca asaz.

OT. Bien puedes tú decirlo:
Pues fué esta mano la que dióte el alma

OT. ¡Mano tan liberal! Antiguamente
Hacia don el alma de la mano;
Hoy la moderna heráldica requiere
Manos sin alma.

DES. De eso nada entiendo.
¿Olvidas tu promesa?

OT. ¿Qué promesa?

DES. Mandé por Casio para hablar contigo.

OT. Cruel, tenaz catarro me molesta:

Préstame tu pañuelo.

DES. Toma, esposo.

OT. Aquel que yo te dí.

DES. Pues no lo traigo.

OT. ¿No?

DES. A fe que no.

OT. Pues esa es una falta.

Aquel pañuelo dióselo á mi madre
 Una gitana, una hechicera diestra
 En leer los pensamientos de las gentes;
 Y dijole que miéntras lo guardare,
 Tendria encanto siempre y cautivaran
 Sus prendas á mi padre; pero en cambio,
 Si lo perdiese, ó alguna vez lo diese,
 Fuera á los ojos de mi padre odiosa,
 Y en otro cuerpo halago buscaria.
 Díómelo á mi al morir, y ella me impuso
 Que se lo diese yo á mi esposa cuando
 El hado me la diere. Asi lo hice:
 Guárdalo bien por tanto, y con cariño,
 Como á las niñas de tus caros ojos;
 Pues el perderlo ó el regalarlo fuera
 Desdicha sin igual.

DES. ¿Será posible?

OT. Es cierto. En el tejido hay mágia oculta:

Una sibila que su altivo curso
 Vió recorrer al sol doscientas veces,
 En su furor profético bordólo;
 Y los gusanos que la seda hilaron
 Estaban consagrados; fué teñido
 En momia (1) por los diestros preparada
 De corazon de virgen.

DES. ¿Será cierto?

OT. Ciertísimo: por tanto, no lo pierdas.

DES. Pluguiera á Dios que no lo viera nunca.

OT. ¡Cómo! ¿Por qué?

DES. ¿Por qué hablas tan de prisa?

¿Con tal enojo?

OT. ¿Acaso lo perdiste?

(1) El licor balsámico que despiden las momias era apreciado antiguamente por su virtud antiepiléptica, virtud imaginaria, por supuesto.

¿Despareció? ¿Se extravió? Responde.

DES. ¡El cielo nos proteja!

OT. ¿Qué replicas?

DES. No lo he perdido. Y si lo hubiera acaso...

OT. ¿Cómo?

DES. Te digo que no lo he perdido.

OT. Búscalos: que lo vea.

DES. Bien podría,
En este instante mismo; mas no quiero.

Mi pretension en vano así rehuyes:

Te ruego por merced, repon á Casio,

OT. Dame el pañuelo. A sospechar empiezo.

DES. Vamos, Otelo, vamos; sé que nunca

Encontrarás á otro hombre más perito.

OT. ¡El pañuelo!

DES. Mas háblame de Casio.

OT. ¡El pañuelo!

DES. Varon que en todo tiempo

Fundó en tu proteccion su buena suerte;

Que mil peligros compartió contigo...

OT. ¡El pañuelo!

DES. Por cierto, no eres justo.

OT. ¡Quita! (Váase Otelo.)

EMI. ¿No tiene celos este hombre?

DES. Nunca le he visto así. Seguramente

Algún hechizo esconde aquel pañuelo.

Cuán desdichada soy con su extravío.

EMI. Noensólo un año ó dos se aprecia á un hombre,

Estómagos son ellos, cuyo pasto

Somos nosotras: ávidos nos tragan,

Y cuando ya están hartos, nos arrojan.

Ved donde vienen Casio y mi marido.

Salen CASIO y YAGO.

YAG. No hay otro arbitrio: ella es quien hade hacerlo

Y ved ¡oh dicha! A ella; importunadla.

DES. ¿Qué tal, buen Casio? Di ¿qué nuevas traes?

CAS. Mi antigua pretension, señora. Os ruego,

Dejad que vuelva yo á existir y ocupe,
 Merced á vuestra intercesion virtuosa,
 Algun lugar en la amistad del hombre
 A quien con alma y corazon venero.
 Premura os pido. Si es mi culpa tanta,
 De tan fatal carácter que no basten
 Pasado celo, ni pesar presente,
 Ni intencionados méritos futuros
 A rescatarme su amistad pasada,
 Sépalo al ménos, y tendrélo á dicha;
 Revestiréme de forzado gozo,
 Y una limosna pediré á la suerte
 Por otra senda.

Ds. ¡Ay! ¡más que honrado Casio!

 Mi advocacion no suena acorde ahora.
 Mi dueño no es mi dueño, y si de rostro
 Como de humor mudado hubiese, nunca
 Le conociera. Así me den amparo
 Los santos todos, como en favor tuyo
 He intercedido lo mejor que pude,
 Hasta erigirme en blanco de su enojo
 Por atrevida. Es menester paciencia.
 Haré lo que pudiere, y más que osara
 En propia causa haré. Que eso te baste.

YAGO. ¿Está enojado el general?

Emi. Há poco
 Se fué de aquí, por cierto muy airado.

YAGO. ¿Será posible? He visto los cañones
 Crudos volar sus filas en el aire,
 Y arrebatár, cual diablos, á su mismo
 Hermano de su lado. ¿Él iracundo?
 Debe ser cosa grave: Iré en su busca.
 Motivo habrá, cuando él está enojado.

Ds. Hazlo por Dios. (Vase Yago.)

 Sin duda algun negocio

De Estado, ó de Venecia, ó trama oculta
 Que ha descubierto en Chipre, habrá enturbiado
 La límpida corriente de su alma;

Y en tal caso coléricos los hombres
 Riñen con cosas ínfimas, aún cuando
 Las grandes causa de su enojo sean.
 Pues, en efecto, si nos duele un dedo,
 Igual dolor experimentan pronto
 Los otros miembros sanos. No, los hombres
 Dioses no son, ni es justo que exijamos
 De ellos nupcial ternura. Bien merezco,
 Emilia, que severa me censures
 Por falta de estrategia: denunciaba
 Ya el alma su aspereza, y veo ahora
 Que soborné yo misma á los testigos,
 Habiéndole culpado injustamente.

EMI. Dios quiera que de Estado asuntos sean,
 Cual vos pensais, y no algun vano antojo,
 Ó celosa sospecha á vos tocante.

DES. ¡Calla por Dios! Jamás le di motivo.

EMI. Así no se convence á los celosos:
 No por tener motivo, tienen celos;
 Los tienen porque sí: son como monstruo
 Que es engendrado y nace de sí mismo.

DES. Dios quiera que jamás la mente ocupe
 De Otelo monstruo tal.

EMI. Amen, señora.

DES. Iré en su busca. Casio, no te alejes.
 Si está de humor activaré tu instancia,
 Y nada omitiré porque la logres.

CAS. Con humildad, señora, os lo agradezco.
 (Váase Desdémona y Emilia.)

Sale BLANCA.

BLAN. Salud, amigo Casio.

CAS. ¿A qué has venido?

¿Qué tal te va? di, hermosa Blanca mia.

A fe que iba á tu casa, niña, ahora.

BLAN. Y yo á tu alojamiento, Casio. ¿Cómo
 Pudiste estar una semana entera
 Sin verme? ¡Siete días con sus noches!

¡Veinte veces ocho horas y otras ocho!
 Y más pesadas que el reloj cien veces
 Las horas cuenta el solitario amante.
 ¡Oh triste suma!

CAS. No me riñas, Blanca.
 Sufria en tanto bajo el grave peso
 De mi honda pena. En hora más propicia
 Sabré saldar la deuda. Hermosa Blanca,
 Cópíame esta labor. (La da el pañuelo de Desdémona.)

BLAN. ¡De dónde, Casio,
 Te vino este pañuelo? Es un recuerdo,
 Sin duda, de una amiga más reciente.
 Lloré tu ausencia, y más la causa lloro.
 ¡En eso estás? Muy bien.

CAS. Calla, muchacha;
 Y arroja tus sospechas en los dientes
 De Satanás que te infundió tal duda.
 Celosa, piensas ya que es un recuerdo
 De alguna dama: á fe que nó, mi Blanca.

BLAN. ¿Pues de quién es?

CAS. No sé; lo hallé en mi cuarto:
 Me gusta la labor; y ántes que vengan
 A reclamarlo (cual vendrán sin duda)
 Quisiera que copiaras el dibujo.
 Tómalo, y hazlo, y déjame, te ruego.

BLAN. ¿Por qué dejarte?

CAS. Al general aguardo;
 Y no es prudente, pienso, ni querría
 Que con mujer me viera en este sitio.

BLAN. ¡Hola! ¿Por qué?

CAS. No porque no te quiera.

BLAN. Mas porque no me quieres. Te suplico
 Que parté del camino me acompañes.

¿Vendrás temprano á verme por la noche?

CAS. Breve distancia puedo andar contigo,
 Que estoy de espera. Nos veremos pronto.

BLAN. Muy bien: es fuerza orzar segun el viento.

(Váanse.)

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Una plaza pública delante del castillo.

Salen OTELO y YAGO.

YAGO. ¿Y qué os parece?

Ot. ¿Parecerme, Yago?...

YAGO. ¿Darse en secreto un beso?

Ot. Un beso ilícito.

YAGO. ¿Ó estarse un hora ó más desnuda en cama
Con el amante, sin malicia alguna?

Ot. ¿Desnuda en cama y sin malicia, Yago?

Fuera engañar hipócrita al demonio:
Los que tal hacen sin maligno intento,
Dejan que tiene su virtud el diablo,
Y tientan ellos el poder divino.

YAGO. Venial fuera el desliz, si nada hiciesen.
En cambio, si á mi esposa di un pañuelo...

Ot. ¿Y qué?

YAGO. Señor, es suyo, y siendo suyo,
Pienso que puede dárselo á cualquiera.

Ot. También es dueña de su honor, por eso
¿Lo puede regalar?

YAGO. Su honor, mi jefe,
Es invisible esencia; en muchos casos
Lo gasta aquella que jamás lo tuvo.

Pero el pañuelo...

OT. ¡Vive Dios! ¡dichoso
En olvidarlo fuera! Me dijiste...
(Me viene á la memoria cual se cierne
El negro grajo sobre infecta casa,
Y á todos ruina augura)—Me dijiste
Que él tuvo su pañuelo.

YAGO. ¿Y qué hay con eso?

OT. Por cierto nada bueno.

YAGO. ¿Y si os dijera
Que fui testigo ya de vuestro ultraje,
O que le oí decir—pues hay bellacos
Que, habiendo al fin logrado de una dama
Algún favor con importunos ruegos,
Ó con mostrarse asaz pagados de ella,
Hasta charlarlo todo no descansan.—

OT. ¿Ha dicho él algo acaso?

YAGO. Sí, mi jefe.

Estad tranquilo empero: nada dijo
Que no desmentirá.

OT. ¿Qué dijo, Yago?

YAGO. Dijo que estuvo... No sé como dijo.

OT. ¿Qué? ¿Qué?

YAGO. Yació...

OT. ¿Con ella?

YAGO. Sí, con ella;

Con ella ó encima de ella, como os plazca.

OT. ¡Yacer con ella! ¡encima de ella! Yago eso es
asqueroso. Pañuelo... confesiones... ¡pañuelo!...
Confesar y ser ahorcado luego. No: ahorcarle
primero y que confiese luego... Tiemblo sólo al
pensarlo. Naturaleza no se revestiría de tan
tétrica pasión, si no hubiese en esto algún pre-
sagio. No son vanas sombras las que me estre-
mecen de tal modo. ¡Bah! Narices, orejas,
labios... ¿Será posible? ¡Confesion!... ¡pañuelo!
¡oh diablo!... (Cae en un paroxismo.)

YAGO. ¡Obra, ponzoña mia, sigue obrando!

Así se enliga al crédulo sin seso;
 Y así más de una dama casta y digna,
 Sin culpa alguna, pierde fama y honra.
 ¡Alzad, señor, alzad! ¡No oís? ¡Otelo!
 ¡Qué hay Casio?

Sale CASIO.

CAS. ¿Qué sucede?
 YAGO. En convulsiones
 Cayó aquí el jefe: es el segundo ataque;
 Tuvo uno ayer.
 CAS. Frotadle bien las sienes.
 YAGO. No: quieto; es fuerza que el letargo siga
 Su curso en calma, porque de otro modo
 Empieza á echar espuma por la boca,
 Y le acomete bárbara locura.
 Ved, ya se mueve. Retiraos un rato;
 Volverá pronto en sí. Cuando se vaya
 Quisiera hablaros de un asunto grave. (Váse Casio.)
 ¡Mi general! ¡No os duele la cabeza?
 OT. ¿Te mofas tú de mí?
 YAGO. ¿De vos? ¡mo farme?
 No lo permita Dios. Quisiera veros
 Llevar vuestro destino como un hombre.
 OT. Hombre cornudo es una bestia, un monstruo.
 YAGO. Pues muchas bestias debe haber entónces
 En populosas villas, monstruos muchos
 De calidad.
 OT. ¿Lo confesó él acaso?
 YAGO. Sed hombre, general; tened presente
 Que cuantos peinan barba, al yugo uncidos,
 Pueden tirar con vos en una yunta.
 A miles hay maridos que reposan
 Todas las noches, sin ningún recelo,
 En prostituidos tálamos, que propios
 Osan jurar. Mejor fortuna os cupo:
 Es ser juguete y burla del infierno,

Es dar á Satanás placer extraño,
 Acariciar en tálamo seguro
 A la consorte infiel, y creerla honesta.
 Saberlo quiero; pues si nada ignoro,
 Tambien sabré vengarme del ultraje,

Ot. Discurre bien; es cierto.

YAGO.

Breve rato

Quedaos aquí en acecho; y con paciencia
 Prestad atento oído. Mientras ruda
 Os embargaba la tristeza el alma,
 (Pasion indigna de hombre semejante)
 Entró aquí Casio. Supe despedirle,
 Y disculpar astuto vuestro arrobó.
 Le dije que volviera á hablar conmigo
 Luego; y lo prometió. Puesto en acecho,
 Notad sus gestos, y el desden y escarnio
 Pintado en cada rasgo de su cara;
 Pues yo le haré contar de nuevo el caso
 De dónde, cómo, há quanto y cuántas veces
 Gozó y ha de gozar á vuestra esposa.
 Notad sus gestos digo; mas, paciencia:
 Diré sino que sois todo ira y rabia
 Y no hombre varonil.

Ot.

¡Me escuchas, Yago?

Taimado haré papel de pacienzudo;

Mas luego—¿lo oyes?—de asesino.

YAGO.

Bueno;

Mas á debido tiempo. Retiraos. (Se esconde Otelo.)

Preguntaré por Blanca á Casio ahora:

Una infeliz que vende sus favores

A precio de alimento y vestidura;

Y adora á Casio. Tal es el castigo

De la ramera: engatusar á muchos

Y ser por uno engatusada luego.

Siempre que le hablan de ella, le es forzoso

Reirse á carcajadas. Ya se acerca.

Sale CASIO.

- Como él se ría va á rabiarse Otelo.
 Sus torpes celos le harán ver la risa,
 La ligereza y gestos del buen Casio
 En luz errónea.—¿Cómo estais, teniente?
- CAS. Peor desde que te oigo saludarme
 Con ese tratamiento, cuya falta
 Me mata, á fe.
- YAGO. Rogadla con ahinco,
 Y os salvará Desdémona. (En voz baja.) Si el logro
 De esta merced de Blanca dependiera,
 No en balde suspirárais.
- CAS. ¡Pobrecilla!
- OT. (Aparte.) ¡Ved, cual se ríe!
- YAGO. Os ama locamente.
- CAS. ¡Ay! ¡la infeliz! A fe que me ama creo.
- OT. (Aparte.) Finge negarlo, y se sonríe ahora.
- YAGO. Casio, escuchad —
- OT. (Aparte.) Ahora le importuna
 Porque lo cuente todo. ¡Bien! ¡bien dicho!
- YAGO. ¿Pues no asegura que os casais con ella?
 ¿Es tal vuestra intencion?
- CAS. ¡Já, já! ¡Bobada!
- OT. (Aparte.) ¡Triunfas, romano, triunfas!
- CAS. ¡Casarme yo con ella! ¿Qué? ¿con una corrida?
 Hombre, por Dios; no me hagas tan poco favor:
 no me juzgues tan demente. ¡Já, já, já!
- OT. (Aparte.) ¡Hola, hola! El ganancioso es quien
 se ríe.
- YAGO. A fe que corre la voz que os vais á casar
 con ella.
- CAS. Vamos: dime la verdad.
- YAGO. Que me emplumen si no.
- OT. (Aparte.) ¿Conque me la has jugado? Bien.
- CAS. ¡La necia! Es ella misma la que esparce esa
 voz: está persuadida de que me caso con ella;

pero es por su propia vanidad y locura, no porque yo le haya dado palabra.

OT. (Aparte.) Yago me hace señas. Ahora empezará á contar la historia.

CAS. Há poco estuvo aquí; me persigue por todas partes. Hallábame en la playa el otro día, hablando con unos venecianos, cuando de improviso se presenta la mozuela; y por esta mano te juro que se me echó al cuello de esta suerte...

OT. (Aparte.) Gritando: «¡Oh querido Casio!» ó cosa parecida; su gesto lo indica.

CAS. Y me abraza, y me soba, y se écha á llorar, y me arrastra, y me empuja. ¡Já, já, já!

OT. (Aparte.) Ahora le cuenta cómo se lo llevó á mi alcoba.— Veo esas narices insolentes, pero no el perro al que se las he de arrojar.

CAS. Es menester que la deje.

YAGO. ¡Por vida mía! Miradla donde viene.

CAS. ¡Valiente raposa, y qué perfumada!

Sale BLANCA.

¿A qué viene esta persecucion continua?

BLAN. ¡Que te persigan el diablo y su comadre!
 ¿A qué vino el darme este pañuelo, há poco?
 Valiente boba fui yo en tomarlo. ¿Quieres que te copie yo la labor? ¿Os parece? ¿Encontrarlo en su cuarto y no saber quién lo dejó allí? Será un recuerdo de alguna querida, y ¿quieres que yo te copie la labor? Toma, dáselo á ella: venga de donde viniere, yo no he de copiar ningun dibujo de él.

CAS. Pero, Blanca mía, ¿qué es esto? Calla, mujer, calla.

OT. (Aparte.) ¡Viven los cielos! ¿No es ese mi pañuelo?

BLAN. Si quieres cenar conmigo esta noche, vente ahora; si no, vente cuando te diere gana. (Vase.)

YAGO. Seguidla, seguidla.

CAS. Es fuerza; de otra suerte alborotará la calle.

YAGO. ¿Cenareis con ella?

CAS. Me parece que sí.

YAGO. Quizá os vaya á ver allí; pues he menester hablaros.

CAS. Vente, pues, á cenar. ¿Vendrás?

YAGO. Bueno; iré. (Vase Casio.)

OT. (Se adelanta) ¿Qué muerte le daré, Yago?

YAGO. Notasteis cómo se rió de su delito.

OT. ¡Ay, Yago!

YAGO. ¿Y visteis el pañuelo?

OT. ¿Era el mio?

YAGO. El vuestro, por esta mano. Y ved cómo aprecia á la mentecata de vuestra mujer. Ella se lo regaló, y él se lo dá á su manceba.

OT. Quisiera estarla matando por espacio de nueve años.—¡Qué hermosa mujer! ¡Qué bella mujer! ¡Qué deliciosa mujer!

YAGO. Es menester olvidar eso.

OT. Sí, que se pudra, que perezca y vaya al infierno esta noche; no vivirá, no; mi corazon es de piedra; lo pego, y me hiere la mano. ¡Oh, no hay en el mundo más bella criatura! Es digna de yacer al lado de un emperador y de mandarle como á esclavo.

YAGO. No conviene pensar en eso.

OT. ¡Maldita sea! Sólo digo lo que es. ¡Qué manos para la labor! ¡Qué diestra en la música! Es capaz de amansar á un oso con su canto. ¡Qué gracia tan chispeante, qué talento tan claro!...

YAGO. Y por lo mismo, es peor.

OT. ¡Ay, sí! ¡mil y mil veces peor! Y luego es de condicion tan mansa.

YAGO. Demasiado.

OT. Eso sí que es verdad. Y sin embargo, Yago, ¡qué lástima! ¡oh Yago! ¡qué lástima! ¡qué lástima, Yago!

YAGO. Si estais tan prendado de su perfidia, dadla carta franca para pecar; pues si á vos no os molesta, á nadie le importa un comino.

OT. La he de hacer trizas. ¡Ponerme cuernos á mí!

YAGO. ¡Oh, pérfida mujer!

OT. ¡Y con mi teniente!

YAGO. Peor todavía.

OT. Procuráme un veneno, Yago. Esta noche. No la pediré explicaciones por temor de que me desarme con su belleza y sus hechizos. Esta noche, Yago.

YAGO. No la envenenéis. Estranguladla en su lecho, en ese mismo lecho que ha contaminado.

OT. Bien, bien; que me place esa justicia. Bien, muy bien.

YAGO. Y en cuanto á Casio, corre de mi cuenta. A media noche sabreis algo más.

OT. ¡Magnífico! (Se oye una trompa.)

¡Qué trompa es la que se oye?

YAGO. Sin duda, una embajada de Venecia.

Es Ludovico; el dux es quien le envia;

Y vuestra esposa le acompaña; vedlos.

Salen LUDOVICO, DESDÉMONA y acompañamiento.

LUD. Mi digno general.

OT. Muy bien venido.

LUD. El dux y senadores de Venecia

Salud os mandan. (Le entrega una carta.)

OT. Beso el documento

Dé su mandato intérprete. (Abrelo y lee.)

DES. ¡Qué nuevas

Traes de Venecia, primo Ludovico?

YAGO. Me alegra mucho el veros, caballero;

Muy bien venido á Chipre.

LUD. Os doy las gracias.

¡Qué hace el teniente Casio?

YAGO. Vive, hidalgo.

DES. Primo, ha surgido entre él y mi consorte
Fatal discordia; pero tú, sin duda,
Lo compondrás.

OT. ¿Estás segura de eso?

DES. ¡Decís, mi dueño?

OT. (Leyendo.) «Cúmplase sin falta,
Pues de otra suerte...»

LUD. No os llamó: ocupado
En el escrito está. ¡Pero hay discordia
Entre él y Casio?

DES. Sí; fatal reyerta.
No sé qué diera á fin de conciliarlos;
Pues amo á Casio.

OT. ¡Fuego, pez y azufre!

DES. ¡Mi dueño?

OT. ¿Estás en tí?

DES. ¿Qué? ¿Está enojado?

LUD. Tal vez la carta le haya conmovido;
Pues creo que le llaman á Venecia,
Quedando Miguel Casio en su gobierno.

DES. Me alegro, á fe.

OT. ¿De veras?

DES. ¿Dueño mío?

OT. Me alegra el verte loca.

DES. ¿Cómo, amado?

OT. ¡Quita, demonio! (La pega.)

DES. ¿He merecido yo esto?

LUD. Señor, nadie en Venecia lo creería,
Aun cuando lo jurara. Es demasiado.
¿No veis cual llora? Consoladla.

OT. ¡Oh sierpe!

Pudiera fecundar la tierra el llanto

Falaz de la mujer, de cada gota

Que al suelo cae brotara un cocodrilo.

¡Sal de mi vista! ¡Aparta!

DES. Apartaréme

Por no ofenderos.

LUD. ¿Qué sumisa y blanda!

Llamadla; os ruego, general.

Or. ¡Señora!

Drs. ¡Mi dueño!

Or. ¡De ella qué quereis, hidalgo!

Lud. ¡Quién? ¡Yo, señor!

Or. Sí, vos. ¡No me pedisteis

Que la llamara? Oh, sí; dará mil vueltas,

Y seguirá adelante; y vuelta, y vuelta.

Sabe llorar tambien, llorar, hidalgo;

Y es obediente, cual decís, sumisa,

Oh, muy sumisa.—Sigue con tu lloro.—

En esta carta—¡Oh fingimiento astuto!—

Recibo la orden de volver.—¡Tú vete!

Luego te llamaré.—Yo la obedezco:

Regresaré á Venecia.—¡Vete, aparta!—

(Vase Desdémonea.)

Casio tendrá mi puesto. Yo esta noche

Os convidó á cenar. Muy bien llegado

Á Chipre, hidalgo.—(Aparte.) ¡Monos y cabrones!

(Vase.)

Lud. ¿Es este el noble moro á quien estima

Nuestro Senado en tanto? ¿Es este el alma

En quien nunca hacen mella las pasiones?

¿Cuya cabal virtud invulnerable

Es á los dardos del aleve acaso

Como á los tiros de la adversa suerte?

Yago. Ya no parece el mismo.

Lud. ¿Está en su acuerdo?

¿No tiene acaso trastornado el juicio?

Yago. Es tal como es. En mí no fuera justo

Deciros lo que pienso. ¡A Dios pluguiere

Que fuera lo que ha sido y ser podría!

Lud. ¡Cómo! ¿Pegar á su mujer?

Yago. Por cierto

Que estuvo mal; pero ¡ojalá supiera

Que habia de ser el último ese golpe!

Lud. ¿Lo tiene por costumbre, ó fué la carta

La que produjo en él tal demasia?

YAGO. ¡Lástima grande! En mí no fuera honrado
 El revelaros lo que sé y he visto;
 Le observareis vos mismo, y sus acciones
 Daránle á conocer de tal manera
 Que no habreis menester que nada os diga.
 Seguidle, y observad en lo que pára.
 LUD. ¡Cuán otro le juzgaba! A fe, lo siento. (Váase.)

ESCENA II.

Una sala del castillo.

Salen OTELO y EMILIA.

OT. ¿No viste nada, pues?

EMI. Ni he oído nunca,
 Ni he sospechado semejante cosa.

OT. Sí tal: has visto á Casio y á ella juntos.
 EMI. Mas no ví nada malo, y cada frase
 Que pronunciaron la escuchó mi oído.

OT. ¿Jamás hablaron bajo?

EMI. Nunca, mi amo.

OT. ¿Y no te despidieron nunca?

EMI. Nunca.

OT. ¿En busca de sus guantes, su abanico,
 De su antifaz, ó de otra cosa?

EMI. Nunca.

OT. Extraño es eso.

EMI. El alma apostaría
 Que es fiel y honrada. Si contraria idea
 Teneis formada de ella, desechadla;
 Deshonra á vuestra mente. Si un bellaco
 Os infundió tal duda, sobre él lance
 La maldicion de la serpiente el cielo;
 Pues si ella no es honrada, fiel y casta,
 No hay hombre venturoso, y la más pura
 De las consortes torpe es cual la infamia.

OT. Dile que venga acá. Despacha; vete. (Vase Emilia.)

Bastante dice; pero ¿qué alcahueta
Lo propio no dijera? Es moza astuta;
Es cual cerrojo ó sigilosa llave
Que encierra mil secretas villanías.
Y sin embargo, se arrodilla y reza.
Sí, yo la he visto en actitud devota.

Salen DESDÉMONA y EMILIA.

DES. ¿Qué me mandais, mi dueño?

OT. Ven, querida.

DES. ¿Qué me quereis?

OT. Te quiero ver los ojos.

Mírame al rostro.

DES. ¿Qué ocurrencia horrible?...

OT. (A Emilia.) Vete á tu puesto, dueña; deja á solas
A los amantes, y la puerta cierra.

Si álguien se acerca, tú haznos seña, ó tose.
Mucho sigilo; ¿entiendes? Vé, despacha.

(Váase Emilia.)

DES. De hinojos te lo ruego: di, ¿qué piensas?

No entiendo tu discurso, pero advierto
Que en él habla una furia.

OT. ¿Y tú quién eres?

DES. Tu esposa, dueño mio; tu sincera

Leal consorte.

OT. Júralo y condénate.

No sea que el demonio, al contemplarte
Con forma angelical, asirte tema.

Condénate dos veces; jura, jura

Que eres honrada.

DES. Bien lo sabe el cielo.

OT. Bien sabe que eres falsa como el Orco.

DES. ¿Con quién? Por quién? Mi dueño, cómo falsa?

OT. ¡Oh, Desdémona! aparta! aparta! véte!

DES. ¡Oh dia aciago! Dime ¿por qué lloras?

¿Soy yo, mi bien, la causa de ese llanto?

Si por ventura piensas que mi padre

Haya influido porque el puesto pierdas,
No eches la culpa á mí. Si le perdiste,
Perdile yo tambien.

Or. Pluguiera al cielo
Probar con afliccion mi fortaleza;
Lloviera sobre mi desnuda frente
Crudas desdichas y baldon sin tasa;
Hundiérame en miserias hasta el cuello,
O me tuviera en cautiverio triste
Perdida para siempre la esperanza,
Y aún hallaria en un rincon oculto
Del alma alguna gota de paciencia.
Mas ¡ay de mí! trocar me en fija imágen
Para que el vulgo con inmóvil dedo
Con irrision y escarnio me señale!
Y áun eso lo aguantara, mofa y todo.
Empero allí, do atesoré mi afecto,
Do he de vivir, ó he de perder la vida,
La fuente de do brota mi existencia,
O por jamás se seca su corriente,
Ser arrojado de ella, ó contemplarla
En vil pantano convertida, en sucio
Nido de amores de asquerosos sapos!
A vista tal, paciencia, el ceño arruga,
Tú, tierno querubin de labios rojos,
Y torvo el rostro pon como el infierno.

DES. Espero que me estima fiel y honrada
Mi noble esposo.

Or. Honrada cual las moscas
Que en el verano el matadero infestan,
Y que al nacer fornican... ¡Planta infame,
Tan bella y tan fragante que el sentido
En tí se embota, no nacieras nunca!

DES. ¡Pues qué delito cometí inocente?
Or. ¡Papel tan blanco, tan pulido libro
Se hizo para escribir en él «ramera?»
¡En qué ofendiste tú? ¡Qué cometiste?
Vil meretriz, contara yo tus hechos,

En fraguas se trocaren mis mejillas,
 Reduciendo á cenizas la modestia.
 ¡Qué cometiste? Al sol asombro causa,
 Causa á la luna espanto, y el lascivo
 Viento que besa cuanto al paso encuentra,
 Por no escucharlo, en los profundos antros
 Se esconde de la tierra. ¿En qué ofendiste?
 ¡Oh prostituta vill

DES. Por Dios, me ultrajas.

OT. ¿Qué? ¿No eres prostituta?

DES. N6, tan cierto

Como cristiana soy. Si el conservarme
 Intacta como vaso destinado
 Al labio de mi dueño, pura y libre
 De todo torpe é ilícito contacto
 Es no ser prostituta, tal no he sido.

OT. ¿No eres ramera?

DES. N6, así Dios me ayuda.

OT. ¿Posible?

DES. ¡Oh Dios! ¡favor!

OT. Pues, perdonadme:

Os tuve por la astuta cortesana
 Que allá en Venecia esposa fué de Otelo.

(Alzando la voz.)

Tú, que frontera de San Pedro guardas
 La puerta del infierno...

Sale EMILIA.

A tí, te digo:

Ya estamos listos; toma tu dinero;
 Cierra el cerrojo, y por favor, no charles.

(Vase Otelo.)

EMI. ¿Qué es lo que se imagina vuestro esposo?

¿Cómo os sentís? ¿qué tal os va, señora?

DES. A fe, soñando estoy.

EMI. Señora mía,

¿Qué tiene mi señor, por Dios, decidme?

DES. ¿Y quién es tu señor?

EMI. El vuestro, el mismo.

DES. No tengo alguno. Emilia, no me hables:

Llorar no puedo, y responder no debo

Sino llorando. Tú esta noche cuelga

La cama con mis sábanas nupciales.

Hazlo; y que venga Yago.

EMI. ¡Qué mudanza! (Vase.)

DES. ¡Justo es que así me trate! ¡si, muy justo!

¡Faltar alguna vez pude al recato,

Dando motivo á su cruel sospecha?

Salen EMILIA y YAGO.

YAGO. ¿Qué me mandais? ¿Cómo os sentís, señora?

DES. Lo ignoro. Aquel que á un niño enseña, lo hace

Con blandos modos y tarea fácil.

Reconvenirme pudo de tal suerte,

Pues como un niño soy, si me regañan.

YAGO. ¿Pues qué pasó, señora?

EMI. ¡Ay, Yago! el amo

Llamóla prostituta, y ultrajóla

De modo tal, en términos tan viles,

Que nunca lo sufriera un alma honrada.

DES. ¿Merezco esa palabra?

YAGO. ¿Cuál, señora?

DES. La que ella dijo que me dió mi esposo.

YAGO. Llamóla prostituta; un pordiosero

En su embriaguez no usara tal lenguaje

Con su manceba.

YAGO. ¿Y qué motivo tuvo...

DES. Yo no lo sé. Mas no soy tal, por cierto.

YAGO. Por Dios, secad el llanto. ¡Oh dia aciago!

EMI. ¿Qué? desdeñó partidos ventajosos,

Abandonó á su padre, patria y deudos,

Porque ramera la llamaran? Juro

Que grima da.

DES. Tal es mi triste suerte.

YAGO. Mala ventura le dé Dios por ello.

¿Qué pudo sugerirle tal idea?

DES. Lo sabe el cielo, Yago.

EMI. Que me maten,

Si algun villano ruin, algun bellaco,

O astuto adulador entremetido

No ha urdido esta calumnia con objeto

De conseguir un puesto; que me ahorquen

Si no es así.

YAGO. No hay hombre semejante:

Es imposible. ¡Calla!

DES. Si le hubiere

Perdónele el Señor.

EMI. ¡Que le perdone

El hacha del verdugo, y que el infierno

Sus huesos roa! ¡Llamarla prostituta!

¿Con quién se trata? ¿Dónde, cuándo, ó cómo?

¿Quién viera nunca el más liviano indicio?

Engaña al moro algun villano artero,

Algun bellaco infame, algun tunante.

¡Oh Dios! ¿por qué no arrancas la careta

A esa gentuza vil? ¿Por qué no pones

En cada diestra honrada azote crudo

Para arrear desnuda á esa canalla

A latigazos por el orbe entero,

Desde el oriente hasta el lejano ocaso?

YAGO. Habla más bajo.

EMI. ¡Viles! De esa laya,

Sin duda alguna, el pícaro sería

Que trastornó tu juicio, cuando celos

De mí tuviste, un tiempo con el moro.

YAGO. ¿Estás demente? ¡Calla!

DES. Amigo Yago,

¿Qué haré para ablandar de nuevo á Oteló?

Háblale tú; pues por el sol radiante,

No sé en qué le ofendí.—Yo aquí me postro:

Si alguna vez faltó á su amor mi pecho

En pensamiento, en obra ó de palabra;

Si hallaron mis sentidos ó estos ojos
 Deleite en otro cuerpo que en el suyo;
 Si no le quiero, cual le quise siempre,
 Cual siempre le querré por más que ingrato
 Me arroje cual mendiga de su seno,
 Huye de mí, consuelo. Mucho puede
 El desamor, la falta de cariño;
 Dureza en él podrá acabar mi vida,
 Mas no menguar mi amor. Decir no puedo
 «Adúltera:» me inspira horror profundo
 Despues de pronunciada la palabra;
 Y á merecer tal nombre, cometiendo
 El acto vil, no me indujera el oro,
 La pompa y vanidad que el mundo encierra.
 YAGO. Calmaos por Dios. Él es así: temoso.
 Le enfadan los negocios del Estado,
 Y os riñe á vos.

DES. ¡Ay! ¡ojalá! Mas temo...
 YAGO. Pues no es más que eso, creedme.
 (Suenan trompas.)

¡Oís las trompas?
 Nos llaman al festin. Sin duda aguardan
 Los nobles mensajeros de Venecia.
 Entrad, y no lloreis, que para todo
 Remedio al fin habrá. (Váanse Desdémóna y Emilia.)

Sale RODRIGO.

¡Qué tal, Rodrigo?
 ROD. Se me antoja que no obras lealmente con-
 migo.
 YAGO. ¿En quélo adviertes?
 ROD. No pasa dia en que no me juegues alguna
 mala partida, Yago; y segun voy viendo, más
 bien tratas de alejarme del éxito que de infun-
 dirme esperanza. ¡Vive Dios! que ya estoy har-
 to; no lo aguanto más! y hasta cierto punto no
 me siento inclinado á aguantar en silencio lo
 que he sufrido como un tonto.

YAGO. ¿Quereis escucharme, Rodrigo?

ROD. Harto os he escuchado ya, pues vuestras palabras no corren parejas con vuestras obras.

YAGO. Me culpais injustamente.

ROD. Lo que digo es verdad. He gastado todos mis bienes. Sólo con las joyas que os he dado para regalar á Desdémona, habia casi para seducir á una vestal. Me decis que las ha admitido, y en cambio me dais esperanzas y alicientes de próximo favor y correspondencia; pero no logro ni uno ni otra.

YAGO. Bien; adelante; muy bien.

ROD. ¡Muy bien! ¡Adelante! Pues no sigo adelante; y nada va muy bien, sino todo muy mal; y empiezo á sospechar que estoy haciendo papel de tonto.

YAGO. Muy bien.

ROD. No, sino muy mal, digo yo. Me presentaré en persona á Desdémona; y si quiere devolverme mis joyas, renunciaré á su conquista, y me arrepentiré de mis ilícitas esperanzas; y si no, tened por seguro que exigiré satisfaccion de vos.

YAGO. ¿Era eso todo lo que teniais que decir?

ROD. Sí; y no he dicho nada que no esté resuelto á abonar con mis obras.

YAGO. Vamos, ya veo que tienes esfuerzo y brío; y desde este instante he de tenerte en más estimacion que nunca. Venga esa mano, Rodrigo; tus sospechas, aunque me ofenden, no son infundadas; y sin embargo, protesto que he obrado lealmente en tu asunto.

ROD. Pues en nada lo he conocido.

YAGO. Convengo en que no lo has conocido en nada, y tu recelo no carece de discernimiento y agudeza. Pero, Rodrigo, si hay en tí lo que me imagino, y lo creo ahora más que nunca, quiero decir, arrojo, denuedo y valor, manifiéstalo esta noche; si á la siguiente no gozas á Desdémona,

despáchame á traicion, y tiende lazos contra mi vida.

ROD. Bien: ¿Qué es ello? ¿Es cosa hacедера y razonable?

YAGO. Amigo, ha llegado órden especial de Venecia, mandando que ocupe Casio el puesto de Otelo.

ROD. ¿Es cierto? Pues entónces Otelo y Desdémona se volverán á Venecia.

YAGO. Nada de eso; él se va á tierra de moros, y lleva consigo á la hermosa Desdémona, á no ser que algun acontecimiento imprevisto le obligase á prolongar su estancia aqui; para lo cual no hay medio más seguro que el de quitar á Casio de en medio.

ROD. ¿Qué quereis decir con quitarle de en medio?

YAGO. ¿Qué quiero decir? Pues inutilizarle para el empleo de Otelo, saltándole la tapa de los sesos.

ROD. ¿Y quereis que haga yo eso?

YAGO. Ciertamente si es que os atreveis á procuraros una ventaja y á haceros justicia. Cenará esta noche en casa de una mujer pública; y alli irá yo á verle; aún no sabe nada de su honorífico ascenso. Si quereis acecharle á la salida, y yo lo arreglaré de modo que eso se verifique entre las doce y la una, podreis acometerle á mansalva: yo estaré cerca á fin de secundar el ataque, y caerá muerto entre los dos. Venid; no os quedeis ahí lleno de asombro, sino seguidme. Yo os haré ver tan claro la necesidad de matarle, que no podreis ménos de juzgaros precisado á quitarle la vida. Ya llegó la hora de la cena, y la noche avanza. Manos á la obra.

ROD. He menester que me deis alguna razon más para eso.

YAGO. La tendreis cumplida. (Váase.)

ESCENA III.

Otra sala del castillo.

*Salen OTELO, LUDOVICO, DESDÉMONA, EMILIA
y acompañamiento.*

LUD. No os molesteis ya más, señor, os ruego.

OT. No; permitid; el pasear me prueba.

LUD. Señora, adios: os doy humildes gracias.

DES. El bien venido sois.

OT. ¡Hidalgo, vamos?

¡Oh Desdémona!...

DES. ¡Mi dueño?

OT. Vete al instante al lecho; volveré al punto;
despide á tu doncella. Haz lo que te mando.

DES. Así lo haré, mi dueño.

(Váanse Oteolo, Ludovico y acompañamiento.)

EMI. ¡Cómo vamos?

Al parecer está más blando ahora.

DES. Dijo que sin tardanza volveria:

Mandóme luego que me fuera al lecho,
Y que te despidiera.

EMI. ¡Despedirme?

DES. Él lo mandó, por tanto, Emilia mia,

Dame mi ropa de dormir, y veté.

Es menester no contrariarle ahora.

EMI. Quisiera que jamás le hubierais visto.

DES. Tal no quisiera yo: le quiero tanto,

Que hasta su terquedad, su enojo y ceño—
Desátame este lazo—me enamoran.

EMI. Las sábanas tendí cual me mandasteis.

DES. Ya me es igual. ¡Qué loca es nuestra mente!

Si muero ántes que tú, que me amortajes

En una de esas sábanas te ruego.

EMI. ¡Disparatel! Callad.

DES. Mi madre tuvo

Una doncella, Bárbara de nombre;
 Prendóse de un infiel, que en su locura
 La abandonó. Tal vez cantar solia
 Una cancion del sauce; un canto antiguo,
 Pero expresaba bien su desventura;
 Y se murió cantándola. Esta noche
 No puedo yo olvidar la copla aquella;
 Y afan me cuesta el resistir la gana
 Que siento de entonarla mustia y triste
 Cual Bárbara solia.—Date prisa.

EMI. Iré por vuestra bata.

DES. No la quiero:
 Desprende este alfiler. Es guapo mozo
 El Ludovico.

EMI. A fe que es mozo lindo.

DES. Y bien hablado.

EMI. Sé de una dama de Venecia que hubiera ido
 descalza á Palestina por lograr un beso de sus
 labios.

DES. (Canta.)

*Al pié de un sicomoro la cuitada
 Suspira acongojada.
 Cantad el sauce y su verdor frondoso.
 La sien en la rodilla, y con la mano
 Oprime el pecho insano.
 Cantad el sauce fúnebre y lloroso.
 La fuente iba á su lado rebullendo,
 Sus quejas repitiendo.
 Cantad el sauce y su verdor frondoso.
 Su llanto baña y mueve el duro suelo
 A compasion y duelo.*

Ten, guárdame esto.—

Cantad el sauce fúnebre y lloroso.

Por Dios despacha, volverá en seguida. (Canta.)

*Tejed de verde sauce una guirnalda.
No le culpeis, pues su desden apruebo.—*

La letra no es así.— ¡Calla! ¿Quién llama?
EMI. El viento fué.
DES. (Canta.)

*Le dije yo á mi amor que era inconstante.
¿Qué contestó mi amante?
Cantad el sauce y su verdor frondoso.
Si de otros ojos miro en el espejo,
Busca tú otro cortejo.*

Vé ya; felices noches. Cual me escuecen
Los ojos; ¿si será señal de llanto?
EMI. ¡Bah! no es señal de nada.
DES. Así, te juro,
Lo oí decir. ¡Los hombres, ay, los hombres!
¿Crees en conciencia, Emilia, que hay mujeres
Capaces de engañar á sus maridos
De tan vil modo?
EMI. Tales hay, sin duda.
DES. ¿Lo hicieras tú por todo el mundo, Emilia?
EMI. ¿Pues no lo hicierais vos?
DES. Jamás, lo juro,
Por esa sacra luz.
EMI. Pues yo tampoco...
Por esa luz... podría hacerlo á oscuras.
DES. ¿Lo hicieras tú por todo el mundo?
EMI. El mundo
Es vasto, á fe: por culpa tan ligera
Gran precio fuera.
DES. A fe que no lo harías.
EMI. A fe que sí lo haría, y despues de haberlo
hecho, lo desharia. No lo haria seguramente
por una sortija, ni por una vara de linon, ni por
una saya, un refajo ó una gorra; pero ¡por todo
el mundo!... ¿pues qué mujer no haria cor-

nudo á su marido para hacerle luego monarca?
Para eso arrostraría yo las penas del purgatorio.

Des. Pues que me maten, si por todo el mundo
Hiciera yo á mi esposo tal agravio.

Emi. Es que el agravio no fuera agravio sino en
la opinión del mundo; y si os dieran el mundo
en premio de vuestro trabajo, sería un agravio
en vuestro propio mundo, y entónces fuera fá-
cil trocarlo en beneficio.

Des. Pues yo no creo que haya así ninguna.

Emi. Más de una y más de diez, y aún sobrarian

Para llenar el mundo á que aspiraran.

Mas pienso que la culpa es del marido

Si peca la mujer. Si disolutos

Olvidan sus deberes, y en extraños

Senos derraman el tesoro nuestro,

O por soñados celos enojosos

En casa nos sujetan, ó nos pegan,

O en francachelas gastan nuestros bienes,

¡Qué mucho entónces que la hiel rebose

También en nuestros pechos? Somos mansas,

Mas de rencor no exentas; y por eso,

Sepa el marido que la esposa tiene

Como él sentidos; ve como él y toca;

Y tiene paladar como el marido

Para gustar lo amargo y lo sabroso.

¡Pues qué procuran ellos cuando olvidan

Por otra á su mujer? ¡No es su deleite?

Así lo creo. Y la pasión ¡los hurga?

Creo que sí. ¡Los rinde su flaqueza?

A fe también. ¡Y acaso no tenemos

También nosotras nuestros apetitos,

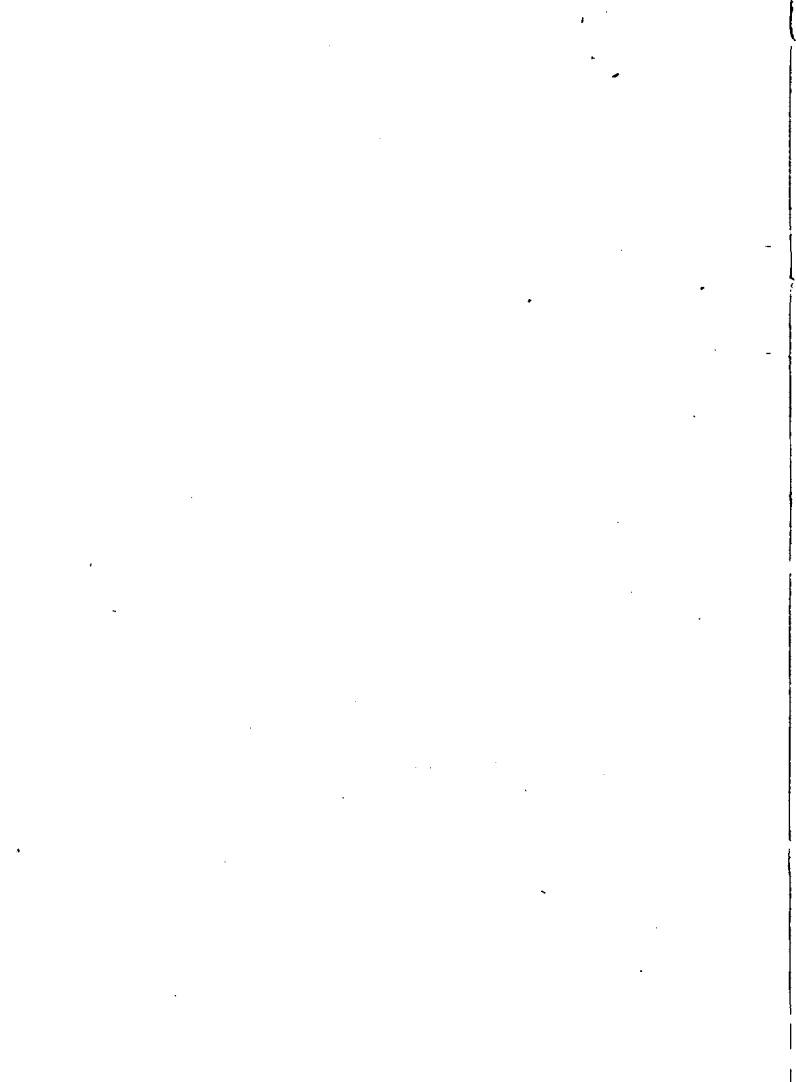
Flaquezas y afecciones cual los hombres?

Pues que nos traten bien, ó de otro modo

Les hemos de imitar en eso y todo.

Des. ¡Adios, adios! El séame propicio:

Y engendre el mal en mí, virtud, no vicio. (Váase.)



ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Una calle.

Salen YAGO y RODRIGO.

YAGO. Ponte detras del poste que ahora viene;
Desnuda tu tizona, y vete al bulto,
¡Zis! zas! sin miedo; me tendré á tu espalda:
Nos salvas ó nos pierdes, no lo olvides;
Resuélvete, por tanto, y ten firmeza.

ROD. Está tú cerca por si fallo el golpe.

YAGO. Aquí detras. Valor, y ponte en guardia.
(Se retira.)

ROD. No tengo fe en la hazaña; y sin embargo,
Las causas que alegó son convincentes.
¡Qué es? ¡Uno ménos? Sal, mi espada, y muera.
(Se retira.)

YAGO. Le traigo tan sobado al pobre bobo
Que tasca el freno ya. Si á Casio mata,
Ó Casio á él, ó si se matan ambos,
De todos modos salgo ganancioso.
Pues si Rodrigo vive, pediráme
Restitucion cumplida del dinero
Y joyas que he sabido sonsacarle
Con el pretexto de ablandar á la otra.
No puede ser. Si Casio sobrevive,

À todas horas afeará mi vida
 Su limpio proceder. Por otra parte
 Pudiera descubrirme el moro á Casio,
 Y en gran peligro viérame por eso.
 Que muera, pues.—Chiton, sus pasos oigo.

Sale CASIO.

ROD. Le reconozco, él es.—¡Villano, muere!
 (Da una estocada á Casio.)

CAS. Fatal me hubiera sido esa estocada
 A no llevar jubon mejor forrado
 De lo que tú imaginas. Ahora, amigo,
 El tuyo probaré. (Saca la espada y hiere á Rodrigo.)

ROD. ¡Favor! me muerdo!
 (Yago entre tanto hiere á Casio en la pierna por detrás y se va.)

CAS. ¡Baldado estoy por siempre! ¡Al asesino!
 ¡Favor! favor! (Cae.)

Sale OTELO.

OT. ¡La voz de Casio! Yago
 Cumplió cual bueno.

ROD. ¡Oh vil que soy!

OT. No hay duda:
 Él es.

CAS. ¡Favor! ¡un cirujano! ¡luces!
 OT. Es él. Valiente Yago, honrado y justo,
 Que en tu nobleza, cual si propio fuera,
 Resientes el agravio de tu amigo,
 Tú mi deber me enseñas. ¡Ay liviana!
 Tu amante yace muerto y se aproxima
 Tu hora fatal. Adúltera, ya acudo.
 Del corazon ahuyento tus hechizos
 Y la impresion de tus miradas borro:
 He de purgar tu mancillado lecho
 Con roja sangre de tu torpe pecho. (Váase.)

Sale LUDOVICO y GRACIANO.

CAS. No hay ronda aquí? No hay nadie que se acerque?

¡Favor! ¡favor! ¡prended al asesino!

GRA. Una desgracia debe ser; las voces
Terror infunden.

CAS. ¡Ay! ¡favor!

LUD. ¡Silencio!

ROD. ¡Oh vil bellaco!

LUD. Dos ó tres se quejan.

¡Noche fatal! Será un ardid acaso:

Seamos cautos; fuera peligroso

Prestar auxilio sin llevar escolta.

ROD. Si nadie acude, desangrado muero.

LUD. ¡Oís?

Vuelve á salir YAGO medio desnudo con una luz.

GRA. Un hombre á cuerpo viene y trae
Armas y luz.

YAGO. ¡Quién va? ¡qué ruido es este?

¡Quién grita al asesino?

LUD. Lo ignoramos.

YAGO. ¿No oísteis voces?

CAS. ¡Por amor del cielo!

¡Aquí, favor, aquí!

YAGO. ¡Pues qué os sucede?

GRA. Este es de Otelo alférez, si no yerro.

LUD. Sin duda alguna; muy valiente mozo.

YAGO. Quién sois vos, que exhalais tan triste queja?

CAS. Yago, he caído en manos de asesinos.

Préstame ayuda.

YAGO. ¡Cielos! ¡mi teniente!

¡Quién fué el villano, autor de vuestro daño?

CAS. Yace uno de ellos cerca, segun creo,

Y huir no puede.

YAGO. ¡Oh infames! ¡Oh traidores!

¡Hola! ¿Quién sois? Venid, prestad auxilio.

(A Ludovico y Graciano.)

ROD. ¡Por Dios, favor!

CAS. Aquel es uno de ellos.

YAGO. ¡Traidor cobarde! ¡pícaro asesino!

(Da una puñalada á Rodrigo.)

ROD. ¡Maldito Yago! ¡Oh perro desalmado!

YAGO. ¡Matar de noche y á traicion, cobardes!

¡En dónde estáis, bandidos? ¡Qué silencio

Reina en las calles! ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Ayuda!

¡Y vos, venis de paz ó sois alevés?

LUD. Juzgad segun obremos de nosotros.

YAGO. ¡Ilustre Ludovico!

LUD. El mismo.

YAGO. Humilde

Perdon imploro. Herido por villanos

Yace aquí Casio.

GRA. ¡Casio!

YAGO. ¡Hermano mio,

Qué tal os va?

CAS. La pierna tengo abierta.

YAGO. ¡No lo permita el cielo! Luz, señores.

La herida vendaré con mi camisa.

Sale BLANCA.

BLA. ¿Qué ha sucedido aquí? ¿quién daba voces?

YAGO. ¿Quién daba voces?

BLA. ¡Mi querido Casio!

¡Amado Casio! ¡Oh, Casio, Casio mio!

YAGO. ¡Notoria prostituta! Amigo Casio,

¿No sospechais de dónde os vino el golpe?

CAS. No sé.

GRA. Yo siento hallaros de esa suerte;

Buscándoos iba.

YAGO. ¿Quién me da una liga?

Muy bien. ¡Oh quien tuviera una litera

Para llevarle á casa suavemente!

BLA. ¡Ay, se desmaya! ¡Oh Casio, Casio mío!

YAGO. Señores, yo sospecho que esta moza
Cómplice y parte en el delito sea,
Tened paciencia un rato, amigo Casio.
Venid, venid; que traigan una antorcha;
A ver si conocemos esta cara.

¡Ay! ¡mi querido amigo y compatriota
Rodrigo! No... sí, es él. ¡Gran Dios, Rodrigo!

GRA. ¡Rodrigo de Venecia?

YAGO. El mismo, hidalgo.

¿Le conocisteis vos?

GRA. Muy bien, por cierto.

YAGO. ¡Señor Graciano! Mil perdones pido;
Y sirva de disculpa á mi torpeza
Este lance cruel.

GRA. Me alegra el veros.

YAGO. ¡Casio, qué tal?—Que traigan la litera.

GRA. ¡Rodrigo!

YAGO. Él es; es él.—Sea en buen hora:

Ya viene la litera. Con dulzura
Llévele á casa algun varon piadoso.
Yo iré á llamar en tanto al cirujano
Del general. No os apureis, doncella.
El infeliz que allí postrado yace
Mi amigo fué.—¿Qué ocasionó la riña?

CAS. Lo ignoro á fe. No sé quién es siquiera.

YAGO. (A Blanca.)

¡Mudais ya de color?—Llevalde adentro.

(Se llevan á Casio y Rodrigo.)

Hidalgos, no os vayais.—Hola, doncella,
Que os vais poniendo pálida colijo.

¿En su mirada no notais espanto?

Si os encarais con ella, más oiremos.

Miradla bien, os ruego, contempladla.

¿No veis, hidalgos? Aunque el labio calle,

A pesar suyo grita la conciencia.

Sale EMILIA.

EMI. ¿Qué ocurre? ¡ay! ¿que sucede, esposo mio?

YAGO. Aquí á traicion á Casio acometieron

Rodrigo, y otros que escapar lograron.

Quedó Rodrigo muerto y Casio herido.

EMI. ¡Ay pobre Casio! ¡pobre caballero!

YAGO. Hé aqui los frutos de la vida airada.

Emilia, corre, ve, pregunta á Casio

Donde cenó esta noche. (A Bla.) ¿Os dan temblores?

BLA. Cenó en mi casa; no por eso tiemblo.

YAGO. ¿En vuestra casa? ¿Sí? Venid conmigo.

EMI. Miren la mala moza, la ramera.

BLA. No soy ramera, sino tan honrada

Cual vos que me ultrajals.

EMI. ¿Cual yo? ¡Bribona!

YAGO. Vamos á ver curar á Casio, hidalgos.

Venid, doncella; hay que mudar de tono.

Emilia, corre, ve á la ciudadela,

Y cuenta todo al jefe y á su esposa.

Venid, partamos.—(Aparte.) Esta noche oscura

Ha de colmar mi dicha ó desventura. (Vanse.)

ESCENA II.

Dormitorio del castillo.—Desdémóna aparece dormida en una cama.

Arde á su lado una luz.

Sale OTELO.

OT. Es con razon, es con razon, mi alma.

La causa no os diré, castas estrellas:

Es con razon. No he de verter su sangre,

Ni quiero herir su tez, su tez más blanca

Que el ampo de la nieve, y tersa como

El mármol de un sepulcro. Y sin embargo,

Matarla es fuerza ó engañará á más hombres.

Mato esta luz, y luego... mato á aquella.

Si á ti te apago, refulgente llama,
 Y me arrepiento, devolverte puedo
 Tu luz primera; si la tuya extingo,
 De alma natura sin igual dechado,
 ¿Dónde hallaré la chispa prometea
 Que devolverte pueda el sér primero?
 Si de su tallo la alma rosa arranco,
 No puedo renovar su lozanía;
 Es fuerza que marchite. Aquí en la mata
 Quiero inhalar su regalada esencia. (La besa.)
 ¡Oh aliento embalsamado, á la justicia
 Casi persuades á romper su espada!
 Un beso; y otro más. Despues de muerta
 Estate así: te mataré, y amarte
 Podré despues. Un beso más, el último:
 Tan dulce y tan fatal no lo hubo nunca.
 Fuerza es llorar; pero es cruel mi llanto,
 Y mi pesar es cual de Dios la ira,
 Donde más ama, hiere. Ya despierta.

DES. (Despertando.) ¿Quién es? Oteló?

OT. Sí, soy yo, Desdémona.

DES. ¿Te quieres acostar, esposo mio?

OT. ¿Desdémona, rezaste por la noche?

DES. Si tal.

OT. Pues si te acuerdas de algun crimen
 Que gracia aún no logró y perdon del cielo,
 Ruega por él al punto.

DES. ¡Dios piadoso!

¿Qué me querrás decir, esposo mio?

OT. Hazlo, y sé breve. Me retiro en tanto.

Sin confesion matarte no quisiera:

No, no permita Dios que tu alma mate.

DES. ¿Cómo? ¿hablas de matar?

OT. Si tal.

DES. ¡Entonces

Piedad, gran Dios!

OT. ¡Amén, con toda el alma!

DES. Matarme no podrás cuando eso dices.

Ot. ¡Hum!

DES. Te temo, sin embargo: eres funesto
 Cuando los ojos giras de esa suerte.
 Mas porque temo ignoro, pues ignoro
 Que haya delito en mí. Con todo, tiemblo.

Ot. Recuerda tus pecados.

DES. Son amores
 Que á tí te tengo.

Ot. Sí; por eso mueres.

DES. ¡Me matas porque te amo? ¡Oh muerte cruda!
 ¡Por qué te muerdes iracundo el labio?
 Pasion sangrienta te estremece todo.
 Presagios son; no obstante espero, espero
 Que á mí no amaguen, no.

Ot. ¡Silencio! calla!

DES. Lo haré. ¡Mas qué sucede?

Ot. Aquel pañuelo
 Que yo te dí, que yo apreciaba tanto,
 Lo diste á Casio.

DES. ¡No, por vida y alma!
 Manda por él, pregúntale.

Ot. Cuidado,
 Cuidado con jurar en falso, prenda;
 Pues yaces sobre el lecho de la muerte.

DES. ¡Mas no para morir tan pronto?

Ot. Luego.
 Confiesa, pues, tu crimen francamente;
 Pues con negar tus culpas una á una
 Con sacrosanto voto, no lograras
 Echar por tierra ni amenguar el firme
 Convencimiento bajo cuyo peso
 Gimo agobiado. Has de morir.

DES. Entónces
 Que Dios de mi se apiade.

Ot. Amén, te digo.

DES. Y tú tambien. No te ofendí en mi vida.
 Jamás á Casio amé, le quise sólo
 Con el amor que el cielo santifica,

Ni dile prenda alguna.

OT. ¡Cielo santo!
Yo mismo ví en sus manos mi pañuelo.
Perjura, el corazon me petrificas,
Y trocarás en vil asesinato
Lo que cumplir pensé cual sacrificio.
Yo ví el pañuelo.

DES. Hallólo él mismo entónces;
Yo nunca se lo dí; que venga pronto
Y la verdad confiese.

OT. Ha confesado.

DES. ¿Qué, dueño mio?

OT. Que favor le hiciste.

DES. ¡Ilícito?

OT. Sí tal.

DES. Es imposible

Que tal repita.

OT. No; su boca es muda.

Corrió de cuenta del honrado Yago.

DES. ¡Oh! ¡mi temor lo explica! ¡Cómo? ¡ha muerto?

OT. Tuviera tantas vidas como pelos,

Mi atroz venganza las tragara todas.

DES. ¡Ah, Dios! le han calumniado y me han vendido!

OT. ¡Oh péfida! ¡le lloras en mis barbas?

DES. Destiérrame, mi bien, mas no me mates.

OT. Quita, ramera.

DES. Mátame, mañana;

Mas déjame vivir sólo esta noche.

OT. ¿Forcejas aún?

DES. Tan sólo un hora breve.

OT. Hecho, ya no hay remedio.

DES. Sólo en tanto

Que rece una oracion.

OT. No hay tiempo, es tarde.

(La asfixia.)

EMI. (Dentro.)

¡Señor, señor, por Dios, señor, abridme!

OT. ¿Qué ruido es ese? ¿Aún no espiró del todo?

No obstante ser cruel, soy compasivo:
No; prolongar no quiero tu agonía.
Así, así.

EMI. (Dentro.) ¡Señor, abrid!

Ot. ¿Quién llega?

EMI. (Dentro.) Señor, dejad que os diga una palabra.

Ot. Emilia fué.—Ya voy.—Murió.—De Casio

Vendrá tal vez á referir la muerte.—

El ruido aquí sonó.—¿Quedóse inmóvil?

Tranquila cual la tumba.—¿La abro? ¿Acaso

Prudente fuera?—¿Que se mueve creo?

Nada.—¿Qué hacer? Si le abro, con mi esposa.

Hablar querrá sin duda. ¿Con mi esposa?

¡Mi esposa! ¡esposa! ¿Cuál? No tengo alguna.

¡Hora fatal! ¡Ah, insoportable! Pienso

Que hora debiera haber un vasto eclipse

De sol y luna, y que espantado el orbe

Abrir debiera el seno estremecido.

EMI. ¡Señor, por Dios, abrid! Dejad que os hable.

Ot. De tí ya me olvidaba. Emilia, llega.

—Despacio.—Voy.—Corramos las cortinas.—

¿En dónde estás? (Abre la puerta.)

Sale EMILIA.

¿Qué te sucede? Dime.

EMI. Por Dios, señor, allá han matado á uno.

Ot. ¿Ahora mismo?

EMI. Sí señor, ahora.

Ot. Debido es al influjo de la luna:

Llega más cerca que ántes de la tierra,

Y roba los sentidos á los hombres.

EMI. Casio ha matado á un jóven veneciano:

Rodrigo se llamó.

Ot. ¿Murió Rodrigo?

¡Y Casio muerto!

EMI. No; no ha muerto Casio.

Ot. ¡No ha muerto Casio! Entónces desentona

El homicidio, y la venganza dulce
En áspera se trueca.

DES. ¡Oh injusta muerte!

EMI. ¿Qué grito es ese?

OT. ¿Cómo? ¡Cuál?

EMI. ¡Dios mío!

¡Ay! ¡esa fué la voz de mi señora!

¡Favor! ¡favor! Señora, hablad de nuevo;

Señora, hablad. ¡Desdémona querida!

DES. Muero inocente.

EMI. ¡Ay! ¡Quién matóla alevé?

DES. Nadie; yo misma. Adios; encomendadme

A Oteló. ¡Oh, adios, mi bondadoso dueño!

OT. ¿Pues cómo se halla muerta?

EMI. ¡Ay, quién lo sabe!

OT. Que no fui yo dijo ella misma: ¿oíste?

EMI. Si tal. Que la verdad declare es fuerza.

OT. Bajó cual mentirosa al rojo infierno.

Yo fui quien la mató.

EMI. ¡Más ángel ella!

¡Más negro diablo vos!

OT. Cayó en pecado

Y prostituta fué.

EMI. Villanamente

Tú la calumnias, y eres un demonio.

OT. Fué falsa como el agua.

EMI. Como el fuego

Violento y rudo fuiste tú, que falsa

La osas llamar. ¡Léal fué como el cielo!

OT. Casio la usó; pregunta á tu marido.

¡Oh! fuera menester que mi torpeza

Purgara del infierno en lo más hondo,

A no haber procedido á tal extremo

Con justa causa! Yago es quien lo supo.

EMI. ¿Quién, mi marido?

OT. Yago, tu marido.

EMI. ¿Que quebrantó su fe?

OT. Sí tal; con Casio.

Si hubiese sido fiel, áun cuando el cielo
 Quisiera fabricarme-un nuevo mundo
 De un crisólito entero y sin mancilla,
 Por él no la vendiera.

EMI. ¡Mi marido!

OT. El mismo fué quien me advirtió primero.
 Es hombre honrado, y aborrece el fango
 Que á la torpeza adhiere.

EMI. ¡Mi marido!

OT. ¿A qué esa reticencia? Tu marido.

EMI. ¡Ay! ¡jama mia, aleve la vileza
 Se burla del amor! ¡Oh, cuánta infamia!
 ¡Y que era falsa dijo mi marido!

OT. Si tal, mujer: fué tu marido: ¿lo oyes?
 ¿Entiendes la palabra? Tu marido;
 Mi amigo Yago, el fiel y honrado Yago.

EMI. Si tal dijera, púdrase su alma
 Vil á razon de un átomo por día.
 Miente el villano: amaba demasiado
 La ganga ruin que consiguió en mal hora.

OT. ¡Por vida!

EMI. Haz lo que quieras: tan indigna
 Es esta hazaña tuya de la gloria,
 Cual de ella indigno tú.

OT. Mejor callaras.

EMI. Mayor que tu poder para ofenderme
 Es mi valor para aguantar el daño.
 ¡Oh sandio! ¡Oh necio! imbécil como el lodo!
 ¡Valiente accion!—Me rio de tu espada.
 Daré á conocer; diré quién-eres,
 Costárame la vida, y veinte vidas.
 ¡Favor! El moro ha muerto á mi señora.
 ¡Favor! favor! al asesino! amparo!

Salen MONTANO, GRACIANO, YAGO y otros.

MON. Mi general, ¿qué es esto? ¿qué sucede?

EMI. ¡Ay Yago! ¿estás allí? ¡Maña es la tuya!

¡Dejar que así sus crímenes te achaque
Cualquier bellaco!

GRA. ¿Qué es lo que sucede?
EMI. Desmiente á ese villano, si eres hombre.

Afirma que dijiste que su esposa
Le habia sido infiel. Tal no dijiste.
Que es falso sé. Tú no eres tan villano.
Habla, por Dios, mi corazon rebosa.

YAGO. Lo que pensé le dije, y nada dije
Que él no haya hallado fidedigno y cierto.

EMI. ¿Mas le dijiste que era infiel, acaso?

YAGO. Sí tal.

EMI. Pues le dijiste una mentira,
Una mentira pérfida y odiosa,
Una infernal mentira. ¡Por mi alma!
¿Con Casio infiel? ¿Dijiste infiel con Casio?

YAGO. Con Casio, sí, mujer. El labio sella.

EMI. No he de sellar el labio; hablar me cumple.

Aquí en su lecho yace asesinada
Mí pobre ama.

TODOS. ¡Dios no lo permita!

EMI. Y tus informes fueron causa de ello.

OT. No; no os pasmeis: es la verdad, señores.

GRA. ¡Fatídica verdad!

MON. ¡Oh accion monstruosa!

EMI. Alguna trama aleve aquí se oculta.

Y bien pensado... Sí, lo veo todo...

Lo sospeché ya entónces... ¡Villanía!

De rabia me matara. ¡Oh trama aleve!

YAGO. ¿Estás demente? A casa vé; lo mando.

EMI. Nobles hidalgos, permitid que os hable.

Me cumple obedecerle; mas no ahora.

Yago, tal vez no iré jamás á casa.

OT. ¡Ay! ¡ay! (Se echa encima de la cama.)

EMI. ¿Te duele al fin? Echate y ruge.

Mataste al sér más inocente y puro

Que alzó jamás la vista.

OT. (Levantándose.)

¡Oh, fué malvada!

Tío, no os conocí. Postrada yace
 Allí vuestra sobrina, cuyo aliento
 Há poco, á fe, cortaron estas manos.
 Sé que esta accion parece negra, horrible.

GRA. ¡Desdémona infeliz! Cuánto me alegro
 Que ya no exista tu canoso padre:
 Mortal le fué tu boda, y de su vida
 Pena no más tronchó el caduco hilo.
 Pues si aún viviera, á vista tan horrenda.
 Al ángel de su guarda á maldiciones
 De sí desesperado ahuyentaria,
 La cólera celeste desafiando.

OT. ¡Lástima da! No obstante, Yago sabe
 Que veces mil el acto vergonzoso
 Con Casio cometió: lo dijo él mismo.
 Y dióle á más en premio de su llama
 De nuestra fe la prenda, el don primero
 Que yo la dí; lo ví en su propia mano:
 Cierta pañuelo fué que en otro tiempo
 Mi padre dió á mi madre.

EMI. ¡Dios clemente!
 ¡Omnipotente Dios!

YAGO. ¡Silencio, calla!
 EMI. Callar no puedo, no; callar no quiero;
 Es fuerza que hable libre como el austro:
 Aun cuando Dios, los hombres y el abismo
 A voz en grito mi baldon proclamen,
 Callar no puedo; es fuerza que lo diga.

YAGO. Ten juicio, y vete á casa.

EMI. ¡Nunca!
 (Yago hace ademán de herir á Emilia.)

GRA. ¡Cómo?
 ¡La espada desnudais contra una hembra?

EMI. ¡Oh torpe moro! Aquel pañuelo tuyo
 Hallélo acaso y dilo á mi marido,
 Quien muchas veces con instancia suma,
 Para esa bagatela exagerada,
 Pidióme que lo hurtara.

- YAGO. ¡Vil ramera!
 EMI. ¡Darlo ella á Casio? No; lo hallé yo misma
 Y dílo á mi marido.
- YAGO. ¡Infame, mientes!
 EMI. ¡Por Dios, no miento, hidalgos, nó, no miento!
 ¡Oh necio sanguinario! ¡Mentecato,
 Qué habias tú de hacer con esa santa!
- OT. ¡No hay rayos en el cielo? ¡El trueno todos
 Los hubo menester? ¡Atroz villano!
 (Se lanza sobre Yago, el cual hiere por detras á Emilla, y se va.)
- GRA. Se cae; á su mujer mató sin duda.
 EMI. ¡Ay, sí! Ponedme al lado de mi ama.
- GRA. Logró escaparse, mas la hirió de muerte.
- MON. ¡Canalla vil! Tomad vos esta espada
 Que acabo de quitar de mano al moro:
 Venid; la puerta vigilad por fuera;
 No le dejéis pasar; ántes matadle.
 Yo en tanto iré detras de aquel bellaco;
 Pues no hay mayor malvado en todo el orbe.
 (Váanse Montano y Graciano.)
- OT. Ya ni valor me queda: á desarmarme
 Basta cualquier rapaz. ¿E importa acaso
 Que sobreviva á la virtud la honra?
 Piérdase todo.
- EMI. ¡Qué anunció tu canto,
 Ama querida! Escúchame si aún me oyes:
 Quiero morir cantando como el cisne. (Canta.)

Cantad el sauce y su verdor frondoso...

Moro, fué casta; moro cruel, te amaba.
 Verdad te digo; así la gloria logre.
 Y hablando tal cual pienso, muero ¡ay! muero.
 (Se muere.)

- OT. Otra arma guardo en esta estancia oculta:
 Una hoja toledana, y duro temple
 Le dió el arroyo helado. Aquí la tengo.
 —Es menester que salga, noble tío.

GRA. (Dentro.) Caro te costará si lo intentares:
No tienes arma, y fuerza es que sucumbas.
OT. Entra, pues, aquí dentro, y dame oído,
Ó como estoy, desnudo he de atacarte.

Sale GRACIANO.

GRA. ¿Pues qué acontece?
OT. Mira, espada tengo:
Mejor no la ciñó soldado nunca:
Más de una vez con este débil brazo
Y esta hoja bien templada, paso abríme
Por entre impedimentos veinte veces
Mayores que el estorbo que me opones.
Mas ¡ay! ¡ocioso alarde! ¡Quién alcanza
Su sino á dominar? Hora es distinto:
No temas, aunque armado me contemples;
Este es de mi jornada fin y meta,
De mi último viaje rada y puerto.
¡Te haces atras temblando? Miedo inútil.
De Otelo el pecho amaga con un junco,
Y le verás cejar. ¡Do iría Otelo?
—Dame tu rostro á ver, desventurada.
¡Pálido cual tu saya! Cuando juntos
Ante el celeste trono aparezcamos,
Esa mirada tuya al alma mía
Despeñará del cielo, y los demonios
De ella asirán con sus feroces garras.
Helada estás, mi bien, cual tu pureza.
¡Oh torpe esclavo! ¡Furias, apartadme
De cuadro tan celeste á latigazos!
¡Arrebatadme en ráfaga sañuda!
¡Tostad mis miembros en azufre! ¡En hondas
Simas de fuego líquido bañadme!
¡Desdémona! ¡Desdémona! ¡ay! ¡ay! ¡muerta!

Salen LUDOVICO, MONTANO, CASIO, á quien llevan en una silla, y YAGO preso.

LUD. ¿Do está ese temerario sin ventura?

OT. Ese es aquel que Otelo fué. Miradle.

LUD. ¿Do está aquel áspid? Salga ese villano.

OT. Los piés le miro; pero es cuento aquello.

Si eres demonio no podré matarte. *(Hiere á Yago.)*

LUD. Quitadle el arma.

YAGO. Herido estoy, no muerto.

OT. Y pena no me da: quiero que vivas,

Pues el morir es dicha á juicio mio.

LUD. Tú que tan noble, ¡oh Otelo! un tiempo fuiste

Preso en los lazos de un villano aleve,

¿Qué se dirá de ti?

OT. Cuanto os ocurra:

Seré, si os place, un asesino honrado,

Pues todo por mi honor, nada hice en odio.

LUD. En parte confesó ya su delito

El miserable. ¿Consentisteis ambos

En acabar con Casio?

OT. Si.

CAS. Mi jefe,

Jamás os dí motivo.

OT. Así lo creo :

Perdon te pido.—Preguntad, si os place,

Al semi-diablo aquel, cuál fué su intento

Al enredarme á un tiempo cuerpo y alma.

YAGO. Nada me preguntéis, pues no respondo:

Lo que sabeis, sabeis. Desde este instante

No vuelvo á hablar.

LUD. ¿Ni en oracion siquiera?

GRA. Te obligará el tormento á abrir los labios.

OT. Harás mejor.

LUD. Sabreis lo que ha ocurrido;

Lo cual aún ignorais, segun sospecho.

Hay una carta aquí que en el bolsillo

Del infeliz Rodrigo fué encontrada.

Otra hay tambien. Se cuenta en una de ellas
De cómo fué encargado de dar muerte
Rodrigo á Casio.

OT. ¡Oh torpe!

CAS. ¡Oh vill! ¡oh infame!

LUD. Hay otro escrito lleno de reproches
Que en su bolsillo fué tambien hallado.
Parece que Rodrigo meditaba
Remitir esa carta al miserable;
Pero entre tanto se encontró, sospecho,
Con Yago, quien sus dudas satisfizo.

OT. ¡Perro alevoso! ¡Cómo vino, Casio,
A estar en tu poder aquel pañuelo
Que fué de mi mujer?

CAS. Lo hallé en mi alcoba;
Y él mismo há poco confesó que en ella
De intento lo extravió porque surtiese
El deseado efecto.

OT. ¡Oh torpe, necio!

CAS. La carta de Rodrigo á más contiene
Reconvenciones en que á Yago afea
El haberle excitado á bravearme
En el cuerpo de guardia, á cuya riña
Debí el perder mi puesto: y dijo há poco
Él mismo, vuelto en sí de su deliquio,
Que Yago fué quien le acusó, que Yago
Fué quien le hirió.

LUD. Forzoso es que esta casa
Abandoneis, y nos sigais al punto.
Habeis perdido ya poder y mando,
Y Casio impera en Chipre. En lo que toca
Al miserable aquel, estad seguro
Que si en la sala de tormento hubiera
Alguno tan cruel que sin matarle
Le hiciera padecer por largo tiempo,
Suyo será. Vos en prision estrecha
Sujeto quedareis en tanto falle
En vuestra causa el véneto Senado.

Partamos, pues: llevadle.

OT. Poco á poco.
 Una palabra y os ireis. Servicios
 Presté, tal vez no pocos, al Estado,
 Y bien lo sabe; pero basta de eso.
 Sólo un favor os pido: en vuestras cartas
 Cuando mencion hagais del triste caso;
 Hablad de mí cual soy, sin disculparme,
 Sin agravar malévolos mi culpa.
 De un infeliz tendreis que hablar entónces
 Que amó sin discrecion, mas con delirio;
 Que tardo en recelar, teniendo celos,
 Dejése arrebatat de su locura;
 De un insensato cuya torpe mano
 Cual la del indio vil tiró una perla
 De más valía que su tribu toda;
 Cuyos rendidos ojos no avezados
 En otro tiempo en llanto á derretirse,
 Lágrimas derramaron hilo á hilo
 Sin tregua, cual los árboles de Arabia
 Zumo medicinal. Narradlo todo;
 Y referid tambien como en Alepo,
 Do con turbante altivo un turco aleve
 Osó pegar á un veneciano un día,
 Negando á la república respeto,
 Así del cuello al perro circunciso
 Y dile muerte, así. (Se da una puñalada.)

LUD. ¡Fin lastimoso!

GRA. ¡En balde hablamos!

OT. Antes de matarte,
 Besarte quise: acabe así el suceso;
 Me mato y muero al darte un dulce beso. (Se muere.)

CAS. Me lo temí, pues era de alma noble,
 Creia empero que armas no tuviese.

LUD. ¡Perro espartano! más cruel que el duelo,
 El hambre y mar airada! Mira, ¡oh! mira
 El trágico gravámen de esta cama.
 Contempla tu obra, cuyo aspecto sólo

Fuera capaz de emponzoñar la vista:
Tapadlo al punto. Vigilad la casa,
Graciano, y embargad los bienes todos
Del moro: le heredais. A vos compete,
Señor gobernador, el dar castigo
A este infernal villano, el sitio y hora
Fijando y el tormento, ¡oh! duro sea.
Yo parto luego á dar al alto Estado
Cuenta del triste caso, contristado. (Vánse.)

MUCHO RUIDO
PARA NADA.

PERSONAJES.

DON PEDRO, *príncipe de Aragón.*

DON JUAN, *su hermano bastardo.*

CLAUDIO, *jóven noble de Florencia.*

BENITO, *jóven noble de Padua.*

LEONATO, *gobernador de Mesina.*

ANTONIO, *su hermano.*

BALTASAR, *caballero de la servidumbre de Don Pedro.*

CONRADO, }
BORRACHO, } *criados de Don Juan.*

FRAY FRANCISCO.

MATACAN, *alguacil.*

VARILLAS, *alcalde de barrio.*

Un escribano.

Un paje.

HERO, *hija de Leonato.*

BEATRIZ, *sobrina de Leonato.*

MARGARITA, }
ÚRSULA, } *doncellas de la servidumbre de Hero.*

Mensajeros, ronda, acompañamiento, etc.

ESCENA : en Mesina.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Una plaza delante de la casa de Leonato.

Salen LEONATO, HERO, BEATRIZ *y un* MENSAJERO.

LEO. Veo por esta carta que Don Pedro de Aragon debe llegar esta noche á Mesina.

MENS. Ya no puede estar léjos, pues cuando yo le dejé apénas se hallaba á tres leguas de la ciudad.

LEO. ¿Cuántos caballeros habeis perdido en esta accion?

MENS. Pocos de cualquiera clase, y ninguno de nombradía.

LEO. Una victoria vale por dos cuando el vencedor torna á casa con números completos. Segun veo, Don Pedro ha colmado de honores á un jóven florentino llamado Claudio.

MENS. Muy merecidos por su comportamiento, á que en igual grado ha correspondido Don Pedro. Se ha portado mejor de lo que era de esperar de sus pocos años; ha hecho en forma de oveja hazañas de Leon. En efecto, ha excedido las más lisonjeras esperanzas mejor de lo que yo os podré decir.

LEO. Tiene un tio aquí en Mesina que se alegrará mucho de saberlo.

MENS. Le he entregado ya unas cartas y muestra sentir gran júbilo, tan grande, que el gozo no pudo manifestarse bastante modesto, sin ostentar una señal de dolor.

LEO. ¡Rompió á llorar quizá?

MENS. En mucha copia.

LEO. Fué un tierno exceso de ternura. No hay caras más leales que las que de tal suerte se lavan. ¡Cuánto más vale llorar de alegría que alegrarse del lloro!

BEA. Decidme, os ruego: ¿ha regresado de la guerra el señor Montante, ó no?

MENS. No conozco á nadie de ese nombre, señora: ninguno de los oficiales se llama así.

LEO. ¿Por quién preguntais, sobrina?

HERO. Mi prima quiere decir el señor Benito de Padua.

MENS. Oh, sí, ha regresado y está tan festivo como siempre.

BEA. Publicó un cartel aquí en Mesina retando á Cupido al vuelo; y el bufon de mi tío suscribió en nombre de Cupido y le desafió á la saetilla. Decidme: ¿cuántos ha muerto y se ha tragado en esta guerra? Pero nó; ¿cuántos ha muerto? Pues en verdad que le prometí comerme á todos los que él matara.

LEO. A fe, sobrina, tratáis con harta dureza al señor Benito; aunque dareis en él con la orma de vuestro zapato; no lo dudo.

MENS. Ha prestado buenos servicios en esta guerra, señora.

BEA. Tendriais víveres averiados y os ayudó á despacharlos; ¿no es cierto? ¡Oh! eso sí; es un héroe en la mesa; tiene valiente estómago.

MENS. Tambien es buen soldado, noble dama.

BEA. Sí, buen soldado entre damas. ¿Pero qué es entre caballeros?

MENS. Entre caballeros, caballero; entre hom-

bres, hombre, lleno de toda suerte de honrosas virtudes.

BEA. En efecto, no es sino un hombre lleno, relleno; pero en cuanto al relleno, ¡válgame Dios!... En fin, todos somos mortales.

LEO. No toméis en mal sentido las palabras de mi sobrina. Hay declarada entre ella y el señor Benito una especie de guerra chistosa. No se encuentran nunca sin que estalle entre ellos una escaramuza de agudezas.

BEA. En que el pobre sale siempre mal parado. En nuestro último encuentro, de sus cinco sentidos, cuatro salieron baldados, y ya no le queda más que uno para gobierno de todo su sér; de suerte que si le queda ingenio suficiente para abrigarse del frío, será lo único en que se distinga de su caballo; pues no le queda ya más talento que el indispensable para poder pasar por sér racional. ¿Quién es su inseparable ahora? Pues todos los meses tiene un nuevo amigo íntimo.

MENS. ¿Es posible?

BEA. Y tan posible. Muda de amistad como de sombrero: varía según la moda.

MENS. Advierto, señora, que ese gentilhombre no es santo de vuestra devoción.

BEA. No; si lo fuera, prendería fuego á mi santuario. Pero decídme, os ruego: ¿quién es su compañero? No hay ningún joven espadachín que quiera hacer con él un viaje á los infiernos?

MENS. Las más veces suele ir acompañado del muy noble Claudio.

BEA. ¡Infeliz! Se pegará á él como una epidemia. Es más contagioso que la peste; y el que coge esa enfermedad, no tarda en perder el juicio. ¡Dios asista al noble Claudio! Si le ha salido la enfermedad Benito, la cura le costará mil doblones por lo ménos.

MENS. Quiero siempre ser amigo vuestro, señora.

BEA. Sedlo, mi buen amigo.

LEO. No hay temor de que os vólvais nunca loca, sobrina.

BEA. Nó, miéntas no haga calor en Enero.

MENS. Don Pedro se acerca.

Salen DON PEDRO, DON JUAN, CLAUDIO, BENITO y BALTASAR.

D. PED. Querido señor Leonato, salís al encuentro de vuestro desasosiego. Es costumbre en el mundo huir del gasto, y vos vais en busca de él.

LEO. Jamás entró el desasosiego on mi casa bajo la semejanza de vuestra Alteza; pues cuando el desasosiego nos abandona, suele reemplazarlo el bienestar; pero cuando vos me abandonais, la tristeza se queda en casa, y la alegría es la que se despide.

D. PED. Aceptais esta carga con demasiada buena voluntad. ¿Esta es vuestra hija, si no yerro?

LEO. Muchas veces me lo dijo su madre.

BEN. ¿Lo dudabais acaso, hidalgo, cuando se lo preguntasteis?

LEO. No tal, señor Benito; aún erais niño entónçes.

D. PED. Volved por otra, Benito. De eso podremos deducir lo que sereis siendo hombre. En verdad la dama revela bien claramente su origen. Sed feliz, señora, pues os pareceis á un padre por extremo honrado.

BEN. Aunque sea su padre el señor Leonato, y por grande que sea el parecido entre ella y él, sospecho, sin embargo, que por toda Mesina no quisiera ella cargar con esa cabeza.

BEA. Me admira que os empeñeis en seguir hablando, señor Benito. ¿No veis que nadie os hace caso?

BEN. ¡Hola! Mi señora doña Desden, ¿estais aún en vida?

BEA. ¿Cómo es posible que se muera el desden, pudiéndose cebar en tan buen pasto como el señor Benito? Fuerza es que la cortesía misma se trueque en desden, estando vos en su presencia.

BEN. En tal caso renegara de sí misma la cortesía. Pero es lo cierto que todas las damas están prendadas de mí, vos exceptuada; y á fe que quisiera en el alma que no fuera tan duro mi corazón, pues juro que no amo á ninguna.

BEA. ¡Qué dicha para las mujeres! De otra suerte se verian importunadas por un pretendiente enojoso. ¡Gracias á Dios y á mi temperamento frio, en eso me parezco á vos. Más quiero oír á mi perro ladrar á un grajo, que á un hombre jurar que me adora.

BEN. ¡Dios os mantenga siempre firme en ese propósito! De ese modo se librárá algun hombre de bien de que le saquen los ojos á arañazos.

BEA. A ser sus ojos como los vuestros, imposible seria afearlos ni aun á arañazos.

BEN. Bueno. Os pintais sola para maestra de co-torras.

BEA. Más vale un ave de mi lengua que un bruto de la vuestra.

BEN. ¡Ojalá tuviera mi caballo la ligereza de vuestra lengua, y anduviera así siempre sin parar. Pero idos ya con Dios: he acabado.

BEA. Siempre habeis de acabar con una chalanada. Os conozco ya de antiguo.

D. PED. Eso es en suma, Leonato.—Señor Claudio, y vos, señor Benito, mi querido amigo Leonato os convida á todos. Le digo que nos quedaremos aquí un mes cuando ménos, y él ruega á Dios que algun acontecimiento pueda ser parte á prolongar nuestra estancia. Oso

jurar que no es hipócrita, sino que lo desea de corazón.

LEO. Si lo jurarais, no juraríais en falso. (A D. Juan.)
 Dejad que os dé la bienvenida, Alteza. Hablando
 hecho las amistades con vuestro hermano,
 os debo toda suerte de atenciones.

D. JUAN. Gracias. Soy hombre de pocas palabras;
 pero... gracias.

LEO. Si os place, Alteza, guiad.

D. PED. Vuestro brazo, Leonato; iremos juntos.
 (Vánse todos menos Benito y Claudio.)

CLAUD. Benito, ¿te has fijado en la hija del señor
 Leonato?

BEN. No me he fijado en ella precisamente, pero
 la he mirado.

CLAUD. ¿No es una niña en extremo modesta?

BEN. ¿Me pedis como hombre honrado mi parecer
 liso y llano, ó quereis que os conteste segun
 acostumbro, es decir, como enemigo inexorable
 de su sexo?

CLAUD. No; te ruego que me hables con toda for-
 malidad.

BEN. Pues entónces, á fe de hombre honrado, se
 me antoja que es muy bajita para merecer un
 alto elogio, muy morena para merecer un claro
 elogio, y muy chiquita para merecer un gran
 elogio: la única alabanza que la puedo tributar
 es que si fuera otra de la que es, no sería bonita,
 y siendo tal cual es, no me gusta.

CLAUD. Piensas que estoy de broma: con formalidad,
 dime francamente si te gusta, te lo ruego.

BEN. ¿A qué tomar tantos informes? ¿La quereis
 comprar?

CLAUD. ¿Hay acaso dinero en el mundo para comprar
 tal joya?

BEN. Si por cierto, y tambien un estuche donde
 guardarla. ¿Pero hablais seriamente, ó es burla
 no más, y nos vendreis diciendo luego que Cu-

pido es un diestro cazador de liebres, y Vulcano un famoso carpintero? Vamos, decidme en qué tono hay que cantar para no desentonar con vos.

CLAUD. A mis ojos parece la más hermosa dama que vi jamás.

BEN. Pues yo veo aún muy bien sin gafas, y sin embargo no descubro esos hechizos. Ahí teneis á su prima; si no estuviera poseida de una furia, la excederia en hermosura tanto como el primer día de Mayo al último de Diciembre. Pero espero que no teneis intencion de convertirnos en marido; ¿ó es tal vuestro propósito?

CLAUD. Aun cuando hubiese hecho voto de castidad, me parece que lo quebrantaria si consintiese Hero en ser mi esposa.

BEN. ¿En eso estais? ¡Por vida! ¿no habrá en el mundo un solo hombre que no quiera llevar su gorra de un modo sospechoso? ¿No he de volver á ver nunca un solteron de sesenta años? Anda; ya que te empeñas en doblar el cuello al yugo, ostenta su triste señal, y pasa sollozando tus domingos. Mirad, Don Pedro vuelve en busca vuestra.

Sale DON PEDRO.

D. PED. ¿Qué misterio os ha detenido aquí? ¿Por qué no entrasteis con nosotros en casa de Leonato?

BEN. Quisiera que vuestra Alteza me obligara á hablar.

D. PED. Te lo mando por tu fidelidad de vasallo.

BEN. ¿Lo oís, conde Claudio? Sé callar como un mudo, bien lo podeis creer; pero por mi fidelidad de vasallo... notadlo bien, por mi fidelidad de vasallo... Está enamorado. ¿De quién? Eso es lo que debe preguntarme ahora vuestra Alteza. Notad cuan breve es su respuesta:—De Hero, la hija chiquita de Leonato.

- CLAUD. Y si así fuera, ya estaría todo dicho.
- BEN. La cancion de siempre, Alteza: «Ni es así, ni fué así, y Dios no quiera que sea así.»
- CLAUD. Si mi pasion no se muda en breve, no quiera Dios que sea de otro modo.
- D. PED. Amén, digo, si es que la amais, pues la dama es muy digna de vuestro amor.
- CLAUD. Decis eso á fin de sondearme, señor.
- D. PED. Por mi honor, hablo con toda sinceridad.
- CLAUD. Pues á fe mia, Alteza, hablé con toda sinceridad.
- BEN. Pues por mi doble fe y doble honor; Alteza, tambien hablé con toda sinceridad.
- CLAUD. Que la amo sé.
- D. PED. Que ella es digna de tu amor, me consta.
- BEN. Pues yo ni sé cómo se la puede amar, ni me consta que sea digna de ser amada; hé aquí una conviccion que el fuego no logrará extirpar de mi alma; en ella dejárame tostar por el Santo Oficio.
- D. PED. Fuiste siempre un hereje empedernido en negar culto á la hermosura.
- CLAUD. Y nunca pudo sostener su papel, sino violentando su voluntad.
- BEN. Que me haya concebido una mujer, es cosa que le agradezco; que una mujer me haya criado, tambien es cosa por la cual le doy humildes gracias; pero perdónenme las mujeres todas si me resisto á entrar en la cofradía y á ornar mi frente con el instrumento tan grato al oido del cazador. Precisamente porque no quiero hacerlas la injusticia de desconfiar de alguna, me reservo el derecho de no fiarme de ninguna; y en resumidas cuentas, lo cual sin duda mejor cuenta me tiene, quiero vivir soltero.
- D. PED. Antes de morir he de verte pálido de amor.
- BEN. De ira, de enfermedad, ó de hambre, Alteza;

pero no de amor. Si lograis probarme alguna vez que el amor me haya quitado más sangre de la que pueda recuperar bebiéndome un frasco de vino, sacadme los ojos con la pluma de un coplero, y colgadme en la puerta de un burdel como muestra del ciego Cupido.

D. PED. Pues, á fe, si alguna vez reniegas de esa creencia, tu conversion hará milagros.

BEN. Si tal hiciere, colgadme en una botella como un gato y que os sirva de blanco, y al que me diere, dadle una palmada en el hombro y llamadle *Adan* (1).

D. PED. En fin, el tiempo lo dirá; pues con el tiempo

«La frente al yugo el bravo toro ofrece.»

BEN. La ofrecerá el bravo toro; pero lo que es el juicioso Benito, si tal hiciere, arrancadle las astas al toro y plantádmelas aquí en la frente, y que me retrate luego un pintor de muestras, y así como suelen escribir en gruesos caracteres «Aquí se alquilan buenos caballos,» que pongan un letrero debajo de mi efigie que diga: «Aquí podeis ver á Benito el hombre casado.»

CLAUD. Si eso llegase á suceder alguna vez, te arrancarías las astas de rabia.

D. PED. Pues si Cupido no ha vaciado su aljaba en Venecia, no tardarás en temblar por esto.

BEN. Antes temblará la tierra.

D. PED. Hasta entónces tratad de contemporizar con las horas. Entre tanto, señor Benito, entrad en casa del señor Leonato, saludadle de

(1) Alude á una bárbara diversion que habia antiguamente en algunos condados de Inglaterra, y que consistia en colgar de una cuerda un gato encerrado en una botella de madera llena de hollín. El gafán que lograba hundir el fondo del recipiente sin mancharse con su contenido, era considerado como el héroe de la fiesta.

mi parte y decid que no faltaré á la hora de la cena; pues, segun oigo, ha hecho grandes preparativos.

BEN. Aún me siento capaz de desempeñar esa comision; y con eso os encomiendo...

CLAUD. Al amparo de Dios; de esta mi casa, si la tuviese...

D. PED. A seis de Julio, vuestro afectísimo amigo, Benito.

BEN. No os burleis, no os burleis, señores: la tela de vuestro discurso suele estar á veces bastante mal tejida, y en partes descubre la hilaza. Haced exámen de conciencia ántes de echar mano de chistes tan rancios; con esto me despido. (Vase.)

CLAUD. Podeis hacerme gran merced, Alteza.

D. PED. Tú mandasen mi afecto; habla, por tanto, Enséñale á cumplir lo que le exiges, Y tú verás cuán fácilmente aprende La más árdua leccion, en siendo cosa Que pueda redundar en tu provecho.

CLAUD. ¿Tiene algun hijo Leónato acaso?

D. PED. Hero no más; es su única heredera. ¿Te agrada, Claudio?

CLAUD. Aun ántes que emprendiese

Vuestra Alteza la guerra que ahora acaba,
La contemplé con ojos de soldado,
Y me agradó; mas ocupado entónces
Estaba con más áspero negocio
Que el de trocar en llama aquel agrado.
Mas ya que he vuelto y que el afan guerrero
Empieza ya á desocupar mi mente,
En su lugar se agolpan á mi alma
Más tiernos y más plácidos afanes,
Que me recuerdan cuán hermosa es Hero,
Y que ántes de la guerra me agradaba.

D. PED. En breve cual amante apasionado
Fatigarás al pobre que te escucha,

Sin duda, con un libro de palabras.
 Si á Hero bella adoras, no te apures,
 Pues hablaré á su padre, y á ella misma,
 Y la conseguirás. ¿No es este el blanco
 A que apuntaba tu oracion discreta?

CLAUD. Con qué ternura sana el pecho amante
 Quien, como vos, el mal de amor advierte
 En la color quebrada de su rostro.
 Quisiera, empero, porque no parezca
 Mi afecto demasiado repentino,
 Robustecerlo con más larga cura.

D. PED. ¡A qué más ancho el puente que el arroyo?
 Merced más justa no hay que la precisa.
 La senda abierta está. La amas ¿no es eso?
 Pues yo á tu afan sabré buscar alivio.
 Esta noche habrá máscaras, sin duda:
 De tu papel me encargo; disfrazado,
 Que Claudio soy diré á la bella Hero,
 Y vaciaré en su seno el pecho mio,
 Cantivaré su oido con la fuerza
 Y el arrebató de mi ruego ardiente;
 Al punto luego al padre me declaro,
 Y todo acabará siendo ella tuya.
 Pongámoslo por obra sin tardanza. (Vánse.)

ESCENA II.

Una sala de la casa de Leonato.

Salen LEONATO y ANTONIO por opuestos lados.

LEO. ¿Qué tal, hermano? ¿Dónde está mi sobrino,
 tu hijo? ¿Ha encargado la música?

ANT. Anda muy ocupado en ello. Pero, hermano
 mio, puedo revelarte ciertas nuevas extrañas
 en que aún no soñaste siquiera.

LEO. ¿Son buenas?

ANT. Serán buenas ó malas segun el sello que el

éxito las imprima; no obstante, la cubierta es buena, su aspecto exterior es favorable. El príncipe y el conde Claudio, paseándose por una calle frondosa de mi jardín, fueron acechados por un criado mio, quien pudo entreoír lo siguiente: el príncipe manifestó á Claudio que amaba á mi sobrina, tu hija; que tenia propósito de declarárselo á ella esta noche en el baile, y que si la hallaba conforme, estaba resuelto á tomar la ocasion por el copete y á descubrirela en seguida.

LEO. ¿Está en su cabal juicio el mozo que eso te dijo?

ANT. Es bravo mozo y listo: mandaré por él y le podrás interrogar tú mismo.

LEO. No tal; lo tendremos por un sueño hasta que se aclare por sí propio. Con todo, quiero decirselo á mi hija á fin de que esté más prevenida para hallar respuesta, en caso de que fuere cierto. Id y contádselo. *(Salen varios criados.)* Amigos míos, ya sabeis lo que teneis que hacer.—Perdonadme, amigo, venid conmigo, he menester de vuestro ingenio.—Buen primo, tened cuidado en estos momentos de bullicio. *(Vánse.)*

ESCENA III.

La misma decoracion que en la anterior.

Salen DON JUAN y CONRADO.

CON. ¡Por vida del dios Momo, Alteza! ¿De qué nace esa tristeza extremada?

D. JUAN. Extremada es la causa de mi pesar, por eso es sin límite mi tristeza.

CON. Debierais atender á la razon.

D. JUAN. ¿Y si le atendiese, qué consuelo me daria?

CON. Si no un remedio instantáneo, al ménos paciencia para soportar el mal.

D. JUAN. Admirame que tú que naciste, segun afirmas, bajo el influjo de Saturno, trates de aplicar un remedio moral á un mal mortífero. Yo no sé disimular; es forzoso que esté triste cuando tengo motivo, sin reirme de los chistes de nadie; que coma cuando estoy hambriento, sin aguardar la comodidad de nadie; que duerma cuando me acosa el sueño, sin atender á los negocios de nadie; que me ria cuando estoy alegre, sin lisonjear á nadie en sus ratos de mal humor.

CON. Sí; pero no debierais hacer gala de eso miéntas no pudierais hacerlo sin restriccion. Ha poco que os desavenisteis con vuestro hermano, el cual acaba de reponeros en su gracia, en donde es imposible que echéis raíces hondas si no labrais el terreno con vuestras propias obras; es menester que os procureis tiempo bonancible para favorecer vuestra cosecha.

D. JUAN. Mejor quisiera ser gusano en un vallado de zarzas que rosa en el verjel de su gracia, y se acomoda más á mi genio el ser desdeñado de todos que el acomodar mi comportamiento de suerte á ganarme el afecto de cualquiera. De este modo, aunque nadie pueda decir que soy hombre de bien y lisonjero, nadie podrá negar que soy un bellaco abierto y sincero. Se fian de mí con mordaza, y con trabas me sueltan; por tanto, he resuelto no cantar en mi jaula. Si tuviera la boca suelta, morderia; si tuviera mi libertad, obraria segun mi antojo. Entre tanto déjame ser lo que soy, y no trates de reformarme.

CON. ¿No podeis sacar partido alguno de vuestro descontento?

D. JUAN. Todo el partido posible, pues no tengo otro partido alguno.—¿Quién se acerca?

Sale BORRACHO.

¿Qué hay de nuevo, Borracho?

BOR. Salgo de allá enfrente de un opíparo festín: Leonato está festejando con régia esplendidez al príncipe vuestro hermano; y os puedo dar noticia de un matrimonio en ciernes.

D. JUAN. ¿Podrá servir de fundamento para fabricar sobre él alguna diablura? ¿Quién es ese majadero que se quiere desposar con la inquietud?

BOR. No es sino el ojo derecho de vuestro hermano.

D. JUAN. ¿Quién? ¿El gentilísimo Claudio?

BOR. El mismo.

D. JUAN. ¡Lindo mozo! ¿Con quién? ¿Con quién? ¿En dónde puso los ojos?

BOR. En Hero, á fe; la hija y heredera de Leonato.

D. JUAN. ¡Una polluela del mes de Marzo, en cañones! ¿Cómo lo descubriste?

BOR. Desempeño aquí el oficio de zahumador; y mientras estaba ocupado en zahumar un aposento húmedo, vi llegar al príncipe y Claudio que iban mano á mano discurrendo en grave plática. De un brinco me puse detras de los tapices, y les oí acordar que el príncipe debía cortejar á Hero, y habiéndola conseguido, cederla al conde Claudio.

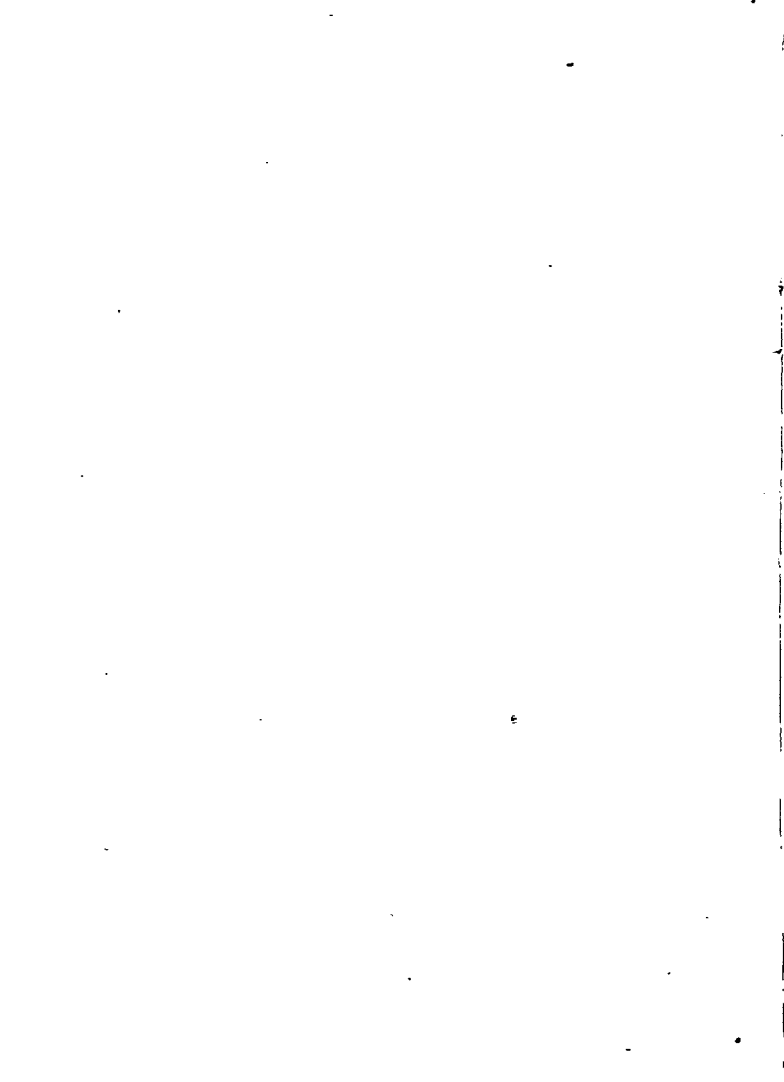
D. JUAN. Venid, venid; vamos allá; esto podrá servir de pasto á mi enojo. Ese jóven héroe improvisado recoge toda la gloria de mi caída. Si logro contrariarle en algun modo, me tendré en todos modos por dichoso. ¿Puedo fiarme de vosotros dos? ¿Me auxiliareis?

CON. Hasta la muerte, Alteza.

D. JUAN. Vámonos al gran festin: el verme subyugado da pábulo á su alegría. ¡Ojalá fuera el cocinero de mi modo de pensar! ¿Vamos á examinar lo que se ha de hacer en esto?

BOR. Estamos á la orden de vuestra Alteza.

(Váase.)



ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Una sala de la casa de Leonato

Salen LEONATO, ANTONIO, HERO y BEATRIZ.

LEO. ¡No estuvo Don Juan en el festin?

ANT. Yo no le ví.

BEA. ¡Qué cara de vinagre tiene ese galan! No le veo una vez siquiera sin que me den luego por espacio de una hora fatigas en la boca del estómago.

HERO. Es de condicion muy melancólica.

BEA. Fuera hombre perfecto aquel que se tuviera precisamente en el justo medio entre él y Benito: el uno tiene mucho de estatua y no dice esta boca es mia, y el otro mucho de hijo mayor de mi señora la marquesa, y chacharea sin cesar.

LEO. Es decir, mitad de la lengua del señor Benito en boca de Don Juan, y mitad de la melancolía de Don Juan en la cara del señor Benito...

BEA. Con una buena pierna, un lindo pié, tio, y dinero de sobra en el bolsillo, seria un hombre capaz de conquistar á cualquiera mujer del

mundo, con tal que supiera captarse su buena voluntad.

LEO. A fe mía, sobrina, que no conseguirás nunca un esposo si das rienda suelta á tu lengua de esa suerte.

ANT. A fe que es maldita por demas.

BEA. Maldita por demas, es más que maldita: de esa suerte echaré de ménos una bendicion de Dios; pues hay un refran que dice: «Dios da á la vaca maldita cuernos cortos; pero á la que es maldita por demas no le da cuerno ninguno.»

LEO. De modo que por ser tan maldita no te dará Dios cuernos.

BEA. Eso es; no dándome marido, cuya merced le imploro de rodillas todas las mañanas y todas las noches. ¡Jesús! no podría sufrir á un marido con barbas en la cara; más quisiera acostarme en la lana.

LEO. Podrias dar con un marido barbilampíño.

BEA. ¿Y qué hiciera de él? ¿Vestirle con mis sayas, y que me sirviera de doncella de cámara? Un hombre con barbas es más que un mancebo, y un hombre sin barbas es ménos que un hombre: si es más que mancebo, es mucho hombre para mí, y si es ménos que hombre, soy yo mucha mujer para él; por tanto prefiero tomar un real del guarda de osos y conducir sus monos al infierno (1).

LEO. Bueno; pues vete al infierno.

BEA. No; hasta la puerta no más: allí me saldrá al encuentro el demonio, quien, con cuernos en la cabeza como un viejo cornudo, me dirá: «Anda, vete al cielo, Beatriz; anda, vete al cielo; no hay lugar aquí para doncellas como

(1) Se decia antiguamente en Inglaterra: «Las solteronas conducen los monos al infierno.»

tú.» Yo le entrego mis monos, y ¡hala! de un vuelo me planto delante de San Pedro en la puerta del paraíso: él me enseñará donde se sientan los solterones, y allí viviremos tan alegres cuan largo es el día.

ANT. (A Hero.) Confío, sobrina, en que tú te dejarás guiar por los consejos de tu padre.

BEA. Sí á fe; el deber de mi prima es hacer una reverencia diciendo: «Como os guste, padre.» Con todo, prima, procura tú que sea buen mozo, y si no, haz otra reverencia y dí: «Como á mí me guste, padre.»

LEO. En fin, sobrina, no desespero de verte un día con marido.

BEA. No será mientras Dios no haga á los hombres de alguna sustancia que no sea tierra. ¡No es para desesperar á cualquiera mujer el verse dominada por un puñado de polvo valiente y el tener que dar cuenta de su vida y hechos á un terron de cieno petulante? No, tío, no quiero marido alguno. Los hijos de Adán son hermanos míos, y tengo por pecado mortal el casarme con un pariente tan próximo.

LEO. Hija, acuérdate de lo que te dije. Si el príncipe te solicita de ese modo, ya sabes la respuesta que le has de dar.

BEA. Será culpa de la música, prima, si no fueres requebrada á tiempo debido. Si el príncipe te importuna demasiado, dile que en todo hay que ir á compás, y contéstale con un paso de baile. Porque, mira, Hero: el enamorarse, el casarse y el arrepentirse son como una jota, un minué y una zarabanda: el primer galanteo es ardiente y rápido como la jota, y no menos fantástico; el casamiento es formal y grave como el minué, lleno de dignidad á la usanza antigua; y luego viene el arrepentimiento, y con su pata coja toma parte en la zarabanda,

cada vez más torpe y más pesado hasta que se hunde en la tumba.

LEO. Sobrina, siempre miráis las cosas por el lado peor.

BEA. Tengo muy buena vista, tío; distingo una iglesia á la luz del día.

LEO. Hermano, ya vienen las máscaras: hagámosles lugar. (Se ponen las caretas.)

Salen D. PEDRO, CLAUDIO, BENITO, BALTASAR, DON JUAN, BORRACHO, MARGARITA, URSULA y otros enmascarados.

D. PED. Hermosa dama, ¿os dignaríais pasearos un rato con vuestro amigo?

HERO. Si andáis despacio, y miráis con dulzura y no decís palabra, me hallareis dispuesta á pasear, y sobre todo cuando trato de alejarme.

D. PED. Llevándome en vuestra compañía.

HERO. Podré decirlo cuando me parezca oportuno.

D. PED. ¿Y cuándo os parecerá oportuno el decirme lo?

HERO. Cuando me agrada vuestro semblante; pues librenos Dios de que sea el laud como la funda.

D. PED. Mi careta es como el tejado de Filemon: dentro de la choza está Júpiter.

HERO. Pues entónces vuestra careta debiera estar techada de paja.

D. PED. Hablad bajo si habláis de amor. (Se retiran.)

BALT. A fe quisiera que me tuvieráis afición.

MARG. Tal no quisiera yo, por vuestro bien, pues tengo muchas faltas.

BALT. ¿*Verbi gratia?*

MARG. Rezo en alta voz.

BALT. Os querré mejor por eso: los oyentes podrán decir: Amén.

MARG. Que Dios me depare un buen bailarín.

BALT. Amén.

MARG. Y lo aparte de mis ojos en cuanto acabe el baile. Vamos, seor sacristán, responded.

BALT. Basta de responsorios. Ya tiene su respuesta el sacristán. (Se retiran.)

URS. Harto os conozco: sois el señor Antonio.

ANT. No tal, á fe mía.

URS. Os reconozco en el modo de menear la cabeza.

ANT. A decir verdad, le remedo en eso.

URS. Fuera imposible que le remedarais tan bien, á no ser él mismo en persona. Hé aquí de arriba abajo su mano enjuta: sois el mismo, sois el mismo.

ANT. No tal, á fe mía.

URS. Vamos, vamos. ¿Pensais que no os reconozco en la agudeza de vuestro gracejo? ¿Puede ocultarse el mérito acaso? Vamos, burlon, que sois él. La gracia siempre sale á relucir; y basta con eso. (Se retiran.)

BEA. ¿No me direis quién os lo dijo?

BEN. No, perdonad si callo.

BEA. ¿Y no me direis quién sois?

BEN. No ahora.

BEA. ¿Conque soy desdeñosa, y saco mis mejores chistes de las «Cien novelas festivas?» ¡Bah! El señor Benito es quien lo dijo.

BEN. ¿Y quién es ese?

BEA. De fijo le conocéis perfectamente.

BEN. No tal, podeis creerlo.

BEA. ¿Nunca os hizo reir?

BEN. Por Dios, decidme quién es.

BEA. Pues bien, es el juglar de su Alteza; un bufon muy insípido por cierto: toda su gracia estriba en inventar inverosímiles calumnias; libertinos no más se divierten con él; y lo que le recomienda á éstos, no es su gracejo, sino su

groseria, pues los enoja á la vez que los divierte, y acaban, primero por reirse de él, y luego por pegarle. Sin duda estará entre esta escuadra. ¡Ojalá me abordara!

BEN. Cuando tenga el gusto de conocer á ese caballero, le referiré lo que habeis dicho.

BEA. Decídselo, decídselo; hará cuatro pullas á costa mia, y viendo por ventura que no hacen gracia ni provocan á risa, se pondrá melancólico: con eso nos ahorraremos un ala de perdiz, pues el mentecato no cenará aquella noche.

(Música.) Sigamos á los demas.

BEN. En lo que fuere lícito.

BEA. Por supuesto, pues si me condujeran á algo malo, les abandonaría á la próxima vuelta.
(Baile. Vánse luego todos, ménos Don Juan, Borracho y Claudio.)

D. JUAN. No hay duda, mi hermano se ha prendado de Hero y ha llamado aparte á su padre para declarárselo. Las damas le siguen y no queda sino una sola máscara.

BOR. Y esa es Claudio; le reconozco en el aire.

D. JUAN. ¿No sois vos el señor Benito?

CLAU. Habeis acertado: el mismo soy.

D. JUAN. Hidalgo, mi hermano os tiene en mucha estima. Está enamorado de Hero. Os ruego que trateis de disuadirle de ese enlace: ella no es digna de su cuna: obraríais en eso como hombre honrado.

CLAU. ¿Cómo sabeis que la ama?

D. JUAN. Le oí jurarla su amor.

BOR. Y yo tambien: juró que se casaria con ella esta noche.

D. JUAN. Venid; vámonos al banquete.

(Vánse D. Juan y Borracho.)

CLAU. Así contesto en nombre de Benito;

Cual Claudio empero oí la triste nueva.

Cierto es: corteja para sí Don Pedro.

El amistad en todo es consecuente

Ménos de amor en el secreto oficio:
 Por tanto, el corazon enamorado
 Jamás implore por ajena boca;
 Traten por sí los ojos, ni se fien
 De mediador alguno: la hermosura,
 Cual hechicera, trueca con su encanto
 La fe en pasion. No hay cosa más probada
 ¡Y yo, inocente, ni un recelo tuve!
 ¡Hero, por tanto, adios! ¡Mi bien, te pierdo!

Sale BENITO.

BEN. ¿Conde Claudio?

CLAU. Sí; el mismo.

BEN. Vamos, quereis seguirme?

CLAU. ¿A dónde?

BEN. Hasta el sauce más cercano, para tratar de vuestro asunto, conde. ¿Cómo quereis llevar la guirnalda? ¿Ceñida al cuello, á guisa de cadena de usurero, ó al brazo, á guisa de banda de teniente? De un modo ó de otro os la teneis que poner, pues el príncipe ha logrado á vuestra Hero.

CLAU. Buen provecho le haga.

BEN. ¡Hola! Eso es hablar como buen ganadero: así se cierra un trato de bueyes. ¿Pero hubierais juzgado al príncipe capaz de jugaros una partida semejante?

CLAU. Dejadme, os ruego.

BEN. ¡Eh! os parecis al ciego del cuento: os robó el lazarillo la comida y dais de palos al poste.

CLAU. Ya que no puede ser de otro modo, os dejaré. (Vase.)

BEN. ¡Oh pobre ganso herido! Ahora se irá á agachar entre las espadañas.—¿A que no puedo yo olvidarme de la Beatriz? ¡Conocerme y no conocerme! ¡El bufon de su Alteza! ¡Calla! Eso es; sí; me dan ese título porque soy risueño

Pero no; eso fuera inferirme un agravio á mi mismo: no soy reputado por tal: es la perversa y áspera condicion de Beatriz, la que, tomando sobre sí el papel del mundo, me va criando tan mala fama. En fin, me vengaré como pueda.

Sale DON PEDRO.

D. PED. Hola, Benito. ¿Dónde está el conde? ¿le habeis visto?

BEN. A fe, Alteza, acabo de representar el papel de doña Fama. Le hallé aquí tan melancólico como una casa de guarda en un conejar. Le dije, y creo que le dije verdad, que vuestra Alteza habia captado la buena voluntad de esa jéven dama; y ofrecí acompañarle hasta un sauce, ya fuera para tejerle una guirnalda, como á amante desdeñado, ya para cortarle una vara como á hombre que merece azotes.

D. PED. ¿Azotes? ¿Pues qué falta cometió?

BEN. La torpe falta de un niño de escuela, el cual gozoso de haber encontrado un nido de pájaros, va y se lo cuenta á un compañero.

D. PED. ¿Llamas falta una prueba de confianza? La falta fué del robador.

BEN. Con todo, no hubiera estado de más el tejer la guirnalda y el cortar la vara tambien; la guirnalda se la hubiera podido ceñir él, y la vara la hubiera podido aplicar á vuestras espaldas, pues, segun colijo, vos sois quien le ha robado su nido de pájaros.

D. PED. Les enseñaré á cantar nada más, y los devolveré á su dueño.

BEN. Bien; como responda su canto á vuestras palabras, á fe mia, diré que hablasteis como hombre honrado.

D. PED. La hermosa Beatriz tiene queja de vos: el caballero con quien bailó la dijo que la injurias sin compasion.

BEN. ¡Habrás visto? Fué ella la que me colmó de improperios que no los aguantara un tarugo. Un alcornoque con no más que una hoja verde la hubiera contestado. Hasta mi careta empezó á animarse y á reñirla. Me dijo, no sospechando que era conmigo con quien hablaba, que era el bufon de su Alteza; que era más pesado que un dia de deshielo, y en fin, disparó burla tras burla sobre mí, que no parecia sino como hombre en terrero que sirve de blanco á una hueste entera. Su lengua es un puñal, y cada palabra una puñalada. Si fuera su aliento tan terrible como sus expresiones, seria imposible vivir á su lado; lo infestaria todo hasta el polo norte. No me casara con ella áun cuando me trajera en dote cuanto poseyó Adan ántes del primer pecado. Hubiera obligado á Hércules á dar vueltas al asador, y áun á hacer astillas su porra para encender el fuego. ¡Ay! no me habéis de ella. La hallareis un Ate infernal en traje vistoso. ¡Pluguiera á Dios que hubiera algun sabio que la conjurara! Pues seguramente miétras esté ella en la tierra, hallará el hombre más paz en el infierno que en un santuario, y pecará la gente aposta á fin de irse allí cuanto ántes; tal es en verdad el desasosiego, el horror y la perturbacion que de continuo la siguen.

D. PED. Vedla donde viene.

Salen CLAUDIO, BEATRIZ, HERO y LEONATO.

BEN. ¡No tiene vuestra Alteza algun encargo con que poder despacharme al fin del mundo? Iríame ahora á los antípodas por el más insignificante recado que pudierais idear como pretexto de mi viaje. Os traeré ahora mismo un mondadientes del más remoto extremo del Asia; os procuraré

la medida del pié del Preste Juan de las Indias; os traeré un pelo de la barba del gran Khan; os desempeñaré cualquiera embajada cerca de los pigmeos; ántes que hablar tres palabras con esa arpía. ¿No teneis en qué ocuparme?

D. PED. Nada, sino es solicitar la merced de vuestra amable compañía.

BEN. ¡Gran Dios! Alteza, hé aquí un plato que no es de mi gusto: no puedo tragar á la madama Sin Hueso. (Vase.)

D. PED. Ya lo veis, señora, ya lo veis: habeis perdido el corazon del señor Benito.

BEA. Por cierto, Alteza, que me lo prestó por un tiempo, y le pagué con usura; díle un corazon doble por el suyo sencillo; pero otra vez me lo ganó con dados falsos: por tanto, bien puede decir vuestra Alteza que lo he perdido.

D. PED. Lo habeis abatido, señora, lo habeis derribado contra el suelo.

BEA. - No quisiera que hiciese él otro tanto conmigo, Alteza, me veria en gran peligro de ser madre de necios.—Os traigo aquí al conde Claudio, á quien me mandasteis buscar.

D. PED. ¿Cómo? ¿qué es esto, conde? ¿por qué estais triste?

CLAUD. No triste, Alteza.

D. PED. ¿Pues qué? ¿enfermo?

CLAUD. Tampoco, Alteza.

BEA. El conde ni está triste, ni enfermo, ni alegre, ni sano, sino civil, conde y terso como una naranja, y tira un poco á su color celoso.

D. PED. A fe, señora, creo que es verdad vuestro blason: aunque puedo jurar que si lo está, su recelo es infundado. Mira, Claudio: requebré en nombre tuyo y logré á Hero: hablé ya con su padre, y obtuve su consentimiento. Fija, pues, el día de la boda, y que Dios os bendiga.

Leo. Conde, tomad á mi hija y con ella mi ha-

cienda. Su Alteza es quien concertó este enlace, y no falta sino que lo apruebe la Alteza divina.

BEA. Hablad, conde, que os toca á vos.

CLAUD. El silencio es el mejor heraldo de la alegría. Poca fuera mi dicha si pudiera decir cuánta es. Hermosa dama, soy tan vuestro como vos sois mía: me desprendo de mí mismo, y suspiro por el trueque.

BEA. Habla, prima; y si no pudieres, tápale la boca con un beso, y no dejes que hable tampoco.

D. PED. A fe mía, señora, que sois de alma risueña.

BEA. Si tal, Alteza: pobre loca, le estoy agradecida, porque procura siempre navegar con la pena á sotavento.—Mi prima le dice al oído que le lleva en el alma.

CLAUD. Por cierto, tal dice, prima.

BEA. ¡Válgame Dios, y qué afán de casarse! En este mundo cada oveja da con su pareja, ménos yo. Ya me puedo sentar en un rincón y pedir un marido por el amor de Dios.

D. PED. Yo os proporcionaré uno, Beatriz.

BEA. Más quisiera que me lo hubiese proporcionado vuestro padre. ¿No tiene vuestra Alteza algún hermano que se le parezca? Vuestro padre supo hacer excelentes maridos. ¡Lástima que una pobre niña no pueda dar con ellos!

D. PED. ¿Me quereis por marido, señora?

BEA. No, Alteza; á ménos que me sea lícito tener otro para los días de labor. Vuestra Alteza es demasiado costoso para vestido de diario. Pero os ruego que me perdoneis, Alteza; nací para hablar siempre en broma y no en serio.

D. PED. Vuestro silencio es lo que más me ofende; y la alegría es vuestra mejor gala. Sin duda nacisteis en una hora alegre.

BEA. No tal, Alteza; lloró mi madre; pero á la vez bailó una estrella, y vine al mundo bajo su influjo.—Sea en buen hora, primos.

LEO. ¡Sobrina, quieres atender al asunto en que te hablé?

BEA. Os pido mil perdones, tío. Con vuestro permiso, Alteza. (Vase.)

D. PED. ¡Por vida mia, que es agradable y risueña esta dama!

LEO. La melancolía es elemento que entra por poco en su complexion, Alteza. No está seria, sino en sueños, y aun entónces no siempre; pues he oido decir á mi hija que á menudo, soñando desdichas, se ha despertado á carcajadas.

D. PED. No puede sufrir que la hablen de marido.

LEO. ¡Oh! de ninguna manera: ahuyenta á burlas á todos sus pretendientes.

D. PED. Brava esposa para Benito.

LEO. ¡Dios mio, príncipe! Si vivieran casados una semana no más, se volverian locos á fuerza de charlar.

D. PED. ¿Cuándo pensais ir al templo, conde Claudio?

CLAUD. Mañana, Alteza; el tiempo camina con muletas, miéntras el amor no esté en pleno uso de sus derechos.

LEO. No ántes del lunes, querido hijo, que será precisamente dentro de una semana; plazo harto breve, por cierto, para que estén dispuestas todas las cosas conforme á mi deseo.

D. PED. Veo que meneais la cabeza á tan largo aplazamiento; aunque te aseguro, Claudio, que el tiempo no se nos ha de hacer pesado. En este intervalo acometeré uno de los trabajos de Hércules; cual es el de hacer que ardan en un volcan de mutuo amor el señor Benito y la señora Beatriz. Me muero por verlos ayuntados; y no

dudo que lo he de lograr, si me auxiliáis en lo que yo os mandare.

LEO. Contad conmigo, Alteza, costárame el pasar diez noches en vela.

CLAUD. Y conmigo, Alteza.

D. PED. ¿Y con vos tambien, Hero gentil?

HERO. Desempeñaré cualquier papel honesto, Alteza, á fin de ayudar á mi prima al logro de un buen marido.

D. PED. Y Benito no es el marido de ménos esperanzas que yo conozco. Tanto puedo decir en su elogio, que es de estirpe noble, de valor no dementido y de honradez acrisolada. Os enseñaré á llevarle el humor á vuestra prima, de suerte que se enamore de Benito; y yo, con la ayuda de vosotros dos, sabré obrar de tal modo en el ánimo de Benito que, á pesar de su sutil ingenio y de su gusto estragado, no podrá por ménos de prendarse de Beatriz. Si conseguimos esto, suelte Cupido el arco y la aljaba; su gloria será nuestra, porque somos ahora nosotros los únicos dioses del amor. Entrad conmigo y os explicaré mi plan. (Váase.)

ESCENA II.

La misma decoracion que la anterior.

Salen DON JUAN y BORRACHO.

D. JUAN. Es cosa hecha: el conde Claudio se casa con la hija de Leonato.

BOR. Sí, Alteza, pero yo lo puedo frustrar.

D. JUAN. Cualquiera traba, cualquier embarazo, cualquier impedimento, será bálsamo á mi herida. Estoy enfermo de odio contra él, y todo cuanto pueda contrariar su gusto, halagará el mio. ¿Cómo puedes frustrar ese casamiento?

BOR. No honradamente, Alteza, pero de un modo tan encubierto que nadie podrá sospechar mi bellaquería.

D. JUAN. ¿Cómo? Sé breve.

BOR. Si mal no recuerdo, dije hará cosa de un año á vuestra Alteza en cuánta estima me tiene Margarita, la doncella de cámara de Hero.

D. JUAN. Lo recuerdo.

BOR. Puedo citarla á cualquiera hora intempestiva de la noche para que se asome á la ventana del aposento de su ama.

D. JUAN. ¿Y qué vida hay en eso para causar la muerte de este casamiento?

BOR. A vos toca el mezclar el veneno que hubiere en esto. Buscad al príncipe vuestro hermano: no vacileis en decirle que empañará el brillo de su honor casando al renombrado Claudio (cuyo mérito ensalzareis hasta lo sumo) con una torpe prostituta, con una mozuela como Hero.

D. JUAN. ¿Y qué prueba alegaré?

BOR. Prueba más que suficiente para engañar al príncipe, atormentar á Claudio, arruinar á Hero y matar á Leonato. ¿Qué más podeis desear?

D. JUAN. Hiciera cualquier cosa sólo por el gusto de enfadarlos.

BOR. Pues bien; buscad una hora propicia para llamar aparte á Don Pedro y al conde Claudio: decidle que sabeis que Hero me ama. Tened especial cuidado con mostráros celoso, tanto por el bien del príncipe cuanto por el de Claudio, como si lo hubierais descubierto todo con objeto de poner á salvo el honor de vuestro hermano, quien ha concertado esta boda, y la reputacion de su amigo, el cual está á punto de ser engatusado por la apariencia nada más de una doncella. Apenas lo querran creer sin hacer alguna indagacion. Ofrecedles pruebas, y por cierto

pruebas tan evidentes como el verme al pié de su ventana, el oirme llamar á Margarita Hero, y oir á Margarita decirme Claudio; y haced que vean esto la vispera misma de la proyectada boda, pues entre tanto dispondré las cosas de suerte que Hero esté ausente, y aparecerá tan manifiesta su deslealtad que adquirirá el recelo carácter de convicción y quedarán desbaratados todos los preparativos.

D. JUAN. Surja de esto el mal que surgiere, he de ponerlo por obra. Sé astuto en llevarlo á cabo, y tu recompensa será mil ducados.

BOR. Mostrad vos firmeza en la acusacion, y mi astucia no me avergonzará.

D. JUAN. Voy al punto á informarme del día de su boda. (Váase.)

ESCENA III.

El jardín de Leonato.

Sale BENITO y luego un PAJE.

BEN. ¡Rapaz!

PAJE. ¿Señor?

BEN. En la ventana de mi aposento hallarás un libro: tráemelo aquí al jardín.

PAJE. Héme ya aquí.

BEN. Ya lo veo; pero lo que quiero es que te vayas y estés aquí de vuelta. (Váase el paje.) Mucho me admira que un hombre, viendo qué papel tan ridículo hace otro cuando consagra sus cinco sentidos al amor, se convierta, despues de haberse reido de esta pueril flaqueza en los demas, en blanco de su propia sátira, enamorándose á su vez. Claudio es uno de esos hombres. Hubo un tiempo en que no habia para él otra música que el tambor y el pífano; y ahora

le suenan mejor el pandero y la dulzaina: hubo un tiempo en que hubiera andado diez leguas á pié no más que por ver una hermosa armadura; y ahora pasará diez noches de claro en claro inventando el corte de un justillo nuevo. Solía hablar claro y sin rodeos como hombre honrado y buen militar, y ahora se ha vuelto culto; parece un banquete fantástico su discurso, en que cada palabra es un raro manjar. ¿Será posible que sea yo transformado de esa suerte mientras vea con estos ojos? ¿Quién sabe? No lo creo. No juraré que el amor no pueda convertirme en ostra; pero si puedo hacer voto de que mientras no me convierta en ostra, no hará de mí un majadero semejante. Tal mujer es hermosa; pero estoy bien como estoy: otra es discreta; pero tampoco me saca de mis casillas: otra es virtuosa, pero ni aun por esas; y mientras no se junten en una mujer todas las gracias, ninguna entrará en gracia conmigo. Habrá de ser rica, por supuesto; discreta, ó no la querré; virtuosa, ó no regatearé por ella; bella, ó no la miraré; mansa, ó tente léjos; noble, ó no me pesca aunque fuera un ángel; de buen discurso, diestra en la música, y sea su pelo del color que á Dios pluguiere.— ¡Hola! ¡el príncipe y don Amoroso! Me esconderé en el emparrado. (Se retira.)

Salen DON PEDRO, CLAUDIO y LEONATO.

D. PED. ¿Oiremos esa música?

CLAUD.

Sí, Alteza.

~ Callada está la tarde, cual quisiere

Prestar mayor encanto á la armonía.

D. PED. ¿No veis do se ha ocultado el buen Benito?

CLAUD. Ya veo, Alteza. Cuando acabe el canto,

El lazo tenderemos á ese zorro.

Sale BALTASAR con músicos.

D. PED. Ven, Baltasar, oigamos la letrilla.

BAL. Alteza, no exijais que nuevamente

La musa ofenda con mi voz discorde.

D. PED. Fué en todo tiempo indicio de maestría

El disfrazar la perfeccion humilde.

Canta por Dios, y basta de requiebros.

BALT. Si hablais de requebrar fuerza es que cante:

Más de un galan á requebrar empieza

A la que juzga indigna, y sin embargo,

Fiel la requiebra y jura que la quiere.

D. PED. Canta, por Dios te ruego; ó si es forzoso

Que discurriendo sigas, hazlo en notas.

BALT. Notadlo bien: no hay nota que yo cante

Que digna alguna vez de nota sea.

D. PED. Corcheas ;vive Dios! son sus palabras:

Nota, notas, notad, y nada en suma. (Música.)

BEN. (Aparte.) ¡Oh aria divina! ¡Ahora estará su

alma en éxtasis! ¡No es extraño que esas tripas

de carnero sean capaces de arrancar el alma del

cuerpo de un hombre? Una cuerna de dinero les

diera para que callaran.

BALT. (Canta.)

No gimas, niña, el triste labio cierra:

El hombre, siempre infel,

Un pié tuvo en la mar y el otro en tierra,

Que no hay firmeza en él.

No llores, pues, mas deja que se vaya,

Y alegra el corazon,

Trocando el llanto y el dolor ;mal haya!

En alegre cancion.

En miseras endechas más no llores

Tu pena y sencillez:

Primero faltarán en Mayo flores

Que en el hombre doblez.

No llores, pues, etc.

D. PED. Brava cancion, á fe mia.

BALT. Pero mal cantada, Alteza.

D. PED. No tal, no tal á fe; cantas bastante bien para un caso de apuro.

BEN. (Aparte.) A ser un perro el que hubiese aullado de esa suerte, le hubieran colgado sin misericordia. ¡Dios quiera que su mala voz no presagie algun desastre! Con igual gusto oyera chillar á la lechuza, sea cual fuere la desdicha que trajese.

D. PED. ¡Oyes, Baltasar? Te ruego que nos procures una excelente música; pues queremos que toque mañana al pié de la ventana de la señora Hero.

BALT. La mejor que pudiere, Alteza.

D. PED. Hazlo asi; adios. (Vase Baltasar.) Venid acá, Leonato. ¡Qué me dijisteis poco há? ¡Que estaba enamorada de Benito vuestra sobrina Beatriz?

CLAUD. (Aparte.) Eso es; adelante, adelante, que la liebre está en la cama. (Alto.) Jamás pensara que esa dama fuera capaz de amar á hombre alguno.

LEO. Ni yo tampoco. Pero lo más extraño del caso es que se haya prendado de Benito, á quien, á juzgar por las apariencias, aborreció siempre de muerte.

BEN. (Aparte.) ¿Será posible? ¿De ese lado sopla el viento?

LEO. Por vida mia, Alteza, no sé qué pensar de ello, sino es que lo adora con pasion frenética. Excede lo infinito de la comprension.

D. PED. Tal vez no hace sino fingir.

CLAUD. No fuera extraño, á fe.

LEO. ¡Fingir? ¡Gran Dios! Jamás pasion fingida se asemejó tanto á pasion verdadera, como la que ella manifiesta.

D. PED. ¡Y qué síntomas de pasion revela?

CLAUD. (Aparte.) Cebad bien el anzuelo, que el pez picará.

LEO. ¿Qué síntomas, Alteza? Se sentará en un lugar... ya os habrá dicho mi hija cómo.

CLAUD. En efecto, me lo dijo.

D. PED. ¿Cómo, cómo? os ruego. Me asombráis. Yo hubiera juzgado su ánimo invencible á todos los asaltos del amor.

LEO. Así lo hubiera jurado, Alteza; especialmente tratándose de Benito.

BEN. (Aparte.) Juzgara esto una burla, á no contarle ese vejete de la barba blanca; pero es imposible que la truhanería se oculte bajo un aspecto tan venerable.

CLAUD. (Aparte.) Se ha tragado el anzuelo; no le solteis.

D. PED. ¿Ha declarado su pasión á Benito?

LEO. Nó, y jura que nunca se lo declarará: en eso estriba su tormento.

CLAUD. En efecto, es verdad: así lo cuenta vuestra hija: «Yo—así decía ella,—que tantas veces le he colmado de desden, ¿he de escribirle ahora que le quiero?»

LEO. Y esto lo dice cuando empieza á escribirle. Se suele levantar veinte veces durante la noche, quedándose allí sentada en camisa hasta que haya llenado dos hojas de papel. Mi hija nos lo cuenta todo.

CLAUD. Ya que habláis de hojas de papel, me viene á la memoria un gracioso chiste que nos contó vuestra hija.

LEO. Ya sé: cuando hubo escrito la carta y la estaba repasando vió que Benito y Beatriz se besaban entre las hojas.

CLAUD. Precisamente.

LEO. Hizo luego mil pedacitos la carta: se reprendió á sí misma por haber cometido la inmodestia de escribir á un hombre de quien sabía que se reiría de ella. «Mido su altivez—así se decía,—por mi propio orgullo, pues yo me reiría de

él si me escribiese; sí, aunque le amo, me reiría de él.»

CLAUD. Con esto, cae de hinojos, llora, suspira, se mesa el cabello, reza, maldice y grita: «¡Oh, mi amado Benito! ¡Dios me dé paciencia!»

LEO. Sin duda, así sucede; lo cuenta mi hija; tales extremos hace en su éxtasis, que tal vez teme Hero que desesperada se haga algun daño: es ciertísimo.

D. PED. Bueno fuera que Benito lo supiese por otro conducto, ya que ella no se lo quiere descubrir.

CLAUD. ¡A qué fin? No haría sino mofarse de ello, acrecentando el tormento de la pobre dama.

D. PED. Si tal hiciese, fuera una obra de caridad el darle garrote. La dama es amable y gentil en extremo, y su virtud está por cima de cualquiera sospecha.

CLAUD. Y es discretísima.

D. PED. En todo ménos en amar á Benito.

LEO. ¡Ay, Alteza! cuando la virtud y la sangre pugnan en un cuerpo tan tierno, hay diez pruebas contra una de que la sangre se lleva el triunfo. Tengo lástima de ella, y con motivo, pues soy su tío y tutor.

D. PED. ¡Ojalá hubiera concentrado en mí esa pasión! Apartando toda suerte de miramientos, la hubiera hecho mi cara mitad. Por Dios, contádselo á Benito y sepamos lo que dice.

LEO. ¿Pensais que fuera prudente?

CLAUD. Hero cree seguramente que se morirá; pues dice ella que se morirá si él no la ama, y se morirá ántes que declararle su amor; y si él la galantea de veras, se morirá ántes que ceder un ápice de su acostumbrada altivez.

D. PED. Muy bien hecho. Si tierna le declarase su amor, sería probable que la desdeñara; pues el hombre, como todos sabeis, es de condicion despreciativa.

CLAUD. Pero es buen mozo.

D. PED. En efecto, tiene feliz apostura.

CLAUD. En Dios y en mi ánima que es discretísimo.

D. PED. En efecto, á veces despide ciertas chispas que parecen gracejo.

CLAUD. Y le tengo por valiente.

D. PED. Es un Héctor, os lo aseguro: y bien podéis decir que es diestro en conducir una pendencia; pues ó la evita con gran prudencia, ó acomete con cristianísimo temor.

LEO. Si es temeroso de Dios, por fuerza ha de ser pacífico; si rompe la paz, debiera entrar en la lid con temor y temblando.

D. PED. Y así lo hará, pues el hombre es temeroso de Dios, aunque no lo parece, á juzgar por ciertos chistes profanos que suelta. En fin, tengo lástima de vuestra sobrina. ¿Iremos en busca de Benito, á fin de contarle su amor?

CLAUD. No le digais nada, Alteza. Dejad que se extinga en ella esa llama á fuerza de buenos consejos.

LEO. No, eso es imposible: ántes podrá extinguirse su corazón.

D. PED. En fin, vuestra hija nos tendrá al corriente de todo; entre tanto dejemos que la cosa se enfrie. Quiero bien á Benito, y á fe deseara que con toda modestia se examinase á sí mismo y viera cuán indigno es de tan excelente dama.

LEO. Vámonos, Alteza; la comida estará servida.

CLAUD. (Aparte.) Si con esto no la ama con sus cinco sentidos, no volveré jamás á confiar en mis esperanzas.

D. PED. (Aparte.) Tiéndase ahora la misma red para coger á Beatriz; y de esto es menester que se encargue vuestra hija y su doncella. La broma será cuando esté cada cual persuadido del amor del otro, y sin el menor fundamento; esta

es la escena que quisiera presenciar, y que no será sino una pantomima. Mandemos á Beatriz á llamarle á la mesa. (Váanse D. Pedro, Claudio y Leonso.)

BEN. (Saliendo del emparrado.) Esta no puede ser treta: su plática fué harto séria. La certeza del caso la tienen de Hero. Al parecer tienen lástima de la dama; parece que su pasión está al colmo. ¿Amarme? ¡Oh! es menester galardonar eso. Ya oí cómo me censuran: dicen que me henchiré de orgullo, si advierto que el amor procede de ella. Dicen también que morirá ántes que dar una señal de ternura. Jamás pensé casarme; pero no han de decir que soy orgulloso. Dichosos aquellos que oyen criticar sus faltas y las saben enmendar. Dicen que la dama es hermosa: es verdad, lo puedo atestiguar; y virtuosa: así es, no lo puedo negar; y discreta, salvo en amarme á mí: á fe mía que eso no añade nada á su talento; pero tampoco es una prueba grande de su insensatez, pues me propongo estar horriblemente enamorado de ella. Tal vez seré blanco de pesadas pullas y cuchufletas, por la dureza con que siempre me he mojado del matrimonio. ¿Pero no cambia el apetito? El hombre suele apetecer en su juventud manjares que aborrece en su vejez. ¿Han de ser parte tales chistes y sentencias, y esas balas de papel del cerebro á ahuyentar á un hombre de la senda de su gusto? No; es menester poblar el mundo. Cuando dije que me moriría soltero, no pensé vivir hasta verme casado. Aquí viene Beatriz. ¡Por esta luz bendita que es hermosa mujer! No hay duda; columbro ciertos indicios de amor en ella.

Sale BEATRIZ.

BEA. A pesar mío me han mandado á llamaros á la mesa.

BEN. Hermosa Beatriz, os agradezco la molestia.

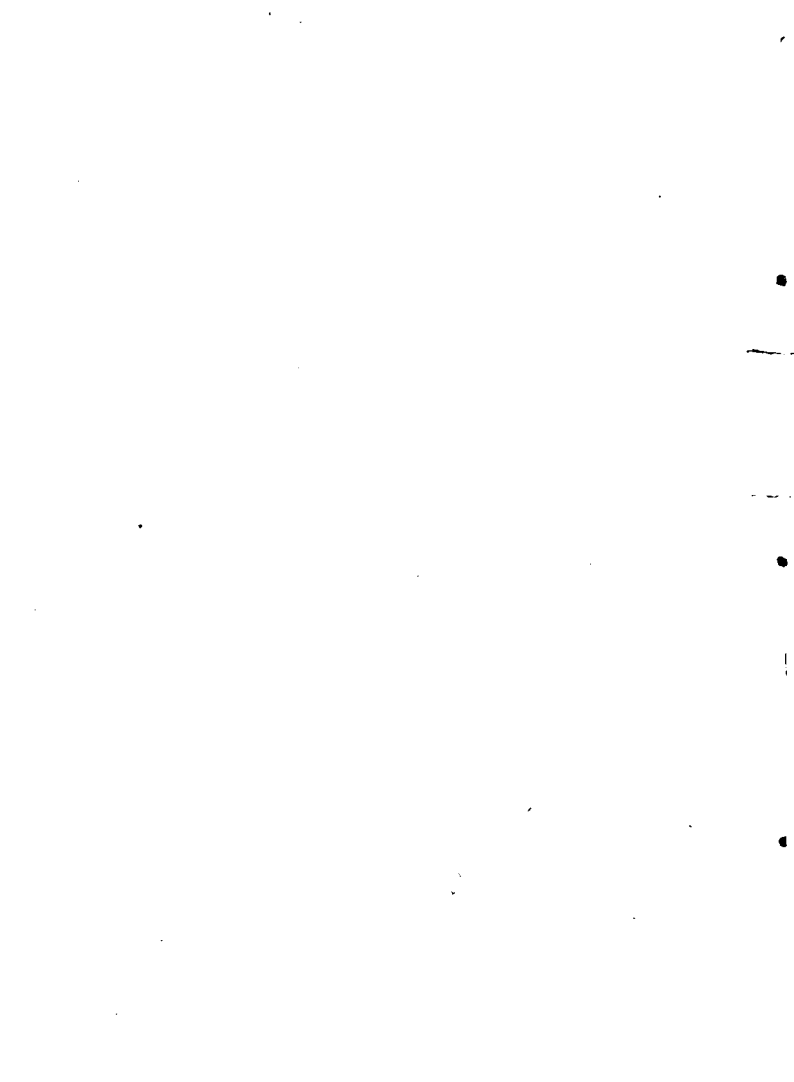
BEA. No me he tomado más molestia por lograr ese agradecimiento, de la que os cuesta el agradecermela: si me hubiese sido molesto, no hubiera venido.

BEN. Es decir que os complacéis en desempeñar la embajada.

BEA. Sí, tanto como vos en ahogar una graja en la punta de un cuchillo. Advierto que no teneis apetito, caballero. Guárdeos Dios. (Vase.)

BEN. ¡Hola! «A pesar mio me mandan á llamaros á la mesa.» Esto encierra doble sentido: «No me he tomado más molestia por lograr ese agradecimiento de la que os cuesta el agradecermela,» que es como si dijéramos: cualquiera molestia que me tome por vos es tan grata como el agradecimiento. Si no me compadezco de ella, soy un villano; si no la amo, soy un judío. Voy al punto á procurarme su retrato.

(Vase.)



ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

El jardín de Leonato.

Salen HERO, MARGARITA y ÚRSULA.

HERO. Mi buena Margarita, vé á la sala:
Allí hallarás á Béatriz mi prima
Hablando con el príncipe y con Claudio.
Dila al oído que Úrsula pasea
Conmigo en el jardín, y que nuestra habla
Es toda de ella: di que nos oiste,
Y haz que se oculte en la enramada umbría
Do niegan paso al sol las madre selvas
Que medran á sus rayos; cual validos,
Por reyes encumbrados, que en su orgullo
Afrontan el poder que los creara.
Allí escondida bien querrá acecharnos.
Cumple tu encargo, y déjanos á solas.

MARG. La haré bajar en breve, os aseguro. (*Vase.*)

HERO. Cuando llegue Beatriz, Úrsula, es fuerza,
Mientras de arriba abajo discurremos
Por esta calle de árboles, que sólo
Tratemos en nuestra habla de Benito.
Siempre que yo le nombro, á ti te toca
Encaramarle al cielo con elogios
Cual nunca mereció varon alguno;

Y á mí el contarte como está Benito
Muerto de amor de su Beatriz. Afla
Cupido así sus dardos, que certeros
De oidas sólo hieren.—Ahora empieza;
Pues mira do Beatriz corriendo viene,
Pegada al suelo como agachadiza,
A fin de no perder sílaba alguna.

Sale BEATRIZ y se esconde en el emparrado.

- URS. El gusto del pescar es ver el pece
Cortar con remos de oro ondas de plata
Y ávido devorar el falso cebo.
Así á Beatriz pescamos, que ahora mismo
Oculta está en la madre selva umbrosa.
No os dé temor mi parte en el colokuio.
- HERO. Acerquémonos, pues; no pierda nada
Su oreja de este dulce y falso cebo
Que astutas la tendemos. (Se aproximan al emparrado.)
(Alto.) Con franqueza,
Ursula, es por extremo desdeñosa.
Sé que es su corazon esquivo y fiero
Como el halcon indómito.
- URS. ;Y os consta
Que ama á Beatriz con tal ardor Benito?
- HERO. Así lo dice el príncipe y mi novio.
- URS. ;Y os encargaron de informarla de ello?
- HERO. Que yo se lo dijese me rogaron :
Yo contesté que si á Benito amaban,
Le instasen á pugnar con ese afecto,
Y que á Beatriz jamás lo revelase.
- URS. ;Por qué razon? ;Merecedor acaso
No es ese hidalgo á tálamo tan digno
Como el en que Beatriz yacer pudiera?
- HERO. ;Oh Dios de amor! Ya sé que bien merece
Cuanta felicidad al hombre es dable;
Mas pecho de mujer jamás tan duro
Como ese de Beatriz formó Natura.

Mofa y desden destella su mirada,
 Que humilla cuanto abarca; en tanto estima
 Su propia discrecion, que en nada aprecia
 La ciencia en los demas: querer no puede
 Ni recibir de amor estampa ó forma,
 Tan engreida está.

URS. Yo así lo creo.

Lástima fuera á fe que averiguara
 Cuánto la quiere: de él se burlaría.

HERO. Dices verdad. Jamás ví á hombre alguno,

Por sabio, jóven y gentil que fuera,
 A quien no desollara. Es rubio acaso,
 Pues que merece ser su hermana jura;
 Si es pelinegro, dice que trazando
 Natura un arlequin, hizo una mancha;
 Si es alto, lanza con torcida punta;
 Agata mal tallada, si es bajito;
 Si habla, veleta que á todo aire gira;
 Si calla, tronco que ninguno mueve.
 Así les quita á todos el pellejo:
 Jamás da á la virtud y á la entereza
 Lo que al valor y al mérito compete.

URS. Á fe, tanta aspereza no es laudable.

HERO. No á fe; ser tan extraña y cruda tanto

Cual lo es Beatriz, no puede ser laudable.

¿Mas quién podrá decírselo? Si hablara,

Me mataría á chistes, con su risa

Perdiera el seso, y me aplastara á pullas.

Fenezca, pues, Benito soliozando,

Y se consuma cual tapado fuego.

Muerte mejor que no morir de mofa,

Que es cual morir rabiando de cosquillas.

URS. Decidselo, no obstante, á ver qué dice.

HERO. Mejor será avisar al buen Benito

Que trate de domar pasion tan fiera;

Y quiero levantar á mi primita

Con fin honrado falso testimonio.

Pues nadie sabe cuánto un mal informe

Emponzoñar podrá el mayor cariño.

URS. No hagais tan gran agravio á vuestra prima.
No puede estar tan falta de criterio,
Teniendo ingenio tan sutil y agudo
Como la fama cuenta, que rechace
A un novio tan galan cual lo es Benito.

HERO. A fe, como él no hay otro en toda Italia,
Siempre exceptuando á mi querido Claudio.

URS. No me riñais, os ruego, si fielmente
Mi parecer declaro: al seor Benito
Por discrecion, valor, gracejo y garbo
Reputan el primero en toda Italia.

HERO. A fe que goza de ínclito renombre.

URS. Y si lo goza es que ganarlo supo.

¿Cuándo os casais, señora?

HERO. Muy en breve:

Mañana. Vente adentro; he de enseñarte
Algunas galas. Quiero que me digas
Cuál me estará mejor para la boda.

URS. (Aparte.) Ya está enligada, os juro; la cogimos.

HERO. (Aparte.)

Di entónces que el amor es pura suerte:
A tal con flecha, á cual con red da muerte.

(Vánse Hero y Ursula.)

BEA. (Se adelanta.)

¡Cuál arden mis orejas! ¡Será cierto?

¿Me expone mi altivez á tal censura?

¡Desden, adios! ¡Virgineo orgullo, has muerto!

De vos no aguardo gloria ni ventura.

Benito, sigue amando; he de premiarte

Domando el alma fiera á tu almo abrazo;

Si me amas, mi aficion sabrá incitarte

A unir mi amor al tuyo en dulce lazo;

Pues otros dicen que mereces mucho,

Y yo lo creo, áun cuando no lo escucho. (Vase.)

ESCENA II.

Una sala de la casa de Leonato.

Salen DON PEDRO, CLAUDIO, BENITO y LEONATO.

D. PED. Aguardo sólo á que se celebre vuestra boda, y parto luego á Aragon.

CLAUD. Os iré sirviendo hasta allí, si me lo permitís, Alteza.

D. PED. No, que eso fuera empañar el nuevo brillo de vuestro matrimonio, bien como si se le enseñara á un niño su vestido nuevo y se le prohibiera el ponérselo. Me atreveré tan sólo á solicitar la compañía de Benito; pues desde la coronilla hasta la punta de los piés es todo alegría: ya van dos ó tres veces que ha cortado la cuerda del arco de Cupido, y el rapaz verdugo no osa dispararle flecha ya. Tiene un corazon tan sano como una campana, cuyo badajo es su lengua; pues lo que piensa su corazon lo charla su lengua.

BEN. Caballeros, yo no soy el que fuí.

LEO. Eso digo yo: se me antoja que estais triste.

CLAUD. ¡Dios quiera que esté enamorado!

D. PED. ¡Mial haya el renegado! No corre en sus venas una sola gota de sangre capaz de sentir lealmente los efectos del amor. Si está triste, es que le falta dinero.

BEN. Me duele esta muela.

D. PED. Sácala.

BEN. ¡Que se pudra!

CLAUD. Eso es, que se pudra primero, y sácala despues.

D. PED. ¡Pero hombre! ¿Suspirar de esa manera por un dolor de muelas?

LEO. Que no es sino un flujo ó un gusanillo.

BEN. Está visto: todos saben dominar el mal, ménos aquel que lo sufre.

CLAUD. No hay que darle vueltas, está enamorado.

D. PED. Sin embargo, no se advierte en él capricho amoroso alguno, si no es el capricho raro de disfrazarse en trajes extraños: *verbi gratia*: hoy á la holandesa, mañana á la francesa, ó á usanza de dos naciones á la vez; á saber, á la tudesca de cintura para abajo, todo gregüescos; y de cintura para arriba á la española, ropilla no más. Como no le dé la locura por ese capricho, como al parecer le da; otro capricho no tiene que pueda ser causa de su locura, como vos quereis suponer.

CLAUD. Pues como él no esté enamorado de alguna mujer, no hay que dar fe á señales antiguas. Se cepilla el sombrero por la mañana: ¿eso qué indica?

D. PED. ¿Hále visto alguno en casa del barbero?

CLAUD. No, pero háse visto al oficial del barbero con él, y el antiguo adorno de sus mejillas ha servido ya para rellenar pelotas.

LEO. En efecto, tiene cara de más jóven, desde que se rapó la barba.

D. PED. Y además, se perfuma con algalia. Por el olor sacareis la inclinacion de sus instintos.

CLAUD. Que es como si digéramos, el perfumado mancebo está enamorado.

D. PED. La mayor prueba de ello es su melancolía.

CLAUD. ¿Y cuándo se le ha visto lavarse la cara?

D. PED. Por cierto, ¿ó pintarse? Por lo cual ya sé lo que se murmura de él.

CLAUD. ¿Y su genio vivaracho, que se ha reducido á cuerda de laud, que se deja regir por clavijas?

D. PED. A fe que todo eso no es más que el prólogo de una historia trágica: *summa summarum*, está enamorado.

- CLAUD. Sí; y yo sé quién le ama.
- D. PED. ¡Hola! Eso es lo que yo quisiera saber. Apostaría que debe ser alguna persona que no le conoce.
- CLAUD. No, sino muy bien á él y todos sus defectos; y á pesar de todo se muere por él.
- D. PED. Es menester que la entierren boca arriba.
- BEN. Pues nada de eso me alivia el dolor de muelas. (A Leonato.) Venerable señor, venid acá conmigo: he estudiado cinco ó seis palabras sensatas que he menester deciros, y que no hay para qué las oigan estos chorlitos. (Váanse Benito y Leonato.)
- D. PED. ¡Por vida mía, que es para pedirle la mano de Beatriz!
- CLAUD. Así debe ser. A estas horas ya habrán desempeñado Hero y Margarita sus papeles con Beatriz, y ya no se morderán las dos fieras cuando se encuentren.

Sale DON JUAN.

- D. JUAN. Mi hermano y señor, Dios os guarde.
- D. PED. Buenos días, hermano.
- D. JUAN. Si tuvierais vagar, quisiera hablaros.
- D. PED. ¿A solas?
- D. JUAN. Si os place. No obstante, el conde Claudio puede escuchar; pues el asunto de mi plática le atañe.
- D. PED. ¿Qué es ello?
- D. JUAN. (A Claudio.) ¿Piensa su señoría casarse mañana?
- D. PED. Ya sabéis que sí.
- D. JUAN. No lo sé; cuando sepa él lo que sé.
- CLAUD. Si hubiere algun impedimento, os ruego que lo descubrais.
- D. JUAN. Creeréis tal vez que no os quiero: eso se aclarará luego, y juzgaréis mejor de mí en vista de lo que os voy á manifestar ahora. En cuanto

á mi hermano, creo que os tiene en mucho, y en el exceso de su cariño ha contribuido á efectuar vuestro próximo enlace. Por cierto, galanteo mal entendido, y trabajo mal empleado.

D. PED. ¿Pues qué acontece?

D. JUAN. Vengo aquí á deciros... y por ser breve (pues hace tiempo que es el hablilla de todos), la dama es desleal.

CLAUD. ¿Quién? ¿Hero?

D. JUAN. La misma. La Hero de Leonato, vuestra Hero, la Hero de todo el mundo.

CLAUD. ¿Desleal?

D. JUAN. La palabra es demasiado blanda para pintar toda su maldad; fácil me fuera demostraros que es cosa peor que eso. Buscad vos un epíteto peor, y yo lo sabré justificar. No os admire hasta tener mayor prueba: venid tan sólo conmigo esta noche, y vereis escalar la ventana de su aposento, la vispera misma de su boda. Si la podeis amar entónces, casaos con ella mañana; aunque convendría más á vuestro honor el mudar de intento.

CLAUD. ¿Es posible?

D. JUAN. Si no os atreveis á fiaros de lo que veis, no atestigüeis entónces lo que sabeis. Si queréis seguirme, yo os mostraré bastante, y cuando veais y oigais lo demas, obrad segun os pareciere.

CLAUD. Si viese esta noche cosa alguna por la cual no debiera casarme con ella mañana, la avergonzaré delante de todos los que deben asistir á mi boda.

D. PED. Y así como rogué en nombre tuyo para lograrla, me juntaré contigo para deshonorarla.

D. JUAN. No quiero seguir hablando en su desdoro hasta que seais testigos de lo que afirmo. Tened paciencia hasta la media noche, y dejad que el caso se aclare por sí mismo.

D. PED. ¡Oh día aciago y triste! ¡En esto paras?

CLAUD. ¡Oh desventura que mi bien destruyes!

D. JUAN. ¡Oh deshonor á tiempo prevenido!

Así direis en viendo el resultado. (Vánse.)

ESCENA III.

Una calle.

Salen MATACAN, VARILLAS y la ronda.

MAT. ¡Sois gente honrada y fiel?

VAR. Sí tal, de otra suerte lástima fuera que no sufrieran eterna *salvacion* en cuerpo y alma.

MAT. No, que eso fuera castigo harto blando para ellos, si tuvieran en sí sólo un átomo de *lealtad*, siendo elegidos para la ronda del príncipe.

VAR. Vamos, comunicadles la consigna, vecino Matacan.

MAT. En primer lugar, ¿quién creis vosotros que sea el de más *incapacidad* para jefe de la ronda?

SERENO 1.º Hugo Cebada y Jorge Carbon, pues saben leer y escribir.

MAT. Ven acá, amigo Carbon. Dios te ha hecho merced de un lindo nombre. El ser buen mozo es don de la fortuna; pero el saber leer y escribir es cosa que da naturaleza.

SER. 2.º Cuyas condiciones ambas, señor alguacil...

MAT. Poseeis vos; ya sabia que ibais á contestar eso. En cuanto á lo de ser buen mozo, dadle á Dios las gracias y no os envanezcáis. En cuanto á saber leer y escribir, sacad esos dotes á relucir donde no hagan falta tales *necedades*. Os tienen aquí por el hombre más *incapaz* y más á proposito para ser jefe de esta ronda; por tanto cargad con la linterna. Hé aquí vuestra consigna: *comprendereis* á todos los vagabun-

dos, y mandareis que se tenga á cualquiera en nombre del príncipe.

SER. ¿Y qué hacer si no quiere tenerse?

MAT. En tal caso no hagáis caso alguno de él, sino dejad que se vaya; y llamad en seguida á los demas de la ronda, y dad gracias al Todopoderoso por haberos librado de un bellaco.

VAR. Si no se pára á la voz de «téngase á la justicia,» no debe ser súbdito del príncipe.

MAT. Cierto, y ellos no deban meterse sino con los súbditos del príncipe. No hareis ruido alguno en las calles, porque el chacharear la ronda y hablar es cosa *tolerable* por demas y que no se puede sufrir.

SER. Mejor queremos dormir que charlar; ya sabemos la obligacion de una ronda.

MAT. Por vida, hablais como un sereno antiguo y tranquilísimo; pues á fe, no veo en qué puede ofender el dormir: únicamente tened cuidado de que no os roben los chuzos. Pues bien: debeis llamar á todas las tabernas, y mandar á los que estén borrachos que se vayan á la cama.

SER. 2.º ¿Y si no quieren?

MAT. Pues, entónces, dejadles hasta que les pase la mona: si entónces no os dieren mejor contestacion, bien podreis decir que les tomasteis por lo que no eran.

SER. Muy bien, señor.

MAT. Si topais con un ladron, podeis sospechar en virtud de vuestro cargo, que no es hombre honrado; y en cuanto á esa clase de pájaros, cuanto ménos anduviereis y os metiereis con ellos, tanto mejor para vuestra propia reputacion.

SER. Si nos consta que es ladron, ¿no le echaremos el guante?

MAT. En verdad, lo podeis hacer en virtud de vuestro oficio; pero opino que los que mano-

sean la pez, se suelen ensuciar; por tanto, la conducta más pacífica que podeis seguir, si acaso cogiereis á un ladron, es dejar que obre como quién es, y que se abstraiga furtivamente de vuestra compañía.

VAR. Siempre tuvisteis fama de misericordioso, compañero.

MAT. En verdad, no quisiera ser parte en la ejecucion de un perro, y mucho ménos en la de un hombre á quien le quedara una chispa de honradez en el cuerpo.

VAR. Si oís llorar á una criatura en la noche, debeis llamar á la nodriza, y mandarla que la haga callar.

SER. ¿Y si la nodriza está dormida y no nos quiere hacer caso?

MAT. Pues entónces, idos en paz, y dejad que la criatura la despierte á fuerza de chillar: porque la oveja que no atiende al cordero cuando bala, no escuchará al choto cuando berrea.

VAR. Es muy cierto.

MAT. Aquí acaba la consigna. Vos, jefe de la ronda, representais al mismo principe en persona; si tropezais con el principe esta noche, le podeis detener.

VAR. No, por la Virgen, creo que no puede hacer eso.

MAT. Cinco reales contra uno á que sí: cualquiera que sepa los *institutos* dirá que le puede detener; se entiende siempre que al principe le diere la gana; porque, ya veis, la ronda no debe ofender á nadie; y es una ofensa el detener á un hombre contra su voluntad.

VAR. Por la Virgen, creo que sí.

MAT. ¡Ah! ¡Já, já! Vaya, hidalgos, buenas noches: si ocurre algo grave, llamadme á mí: aconséjese cada cual con sus compañeros y consigo mismo; y buenas noches. ¡Vámonos, vecino!

SER. Conque, señores, ya oisteis la consigna. Vamos á sentarnos en el poyo de la iglesia hasta las dos, y luego á la cama.

MAT. Una palabra, honrados vecinos. Os suplico que rondeis la puerta del señor Leonato; pues habiendo boda allí mañana, hay gran bureo esta noche. Adios: mucha *exuberancia*, os lo suplico. (Váuse MATACAN y VARILLAS.)

Salen BORRACHO y CONRADO.

BOR. ¡Oye, Conrado!

SER. (Aparte.) Chiton, no os movais.

BOR. ¡Conrado! ¡No oyes?

CON. Héteme aquí pegado á tu codo.

BOR. ¡Diablo! Por cierto que sentí cierto comezon en él, indicio de que me iba á salir la sarna.

CON. En otra ocasion te daré la respuesta que mereces; prosigue ahora con tu relato.

BOR. Ponte aquí al abrigo de este tejadillo, pues em pieza á lloviznar; y como buen borracho te lo contaré todo.

SER. (Aparte.) ¡Alguna traicion, señores! No hagais ruido.

BOR. Sábeta, pues, que me he ganado mil ducados de D. Juan.

CON. ¡Cáspita! ¡Es posible que haya bellaquería que valga tanto?

BOR. Antes debieras preguntar si es posible que haya bellaco que sea tan rico; pues cuando un bellaco rico ha menester de un bellaco pobre, el pobre puede pedir el precio que se le antoje.

CON. Me admira eso.

BOR. Bien se ve que no eres de los iniciados. Bien sabes tú que la moda de una ropilla, de un sombrero ó de un ferreruelo nada hacen al hombre.

CON. Ya lo sé, no es más que el traje.

BOR. Quiero decir, la moda.

CON. Si, la moda es la meda.

BOR. ¡Bobo! Eso es lo mismo que decir que un necio es un necio. ¿Pero no ves tú qué deforme pícaro es esa moda?

SER. (Aparte.) Conozco á ese *Deforme*: un pícaro ladron que hace siete años que anda por ahí haciendo de las suyas; y va vestido á lo caballero: me acuerdo de su nombre.

BOR. ¿No oiste á álguien?

CON. No; fué la veleta sobre ese tejado.

BOR. ¿No ves, digo, qué pícaro tan deforme es esa moda? ¿Con qué vértigo trastorna las cabezas ardientes desde los catorce hasta los treinta y cinco? Tan pronto los disfraza á guisa de soldados de Faraon en un cuadro ahumado, como los viste de sacerdotes del dios Baal, que se ven pintados en la vidriera de una antigua catedral; tan pronto los atavia á semejanza de Hércules rapado que figura en un tapiz carcomido y mugriento, en donde su bragueta aparece tan gorda como su porra.

CON. Ya lo veo todo, y veo además que la moda gasta más ropa que el hombre que la lleva. Pero, segun veo, á ti tambien te trastorna el juicio la moda, pues te apartas de tu relato para enredarte con ella.

BOR. No tanto como te imaginas. Sábeta, pues, que esta noche he requebrado á Margarita, la doncella de Hero, con el nombre de Hero. Asomada á la ventana del aposento de su ama, me dió una y mil veces las buenas noches... pero qué mala maña me doy en contarte esta historia. Hubiera debido decirte primero que el principe, Claudio y mi amo, plantados, colocados y engañados por mi amo Don Juan, presenciaron desde léjos en el huerto esta amorosa cita.

CON. ¿Y creyeron acaso que Margarita fuese Hero?

BOR. Dos de ellos lo creyeron, el príncipe y Claudio; pero el diablo de mi amo sabía que era Margarita; y en parte por sus juramentos, con que los engatusó primero; en parte por la oscuridad de la noche que no los dejó ver claro; y principalmente por mi bellaquería que confirmó cuantas calumnias inventara Don Juan, fuese Claudio enfurecido: juró que se vería con ella, como estaba acordado, á la mañana siguiente en el templo, y que allí la avergonzaria echándola en cara lo que habia visto la noche anterior, y haría que se volviese á casa sin marido.

SER. 1.º En nombre del príncipe, daos presos.

SER. 2.º Llamad al señor alguacil mayor. Hemos descubierto aquí la más espantosa y deshonestu truhaneria que jamás se conoció en el Estado.

SER. 1.º Y anda en esto un tal *Deforme*: le conozco: lleva un rizo.

CON. Señores, señores...

SER. 2.º Ya os obligarán á descubrir el paradero de ese *Deforme*, os lo aseguro.

CON. Pero, señores...

SER. 1.º ¡Silencio! Y sabed que os queremos *obedecer* llevándoos con nosotros.

BOR. Buen papel vamos á hacer cogidos entre los chuzos de esta gente.

CON. Valiente papel, te lo aseguro. Ea pues, os obedeceremos. (Vánse.)

ESCENA IV.

El aposento de Hero.

Salen HERO, MARGARITA y ÚRSULA.

HERO. Ursula mia, despierta á mi prima Beatriz, y ruégala que se levante.

URS. Voy, señora.

HERO. Y dila que venga aquí.

URS. Muy bien. (Váse.)

MAR. A fe, creo que os sentaria mejor la otra palatina.

HERO. No, querida Margarita, me pondré esta.

MAR. A fe mia que no es tan bonita, y estoy segura que vuestra prima dirá lo mismo.

HERO. Mi prima es una loca y tú eres otra; esta me pondré y esta sola.

MAR. Hallara precioso este nuevo añadido, si fuera el pelo una sombra más oscuro. Vuestro vestido tiene un corte extremado, á fe. He visto el de la duquesa de Milan que ponderan tanto.

HERO. ¡Oh! Dicen que excede á toda ponderacion.

MAR. A fe mia que parece una bata comparado con el vuestro: la tela es de brocado, acuchillada, con pasamano de plata, llovida de perlas, con manga al costado y manga perdida, la falda orlada con un brocadillo azulado; pero en cuanto al corte fino, nuevo, gracioso y señor, el vuestro vale por diez de aquel.

HERO. ¡Dios quiera que la lleve con felicidad! pues mi corazon está apesadumbrado.

MAR. Pronto lo estará aún más con el peso de un hombre.

HERO. ¡Calla! ¿No te da vergüenza?

MAR. ¿Vergüenza? ¿de qué, señora? ¿de hablar de cosas honradas? ¿El casarse no es cosa honrada

¿aun entre gente mendiga? ¿No es honrado vuestro esposo aun sin casarse? Sin duda hubiera debido decir «con perdon de vuestra merced, con el peso de un esposo.» Como vuestros malos pensamientos no interpreten mal mis palabras, con eso á nadie ofendo. Es por ventura cosa mala el decir: «¿estareis más apesadumbrada con el peso de un marido?» Creo que no, siempre que se trate del legitimo marido y de la mujer legitima: siendo de otra suerte, seria cuestion de liviandad y no de peso. Preguntad sino á mi señora Beatriz: aquí viene.

Sale BEATRIZ.

HERO. Buenos dias, prima.

BEA. Buenos dias, querida Hero.

HERO. ¿Qué es esto? ¿Hablas en tono sentimental?

BEA. Se me antoja que estoy completamente desentonada.—Van á dar las cinco, prima; ya es hora de que estuvieras vestida.—¡A fe mia, que estoy muy triste! ¡Ay!

MAR. Como no hayais renegado de vuestros antiguos principios, ya no se podrá navegar por las estrellas.

BEA. ¿Qué querrá decir la boba?

MAR. ¿Yo? nada; pero que Dios dé á cada cual lo que su corazon desea.

HERO. El conde es quien me regaló estos guantes. ¡Qué perfume tan rico!

BEA. Estoy constipada, prima, no tengo olfato.

MAR. ¿Doncella y constipada? No será mal aire el que vos habeis cogido.

BEA. ¡Dios nos la depare buena! ¿De cuándo acá andais vos á caza de chistes?

MAR. Desde que dejasteis vos de seguir la pista. ¿No me sienta bien mi gracejo? Decid.

BEA. No salta bastante á la vista: debieras lle-

varlo en tu tocado, á guisa de floron. ¡A fe mía que estoy enferma!

MAR. Procuraos una dosis de *Carduus benedictus*, y aplicáoslo al corazón: no hay otro remedio para ese desmayo.

HERO. Mira que eso es pincharla con un cardo.

BEA. ¿*Benedictus*? ¡Y por qué *Benedictus*? ¡Encierra tal vez una moraleja ese *Benedictus*?

MAR. ¿Moraleja? Ninguna: quise decir sencillamente cardo bendito. Creeréis tal vez que pienso que estais enamorada. ¡Virgen santa! no hay tal cosa; no soy tan necia que dé crédito á todo lo que se me ocurra; ni se me ocurre tampoco dar crédito á todo lo que pudiere; y por cierto jamás se me ocurriría pensar, aunque me volviera loca pensando, que estais enamorada, ni que lo estareis alguna vez, ni siquiera que pudierais estarlo ni aun por asomo. Sin embargo, Benito era otro tal como vos, y ahora se ha vuelto razonable como los demas hombres; juró que no se casaría nunca, y ahora, á pesar de su altivez, come su pan sin rechistar. Si vos os convirtierais así alguna vez, es cosa que ignoro; no obstante, se me antoja que mirais por esos ojos lo mismo que las demas mujeres.

BEA. ¿Qué paso es ese que lleva tu lengua?

MAR. No es ningun falso galope.

Sale ÚRSULA.

URS. Entrad, señora: el príncipe, el conde, el señor Benito, Don Juan y todos los galanes de la ciudad vienen á conducirnos á la iglesia.

HERO. Ayudadme á vestir, querida prima, querida Margarita, querida Úrsula. (Váase.)

ESCENA V.

Otra sala de la casa de Leonato.

Salen LEONATO *con* MATACAN *y* VARILLAS.

LEO. ¿Qué quereis de mí, honrados vecinos?

MAT. A fe, señor, quisiera hablaros en confianza de un asunto que os *discierne*.

LEO. Sed breve, os ruego; pues ya veis que estoy muy atareado.

MAT. Por cierto, señor, que lo estais.

VAR. En efecto, lo estais, señor.

LEO. ¿Qué es ello, amigos míos?

MAT. El bueno de Varillas, señor, se aparta un poco del asunto; va siendo algo viejo, señor, y su ingenio no es tan *obtusos* como, Dios mediante, quisiera yo que fuese. Pero en mi ánimo, que es honrado; eso sí, como las arrugas que tiene entre las cejas.

VAR. Si, gracias á Dios, soy tan honrado como el que más, si es hombre viejo y no más honrado que yo.

MAT. Las comparaciones son *odorosas*; al grano, compadre Varillas.

LEO. Sabéis vecinos, que sois fastidiosos.

MAT. Favor que nos hace vuestra merced; pero aunque indignos, somos criados del duque. Por mi parte sé decir que aun cuando tuviera tanto fastidio como un rey, lo emplearía todo en vuestra merced.

LEO. ¡Cómo! ¿todo tu fastidio en mí? ¡Já, já!

MAT. A fé, y aunque fuera mil veces mayor de lo que es; pues me consta que gozais de tan buena reputacion como cualquiera en la ciudad; y aunque no soy sino un pobre hombre, me alegro de saberlo.

VAR. Y yo tambien.

LEO. Supiera yo al ménos lo que teneis que decirme.

VAR. Es el caso, señor, que nuestra ronda, con *excepcion* sea dicho de vuestra merced, ha cogido esta noche á un par de picaros bellacos como no hay otros en toda Mesina.

MAT. ¡Infeliz! No le hagais caso; es un pobre viejo, señor: ahí le teneis, charla que te charla. Como dice el refran: cuando empieza la vejez, acaba la discrecion. ¡Válganos Dios! ¡tal es el mundo! Bien hablado, á fe, compadre Varillas: en fin, Dios nuestro señor es un hombre de bien: si dos hombres montan en un pollino, fuerza es que vaya el uno á las ancas. A fe que es un alma honrada, señor; por mi vida que lo es; pero ¡alabado sea Dios! no somos todos unos... ¡Ay! ¡el bueno del compadre!

LEO. No, pues lo que es vos, vecino, no le vais en zaga.

MAT. Es merced que Dios me hizo.

LEO. Me es fuerza dejaros.

MAT. Una palabra, señor: en efecto, nuestra ronda ha *irritado* á dos hombres sospechosos, y quiéramos que vuestra merced los examinara esta mañana misma.

LEO. Tomadlos vos mismo la declaracion, y traéd-mela luego: tengo ahora gran prisa, como bien podeis echar de ver.

MAT. Descuidad, sabremos *cumplimentarlo*.

LEO. Bebed un trago ántes de íros; y quedad con Dios.

Sale un CRIADO.

CRIA. Mi amo, os aguardan para entregar vuestra hija á su esposo.

LEO. Estoy á sus órdenes; ya voy.

(Vánse Leonato y criado.)

MAT. Id, mi buen compañero, id en busca de Francisco Carbon; y decidle que se traiga su pluma y tintero á la cárcel: debemos tomarles la *Aliacion* á esos bellacos.

VAR. Y es menester que lo hagamos con talento.

MAT. Lo que es eso no faltará, os aseguro: hay aquí (Señalando la frente.) lo que hará que se declare más de uno en *contumacia*. Pero id vos en busca del sabio escribiente, para que ponga por escrito nuestra *excomunion*; y juntaos luego conmigo en la cárcel. (Vánse.)

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Interior de una iglesia.

*Salen DON PEDRO, DON JUAN, LEONATO,
FRAY FRANCISCO, CLAUDIO, BENITO, HERO, BEATRIZ
y acompañamiento.*

LEO. Vamos, fray Francisco, sed breve: limitaos al ritual del matrimonio, y despues podreis exponer sus particulares deberes.

FRAILE. Venis aquí, hidalgo, á casaros con esta dama.

CLAUD. No.

LEO. A ser casado con ella, padre; vos sois quien viene á casarle con ella.

FRAILE. Señora, venis aquí á ser casada con el conde.

HERO. Sí tal.

FRAILE. Si cualquiera de los dos supiera de algun impedimento secreto que se oponga á vuestro enlace, os encargo por la eterna salud de vuestras almas que lo declareis.

CLAUD. ¿Sabeis de alguno, Hero?

HERO. De ninguno, esposo mio.

FRAILE. ¿Sabeis vos de alguno, conde?

LEO. Me atrevo á contestar por él: de ninguno.

CLAUD. ¡Ay! ¡y á cuánto se atreven los hombres!

¡cuánto osan hacer! ¡cuánto hacen diariamente,
sin saber lo que se hacen!

BEN. ¿Qué es esto? ¡Interjecciones? Pues las hay
de risa, como por ejemplo: ¡Já, já, já!

CLAUD. Buen fraile, retiraos. Decidme, padre,
¿Me dais á esta doncella, vuestra hija,
Con libre voluntad y sin violencia?

LEO. Tan libremente cual de Dios la tuve.

CLAUD. ¿Y en cambio, qué os daré que equivalente
A don tan rico y tan precioso sea?

D. PED. Nada, si no tornais de nuevo á darla.

CLAUD. Alteza, noble gratitud me enseñas.

Leonato, recobradla: á vuestro amigo

No deis jamás naranja tan podrida.

De honor no tiene más que la apariencia.

Mirad: como una virgen se sonroja.

¡Oh! ¡cuán astuto se reboza el vicio

De la virtud en el austero manto!

¿No atestiguara aquel rubor modesto

Que es su virtud sencilla? ¿No juraran

Cuantos la miran que doncella fuera,

Al ver su aspecto? Pues no es tal: su cuerpo .

Sintió el calor del lecho lujurioso;

Y su rubor es culpa, no modestia.

LEO. ¿Mas qué quereis decir?

CLAUD. Que no me caso;

Ni uno mi pecho al de una fácil moza.

LEO. Si en prueba rigurosa, amado conde,

Vencistes de sus años la flaqueza,

Y de su doncellez tal vez triunfastes...

CLAUD. Sé qué ibais á decir: si la he gozado,

Direis que me abrazó como á marido,

Y atenuareis su falta de esa suerte.

No tal, Leonato; con palabra libre

Jamás seduje su ternura; siempre

Como á una hermana honesta díla prueba

De esquivia inclinacion y amor modesto.

HERO. ¿Y tuve yo apariencia de otra cosa

Alguna vez?

CLAUD. ¡Mal haya tu apariencia!
En contra de ella he de escribir un libro.
Diana en su alta esfera parecias,
Y casta cual la flor en el capullo;
Y eres desenfrenada en tus deseos
Cual Vénus, ó esos brutos regalados
Que en voluptuosa libertad retozan.

HERO. ¿Estais en vos que hablais así, mi dueño?

LEO. ¿Y vos, por qué no hablais, príncipe mio?

D. PED. ¿Y qué quereis que diga? Deshonrado
Estoy porque de unir traté imprudente
Al fiel amigo á tan liviana moza.

LEO. ¿Son dichas estas cosas, ó es que sueño?

D. JUAN. Sí, dichas son, y son verdad, hidalgo.

BEN. Extraña boda, á fe.

HERO. ¿Verdad? ¡Dios mio!

CLAUD. Estoy yo aquí, Leonato? es este el príncipe?

¿Y no es aquel su hermano? ¿Y esa cara

La de Hero no es? ¿Son nuestros estos ojos?

LEO. Todo es así; ¡mas que hay con eso, conde?

CLAUD. Dejad que una pregunta á vuestra hija

Haga no más; y por el fuero blando

Que os dió sobre ella el vínculo paterno,

Mandad que me conteste muy de veras.

LEO. Si mi hija fuera, así lo hará; lo mando.

HERO. Gran Dios! tu amparo pido. ¡Cuál me acosan!

¿Qué modo es este de tomar los dichos?

CLAUD. Haciéndoos contestar á vuestro nombre.

HERO. No es Hero? Quién con justa tacha alguna

Podrá infamar tal nombre?

CLAUD. Hero misma:

Hero podrá borrar la fama de Hero.

¿Quién fué aquel hombre que con vos anoche

Habló entre doce y una en vuestra reja?

Si sois doncella, responded ahora.

HERO. Con hombre alguno hablé á tal hora, conde.

D. PED. No sois doncella entónces. Buen Leonato,

Lamento que esto oigais; mas por mi honra,
 Mi hermano, yo, y este ultrajado conde,
 A esa hora anoche vímosla, la oimos
 Hablar con un rufian por su ventana;
 El cual, bellaco al fin desvergonzado,
 Los mil encuentros confesó en que torpes
 Se vieron en secreto.

D. JUAN. ¡Oh cuánto oprobio!
 Hablar de él no es posible, ni nombrarlo;
 No hay castidad bastante en el lenguaje.
 Para manifestarlo sin ofensa.
 Por tanto, hermosa niña, con el alma
 Vuestra notoria liviandad lamento.

CLAUD. ¡Ay Hero! ¡qué dechado no serías,
 Si el corazon y el alma poseyeran
 Mitad no más de tu exterior hechizo!
 ¡Mas ay! ¡adios, tú, por demas liviana,
 Cual por demas hermosa! ¡adios por siempre,
 Pura impiedad, pureza asaz impia!
 Por culpa tuya cierro á amor el paso,
 Y velará mi párpado el recelo,
 Trocando la belleza en torpe imágen,
 Ni encanto en ella encontrarán mis ojos.

LEO. ¿No hay un puñal aquí para este seno?
 (Hero se desmaya.)

BEAT. ¿Qué tienes, prima? ¿por qué así te abates?

D. JUAN. Venid, partamos. De sus torpes actos
 La aclaracion le priva de sentido.
 (Váanse Don Pedro, Don Juan y Claudio.)

BEN. ¿La prima, cómo está?

BEA. Muerta, barrunto.

¡Ay tio, socorredla! ¡Ay, Hero, Hero!

¡Tio, señor Benito! ¡buen hermano!

LEO. Tu cruda mano ¡oh sino! no retires:
 Velo mejor no habrá que el de la muerte
 Para tatar su oprobio.

BEA. ¡Amada prima!

FRAILE. Señora, reponeos.

- LEO. ¿La vista aún alzas?
- FRAILE. ¿Y por qué no la alzara?
- LEO. ¿Eso preguntas?
- ¿No ves que no hay criatura que no grite
 Baldon contra ella? Acaso negar pudo
 La infamia que en su sangre lleva escrita?
 No vivas, Hero, no abrás esos ojos;
 Pensara yo que en breve no murieras,
 O que pudiera en tí más el aliento
 Que la vergüenza, y rematara crudo
 Estos reproches dándote la muerte.
 ¿Quejéme porque tuve una hija sólo?
 ¡Por eso te insulté, natura parca!
 ¡Contigo harto me dió! ¿Por qué ésta tuve?
 ¿Por qué á mis ojos fuiste grata nunca?
 ¿Por qué en mi umbral con bienhechora mano
 No recogí la prole de un mendigo?
 Al verla asi enlodada de vileza,
 Decir pudiera: « En nada á mí me toca;
 Retoño vil es de ignorado tronco. »
 ¡Mas ay! una hija mia, amada tanto,
 Que en tanto tuve, en quien cifré mi orgullo,
 Que mia tanto fué, que por quererla
 Apenas mio fui! Y ¡ay! verla ahora
 Sumida en charco tan inmundo y negro
 Que pocas gotas tiene el mar profundo
 Para lavarla de impureza tanta;
 Poca es su sal para evitar que roa
 Su infecta carne hedionda podredumbre.
- BEN. Señor, tened paciencia; por mi parte,
 Estoy de admiracion tan confundido
 Que no sé qué decir.
- BEA. ¿Por vida mia,
 Mi prima está vilmente calumniada!
- BEN. ¿Durmisteis vos, Beatriz, con ella anoche?
- BEA. A fe que nó; pero hasta anoche juntas
 Durmimos todo el año en una cama.
- LEO. ¿Qué prueba más? Lo que atracado estuvo

Con férrea barra reforzado ha sido.
 ¡Mintieran ambos príncipes por dicha?
 ¡Mintiera Claudio, quien la amaba tanto
 Que al recordar su infamia, con su lloro
 Lavóla fiel? ¡Dejadla! ¡Que se muera!

FRAILE. Ahora oidme un rato. Si he callado
 Y he dado libre curso á tal desdicha,
 Por aclarar mi duda sólo ha sido (1).
 Notando la doncella, he reparado
 Que mil sonrojos á su rostro acuden
 Que ahuyentan luego pálidos bochornos
 De angelical blancura. Viva llama
 Ora en sus ojos vi, cual si su fuego
 Quisiera aniquilar la vil sospecha
 Que abrigan esos príncipes en contra
 De su virgíneo honor. Llamadme necio,
 Mi ciencia despreciad y mi experiencia,
 Que con el sello de evidente prueba
 Confirma la enseñanza de mi libro;
 Tened mi edad, mi austero cargo en poco,
 Mi vocacion y sacro ministerio,
 Si víctima inocente no es la dama
 De algun error mordaz.

LEO. Fraile, imposible.

Ya ves que estriba su único recato
 En no añadir al peso de su culpa
 El crimen del perjurio: no lo niega.
 ¿A qué pues de cubrir de excusas tratas
 Verdad que tan desnuda se presenta?

FRAILE. ¿Con quién de amor ilícito os acusan?

HERO. Sabrálo quien me acusa; yo lo ignoro.
 Si sé yo de hombre alguno más de aquello
 Que es lícito saber á virgen casta,
 No hallen perdon mis culpas. Padre mio,
 Probad que estuve en plática á deshora
 Con hombre alguno, ó que troqué palabra

(1) Suplido este verso por el traductor.

Con sér viviente anoche, y rechazadme,
Odiadme, atormentadme hasta la muerte.

FRAILE. Extraño error los príncipes obceca.

BEN. Dos de ellos son honrados en extremo:

Y si extraviado en esto va su juicio,
En el bastardo Juan reside el fraude,
Cuyo ánimo en fraguar maldad se afana.

LEO. No sé. Si es cierto lo que de ella afirman,

Trizas la harán mis manos; si la injurian,
Daréle qué sentir al más altivo.

Aún no secó mi sangre el tiempo tanto,
Ni la vejez tanto embctó mi ingenio,
Ni hizo en mis medios tal estrago el hado,
Ni el mal vivir robóme tanto amigo,
Que no hallen, si me irritan de esa suerte,
En mí sutil ingenio y brazo fuerte,
Caudal de sobra, y nata y flor de amigos,
Para tomar cumplida la venganza.

FRAILE. ¡Paso! Que en esto mi consejo os guie.

Los príncipes dejaron á vuestra hija
Por muerta aquí: tenedla un tiempo oculta,
Y pregonadlo que en efecto ha muerto:
Haced ostentacion de duelo y luto;
Colgad del pantéon hereditario
Triste epitafio, y observad los ritos
Todos pertenecientes á un entierro.

LEO. ¿A qué conducirá? ¿qué hareis con eso?

FRAILE. Bien conducido, hará que la calumnia

En lástima se trueque, que no es poco;
Mas sueño con un fruto aún más opimo;
De estos dolores mayor parto espero.
Habiendo muerto (así decirlo es fuerza)
En el instante en que se vió acusada,
Será compadecida y disculpada,
Por cuantos lo oigan; porque así sucede:
Debidamente nunca aprecia el hombre
El bien que tiene y goza; y si lo pierde,
Entónces exagera su valia,

Entonces halla en él virtud que el goce
 Mientras fué suyo oculta le mantuvo:
 A Claudio así le irá. Pues cuando sepa
 Que diéronle la muerte sus palabras,
 La imágen de su vida dulcemente
 Iráse introduciendo en su memoria,
 Y cada tierno encanto de su vida
 Verá de su alma la íntima mirada
 Engalanado con mayor hechizo,
 Más lleno de ternura y lozania
 Que cuando en vida estuvo. Rienda suelta
 Al llanto dará entonces, si es que imperio
 Amor alguna vez en su alma tuvo;
 Querido hubiera no acusarla nunca,
 Aunque su acusacion juzgara cierta.
 Que así suceda; y no dudeis que al caso
 Exito más feliz dará el suceso,
 Que éste probable que trazar procuro.
 Mas si fallaran todos nuestros planes,
 La conviccion de que la dama ha muerto
 Sofocará la fama de su oprobio.
 Si sale mal, podreis tenerla oculta,
 Como mejor convenga á su honra herida,
 De un claustro en el retiro, recatada
 Del habla, vista é injuria de los hombres.

BEN. Señor, dejad que el fraile os aconseje:
 Y aunque sabeis con lazo cuán estrecho
 Me une el afecto al príncipe y á Claudio,
 No obstante, juro que he de obrar en todo
 Con tal lealtad y con sigilo tanto
 Cual para con vos mismo el alma vuestra.

LEO. En tal torrente de pesar sumido,
 De la hebra más sutil podreis guiarme.

FRAILE. Pues ya que consentis, no falta nada:
 Extraño mal requiere extraña cura.
 (A Hero.) Para vivir, morid: que fué aplazada
 La boda creed.—Paciencia, el mal no dura.
 (Váanse todos ménos Benito y Beatriz.)

BEN. ¿Señora Beatriz, habeis pasado todo este rato llorando?

BEA. Si tal, y pasaré llorando muchos ratos más.

BEN. No quisiera eso.

BEA. No es menester que lo querais: me sale de dentro.

BEN. Por cierto que creo que vuestra prima gentil ha sido calumniada.

BEA. ¡Oh, y cuán acreedor á mi gratitud se haria el hombre que la hiciese justicia!

BEN. Hay algun medio de daros esa prueba de amistad.

BEA. Un medio muy sencillo; lo que falta es el amigo.

BEN. Es cosa que lo pueda hacer un hombre.

BEA. Es oficio de hombre, pero no es oficio vuestro.

BEN. No quiero nada en este mundo tanto como á vos. ¿No es cosa extraña eso?

BEA. Tan extraña para mí como cosa que ignoro. Tan fácil me fuera á mí el decir que no quiero nada tanto como á vos; pero no lo creais; y sin embargo, no miento: ni confieso nada, ni niego nada.—Tengo lástima de mi prima.

BEN. Por mi espada, Beatriz, que me quiereres.

BEA. No jureis por ella, y tragadla.

BEN. Juro por ella que me quiereres, y se la haré tragar al que se atreva á decir que no te quiero.

BEA. ¿Nos os tragareis vuestra palabra?

BEN. Jamás, con ninguna salsa que se pudiera condimentar para ella. Juro que te adoro.

BEA. Pues entónces, que Dios me perdone...

BEN. ¿Qué ofensa, Beatriz?

BEA. Me habeis interrumpido en buen hora: iba á jurar que os adoraba.

BEN. Pues júralo con todo el corazon.

BEA. Es tan vuestro mi corazon, que ya no me queda parte alguna de él con que jurarlo.

BEN. Vamos, mándame hacer cualquier cosa por tí.

BEA. Matad á Claudio.

BEN. ¿Qué? Nó por todo el mundo.

BEA. Me matais á mi con negármelo. Adios.

BEN. Detente, querida Beatriz. (La detiene.)

BEA. Haceos cargo de que me he ido, aunque esté aquí. No encierra amor alguno vuestro pecho.

Por Dios os suplico, dejad que me vaya.

BEN. Beatriz.

BEA. A fe que me iré.

BEN. Haremos las amistades ántes.

BEA. Más dispuesto os veo á hacer las amistades conmigo que á reñir con mi enemigo.

BEN. ¿Es Claudio tu enemigo?

BEA. ¿Pues no está probado que es el más vil de los viles por haber calumniado, desdeñado y deshonrado á mi prima? ¡Oh! ¡quién fuera hombre! ¿Cómo? entretenerla hasta el punto de darse las manos ante el altar, y entónces con acusacion pública, con desembozada calumnia, con rencor desapiadado... ¡Dios mio! ¡quién fuera hombre! Me comiera su corazon en el mercado público.

BEN. Óyeme, Beatriz...

BEA. ¿Hablar con un hombre en su ventana? ¡Lindo cuento!

BEN. Pero Beatriz...

BEA. ¡Amada Hero! ¡La han ultrajado, la han calumniado, la han perdido!

BEN. Beat...

BEA. ¡Príncipes y condes! ¡En verdad que el testimonio fué digno de un príncipe! ¡Valiente conde! ¡Conde de confitura! ¡Lindo galan, á fe! ¡Quién fuera hombre para vengarse de él, ó quién tuviera tan sólo un amigo que quisiera ser hombre para vengarla á una! Pero la hombradía se ha convertido en cortesía, el valor en

cumplidos, y los hombres se han vuelto todos lengua, y lengua melíflua á mayor abundamiento: hoy día cualquiera es tan valiente como Hércules con sólo decir un embuste y apoyarlo con un por vida. No puedo trocarme en hombre con el deseo, por tanto, me moriré de pena como mujer.

BEN. Detente, querida Beatriz. Por esta mano juro que te quiero.

BEA. Empleadla en mi servicio en algo más que en jurar por ella.

BEN. ¿En Dios y vuestra ánima, creéis que el conde Claudio ha calumniado á Hero?

BEA. Sí, tan cierto como tengo pensamiento y alma.

BEN. Basta: me comprometo á todo: le desafiaré. Dejad que os bese esa mano, y con eso os dejo. Por esta mano juro que Claudio me ha de dar satisfaccion cumplida. Juzgad de mí segun la fama de mis hechos. Id á consolar á vuestra prima. Es fuerza que diga que ha muerto. Y con esto, quedad con Dios. (Váase.)

ESCENA II.

Una cárcel.

Salen MATACAN, VARILLAS y el ESCRIBANO, con togas; y la ronda con CONRADO y BORRACHO presos.

MAT. Están presentes todos los miembros de nuestra *conferencia*.

VAR. Hola, una silla y un cojin para el señor escribano.

Esc. ¿Cuáles son los malhechores?

MAT. ¡Diablo! los malhechores somos nosotros, yo y mi compañero.

VAR. Eso es cierto; tenemos la *intuición* de examinarlos.

ESC. ¿Pero cuáles son los delincuentes que han de ser examinados? Que se pongan delante del señor alguacil.

MAT. Eso es: que se me pongan delante. ¿Cómo os llamais, amigo?

BOR. Borracho.

MAT. Hacedme la merced de poner eso por escrito: se llama Borracho. ¿Y vos, tunante?

CON. Soy hijodalgo, y me llamo Conrado.

MAT. Ponedlo por escrito: señor hijodalgo Conrado. ¿Servís á Dios, galanes?

CON. } Sí, señor; ya lo creemos.

BOR. }

MAT. Escribid que creen que sirven á Dios; y poned á Dios primero: pues Dios nos libre de que vaya Dios detras de tales bellacos.—Galanes, está probado que sois poco ménos que pícaros traidores, y en breve habrá *sospechas* de ello. ¿Qué contestais en defensa propia?

CON. A fe, señor, decimos que no somos tales.

MAT. Es listo este bellaco, os lo aseguro; pero yo me entenderé con él. Venid vos acá, tunante; una palabra al oido: amigo, os digo, que se sospecha de vosotros que sois un par de pícaros redomados.

BOR. Pues yo os digo que no somos tales.

MAT. Bien, retiraos. ¡Vive Dios, que parece que se han dado santo y seña! ¿Habeis puesto por escrito que no son tales?

ESC. Pero, señor alguacil, ese no es el modo de examinarlos: debéis llamar á la ronda que es la que los ha de acusar.

MAT. Por cierto, tenéis razon: ese será el camino más *intrincado*. Que se adelante la ronda. Muchachos, en nombre del príncipe, os mando que acuseis á estos hombres.

SER. 1.º Éste dijo que Don Juan, el hermano del príncipe, era un villano.

MAT. Que conste por escrito que Don Juan es un villano. ¡Cáspita! esto es ni más ni menos que perjurio: llamar villano al hermano de un príncipe.

BOR. Señor alguacil...

MAT. Calle el bellaco. No me gusta nada tu traza, te lo aseguro.

ESC. ¡Qué más le oísteis decir!

SER. 2.º Pues; que había recibido mil ducados de Don Juan, para acusar falsamente á la señora Hero.

MAT. ¡Hola! un robo á mano airada. ¡Habrás visto tunantada!

VAR. Por la misa, que no es otra cosa.

ESC. ¡Qué más, buen hombre?

SER. 1.º Y que el conde Claudio tenía propósito, por lo que le había dicho, de deshonorar á Hero delante de toda la concurrencia, y de no casarse con ella.

MAT. ¡Oh bellaco! por eso serás condenado á eterna *redencion*.

ESC. ¡Qué más?

SER. 1.º Nada más.

ESC. Y esto, señores míos, es más de lo que podeis negar. Don Juan se ha fugado secretamente esta mañana; Hero fué acusada de ese modo; de ese modo fué rechazada, de cuya pena se murió de repente. Señor alguacil, mandad atar codo con codo á esta gente, y que los lleven á casa de Leonato; yo voy delante para enseñarle el exámen de interrogatorio. (Vase.)

MAT. Vamos, *manoseadlos*.

VAR. Ponedles grillos.

CON. ¡Quita, bodoque!

MAT. ¡Válgame Dios! ¡Dónde está el escribano? Que lo ponga por escrito: el alguacil del prin-

cipe un bodoque. Vamos, atadlos. ¡Ah, picaro tunante!

CON. ¡Quita allá, pollino! sois un pollino.

MAT. ¡No te *difunde* respeto mi cargo? ¡no te *difunden* respeto mis canas? ¡Qué no esté aquí el otro para que constara por escrito que soy un pollino! Pero, vosotros, tened presente que soy un pollino; aunque no conste por escrito, con todo, no olvideis que soy un pollino. ¡Oh, gran bellaco! estás repleto de *piedad*, como te lo probaré luego con buenos testigos. Yo soy mozo listo, y, lo que es más, alguacil, y, lo que es más, propietario, y lo que es más, tan buen mozo como el más guapo que se pasea por Mesina, y mozo que sabe de leyes, ¿entiendes? y mozo bastante rico, ¿lo oyes? y que ha sufrido sus pérdidas, y que tiene sus dos sayos, y todo lo que le pertenece muy neto y muy pulido. Llevadlos. ¡Oh, que no constara por escrito que soy un pollino! (Vánse.)

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Una plaza delante de la casa de Leonato.

Salen LEONATO y ANTONIO.

ANT. Si así prosigues, causarás tu muerte;
Ni es cuerdo apadrinar en contra tuya
Al duelo así.

LEO. Suspende tus consejos,
Que caen tan sin provecho en mis oídos
Como agua en un tamiz. No me aconsejes,
O deja que á mi mal alivio ofrezca
Quien tuvo duelo igual al duelo mio:
A un padre trae de su hija tan amante,
Que en ella vió su dicha aniquilada
Cual yo la mía, y que hable de paciencia.
Mide su pena por mi pena en todo,
Que á cada grito grito igual responda,
Y queja á queja; igual en todo sea
En cada rasgo, forma, aspecto y sesgo;
Y si sonríe, si su barba atusa,
Diciendo al llanto: «Atrás;» si grita alegre
Cuando gemir debiera, ó con proverbios
Su desventura zurce, ó necio trata
De emborrachar el duelo con sentencias
A vigilante lamparilla escritas,

Que me le traigan luego, y de ese padre
 Recogeré cosecha de paciencia.
 Pero hombre tal no existe; porque, hermano,
 Consuelo, alivio saben dar los hombres
 Al mal que no les duele; si les toca,
 En cólera se trueca aquel consejo
 Con que curar pensaron fiero rabia,
 Y la ira encadenar con una seda,
 Calmar con huecas frases la agonía,
 Y el más cruel dolor con aire vano.
 Nó, nó; que es uso predicar paciencia
 Al infeliz que bajo el rudo peso
 De la desdicha se retuerce y gime;
 ¡Mas quién tendrá virtud, quién entereza
 Para aguantar paciente el mismo peso
 Cuando en sus propios hombros se desploma?
 Por tanto no me des consejo alguno
 Más grita mi pesar que tu advertencia.

ANT. En eso en nada cede el hombre al niño.

LEO. Calla, te ruego. Soy de carne y hueso:
 Nunca existió filósofo que pudo
 Sufrir paciente ni un dolor de muelas,
 Aunque haya usado el habla de los dioses,
 Del hado y del dolor haciendo burla.

ANT. Mas no echés sobre tí la pena toda:
 Sufran también los que tu mal causaron.

LEO. En eso dices bien; así he de hacerlo.
 Me dice el alma que Hero es calumniada:
 Sabrálo Claudio, el príncipe sabrálo,
 Y todos los que infames la deshonoran.

ANT. Con paso apresurado aquí se acercan
 Don Pedro y Claudio.

Salen DON PEDRO y CLAUDIO.

D. PED. Guárdeos Dios, señores.

CLAUD. Diosguardeá entrambos.

LEO. Escuchad, hidalgos!

D. PED. Leonato, llevo prisa.

LEO. ¿Prisa, Alteza?

Pues id con Dios, Alteza. ¿Tanta prisa
Llevais ahora? En fin, ya nos veremos.

D. PED. No nos riñais, os ruego, buen anciano.

ANT. Si con reñir satisfacción lograra,
Mordiera el suelo alguno de nosotros.

CLAUD. ¿Pues quién le ofende?

LEO. Tú; sí, tú me ofendes,

Falaz embaucador. No, no echés mano
Al puño de tu espada; no te temo.

CLAUD. ¡Mi mano!... A fe, cortárala si diera

Tal causa de temor á vuestras canas.

Mi mano nada con mi espada quiso.

LEO. No hables así; no me hagas burla y befa.

No charlo cual caduco viejo y necio,
Ni intento, á la chochez pidiendo bula,

Jactarme de lo que hice siendo jóven,
De lo que hiciera si no fuese viejo.

Escucha, Claudio, en cara te lo digo:

De suerte tal á mi y á mi inocente

Niña ultrajaste, que arrimar me es fuerza

Mi grave dignidad, y con mis canas

Y los achaques de mis muchos años

Retarte á prueba varonil. Te digo

Que calumniaste á mi inocente niña,

Tu injuria traspasó de parte á parte

Su corazon sencillo, y enterrada

Con sus mayores yace en una tumba

¡Ay! do jamás durmió baldon ni oprobio,

Salvo este suyo, urdido por tu infamia.

CLAUD. ¡Mi infamia!

LEO. Sí, tu infamia, Claudio, digo.

D. PED. No decís bien, anciano.

LEO. Alteza, alteza,

Lo probaré en su cuerpo, si se atreve;

Pese á su esgrima y práctica constante,

Sus veinte abriles y vigor lozano.

CLAUD. Dejádme en paz; con vos no quiero nada.

LEO. ¡Piensas huir? Rapaz, mataste á mi hija;

Si á mí me matas, matarás á un hombre.

ANT. Y matará á los dos, y hombres entrambos;

Pero es igual, primero mate el uno.

Al vencedor le tocan los despojos:

Que me conteste. Ven, galan imberbe;

Seguidme seor rapaz, venid. A azotes

Te enseñaré la esgrima: á azotes, juro;

Sí, á fe de caballero que he de hacerlo.

LEO. Hermano...

ANT. No te apures. Dios lo sabe

Que amaba á mi sobrina. Ya no existe;

Ha muerto calumniada por villanos,

Que así osarán hacerle frente á un hombre

Como yo asir un áspid por las fauces.

¡Mozuelos! ¡fanfarrones! ¡lechuguinos!

LEO. Hermano Antonio...

ANT. Calla; no te apures.

Conozco yo á mi gente y lo que valen

Hasta el postrer adarme. Rapazuelos,

Precoces petimetres, deslenguados,

Que adulan, mienten, befan y hablan pestes,

Que se disfrazan y se ponen feos,

Pronuncian cuatro frases tremebundas:

Si á sus contrarios tal ó cual harían,

Si alguna vez llegasen á las manos;

Y luego nada.

LEO. Pero, hermano Antonio.

ANT. Por Dios, déjame hacer. Tú, no te mezcles

En nada de esto: corre de mi cuenta.

D. PED. No excitaremos vuestro enojo, hidalgos.

La muerte de Heró muy de veras siento;

Mas, por mi honor, de nada fué culpada

Que, cierto, muy probado no estuviese.

LEO. ¡Alteza, Alteza!

D. PED. Ya no más; no os oigo.

LEO. ¡No? Ven, hermano: ya me oirán.

ANT. Por fuerza.
Te oirán, ó á algunos caro ha de costarles.
(Váanse Leonato y Antonio.)

D. PED. Mirad do viene el hombre á quien buscamos.

Sale BENITO.

CLAUD. ¡Hola! ¡caballero! ¿Qué hay de nuevo?

BEN. Dios guarde á vuestra Alteza.

D. PED. Bien hallado, hidalgo. Casi llegais á tiempo para estorbar casi una pendencia.

CLAUD. Estuvimos en peligro de que nos dejaran sin narices á mordiscadas dos viejos sin dientes.

D. PED. Leonato y su hermano. ¿Qué te parece? Si venimos á las manos, creo que hubiéramos sido muy mozos para ellos.

BEN. A mala causa no hay valor bueno. Os iba buscando á los dos.

CLAUD. Pues há rato que vamos de ceca en meca buscándote á tí. Estamos de melancolía hasta la punta de los pelos, y de buena gana halláramos quien nos la disipara. ¿Quieres echar mano de tu agudeza?

BEN. La llevo en mi vaina. ¿Quieres que tire de ella?

D. PED. ¡Cómo! ¿Llevas tu agudeza ceñida al lado?

CLAUD. Nunca vióse tal cosa; aunque hay casos en que es forzoso dejar la agudeza á un lado. Te mandaré desenvainar, como se manda á los ministriles: desenvaina tu instrumento para darnos gusto.

D. PED. A fe de hombre honrado, que está pálido. ¿Qué tienes? ¿Estás enfermo ó enojado?

CLAUD. Vamos, ánimo, hombre. Aunque de pesar se muere el gato, tú tienes materia harta en tí para acabar con el pesar.

BEN. Hidalgo, si es á mí á quien aluden esas pu-

llas, sabré atajar vuestro humor en la carrera. Os ruego que mudeis de tema.

CLAUD. Pues que le den otra lanza, porque esta última se hizo astillas.

D. PED. Por esa luz bendita que se pone cada vez más pálido. Creo que está enojado de veras.

CLAUD. Pues si le acosa el enfado, ya sabrá él meterlo en pretina.

BEN. ¿Quereis escuchar una palabra al oído?

CLAUD. ¡Dios me libre de un desafío!

BEN. (Aparte á Claudio.) Sois un villano; no hablo en broma; os lo probaré cuándo, dónde y cómo gustéis: dadme satisfaccion ó publicaré vuestra cobardía. Habeis muerto á una hermosa niña, y caro os ha de costar su muerte. Responded.

CLAUD. (Alto.) Muy bien, no faltaré. ¿Espero que me tratarás á cuerpo de rey?

D. PED. ¡Hola! ¿Se trata de un banquete?

CLAUD. Sí tal; debo estarle agradecido: me convida á capon y cabeza de ternera. Si no los trincho con esmero, echad la culpa al cuchillo. ¿No habrá alguna perdiz?

BEN. Buen paso de andadura lleva vuestro gra-cejo, hidalgo; no incomoda.

D. PED. Te diré en qué términos elogió Beatriz el tuyo el otro día. Yo dije que teniais mucha gracia. Cierto, dijo ella, mucha gracia menuda. No, dije yo, una gracia enorme. Verdad, dijo ella, enorme de puro grosera. No tal, dije yo, tiene buena gracia. Justo, dijo ella, no quema á nadie. No, dije yo, el hidalgo es discreto. Por cierto, dijo ella, y sobre todo prudente. No es eso, dije yo, posee muchas lenguas. Lo creo, dijo ella, pues me juró una cosa el lunes por la noche que me negó el martes por la mañana; ahí teneis una lengua doble, ahí teneis dos lenguas. De esta suerte se entretuvo por espacio de una hora en trastocar todas tus particula-

res virtudes; no obstante, al fin y al postre concluyó con un suspiro diciendo que eres el hombre más bien parecido de toda Italia.

CLAUD. Con lo cual se echó á llorar, diciendo que eso le tenia sin cuidado.

D. PED. A fe que sí; y sin embargo, dijo que á pesar de todo, si no le odiara á muerte, le amara con delirio. La hija de ese viejo nos lo contó todo.

CLAUD. Todo, todo: y á mayor abundamiento, vióle Dios cuando se escondió en el jardin.

D. PED. ¿Pero cuándo plantaremos las astas del bravo toro en la frente del juicioso Benito?

CLAUD. Sí, y con letrero debajo: «Aquí vive Benito, el hombre casado.»

BEN. Dios te guarde, rapaz. Ya sabes lo que intento. Os dejaré ahora con vuestro humor chismoso: blandis vuestras pullas como los fanfarrones sus hojas, las cuales, á Dios gracias, á nadie hacen daño. Alteza, os agradezco las muchas mercedes que me habeis hecho; pero debo renunciar á vuestro trato. Vuestro hermano el bastardo se ha fugado de Mesina: y entre los tres habeis ocasionado la muerte de una hermosa é inocente niña. En cuanto á ese, mi señor Lampiño, él y yo nos veremos las caras; y hasta entónces haya paz. (Váse.)

D. PED. Va de veras.

CLAUD. Y tan de veras; y juraria que es todo por amor de Beatriz.

D. PED. ¿Pero te ha desafiado?

CLAUD. En toda regla.

D. PED. ¡Qué cosa tan peregrina es el hombre cuando sale á correrla en ropilla y calzas, y se deja el juicio en casa!

CLAUD. Es entónces un gigante comparado con un mono; pero un mono es un sabio comparado con él.

D. PED. Pero calla; basta de eso. Vuelve en tí, co-razon, y ponte triste. ¿No dijo que mi hermano se habia fugado?

*Salen MATACAN, VARILLAS, y la ronda con
CONRADO y BORRACHO.*

MAT. Vamos, venid, bellaco; si la justicia no logra amansaros, que no vuelva á pesar más razones en su balanza; y ya que fuisteis una vez un hipócrita blasfemo, es menester ataros corto.

D. PED. ¿Qué es esto? ¡Dos criados de mi hermano presos, y uno de ellos es Borracho!

CLAUD. Informaos de su delito, Alteza.

D. PED. ¿Alguaciles, qué delito han cometido estos hombres?

MAT. A fe, hidalgo, han esparcido falsos rumores; además han dicho mentiras; en segundo lugar, son *calumniados*; sexto y último, han levantado falso testimonio contra una dama; en tercer lugar han verificado cosas injustas; y en conclusion, son bellacos mentirosos.

D. PED. Primero, te pregunto, qué han hecho; en tercer lugar, cuál es su ofensa; sexto y último, por qué están presos; y en conclusion, qué delito les imputais.

CLAUD. Bien razonado y segun su propia subdivision; hé ahí una contestacion á pedir de boca.

D. PED. ¿A quién habeis ofendido, buenos hombres, que estais presos de esa suerte? Contestad vos; pues este sapientísimo alguacil es demasiado astuto para ser comprendido.

BOR. Amado príncipe, dejad que sin ir más léjos sea interrogado aquí. Escuchadme vos, y que me mate luego este conde. Os he engañado á ojos vistos; lo que vuestra discrecion no supo descubrir, lo han sacado á luz estos torpes necios, los cuales me acecharon anoche y me

oyeron confesar á este hombre, como Don Juan vuestro hermano, me habia excitado á calumniar á la señora Hero, como os llevó al jardín, donde me visteis cortejar á Margarita en traje de Hero, como la deshonrasteis, no casándoos con ella; tienen anotado ya y consta por escrito mi bellaquería que ántes quisiera sellar con mi muerte, que repetir en deshonra propia. La dama ha muerto á consecuencia de mi falsa acusacion y la de mi amo; y en suma, tan sólo deseo el pago debido á un villano.

D. PED. ¿No hiela vuestra sangre su discurso?

LLAUD. Díome á beber veneno al pronunciarlo.

D. PED. ¿Mas te encargó mi hermano que esto hicieses?

BOR. Si, y con largueza me pagó mi infamia.

D. PED. Traicion, vileza en él no más se anidan.

Y remató su hazaña con la fuga.

CLAUD. ¡Hero querida! torno á ver tu imágen

Envuelta en gloria cual te amé primero.

MAT. Vamos, llevaos á los *demandantes*; á estas horas nuestro escribano ya habrá *reformado* al señor Leonato del asunto; y, buena gente, no olvidéis de especificar á sazón y en lugar debidos que soy un pollino.

VAR. Aquí viene el señor gentilhombre Leonato y el escribano tambien.

Salen LEONATO, ANTONIO y el ESCRIBANO.

LEO. ¿Do está el villano? Vea yo sus ojos

A fin de que, si alguna vez tropiezo

Con otro semejante, pueda huirle.

¿Cuál de éstos es?

BOR. Si conocer quisierais

A vuestro infamador, á mí miradme.

LEO. ¿Y eres tú el vil esclavo que dió muerte

Con torpe aliento á mi inocente hija?

BOR. Sí, yo tan sólo.

LEO. No, no tal, villano:
Te injurias á tí mismo: aquí presentes
Ve un par de honrados nobles (el tercero
Huyó) que fueron partes en tu infamia.
La muerte os agradezco de mi hija;
Príncipes, recordadla en la memoria
De vuestros altos y preclaros hechos;
Pues, bien pensado, fué valiente hazaña.

CLAUD. Cómo implorar no sé vuestra indulgencia:
Y es fuerza que hable. Como gana os diere
Tomad de mí venganza: sentenciadme
Por tal delito al más cruel castigo
Que vuestro duelo proponer pudiese.
No obstante, por error pequé tan sólo.

D. PED. Y yo tambien; lo juro. Mas, no obstante,
Por dar satisfaccion al buen anciano,
Doblara el cuello al peso más gravoso
Que quiera prescribir.

LEO. Mandar no puedo
Que la mandeis vivir: fuera imposible;
Mas ruego á entrambos que en Mesina toda
Publiquen la inocencia de su muerte.
Y si el amor que en vida la tuvisteis
Os inspirara alguna endecha tierna,
Colgadla en epitafio de su tumba,
Cantándola á sus manes esta noche.
A la mañana id luego á mi morada;
Y ya que no podeis ser yerno mio,
Sobrino sed. Mi hermano una hija tiene
Que es viva efigie de mi muerta niña,
Y ella es de entrambos única heredera.
El titulo la dad que prometisteis
Dar á mi pobre hija, y de esta suerte
Fenezca mi venganza.

CLAUD. ¡Oh noble anciano!
Bondad tan grande lágrimas me arranca.
Acepto vuestra oferta: en adelante

¡Ay! disponed del infelice Claudio.

LEO. Mañana, pues, espéroos en mi casa;
 Ahora buenas noches. Este infame
 Será con Margarita carëado
 Quien cómplice sospecho en esta trama,
 Comprada por Don Juan.

BOR. No tal, lo juro;
 Ni supo al contestarme qué se hacia:
 Halléla siempre fiel, honesta siempre
 Y en cuanto de ella sé virtuosa en todo.

MAT. Y además, señor, aunque en verdad no
 consta en blanco y negro, este *demandante*, el
 delincuente, me llamó pollino: os suplico que
 lo tengais presente al imponerle su castigo.
Item más, la ronda los oyó hablar de un tal
 Deforme: y es fama que gasta dicho Deforme
 una llave en la oreja y colgado de ella un rizo,
 y que pide dinero prestado por el amor de Dios,
 y há tanto tiempo que anda en esos tratos,
 sin pagar á nadie, que ya se van volviendo
 los hombres duros de corazon, y no quieren
 prestar ni una blanca por el amor de Dios.
 Os ruego que le examineis en lo tocante á este
 punto.

LEO. Gracias por tu cautela y celo honrado.

MAT. Vuestra merced habla en eso como un muy
 agradecido y reverendo *mancebo*; y doy gracias
 á Dios por vos.

LEO. Tomad por vuestro trabajo. (Le da dinero.)

MAT. ¡Dios aumente la *dotacion*!

LEO. Vé; te descargo de tu preso, y te doy las
 gracias.

MAT. Dejo un ruin bellaco en poder de vuestra
 merced; y ruego á vuestra merced que se cor-
 rija para escarmiento de otros. ¡Dios mantenga
 á vuestra merced! Deseo todo bien á vuestra
 merced, y un pronto alivio de sus dolencias.
 Humildemente os *otorgo* licencia para partir; y

si un feliz encuentro fuera de desear, que *no lo permita* Dios. Venid, compadre.

(Váanse Matacan y Varillas.)

LEO. Hasta mañana, hidalgos. Dios os guarde.

ANT. Que os guarde Dios. Mañana os esperamos.

D. PED. No faltaremos.

CLAUD. Esta noche á Hero

Iré á llorar.

LEO. Partid, llevad los presos.

Hemos de preguntar á Margarita

De qué nació su intimidad con ese.

(Váanse por distintos lados.)

ESCENA II.

El jardín de Leonato.

Salen BENITO y MARGARITA por opuestos lados.

BEN. Por favor, querida Margarita, hazte acreedora á mi gratitud ayudándome á platicar con Beatriz.

MAR. ¿Me escribireis en pago un soneto en alabanza de mi hermosura?

BEN. En estilo tan elevado, Margarita, que no habrá sér viviente que se atreva á acercársele; pues, en verdad que lo mereces.

MAR. ¿Querreis decir con eso que nadie se atreverá á mi hermosura? ¿He de quedar siempre por puertas?

BEN. Tu ingenio es tan listo como la boca del galgo: las pilla al vuelo.

MAR. Y el vuestro tan embotado como la punta de un florete, que acierta á dar, pero no á herir.

BEN. Eso prueba que es galante: no osa herir á una mujer; y con esto te ruego que me llames á Beatriz. Te rindo mi espada y con ella mi escudo.

MAR. Dadnos las espadas, que escudos nos sobran.

BEN. Mira, Margarita, que tienen corte que raja, y punta que pincha, y esa es arma peligrosa en manos de una doncella.

MAR. En fin, diré á Beatriz que venga, la cual según pienso, tiene piernas.

BEN. Y por tanto, vendrá corriendo.

(Váase Margarita.)

(Canta.) *El dios de amor
Que está allá arriba
Bien sabe cuanta
Es mi desdicha...*

Quiero decir en cantar, pero lo que es en amar, ni Leandro, el intrépido nadador, ni Troilo, el primero que se valió de Pándaros, ni un libro entero de esos antiguos enamorados, cuyos nombres aún se deslizan con tanta suavidad por el llano sendero de un verso endecasílabo, no, ninguno de ellos se vió jamás tan zambullido en el charco del amor como este pobre yo. Pero lo más triste es que no lo puedo manifestar en rima: lo he intentado en vano: no doy con otro consonante para «hermosura» que «criatura:» consonante pueril; para «tierno,» «cuerno:» consonante duro; para «desprecio,» «necio:» consonante sandio: todas terminaciones de pésimo agüero; no, es evidente que no nací bajo el influjo de un astro poético, ni sé cortejar en el habla de los dioses.

Sale BEATRIZ.

¡Querida Beatriz! ¿con que de veras acudes cuando te llamo?

BEA. Si tal, hidalgo, y me iré en cuanto me lo mandeis.

BEN. ¡Ay! no te vayas hasta entónces.

BEA. Entónces ya está dicho; por tanto, quedad con Dios. Aunque ántes de irme, permitid que me vaya con lo que me traje, á saber: sabiendo lo que ha pasado entre vos y Claudio.

BEN. No más que palabras acres; y ahora permite que te dé un beso.

BEA. Palabras acres son viento acre; y viento acre no es sino aliento acre; y aliento acre es ofensivo; por tanto me iré sin vuestro beso.

BEN. Arrebatas á mis palabras su verdadero sentido, tal es la fuerza de tu ingenio. Pero hablando lisa y llanamente, te diré que Claudio ha aceptado mi reto, y, ó me contestará en breve, ó le pregonaré por cobarde. Y ahora te ruego; dime por cuál de mis malas cualidades te prendaste primero de mí.

BEA. Por todas juntas; pues componen una república de defectos tan bien gobernada, que no toleran entre sí prenda buena alguna. ¿Pero por cuál de mis buenas prendas sufristeis primero amor por mí?

BEN. ¡Sufrir amor! ¡Linda frase! Sufro amor, en efecto, pues te amo á pesar mio.

BEA. A pesar de vuestro corazon, supongo. ¡Ay, pobre corazon! Si le dais pesar por causa mia, haré otro tanto por causa vuestra, pues nunca podré amar lo que odia mi amigo.

BEN. Tú y yo tenemos demasiado buen seso para arrullarlos como dos tortolillas.

BEA. Nadie lo diria á oír esa confesion, pues de veinte hombres sesudos no habrá uno que se alabe á sí mismo.

BEN. Máxima anticuada, anticuada, Beatriz, que pudo ser el evangelio allá por los años en que aún hubo bucnos vecinos en el mundo. Pero en este siglo, si un hombre no levanta su tumba ántes de morir, no vivirá su fama por más

tiempo del que repicaren las campanas y llorare la viuda.

BEA. ¿Y eso seria, según vos?

BEN. ¡Qué pregunta! Pues; una hora de repique-teo y un cuarto de hora de lágrimas. Por tanto, el partido más prudente para el sabio es (si don Gusano, su conciencia, no opone impedimento á ello) ser trompa de sus propias virtudes, como lo soy yo de las mías. Con eso comprendereis por qué alabo á mi persona, la que, como puedo atestiguarlo yo mismo, es muy digna de alabanza. Decidme ahora cómo está vuestra prima.

BEA. Muy mal.

BEN. Y vos ¿qué tal?

BEA. Muy mal también.

BEN. Pues servid á Dios, amadme, y aliviaos. Con esto os dejo, pues aquí viene álguien á escape.

Sale ÚRSULA.

ÚRS. Señora, os ha menester vuestro tío. ¡Lindo estrépito hay allá dentro! Está probado que mi señora Hero ha sido falsamente acusada; engañados villanamente el príncipe y Claudio; y Don Juan es el autor de todo, el cual se ha fugado. ¿Ireis pronto?

BEA. ¿Quereis venir á oír estas nuevas, hidalgo?

BEN. ¿Quiero vivir en tu corazón, morir en tu regazo, y ser sepultado en tus ojos; y además iré contigo á ver á tu tío. (Vánse.)

ESCENA III.

Interior de una iglesia.

Salen DON PEDRO, CLAUDIO y tres ó cuatro CABALLEROS con antorchas.

CLAUD. ¿Es este de Leonato el mausoleo?

UN CAB. Este es, señor.

CLAUD. (Leyendo de un rollo.)

«Bajo el mármol de esta tumba
Hera yace sepultada,
Por la injuria asesinada
Que cortó su vida en flor.
Pero en premio de sus males,
Muerte al fin la galardona
Con espléndida corona,
Devolviéndola su honor.»

(Habla.) Cuelga tú del mármol frio
Proclamando su virtud
Cuando en lóbrego ataud
Enmudezca el labio mio.

Ahora entonad la cántiga solemne.

(Suena música y cantan.)

CANCION.

*Diosa de la noche oscura
De tu ninfa casta y pura
¡Ay! perdona al matador,
Que á su tumba acude en llanto,
Entonando triste canto,
A expiar su necio error.
Media noche, asóciate
A mi canto lúgubre
Con misterio atroz.
Despertad, cadáveres,*

*Acudid, espíritus,
Y escuchad mi voz.*

- CLAUD. Duerme en paz, ceniza amada;
Esta fiesta lastimosa
Será aquí en tu fria losa
De año en año renovada.
- D. PED. Adios, hidalgos, extinguid la tea:
Al monte el lobo vuelve, y ya la aurora,
Nuncio risueño de la luz febea,
El adormido oriente ténue dora.
Gracias á todos doy. Que Dios os guarde.
- CLAUD. Adios, amigos; no se os haga tarde.
- D. PED. Venid; vistamos más lujoso arreo,
Y vámonos á casa de Leonato.
- CLAUD. Y éxito más feliz nos dé Himeneo
Del que exigió tan funebre aparato. (Vánse.)

ESCENA IV.

Sala de la casa de Leonato.

Salen LEONATO, ANTONIO, BENITO, BEATRIZ, MARGARITA, ÚRSULA, FRAY FRANCISCO y HERO.

FRAILE. ¿No dije yo que en todo era inocente?

LEO. Tambien lo son el príncipe y el conde,

Los cuales la acusaron engañados

Por el error que ha poco debatimos.

Mas culpa en parte tuvo Margarita,

Aunque sin voluntad, segun resulta

Del detenido exámen de este asunto.

ANT. Me alegro á fe que todo en bien acabe.

BEN. Y yo tambien, si no, mi honor me fuerza

A pedir cuenta de ello al jóven Claudio.

LEO. Hija, y vosotras, damas, á una estancia

Próxima retiraos, y cuando mande

Luego por vos, venid enmascaradas.

(Váanse las damas.)

El príncipe y el conde prometieron
Estar ya aquí: no tardarán. Ya sabes,
Hermano, tu papel: de tu sobrina

Padre has de ser y darla al jóven Claudio.

ANT. Harélo con impávido semblante.

BEN. Buen fraile, habré de molestaros, pienso.

FRAILE. ¡Cómo, hidalgo?

BEN. En unirme ó deshacerme:

Una de dos. Cierto es, señor Leonato:

Me mira ya Beatriz con buenos ojos.

LEO. Que mi hija la prestó: sé que es muy cierto.

BEN. Y yo con tiernos ojos le respondo.

LEO. Que á mi debeis, al príncipe y á Claudio,

Segun colijo. ¡Y qué quereis con eso?

BEN. A fe que es enigmática respuesta.

¡Qué quiero? Quiero que querais de grado

Lo que ella y yo queremos: ser unidos

Hoy mismo en lazo conyugal honroso.

Buen fraile, he menester de vos para eso.

LEO. Doy con el alma el sí.

FRAILE. Y yo mi ayuda.

Aquí se acerca el príncipe con Claudio.

Salen DON PEDRO, CLAUDIO y tres ó cuatro
CABALLEROS.

D. PED. Buena alborada, noble compañía.

LEO. Salve, Don Pedro; Claudio, bien venido.

Os aguardaba. Estais determinado

Aún á casaros hoy con mi sobrina.

CLAUD. Tendré palabra, áun cuando etiope fuera.

LEO. Llamadla, hermano; el fraile ya está pronto.

(Vase Antonio.)

D. PED. Benito, buenos dias. ¡Mas qué tienes,

Que estás con esa cara de Febrero

Tan llena de borrasca, escarcha y nubes?

- CLAUD. Que piensa, pienso, en lo del bravo toro.
 No temas, astas de oro te pondremos;
 Y gozará contigo Europa entera,
 Como con Jove amante Europa un día.
 Al verle en noble bruto convertido.
- BEN. El toro Jove tuvo buen mugido;
 Y pienso que algun toro de ésa casta
 Plantóle á vuestro padre más de un asta,
 Y fruto de esa broma tal vez sea
 Cierta becerro que cual vos berrea.
- CLAUD. La pagarás. Mas ya otra cuenta importa.

Salen ANTONIO y las DAMAS con careta.

- ¿Cuál es la dama á quien volverme debo?
- ANT. Es esta misma; yo os la entrego, conde.
- CLA. Pues mia sois. Mostradme el rostro, hermosa.
- LEO. No lo vereis, si mano y fe de esposo
 Primero no le dais ante este padre.
- CLAUD. Dame la mano; el padre aquí es testigo
 De que tu esposo soy, si tú me quieres.
- HERO. Cuando vivía, en mí mujer tuvisteis;
 Cuando me amasteis, tuve en vos marido.
- CLAUD. ¿Otra Hero, pues? (Se quita Hero la careta.)
- HERO. ¡Sí tal! nada hay más cierto.
 La otra murió sin honra; mas yo vivo
 Y honrada soy, tan cierto como vivo.
- D. PED. ¡Es la Hero que murió! ¡Sí, es Hero misma!
- LEO. Muerta la injuria, torna en vida, Alteza.
- FRAILE. Yo puedo disipar asombro tanto:
 En dando fin á los sagrados ritos,
 De Hero gentil os contaré la muerte.
 En tanto no os admire tal portento;
 Y vámonos al templo sin demora.
- BEN. Fraile, deten. ¿Cuál es Beatriz? pregunto.
- BEA. (Quitándose la careta.)
 Tal es mi nombre. ¿Qué quereis? contesto.
- BEN. ¿Vos no me amais?

BEA. No más de lo que es justo.

BEN. Pues vuestro tío, el príncipe y el conde

Se han engañado: que era así juraron.

BEA. ¿Y vos me amais?

BEN. No más de lo que es justo.

BEA. Pues Úrsula, mi prima, y Margarita,

Se engañan mucho: que era así juraron.

BEN. Juráronme que estabais casi enferma.

BEA. Juráronme que estabais medio muerto.

BEN. No tal, á fe. ¿Pues no me amais entónces?

BEA. Vuestra amistad tan sólo retribuyo.

LEO. A fe, sobrina, que amas al hidalgo.

CLAUD. Y yo á jurar me atrevo que él la adora.

Hé aquí un papel escrito de su puño:

Es de su propia musa un mal soneto

En loor de su Beatriz.

HERO. Pues hé aquí otro

En letra de mi prima, que la hurtamos,

Y en que su amor declara al seor Benito.

BEN. ¡Oh milagro! Hé ahí nuestras propias manos

atestiguando contra nuestros corazones. En

fin, te tomaré; pero por esa luz bendita, juro

que no es más que por lástima.

BEA. No quisiera desdeñaros; mas por ese sol ra-

diente cedo sólo á las instancias importunas de

mis amigos; y en parte por salvar vuestra vida,

pues me han dicho que estabais tísico.

BEN. Basta; os sellaré los labios. (La besa.)

D. PED. ¿Qué tal te hallas, Benito, el hombre casado?

BEN. Te lo diré, príncipe mio: toda una univer-

sidad de burlones no será parte á sacarme de

la senda de mi gusto con sus pullas. ¿Crees tú

que me da cuidado alguno una sátira ó un epi-

grama? Dejarse pegar con sesos, es exponerse

á no llevar trapo limpio nunca. En suma, ya

que estoy resuelto á casarme, hallarán en mí

las críticas del mundo oídos de mercader; y por

tanto, no me echeis en cara las burlas con que he tratado á los demas; pues el hombre es un sér voluble, y con eso, basta. En cuanto á tí, Claudio, á fe que pensé darte una zurra; pero ya que, al parecer, vas á emparentar conmigo, vive sano y salvo, y ama á mi prima.

CLAUD. A fe, esperaba yo que hubieras rechazado á Beatriz, para que te hubiera podido sacar á garrotazos de tu estado de soltero, y haberte hecho hombre doble, aunque eso lo serás, sin duda, como mi prima no te ate muy corto.

BEN. Calla, calla; ya somos todos amigos. Antes de casarnos tengamos un rato de baile, á fin de aligerar nuestros corazones y los piés de nuestras mujeres.

LEO. Luego habrá baile.

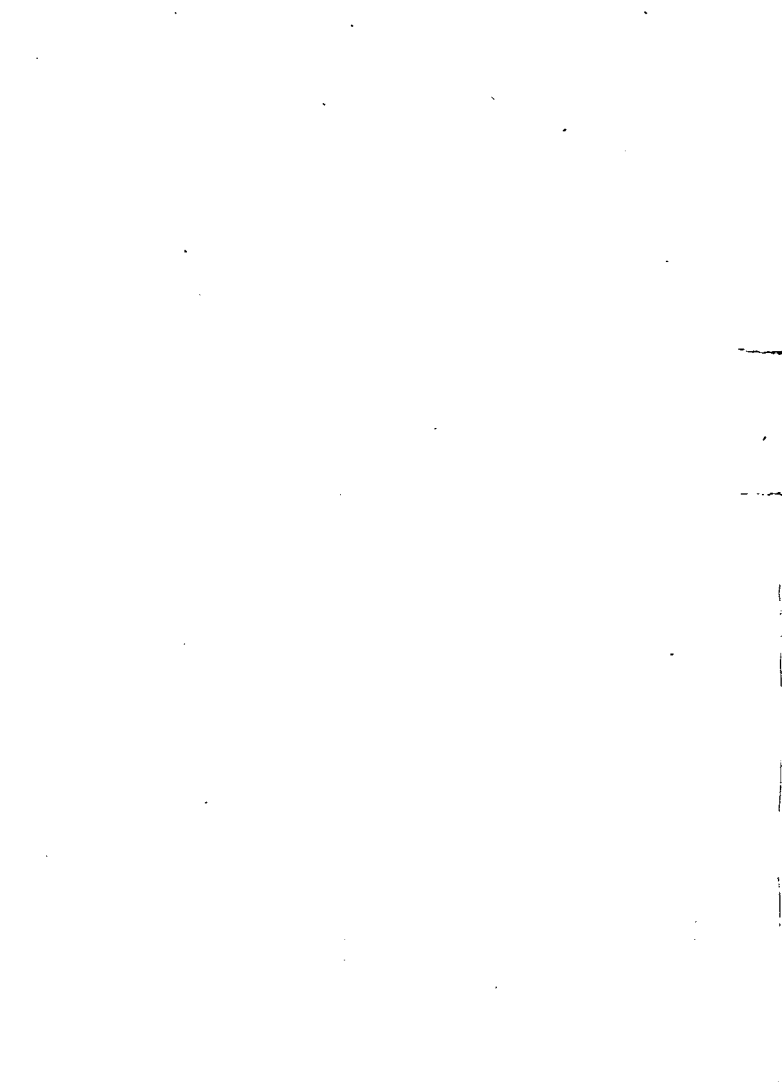
BEN. Ahora mismo, por mi vida: por tanto, músicos, tocad. Príncipe, advierto que estás triste: cástate; cástate: no hay báculo más venerable que el que remata en cuerno.

Sale un MENSAJERO.

MENS. Alteza, vuestro hermano Juan, en fuga
Acaba de ser preso, y con escolta
De gente armada tráenle á Mesina.

BEN. No pienses en él hasta mañana; para entón-
ces ya tendré yo pensado un buen castigo para
él. Ea, tañed, ministriles. (Baile. Vánse.)





ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Prólogo.....	IX
Al que leyere.....	XXVII
Noticias relativas á la vida y obras de Shakspeare.....	1
OTELO, el moro de Venecia.....	33
MUCHO RUIDO PARA NADA.....	155

ERRATAS.

En la página 124, línea 18, donde dice «Dios me ayuda», léase «Dios me ayude».

En la página 135, línea 16, donde dice «si fallo», léase «si falla».



